



LA TRAICIÓN DEL  
**ALUR**  
(LA ILUSIÓN DEL DESTINO I)

J.B.CAPLAN

EDITORIAL CÍRCULO ROJO

La traición del Alur  
(La ilusión del destino I)

**J.B.Caplan**

Primera edición digital: marzo 2015

Todos los derechos reservados.

©J.B.Caplan

Fotografía de cubierta: © Fotolia.es

Diseño de portada: © Antonio López Galdeano.

Los derechos de la portada son propiedad de Editorial Círculo rojo.

*A ti, que tienes un sueño y te atreves a intentar hacerlo realidad.*

*A ti, que te sabes diferente.*

*A mí, que estaba escondido y por fin me he encontrado.*

## Agradecimientos.

Gracias querido lector por atreverte a leer estas páginas que otra persona, a la que seguramente no conoces, ha escrito. Vaciando sus ganas de cambiar el mundo a base de historias y de sentimientos encontrados.

Gracias a ti, que empleas tu tiempo en una novela de un escritor novel. Da igual si la has comprado, si te la han prestado o si te la has descargado. Gracias de todo corazón.

Gracias a mis dos guardianas de palabras. Vosotras habéis acompañado cada frase de este libro. Sé que yo me hubiera perdido por el camino si no fuera por vuestra ilusión y por las horas que habéis dedicado a aguantarme cuando ni yo mismo me aguantaba. Os quiero muchísimo y aunque estemos muy lejos yo siempre os siento muy cerca. A un solo «enviar».

Gracias a mi familia que es lo más importante de mi vida.

Gracias a Frank y a Elise y gracias a la persona que los catalizó. Ese fue el principio de todo y es justo reconocerlo.

Londres dormía profundamente en una noche húmeda y triste. La luna desprendía un extraño color carmesí, aquello desde luego no podía significar nada bueno. Era el color de la sangre el que bañaba las calles de la capital británica. El Mercedes SLK atravesaba de forma sigilosa la avenida, con cautela, con miedo a llegar a su destino, pues una vez lo alcanzase, se iniciarían una serie de acontecimientos de gran trascendencia para el mundo. Quizá de tal importancia que el propio mundo como lo conocemos podría dejar de existir. El coche fue reduciendo la marcha hasta quedar detenido junto a la entrada principal de la mansión. El chofer descendió dispuesto a abrir la puerta trasera del vehículo. Cuando lo hizo, no se atrevió a mirar a la cara de su pasajero. Observó cómo unas grandes botas con punta de metal se estrellaban contra el suelo y quedó impresionado, una vez más, ante la envergadura del hombre. Le vio marcharse en la oscuridad y atravesar la verja del recinto. Como una sombra que se funde en las tinieblas. Cerró la puerta, se sentó en su asiento y puso la radio. Intentó relajarse pero estaba demasiado nervioso. Aquel hombre le daba mala espina, casi tanto como su jefe, el señor Ditrov. Todas las emisoras comentaban la misma noticia. Un multimillonario famoso por sus donaciones a la caridad y sus proyectos para salvar el medio ambiente había amanecido muerto. Asesinado en su propia casa, mientras dormía. El chofer cerró los ojos dispuesto a descansar un rato, sus órdenes eran claras, llevar al señor Nattan a la mansión y esperar hasta que el encuentro hubiera acabado para poder llevarle de regreso a su hotel.

Nattan se detuvo un instante frente a la verja de forja. La agarró con la diestra y sintió el frío penetrar a través de su piel. Caras deformes de ángeles de hierro le devolvieron la mirada. Empujó el enrejado y se perdió en la noche.

El camino hasta la casa serpenteaba de forma sinuosa bordeado por un bosque denso de encinas, como un río que se pierde en mitad de la jungla, escondiendo en cada recodo misterios y bestias arcanas capaces de acabar con la existencia de un simple mortal en una sola mirada. La tenue luz que desprendía la luna era absorbida por las copas de los árboles. Apenas un par de farolas alumbraban el camino. Su luz titilaba al son del viento, creando sombras de figuras fantasmagóricas sobre el asfalto, mientras, la niebla comenzaba su suave danza sobre las crestas de los árboles y descendía hacia la senda con la amenaza de absorberlo todo.

Cualquier persona normal hubiera dado la vuelta solo con contemplar semejante paisaje, con la certeza de que aquella mansión estaba embrujada, o que algún demonio del averno había decidido hacer de ella su morada. Pero Nattan no era una persona normal. Sonrió ante la estampa y siguió la senda. Tras el último giro del camino se encontró frente a la entrada principal. Una fuente le saludó en la distancia. De entre las aguas surgía una espada que apuntaba al cielo. Una garra mitad humana mitad animal la asía por la empuñadura. Tres escalones de mármol daban acceso a la puerta de la casa. A ambos lados dos guerreros de piedra caliza protegían la entrada. Con las cabezas giradas en dirección al paso, escudriñaban al ser que se atrevía a internarse en sus dominios. El paso del tiempo y las inclemencias del clima habían convertido sus blancas formas en piedra gris erosionada, dándoles un aspecto más amenazador, si es que aquello era posible. Sus brazos extendidos de forma horizontal apuntaban hacia la puerta, en un acto entre la burla y la invitación. Sus ojos inertes parecían haber sido testigos del paso de los siglos, de los seres que penetraban en aquel reino de muerte y de las sentencias que en el interior de la heredad se pronunciaban.

Esperó frente a la puerta pese a que sabía que estaría abierta. Fijó su atención sobre un pequeño llamador de metal. Se trataba de un triángulo equilátero atravesado por una franja desde la mitad de su lado izquierdo hasta el vértice derecho, separando la imagen en dos triángulos más pequeños pero del mismo tamaño. Equilibrados. Golpeó dos veces y la puerta se abrió.

—Bienvenido señor Nattan.

Un mayordomo que daba la impresión de ser más viejo que la propia casa le hizo una reverencia y le invitó a pasar. Vestía con un traje negro su enjuto cuerpo. Parecía sacado de una novela de Charles Dickens del siglo XIX. Su tez era afilada y denotaba su avanzada edad. Dos ojos grises y trasparentes, carentes de vida, adornaban su rostro.

—El señor Ditrov le espera en la biblioteca. Acompáñeme si tiene usted la bondad —dijo el sirviente.

No era la primera vez que visitaba al viejo en su casa y aun así quedó impresionado, una vez más, por la grandeza de la misma. Mirase donde mirase solo podía ver obras de arte de todos los tiempos y lugares. Máscaras funerarias de origen prehelénico rescatadas de la antigua Troya, convivían con armaduras completas de la baja edad media. Escudos de grandes batallas plagados de magulladuras se podían observar por toda la estancia, haciendo así honor a los hombres que antes o después habían perdido la vida tras ellos. Las armas de filo eran las verdaderas protagonistas de aquella colección. Armeros repletos de espadas poblaban los rincones del macabro salón. Convivían entre ellas como si sus orígenes dispares solo hubieran sido una cuestión temporal. Entre algunas de aquellas «asesinas», Nattan pudo contemplar cimitarras árabes, kalis orientales, catanas de la dinastía Song o incluso una maravillosa claymore de las tierras altas de Escocia. Pero sin duda había una pieza a la que el viejo tenía especial cariño, estaba justo en la mitad de la sala y disponía de una vitrina para sí sola. Una daga curvada se mostraba orgullosa tras su prisión de cristal. Su mango era de marfil rematado con joyas preciosas. Sobre la empuñadura el mismo símbolo de la puerta. El emblema de una orden antigua, quizá tanto como la propia humanidad.

Estaba tan ensimismado en la colección que cuando Nattan se quiso dar cuenta el ciego mayordomo se había perdido entre las sombras. Apretó el paso y se dirigió a la biblioteca. Se aproximó a la puerta y recordó cómo el viejo había cambiado en los últimos doscientos años. Cómo la oscuridad había inundado su corazón y su parte humana había desaparecido para siempre. No es fácil portar el destino del mundo sobre los hombros y saber que de tus decisiones depende todo cuando se conoce. Nattan sintió un escalofrío y por primera vez en muchos años se sintió vulnerable. Sin embargo él solo era un soldado. No tenía por qué cuestionar las órdenes de su maestro. Su única misión era acatarlas por el bien de la orden.

Dos grandes hojas de madera maciza le separaban del viejo. Las apartó con ambas manos y penetró en la sala. La luz lo inundó todo. A su espalda pudo escuchar el ruido seco que produjo la puerta al cerrarse tras él, como si de un lamento o una despedida se tratara.

La biblioteca no era menos impresionante que el resto de la casa. Miles de tomos le saludaron desde sus estantes escritos en todas las lenguas conocidas. Compendios de todo el saber almacenados durante siglos y seleccionados de forma escrupulosa. Se maravilló ante la visión. Estanterías de formas imposibles ascendían hasta el infinito como serpientes que atrapan en su regazo las presas que ya nunca han de ver la luz. Su mirada seguía los trazos de las prodigiosas estructuras de madera cuando se posó sobre el mural del techo. No pudo evitar abrir la boca en señal de asombro y de respeto.

En él se revelaba el verdadero comienzo del mundo. Los dos grandes dioses, representados como ángeles alados, dirigían a sus tropas en la batalla que daría lugar a la vida. Las huestes chocaban de forma brutal y el fuego creaba los continentes sobre la tierra. De enormes simas manaban como una plaga miles de pequeños humanos que se unían a la contienda defendiendo alguno de los dos bandos, de tal forma que en ambos lados el número de guerreros era el mismo. En el centro de la imagen dos sombras blandían dagas manchadas en sangre y sobre sus pies, decapitados, ángeles de ambos ejércitos.

Estaba tan absorto en sus pensamientos que por un momento casi olvidó el motivo de su visita. Escuchó unos pasos y supo que el ruido había sido intencionado. Se giró para enfrentar la mirada pernicioso del hombre que esperaba a su espalda.

Apoyó la rodilla sobre el suelo, inclinó la cabeza en señal de respeto y esperó el permiso necesario para mirar al líder de su orden. Sintió un ligero roce sobre su hombro, se incorporó y saludó a su maestro con una leve inclinación de cabeza. Ante él se mostró un hombre normal, no debía aparentar más de cuarenta años. Vestía un traje oscuro con chaleco y una camisa blanca de seda. Sus ojos eran negros como la noche y sus facciones duras y afiladas. Tenía una mirada infinita que solo acrecentaba el aura tétrica que parecía envolverlo. Un aura que destilaba perdición y sabiduría. Un aura fermentada en la oscuridad desde hacía ocho siglos.

Sobre sus manos portaba un antiguo grimorio escrito en una lengua perdida. Las tapas eran de cuero curtido, grabadas en oro con runas de una religión olvidada. Con una delicadeza casi mística, Ditrov cerró el libro y lo apoyó en su regazo.

—Maestro, todo ha salido según lo previsto —dijo Nattan a modo de saludo.

—Es la hora de comenzar aquello para lo que nos hemos estado preparando, esta guerra en la que llevamos inmersos tantos siglos debe llegar a su fin. La balanza ha perdido su equilibrio —contestó el maestro.

Mantuvo una pausa teatral, observando la reacción de su predilecto. Con un gesto de la mano libre le invitó a acompañarle junto al ventanal de la biblioteca. Desde allí se veía el camino de la casa y la fúnebre fuente del jardín. Pasaron apenas dos minutos en silencio, pero a Nattan se le hicieron eternos.

—Desde el principio de los tiempos hemos combatido fieles a los juramentos de la orden. Hemos mantenido el equilibrio y hemos acabado con quien ha osado

pervertirlo. Sin embargo ahora debemos tomar partido para una vez más cumplir con nuestra promesa. Las batallas cada vez son más frecuentes y las consecuencias mucho más catastróficas. Los humanos han ideado en apenas dos siglos armas capaces de acabar con toda la existencia. Por eso debemos iniciar la purga de la vida. La única forma de volver al equilibrio es acabar con cuanto existe, sumir al mundo en la oscuridad para poder ver la luz nuevamente. Una luz más radiante, más bella. Sin esa plaga que asola el mundo, esas marionetas al servicio de dos dioses aburridos que llevan demasiado tiempo disputando una partida. Es hora de acabar con todo, el mundo debe sumirse en el más profundo de los infiernos para que de sus cenizas nazca una nueva esperanza.

Una sonrisa desprovista de sentimientos se dibujó en los labios del maestro.

—Sé que estamos preparados, pero sin embargo antes de empezar hay algo que aún debes hacer —continuó Ditrov.

Se giró hacia su aprendiz y le miró directamente a los ojos.

—He consultado el libro de la sangre y he visto el destino —dijo mientras palpaba el grimorio con una delicada caricia—. En nuestro camino se interpone uno de los nuestros. El cuarto nos ha traicionado. Su lealtad se ha visto comprometida y ha dado la espalda a la hermandad y a sus obligaciones. Evans debe morir.

Nattan tragó saliva y sintió como el mundo se le venía encima. ¿Acabar con uno de los ocho? En toda la historia de la orden nunca había sucedido.

Ditrov, regocijándose en la duda que había despertado en su interlocutor, continuó con su explicación:

—Evans siempre ha sido especial, con el paso del tiempo se ha convertido en una pieza clave para nosotros. Sin embargo no podrá entender el nuevo rumbo que han tomado los acontecimientos. Su fidelidad a la orden es evidente, sin embargo su corazón humano le hace terriblemente vulnerable. Llegará el momento en que no podrá cumplir con sus objetivos y se volverá contra nosotros. Por eso debemos erradicar el problema de raíz. Se ha vuelto demasiado fuerte y puede suponer un grave problema.

—Así será maestro.

Un hilo de voz fue cuanto salió de la garganta de Nattan.

—¿Es duda acaso lo que leo en tus ojos Nattan?

Nattan nunca cuestionaría las palabras de su líder ni los designios del libro sagrado. Eso supondría cuestionarse la propia razón de su existencia. El viejo, en otras muchas ocasiones, había visto el futuro y siempre los había guiado con mano de hierro por el camino correcto. Él era la orden y la orden lo era todo para él. Recuperando el aplomo que había perdido nada más entrar a la mansión, se llevó la mano al pecho y convencido de sus palabras respondió:

—La orden tiene mi vida a su servicio y la palabra del maestro es la ley. El cuarto será eliminado.

—Quizá esa vida que con tanta seguridad empeñas te sea pronto requerida.

Nattan no sintió miedo ante la amenaza, porque él no podía sentir. Aun así, como un acto reflejo de su vida anterior, tragó saliva y abandonó la mansión.

El golpe de una puerta al cerrarse sobresaltó al chofer. De forma instintiva observó el espejo interior del vehículo. Dos ojos rojos como las brasas de una hoguera se posaron en él. Apartó la mirada aterrado y arrancó el Mercedes. Pocos instantes después la estela del coche se perdió en mitad de la noche. En su interior un guerrero atormentado planeaba de forma minuciosa como acabar con aquel niño al que había salvado tantos siglos atrás. Un niño al que acogió como a su propio hijo y al que forjó como uno de los asesinos más letales de cuantos había conocido el mundo. Nattan tuvo muy claro en aquel momento, que si su alma no estuviera muerta desde hace tantos años hubiera llorado. Incluso creyó la ilusión de que una lágrima negra como su interior se deslizaba sigilosa a través de su mejilla.

Beatriz se despertó sobresaltada. Sintió que su corazón desbocado amenazaba con salirse disparado del pecho. Contempló la negrura que la rodeaba e intentó relajarse. El reloj de su mesilla marcaba las 6:45. Aún faltaba una hora para que sonara la alarma. Resopló consciente de que ya no podría volver a dormirse y, para pasar el rato, intentó recordar lo que había soñado.

Estaba sola en el centro de una gran estancia, frente a ella se dibujaba entre las sombras lo que parecía un púlpito, se aproximó con cautela, casi a tientas, temiendo que un vacío insondable se abriera a sus pies y la hiciera precipitarse para siempre. Ascendió los escalones y pasó la mano sobre el mármol del altar, acariciándolo. En ese momento, reaccionando al contacto de sus dedos, la estancia comenzó a iluminarse. Pequeñas esferas de fuego surgieron de las paredes llenando de luz la habitación. Beatriz ahogó un suspiro que se negó a salir de sus labios. Frente a ella, al menos una centena de bancos de madera la saludaron en silencio. Las paredes de la catedral eran de un negro tan profundo que ni las grietas de la piedra se distinguían. Sobre su cabeza, a una altura de más de quince metros, una bóveda de cristal translúcido reflejaba las estrellas del firmamento. No era un templo normal, o al menos no se trataba de una iglesia de ninguna creencia conocida por ella. Las paredes eran lisas, no había estatuas, frescos ni imágenes decorándolas. Sintió un escalofrío y el bello de la nuca se la erizó. Un soplo de aire helado silbó sobre su espalda, como una caricia traicionera. Supo en ese instante que no estaba sola. Intentó girarse pero las piernas no la reaccionaron. Escuchó unos pasos, lentos pero firmes. La desesperación comenzó a tomar el control y justo cuando unas manos de cristal aferraban su boca y su cuello, se despertó.

Aquellas pesadillas cada vez eran más frecuentes. Siempre las había tenido de forma aislada, pero ahora las sufría cada pocas noches.

La alarma del despertador sonó de improviso, arrancándola de ese estado entre el sueño y la realidad en el que los pensamientos son demasiado lentos o el tiempo pasa demasiado deprisa. Comenzó entonces la rutina programa de cada mañana, la que controla nuestro cuerpo de forma autónoma hasta que una taza de café nos calienta la garganta.

Salió de su pequeño apartamento en la calle Alcalá y se adentró en el metro. Cada mañana las mismas personas sin rostro la acompañaban en su camino al trabajo. A veces se sorprendía a sí misma mirando de reojo a un desconocido, inventaba entonces la historia de su vida. Imaginaba con quién estaría casado, dónde vivía, de qué trabajaba e incluso a veces iba más allá y creía intuir sus anhelos, sus deseos más profundos y también los más oscuros. Estaba convencida de poder sentir el color de las personas. Cada persona desprendía un color único que limitaba o marcaba de forma irrevocable el destino de su vida. Sin embargo aquella teoría fallaba consigo misma, ella se miraba al espejo y se veía hueca. Sin color.

Las puertas del vagón se abrieron con violencia y el sonido metálico la hizo volver a la realidad. Buscó el letrero de la parada y se levantó catapultada hacia la salida. No era la primera vez que sus ausencias la llevaban varias estaciones después de la suya.

Desde la salida del metro en la plaza de Colón se encaminó hacia el Paseo de Recoletos. El tráfico a esa hora de la mañana aún era fluido y resultaba agradable caminar por las calles de Madrid. Cruzó el paseo y se dirigió hacia la Biblioteca Nacional.

Al ascender las escalinatas de acceso, como cada mañana, se detuvo ante las estatuas que velaban la entrada al recinto. Ese era su lugar favorito en el mundo. Desde allí podía contemplar, de derecha y a izquierda, a Alfonso X el Sabio y a San Isidoro. En un segundo plano pero perfectamente alineadas se encontraban las esculturas de Cervantes, Lope de Vega, Luis Vives y Antonio Nebrija. Desde aquella posición, su pequeño cuerpo, cerraba el tercer vértice de un triángulo mágico compuesto por seis de las mentes más influyentes de la historia de la literatura y la gramática castellana. Respiró hondo mientras contemplaba la fachada neoclásica del edificio y ascendió los escalones. Tres grandes puertas bajo arcos circulares daban acceso al santuario.

—Buenos días Beatriz, cada día llegas antes chiquilla.

Un hombre enfundado en un traje imponente la saludó con la mano esbozando una sonrisa.

—Buenos días Don José, hoy tengo un día complicado —respondió ella.

Guiñó Beatriz un ojo sintiendo una ternura infinita por él.

Don José era el portero del recinto, llevaba trabajando en el recinto desde los años cincuenta, cuando apenas era un imberbe. Su aspecto era serio pero destilaba ese aroma de abuelo perfecto. Sus ojos reflejaban el paso de los años, en una mirada cansada. Su cara se veía rodeada por una frondosa barba blanca que se juntaba en las patillas con un cabello, recio para su edad, del mismo color. Beatriz recordó el día que le vio por primera vez. Creyó que ya le conocía de antes, que le había visto en algún lugar, cuando era pequeña, pero no supo porqué le resultaba familiar. Muchas otras veces lo pensó pero nunca llegó a ninguna conclusión.

—Ahora te doy las luces, pequeña, eres la primera que llega.

El portero se perdió en su garita, para pocos segundos después hacerla señas con las manos indicándole que ya podía pasar.

Beatriz llevaba trabajando en la Nacional desde hacía seis años. Había estudiado filología clásica en la Universidad Autónoma de Madrid y sus buenos resultados académicos habían derivado en una beca en el departamento de restauración y catalogación de ejemplares perdidos. Desde que empezó a desempeñar allí su labor supo que nunca querría marcharse. Un año más tarde, dadas sus increíbles aptitudes, había conseguido un puesto como interina.

Al llegar a su despacho se desplomó sobre la silla, encendió un pequeño flexo que tenía sobre su escritorio y buscó las gafas en el primer cajón. Abrió el ordenador portátil y se dispuso a leer los correos electrónicos. Uno de ellos llamó especialmente su atención. El remitente era un coleccionista italiano que se mostraba interesado en conocer las instalaciones y hacerles llegar un ejemplar que podría tener más de tres siglos de antigüedad. Estaba interesado en su datación y su restauración. En el mismo correo, el tal Nuzzo, aseguraba desconocer el origen y el autor de la obra. Daba a entender que podría ser algún tipo de misal pero que no se correspondía con ninguna religión conocida hasta ahora por la humanidad.

Desde que sus pesadillas habían comenzado, Beatriz había desarrollado una obsesión compulsiva por las religiones perdidas y las distintas creencias sobre el origen de la humanidad. Ella no era una persona creyente, es más, estaba convencida de haber perdido la fe hacía ya muchos años. Pero se sentía fascinada por la literatura implícita de los distintos génesis de la vida. Aún no lo sabía pero en cierto modo su mente intuía que algo no encajaba, el mundo era una selva oscura pero demasiado perfecta para ser real.

Se dispuso entonces a responder al correo:

*«Estimado Señor Nuzzo:*

*Quiero agradecerle en nombre del departamento su solicitud de datación. Para nosotros será un placer poder atender a su petición. Quisiera por tanto invitarle a conocer nuestras instalaciones y al grupo de trabajo del departamento de Restauración y Catalogación.*

*En su correo me indicaba usted que la semana que viene estará en Madrid, si lo considera oportuno podríamos citarnos para la tarde del miércoles próximo. En recepción pregunte por Beatriz.*

*Beatriz Alonso.»*

Al pulsar el botón de enviar sintió un extraño hormigueo por el estómago, la perspectiva de quedar con un italiano en posesión de un manuscrito antiguo y misterioso la proyectó a una realidad alternativa de pecados y lujurias. Decidió contener su imaginación y se centró en las copias escaneadas de un antiguo libro encontrado en las ruinas de un monasterio de Sevilla. Estaba tan inmersa en lo que parecía un poema lírico del siglo XV de Fernando de Herrera, que no se percató de la sombra que la observaba apoyada en la puerta.

Una taza de café desfiló frente a sus ojos hasta posarse sobre el escritorio. Beatriz sonrió presintiendo el sermón que se la venía encima.

—Deberías buscarte un novio y pasar estas mañanas en la cama retozando con él... ¿Qué diablos haces aquí tan temprano? ¿No tenías el turno de tarde hoy?

—Justo en eso estaba pensando yo —respondió Beatriz.

Una sonrisa pícaro se escapó de entre sus labios.

Herminia Rodríguez era la responsable de archivo de la biblioteca. Hacía pocas semanas había cumplido los sesenta años. Aquella mujer era adorable. Desde que se conocieron la unión entre ambas fue haciéndose cada vez más consistente. Herminia veía en aquella niña triste y solitaria a la hija que hacía tantos años la vida había decidido robarla. La cuidaba con una devoción infinita.

Beatriz se levantó y se dirigió hacia la mujer sin protestar, la abrazó y se reconfortó en sus brazos. Olía a bollo recién horneado y a colonia Nenuco. Pensó que así es como las madres deberían oler siempre. Gracias a aquella mujer la vida era un poquito más sencilla. La besó en la mejilla y se sentó sobre el borde de la mesa.

—Tenía trabajo pendiente y he decidido aprovechar la mañana para ponerme al día. ¿Qué tal está Fermín de la espalda? —preguntó.

—Está bien. Ya sabes que el cascarrabias de mi marido siempre se está quejando. Bueno como todos los hombres... Ahora le ha dado por las maquetas y no sale del estudio, bendita tranquilidad niña, parece que no hay Fermín en casa, ya podía haberlas conocido hace veinte años.

Ambas rieron pese a que Beatriz sabía que adoraba a su marido con locura.

—Dale un beso de mi parte, a ver si un día me escapo a comer con vosotros.

—Eso dices siempre. —Herminia acarició su rostro con ternura—. No perdemos la fe en que algún día se alineen los astros y te dejes caer por casa. Bueno te dejo a lo tuyo, voy a prepararme que luego vienen los de la exposición de Quevedo y tengo que tenerlo todo preparado.

Se marchó con sus andares castizos, meneando bien las caderas. Pese a eso, su media melena se mantenía inamovible. «Debe gastar una fortuna en lacas» pensó Beatriz.

La mañana transcurrió sin demasiados sobresaltos, el tiempo, entre los muros de la biblioteca parecía avanzar a un ritmo diferente a como lo hacía en la calle. Allí Beatriz era feliz, enterrada entre millones de volúmenes, lejos de las personas. Siempre se había sentido diferente, como si estuviera encerrada en una realidad que no la correspondía. Apenas tenía dos o tres amigas y sus relaciones con los hombres eran más entretenimiento que una necesidad. Se sentía incompleta y terriblemente sola. Aunque en el fondo la gustaba. Sus padres habían fallecido apenas unos meses después de su nacimiento, privándola de cualquier recuerdo sobre ellos. Vivió con una pariente lejana que se llamaba Carmen, en Santander, hasta que se marchó a la universidad con dieciocho años. Pocos años más tarde, Carmen fallecería y con ella desaparecía toda la familia que Beatriz había tenido.

Ese era su mundo. De casa al trabajo y del trabajo a casa. Quizá aquella rutina continua es lo único que la mantenía a flote.

Llegó a su apartamento temprano, apenas eran las siete de la tarde. Dejó las llaves sobre la encimera de la cocina y abrió el frigorífico. Estaba vacío. Decidió entonces que pediría comida oriental, y tendría tiempo otro día para hacer la compra.

Se preparó un baño caliente y diluyó en el agua sales con aroma a rosas. Abrió entonces una botella de vino tinto, tomó de la estantería las rimas de Bécquer y se perfiló a la entrada del aseo. Al abrir la puerta una fragancia a bosque virgen colmó sus sentidos. Se adentró en aquella bruma soporífera y se sintió transportada a tiempos remotos, como si se tratase de una ninfa que se adentra en un lago en mitad del bosque, oculta a miradas indiscretas, y disfruta de un momento íntimo con la naturaleza.

Se desnudó con calma y se miró al espejo. Una mujer de aspecto triste la saludó entre el vaho. Tenía el pelo rizado a la altura de los hombros, de color caoba. Los ojos pequeños y de un verde intenso, como si fueran nenúfares flotando sobre un estanque. La boca y la nariz eran proporcionadas pero comunes. Su piel blanca delataba el poco trato que mantenía con el astro rey.

Introdujo primero un pie en el agua para después zambullirse sin medias tintas. Cerró los ojos y poco a poco fue sumergiendo la cabeza en el tibio líquido. Aguantó la respiración y jugó a que no escaparan las burbujas de su boca, como cuando era pequeña. Se sintió plena y libre. Emergió, probó el vino y abrió el libro eligiendo una rima al azar.

Una hora más tarde, en pijama y con una toalla en la cabeza se dirigió al cuarto de estar para llamar al repartidor de comida china. Miró su móvil y descubrió dos llamadas perdidas de Sara, una compañera de la universidad. Devolvió la llamada aunque ya sabía la pregunta y la respuesta que daría. No tenía ganas de salir esa noche.

—¡Ey tía! ya era hora.

Saludó una voz estridente desde el otro lado del auricular.

—¿Qué tal Sara como andas? —preguntó Beatriz con voz cansina.

—Buah fatal, lo he dejado con Miguel, es un capullo. Así que esta noche necesito compañía y he pensado en ti.

Aquello desbarató los planes de Beatriz, que con resignación invitó a su amiga a casa, entusiasmada ante la perspectiva de una noche de lamentos y llores.

Pidió entonces comida para dos, se secó el pelo y se cambió de ropa. Para matar el tiempo de espera hasta que llegara su invitada abrió un vademécum de ordenes secretas antiguas que acababa de encontrar por casualidad pululando y creando polvo en una de las estanterías de libros sin autor.

Se adentró entonces en la búsqueda de una palabra que la obsesionaba por encima de todas las cosas. El nombre de lo que suponía era una orden de fanáticos religiosos que había existido hace unos cuatrocientos o quinientos años, aunque en realidad no sabía absolutamente nada sobre ellos. El mundo parecía haber olvidado a aquellos sectarios o quizá nunca habían existido. Nadie parecía conocer nada sobre la orden. Nadie excepto su padre. La palabra que tanto la obsesionaba era Alur. Que aquel nombre se cruzara en su camino fue una cuestión de azar, o quizá una cuestión de destino. No lo tenía muy claro.

Eugenio y Marta se habían conocido en Londres. Él estudiaba allí historia moderna en la universidad de Cambridge. Ella amaba la música y tocaba el piano en uno de los pub donde se reunían los estudiantes. Se casaron al poco de conocerse y tuvieron una hija. Emigraron a Santander donde Eugenio había conseguido una plaza como profesor de historia en la universidad de Cantabria. Poco tiempo después perdieron la vida, en lo que según la prensa local, fue un trágico accidente de tráfico. El coche en el que viajaban se había salido de la carretera en una curva y había caído al mar. Nunca encontraron los cuerpos.

La casa de la pareja quedó cerrada hasta que Beatriz fue mayor de edad, fue entonces cuando decidió venderla. Pasó varios días viviendo allí en soledad, aspirando el aroma de la casa, como si quisiera impregnarse de lo que quedara de sus padres para tenerlo siempre consigo y así al menos tener la sensación de haberlos conocido. En una noche de insomnio entró al despacho de su padre y vio una caja que llamó poderosamente su atención. Arrancó el celofán que la mantenía precintada y separó el cartón. En el interior una docena de cuadernos y libros aguardaban ser descubiertos. Estaba ojeando lo que parecía un bloc de apuntes cuando una cuartilla de folio escondida entre las hojas se precipitó al suelo. Parecía antigua, la cogió con cuidado, como si fuera a deshacerse con un susurro de viento y empezó a leerla:

*«Los recuerdos son cada vez más difusos, mi maldición es lo que me mantiene vivo y a la vez muerto. Es por ella que llevo siglos recorriendo el mundo, he visto a los más grandes imperios desmoronarse como un castillo de naipes. He conocido más personas de las que sería capaz de imaginar y me he enamorado tantas veces que en el camino he perdido el corazón. Al final, cuando llevas tanto tiempo vivo lo único que anhelas es un buen final para tan largo camino.*

*Sin embargo yo no lo merezco. Yo he sido quien ha hecho desaparecer esos imperios, quien ha matado a más personas de las que es capaz de recordar y quien en realidad nunca ha sido capaz de amar a nadie. Hasta ahora.*

*No quiero que mis actos queden relegados al olvido, quiero despertar a la humanidad del sueño en el que está sumida, quiero contar mi historia tal y como fue y no como me gustaría que se recordase.*

*No hay una forma mejor para empezar, así que empezaré por lo esencial. Y eso, no es otra cosa que describir mi propia naturaleza, qué soy, de dónde vengo y quizá si el tiempo no se acaba antes, explicaré cuál es la razón de mi existencia. Quizá podrás pensar que soy afortunado pues mi vida tiene un sentido claro, pero estas completamente equivocado.*

*Soy el bien y el mal. Soy el origen del cambio y el fin del tiempo. Soy el equilibrio, el juez y el verdugo. Soy la vida y desde luego si algo soy, es la muerte. Soy inmortal pero estoy condenado a morir. Soy humano, pero no queda nada de humanidad en mí. Soy el destino, el protector del mundo y el devorador de almas. Soy un Alur.»*

Un sonido lejano luchó por hacerse un hueco en su mente, pero lo descartó creyendo que solo era su imaginación. Volvió a repetirse de forma insistente, hasta que, consciente de que se trataba del timbre, se precipitó hacia la puerta. Pagó la cena al repartidor y preparó la mesa. Media hora más tarde contemplaba como Sara engullía

los tallarines tres delicias acompañándolos con chupitos de Whisky. Se sentaron en el sillón y hablaron hasta bien entrada la madrugada. Su amiga, víctima del cansancio y de los sinsabores de la vida cayó rendida en un rincón envuelta por una manta de lana. Beatriz la contempló en silencio, en cierto modo sentía envidia por las preocupaciones superficiales de su amiga. Estaba convencida que a los pocos días Miguel volvería a su vida y ella pasaría a ocupar un segundo lugar en la estantería.

Primero abrió un ojo y contempló a la joven que dormía a pierna suelta junto a él. Después suspiró y supo que al levantarse un terrible dolor de cabeza asolaría sus ánimos. Apoyó entonces los pies en el suelo y, sentado en la cama, se masajeó las sienes. Los rayos de sol se filtraban a través de la persiana de la habitación como cuchillos seccionando la oscuridad. Se irguió y estiró las extremidades. Al trasluz, su cuerpo desnudo, revelaba un aspecto inhumano. Su atlética musculatura se mostraba decorada por un sinfín de tatuajes que combinaban de forma diabólica con las cicatrices que poblaban todos los rincones de su piel, como si un mapa del infierno hubiera cobrado forma sobre el torso de un guerrero imbatible.

Encendió el móvil y vio un mensaje de Nattan. Tenía trabajo. Cubrió sus desabrigadas intimidades con un bóxer y se giró hacia la mujer que yacía en el lecho.

—Venga despierta —dijo de malos modos.

Por respuesta solo obtuvo gemidos y un par de vueltas a lo ancho de la cama. Evans entonces tiró de un extremo del edredón con fuerza y lo lanzó al suelo. La mujer abrió los ojos como platos y se preparó para lo que supuso una mañana triunfal de sexo con aquella bestia mitológica a la que había conocido la noche anterior en un antro de mala muerte.

—Ya tuviste tu premio anoche, ¿no querrás también el desayuno verdad princesa? Vístete y sal de aquí.

Sin más conversación se giró y se encaminó hacia la ducha. Cuanto antes aquella chica se olvidara de él mejor para los dos. A los pocos segundos de sentir el agua precipitándose sobre su cara escuchó el ruido de la puerta de la habitación al cerrarse.

Se enfundó unos Levis negros, una camiseta con el logotipo de algún grupo musical que nadie sería capaz de leer y una cazadora de cuero. Sobre la mesa de la habitación un papel con el nombre de Penélope y un teléfono esperaba reclamar su atención. Lo arrugó y con una sonrisa en los labios lo tiró a la papelera. Pagó en efectivo la cuenta del hotel y salió a la calle. Un sol justiciero le recordó que algún día debería dejar de beber. Se lo repetía cada poco tiempo y si eso lo extrapolamos varios siglos atrás... eran muchas las ocasiones en las que lo pensaba. Sacó del bolsillo de la chaqueta unas llaves y arrancó su Harley Davidson para poco después perderse entre las calles de la capital de España.

El buen tiempo que hacía en Madrid aquellos días de primavera generaba verdaderas avalanchas de transeúntes por las calles. Ríos de personas fluían en un cauce lento y perezoso a través de las callejuelas del centro de la ciudad. Aparcó la Harley en un Parking cercano, no sin sentir nostalgia al despedirse de su rugido, y se internó por uno de los pórticos laterales de la Plaza Mayor. Evans se sintió sobrecogido ante la marabunta de cabezas que tendría que sortear para poder llegar a su destino. Se armó de paciencia y comenzó su cansino desfile hasta el otro extremo de la carismática plaza. Bajo los soportales laterales del recinto cientos de coleccionistas de sellos y monedas comerciaban al más puro estilo medieval. Alzaban la voz y animaban a extraños y curiosos a contemplar sus mercancías garantizándoles exclusividad y un precio sin igual. En el centro del recinto, cómicos disfrazados de personajes de series infantiles hacían las delicias de los más pequeños. Una pareja asiática le detuvo, para en un mandarín perfecto, pedirle que les sacara una foto junto a la estatua ecuestre de Felipe III.

Siguió su camino hasta salir por el Arco de Cuchilleros a la calle que lleva el mismo nombre. Descendió la pequeña cuesta mirando distraído a los distintos transeúntes hasta que poco a poco se fue perdiendo entre el laberinto de cruces y callejones del casco histórico. Se frenó entonces ante una tienda de armas y suvenires que parecía estar ubicada en una zona demasiado tranquila. «La vereda» era el nombre que rezaba en el letrero.

Se adentró en ella, saludó al tendero con la mano y pasó a la trastienda. Besó de forma afectuosa a una anciana que hacía calceta sentada en una hamaca de madera labrada. Una sonrisa desdentada y un signo de asentimiento fue cuanto obtuvo por parte de la nonagenaria inquilina. Se aproximó hasta un arco de piedra esculpido sobre una pared blanca y posó ambas manos sobre él. Recitó susurrando un salmo antiguo y comprobó como el muro desaparecía entre sus dedos.

Recordó entonces la primera vez que cruzó una de aquellas puertas. Fue en París, durante su adiestramiento y quien le reveló el secreto no fue otro que su mentor:

—¿Qué haces Nattan? No creo que sea el momento de ponerte a rezarle a un muro. Te recuerdo que nos siguen los...

*Evans no llegó a terminar la frase. Sus ojos crecieron hasta convertirse en brasas ardientes producto de la excitación, como si fueran supernovas regalando su último brillo antes de extinguirse para siempre. Había leído las viejas escrituras, conocía el verdadero funcionamiento del mundo y aun así no pudo hacer otra cosa que maravillarse ante lo que se desmaterializaba ante él. Se sintió como un niño que presencia un truco de magia e intenta convencerse de que todo es una sucia artimaña para engañar y embotar sus sentidos, pero que en su interior, desea con toda su alma creer que aquello existe.*

*—El mundo es un redil creado para los humanos, sin embargo somos muchos los que vivimos en él. Estos lugares, ocultos a ojos indiscretos, son santuarios para aquellos que formamos parte de la maquinaria que mantiene la cohesión de la civilización. Solo los neutrales tenemos acceso a ellos.*

Ahora, casi quinientos años después, seguía sintiendo un leve escalofrío cada vez que accedía al Santuario.

Dio un par de pasos al frente y se fundió con la negrura. A su espalda el muro comenzó a cobrar forma nuevamente y más allá de él creyó escuchar a una anciana que reía.

Cientos de pequeños ojos verdes surgieron de las paredes dando forma a un corredor angosto de no más de metro y medio de ancho y dos metros de alto. Las paredes eran completamente negras, sin aberturas que determinaran cuantas piezas de piedra formaban cada tramo.

Con tan singular fosforescencia Evans avanzó despacio, deslizando las yemas de los dedos por la superficie del frío mineral. Su mano izquierda perdió el contacto con la roca y se detuvo en seco, apenas a cincuenta centímetros del límite del pasillo, más allá una caída interminable daba por concluida la extraña travesía. Giró con el pasillo y comenzó a descender por una escalera de caracol que se le antojó eterna. A medida que se adentraba en la tierra la iluminación iba creciendo y un confortable calor se extendía desde el fondo de la cavidad. Al sortear el último escalón se encontró en una calle adoquinada, flanqueada a ambos lados por edificios de dos alturas. La luz que se filtraba a través de las ventanas delataba la presencia de ocupantes. La calle poco a poco se iba cerrando en cuña y cuando parecía que los muros acabarían por solaparse en un beso de piedra el corredor terminó y Evans pudo contemplar el santuario en todo su esplendor.

Un foso circular de casi un kilómetro de diámetro se reflejó en sus ojos grises. Aquella ciudad sumergida en la tierra se encontraba dividida en varias alturas escalonadas hacia el centro formando un cono invertido. En el anillo exterior, el ubicado a más altura, se encontraban los accesos desde los diferentes puntos de la ciudad, en total podían contarse más de quince. El espacio en el submundo es relativo, las leyes de la geometría se crearon para que la mente humana, racional en gran medida, fuese capaz de asumir las distancias, de tal forma que entradas apenas separadas cien metros entre sí en el santuario podían encontrarse, en el mundo exterior, a una distancia decenas de veces mayor. En el mismo nivel estaban las viviendas más modestas, las destinadas a la mayoría de los neutrales. Se trataba de casas pequeñas, de aspecto acogedor. En su mayoría estaban construidas por ladrillos oscuros con techumbres de paja. Las puertas y ventanas eran de madera de nogal. Las balconeras estaban adornadas con flores coloridas y de las fachadas colgaban candiles y velas que alumbraban las aceras. Al otro extremo del anillo exterior un gran jardín circular colmado de todo tipo de árboles y aves cobraba vida. Entre los bancos y las fuentes de aguas cristalinas multitud de neutrales paseaban y charlaban de forma animada. Cada cien metros escalones de piedra daban acceso al segundo nivel.

Esta segunda cota era conocida como el «nivel servicios». A lo largo de la extensión cientos de tiendas abrían sus puertas. Tabernas y pensiones convivían en armonía con armerías y bazares de ropa. Por las calles trovadores y poetas recitaban y vendían sus creaciones a la sombra de boticas que prometían lo último en brebajes y pociones. Alimentos de todos los rincones del mundo se mostraban esplendorosos en los puestos de los comerciantes que poblaban la rambla y los vendedores de espejismos hacían las delicias de todos con sus trucos ilusorios y sus magias enfrascadas.

El tercer nivel estaba conformado por los edificios oficiales. Grandes estructuras de estilos dispares daban forma al anillo inferior. Torres y almenas góticas se mostraban desafiantes ante el blanco inmaculado de palacetes neocoloniales. Edificaciones Egipcias daban paso a alcázares arábigos en un discordante paseo a lo largo de los siglos y las distintas civilizaciones. En el interior se daba sentido a la existencia humana. Los creadores de realidades moldeaban el espacio y el tiempo y lo adaptaban a la mente limitada de los habitantes del reino superior. Los inventores de religiones daban respuestas a las preguntas de las mentes más necesitadas y los

historiadores creaban el asiento necesario para las distintas culturas. El consejo censal mantenía la población dentro de los límites oportunos y los evolucionadores velaban por el desarrollo intelectual de los hombres.

El cuarto nivel sin duda era el más especial, un estanque cubría toda su extensión. En su interior un líquido negro y denso se mecía en un vaivén imposible generando flujos de líquido que violaban de forma perversa las leyes de la física. En el centro del atezado lago, de entre una bruma grisácea, un haz de luz radiante ascendía imperial hasta la misma bóveda de la ciudadela bañando con su esencia y su calor cada rincón del santuario.

El Santuario, para Evans, era lo más parecido que podría tener a un hogar. Cada pocos años debía cambiar de identidad, de casa e incluso de estilo de vida. En el santuario nadie se cuestionaba nada. Si estabas allí es porque así debía ser. Todas las funciones eran igual de valiosas. Todas eran fundamentales para el correcto funcionamiento del sistema establecido. Descendió al segundo nivel y avanzó a través de la hilera de tiendas, se detuvo junto a una pequeña casita que no aparentaba un área mayor a varios metros cuadrados. Atravesó la puerta y apoyó las manos sobre el mostrador de madera. Centenares de estanterías repletas de cajas y paquetes se perdían en el fondo del almacén mucho más allá de donde su vista era capaz de alcanzar. En el laberinto de metal, los operarios realizaban de forma frenética sus labores transportando mercancías de un lugar a otro a un ritmo antinatural. Para cualquier mente del mundo exterior esta divergencia entre la dimensión que aparentaba por fuera y la que realmente tenía por dentro, hubiera puesto bajo las cuerdas a la cordura.

Un pequeño hombre, de no más de metro y medio, se acercó entonces dispuesto a atender a Evans. Lucía una calva incipiente bordeada en sus extremos por dos lanzas de pelo canoso. Un bigote en espiral del mismo color y una nariz sorprendentemente puntiaguda marcaban sus facciones. Su cuerpo debía medir lo mismo de ancho que de alto. Vestía un traje granate con un pañuelo verde anudado al cuello y en la solapa lucía la insignia que le acreditaba como miembro de la asociación de «Correos y tránsitos».

—¡Evans muchacho! Que de tiempo sin verte —saludó el hombrecillo.

—Hola Cornelius, creo que tienes algo para mí.

—Tú siempre tan directo, da gusto reencontrarse contigo. Deberías controlar esos ímpetus tuyos, te lo digo yo, que de tanto estrés encojo al año un par de centímetros.

—Los mismos que ganas a lo ancho —respondió Evans en tono jocoso.

El hombre se perdió entre las estanterías a una velocidad mucho mayor de la que sus pequeñas extremidades le permitían moverse. Al cabo de solo un par de segundos apareció nuevamente portando un sobre lacrado.

—Ahí tienes. Recién llegado de las tierras de la reina Madre. Una firmita por aquí. —Y le tendió un recibo—. Es curioso, es el segundo sobre con este sello mágico que entrego hoy.

Evans hizo un gesto con la mano restando importancia al asunto, sin embargo aquello no tenía sentido. Ese sello solo lo usaba la orden, si cualquier otra persona intentara abrirlo el contenido se evaporaría al instante.

Cuando Evans llegó a casa eran apenas las doce del mediodía. Vivía en un ático en el céntrico barrio de Lavapiés. Desde la terraza podía contemplar la hilera de tejados multicolores que coronaban las calles colindantes. La variedad de personas y culturas de aquel lugar era maravillosa. Madrileños de toda la vida convivían en el mismo ambiente con chinos, indios, marroquíes y un sinfín de nacionalidades más. Era el lugar perfecto para hacerse invisible a los ojos de quienes no dudarían en darle caza si fuesen capaces de localizarle.

Dejó las llaves y el sobre con las instrucciones sobre su misión en el recibidor de la entrada y se desplomó en el sillón. Nunca trabajaba antes del mediodía.

La estancia se mostraba inusualmente vacía, una mesa y una estantería repleta de libros y vinilos polvorientos era todo el mobiliario con el que contaba en el salón. El resto de la casa tampoco destacaba por su elaborada decoración. La habitación principal era amplia y pese a estar sumida en tinieblas dejaba entrever un colchón tirado en el suelo junto a un par de mantas revueltas y una triste bombilla que colgaba de los cables ondulando de un lado a otro.

Las paredes del ático parecían gritar suplicantes por un baño de pintura blanca y el polvo campaba a sus anchas en lo que nadie hubiera dudado eran sus dominios desde hacía bastantes meses. Al fondo del pasillo dos habitaciones cerradas con llave se mostraban recelosas a mostrar sus secretos a miradas indiscretas.

Sus pensamientos volaron lejos, a tiempos remotos en los que por momentos había conocido la felicidad. Una mujer de pelo rojo como el fuego y una mirada rebosante de vida le sonrió en silencio susurrando su nombre. Le tendió la mano y cuando él intentó agarrarla se desplazó nuevamente lejos de su alcance. Él corrió para intentar alcanzarla pero cuanto más rápido se desplazaba más lejos se mostraba su silueta. Frenó su carrera y sus miradas se cruzaron durante un segundo demasiado corto. Ella se giró y se encaminó a lo largo de un acantilado que surgía de la montaña. La furia del océano atronaba sus oídos al romper con rabia contra la piedra inerte. Evans la contempló precipitarse con los brazos extendidos y perderse para siempre en la boca de un gigante de dientes afilados de roca y saliva de espuma de mar.

Despertó de su ensimismamiento y se dirigió al fondo del pasillo. Apoyó una mano sobre la puerta de la derecha y descolgó de su pecho una cadena de la que pendían una llave y un anillo. Introdujo la primera a través del hueco de la cerradura y giró la manivela. La estancia era amplia, un piano y un violín esperaban impacientes su momento de entrar en acción. La pulcritud de los instrumentos desentonaba entre la nube de moléculas de polvo que contenía la habitación. Asíó el violín y dejó que sus dedos acariciaran la madera de arce. Con cuidado lo elevó y posó la barbilla sobre la tabla armónica, estremeciéndose con el contacto. El arco descendió hasta rozarse con las cuerdas y comenzar un sensual baile entre ellas desencadenando un torrente de armonías que despejó de golpe la soledad reinante en el ambiente. Tocó durante horas, con dolor y con terror. Se sintió vivo nuevamente, olvidó su pasado y dibujó canciones con las notas solo para ella. La furia se fue adueñando de él hasta convertir la melodía en una montaña rusa de arpegios salvajes y discordantes que arañaban el aire con sus lamentos y sus gritos de dolor. Sin más se detuvo, lo dejó en su atril y volvió a cerrar con llave la habitación. Aquel era el único vínculo que mantenía con su antigua humanidad, con lo único puro que quedaba en su alma.

El sobre era mayor de lo habitual. El sello lacrado tenía forma de triángulo equilátero seccionado en dos. Colocó el dedo sobre el grabado y apretó con fuerza. Primero sintió un hormigueo sobre la yema de su índice que poco a poco se convirtió en una quemazón profunda. Al retirar el dedo, el lacre había desaparecido. Esparció el contenido sobre la mesa del cuarto de estar y descubrió varios folios. Uno de ellos contenía una fotografía de su objetivo, al contemplarlo enarcó una ceja y dejó el retrato aparte. Desplegó otro de los folios y comenzó a leer la misiva. Una caligrafía propia de un copista de origen medieval no dejaba lugar a dudas sobre el remitente de la carta. En la misma se detallaba la identidad de su objetivo. Se trataba de un empresario de origen ruso poseedor de una de las mayores fortunas del mundo. Había fundado su imperio gracias al sector energético, más concretamente al gas natural. Dedicaba gran parte de su capital a obras de caridad en el continente africano. Pero eso no era todo. Aquellas construcciones en países en vías de desarrollo era una tapadera perfecta para el verdadero negocio al que dedicaba su tiempo: el tráfico de armas y de componentes radiactivos. Cada escuela y cada hospital que fundaba, servía de almacén para la distribución ilegal de tan demandadas mercancías. Se empapó de cada detalle, por sutil que pareciese y elaboró un plan que no difería en demasiado al adoptado en otras muchas ocasiones. Entrar sin ser visto, asesinar y salir de allí por una vía de escape asegurada con anterioridad.

El sol comenzaba a dudar si esconderse o alumbrar el cielo de Madrid durante unos minutos más. Los reflejos púrpuras del anochecer se filtraban entre las nubes y los aromas de la noche desfilaban con lentitud inundando los rincones de la ciudad. Muchos eran los que volvían al hogar para descansar de un largo día de trabajo y muchos también los que buscaban un hogar entre los cartones y las esquinas menos frías. Los carteles luminosos de las tiendas cedían el testigo a los neones de otros locales de índole distinta. La población parecía rejuvenecer sumida en el ciclo infinito de las ciudades que nunca duermen.

Mientras tanto un ser atemporal se enfundaba un traje de oscuridad y cubría su rostro con un manto de negrura que lo habría hecho invisible al resto del universo si el resplandor de dos puntas metálicas no asomara de sus manos y una mirada sedienta de sangre no iluminara su rostro.

Al abrirse la rampa de acceso de su Jet privado, Alexei Pávlov pudo al fin respirar tranquilo. Odiaba volar y eso que lo hacía casi a diario. Descendió con cuidado y se cubrió los ojos con unas gafas negras. Tenía que reconocer que aquel traje blanco immaculado de Armani le sentaba especialmente bien. Se ajustó la americana y descendió la escalinata hasta posar sus excéntricos mocasines de charol sobre tierra firme. A su espalda surgieron dos guardaespaldas que apenas entraban por la compuerta del avión y, tras ellos, un par de rubias de aspecto exuberante que habían sido seleccionadas de forma escrupulosa para hacer más llevadera la travesía transoceánica. Alexei se giró hacia ellas y las premió con varios billetes de quinientos euros para después besarlas en los labios y prometerlas que se encontrarían más tarde en el hotel.

Una limusina negra se detuvo junto a él y un chofer de aspecto severo abrió la puerta. El interior del vehículo reflejaba el esmero y el dinero invertido en el mismo. Se sentó sobre el asiento de cuero y no dudó en asaltar una pequeña nevera de la que extrajo una copa y una botella de champagne. Escuchó entonces un traqueteo contra el suelo de la limusina y al contemplar el otro extremo de la cabina apreció una sombra que se perfilaba oculta. Un bastón golpeaba desde su base el suelo de forma rítmica para después coronarse en un puño de marfil con la forma de una cabeza de águila.

No pudo contemplar su cara pero el nudo que aferró su estómago le confirmó de quién se trataba.

Apenas un par de minutos más tarde, desde un Renault Clío, David contemplaba entusiasmado la limusina a la que seguía, imaginando que clase de personalidades viajarían a bordo de aquella maravilla. Una de las puertas traseras se abrió en plena marcha y una mano aferró el marco de la abertura. Un sombrero de copa negro asomó por el hueco y bajo él un ser de aspecto demoníaco le hizo un gesto con la mano y esgrimió una sonrisa con demasiados colmillos, para después saltar a la carretera y desaparecer justo cuando el pequeño Clío embestía con fuerza el espacio que antes ocupaba el cuerpo del misterioso individuo.

Cuando Alexei llegó al Hotel decidió que necesitaba quitarse el estrés del viaje y de su inesperado acompañante. Reservó la planta 19 al completo y se dedicó un par de horas a sí mismo dando uso del spa mientras contemplaba toda la ciudad desde su trono en las nubes. Se anudó el albornoz y se acercó a la ventana junto a una fuente con frutas. Sacó el móvil de la chaqueta y llamó a uno de sus guardaespaldas con la instrucción de hacerle llegar a las féminas de las que tanto disfrutaba.

El paseo de la castellana dormía entre las luces de los pocos coches que atravesaban la noche, el cielo estaba despejado pero aun así la luna se mostraba reacia a mostrar sus bondades.

Evans le contempló en silencio, fundido entre las sombras de una de las esquinas de la habitación. Sintió crecer la excitación en su interior y una ola de furia asesina asomó por sus ojos con la forma de un volcán en erupción. Con el sigilo de la noche y fundido en una nube de muerte se acercó despacio a su presa. Dejó que sintiera su presencia y se le helara la sangre en una bocanada de terror. Sintió cómo el aura del infeliz se impregnaba de miedo y escuchó de forma clara el acelerado ritmo de su corazón inquieto. El pobre diablo se giró con la idea de dar forma a su terror. Cuando lo hizo y enfrentó aquella mirada gris supo que iba a morir. Dos dagas aparecieron de entre las mangas de la sombra y, antes de poder reaccionar, Alexei sintió el frío del metal penetrando ambos costados de su pecho. El impulso de la acometida lo elevó casi un metro en el aire para poco después encontrarse recostado sobre el suelo con el rostro oscuro de su asesino a apenas unos centímetros de su cara. Sus ojos ceniza parecieron explotar y una llamarada roja como la sangre los bañó por completo. Se formó entonces un vínculo letal entre ambas miradas, una magia antigua encadenó sus mentes. El torso del empresario se contrajo en un espasmo de dolor para después reaccionar en sentido opuesto como si algo intentara arrancarle el corazón. Sintió entonces no solo cómo le abandonaba la vida, también cómo lo hacía su alma.

El día había llegado sin que apenas se dieran cuenta. Beatriz se levantó del sillón, donde había mal dormido un par de horas, y se acercó a la ventana. Alzó la persiana y dejó que un sol radiante de principios de primavera traspasara el umbral de la casa. Sara protestó ante lo que entendió una venganza por hacerla pasar la noche en vela. Se acurrucó contra el respaldo y se echó una manta sobre la cabeza. Apenas media hora más tarde Beatriz la descubrió contemplándola desde el marco de la puerta mientras ella preparaba café. Poco a poco el olor a despertar y pan recién tostado inundó el apartamento.

Tras despedirse de su amiga, decidió que la mejor forma de aprovechar aquella maravillosa mañana de sábado era salir a correr por el Retiro. Se calzó sus zapatillas de «running» rosas fosforitas y unas mallas que prometían darle aspecto de corredora habitual en las maratones ciudadanas. Anudó su pelo con una cinta elástica y presionó el botón de inicio del iPod, que previamente había cargado con una lista de reproducción que ella misma había denominado como «vamos muñeca».

El parque del Retiro era uno de aquellos lugares mágicos para Beatriz. Desde que lo visitó por primera vez quedó impresionada ante la gran extensión que ocupaba el edén verde dentro de la ciudad. El lugar se mostraba repleto de ciclistas, corredores y parejas caminando dadas de la mano, que huían del bullicio de las calles y buscaban momentos de soledad e intimidad. Cuando llegó al lago tuvo que parar presa de flato y de la sed. Compró una botella de agua mineral en un quiosco de la zona y se tumbó en el césped mientras se dejaba acariciar por los rayos del sol. Desde allí podía ver las barcas dar vueltas en círculos sin un rumbo aparente, gracias a la escasa pericia de los jóvenes que se hacían pasar por capitanes de navío ante la mirada excitada de sus nuevas conquistas.

Reanudó la marcha y corrió perdida en sí misma hasta llegar a la entrada principal del Palacio de Cristal. La estructura de metal y vidrio situada sobre una cama de césped y a la orilla de un pequeño lago parecía una escena extraída de una película de Disney. Pese a no ser singularmente grande, sus tres naves laterales coronadas por una cúpula de más de veinte metros de alto convertían al palacio en uno de los lugares más místicos de la ciudad. Apoyó la espalda y ambas manos sobre la balaustrada que daba al estanque y se deleitó con los reflejos de los rayos del astro rey al incidir sobre la translúcida estructura.

Siguió con los ojos el contorno del Palacio desde la bóveda hasta la puerta y allí se sorprendió al ver a un hombre, de unos treinta años, que fumaba un cigarro apoyado contra el muro de la entrada. Tenía los brazos cruzados y bajo su camiseta negra se intuían dos fibrosos bíceps repletos de tatuajes. El pelo negro le caía sobre los hombros y su barba de varios días disimulaba alguna que otra cicatriz que le cruzaba el rostro. Sin embargo pese a su aspecto oscuro hubo algo que llamó aún más la atención de Beatriz, no supo definir el color de su alma.

En ese momento el extraño, al sentirse observado, se giró hacia ella y la miró directamente a los ojos. Comenzó a caminar en su dirección sin desviar la vista. El corazón de Beatriz comenzó a bombear con excesiva intensidad y sintió como la sangre se arremolinaba en sus mejillas y comenzaban a colorearse de un rojo delator. Pese a la vergüenza que sentía no era capaz de apartar los ojos de aquella mirada gris. Cuando el extraño apenas se encontraba a un par de metros sintió la necesidad apremiante de quitarse los cascos y dibujar su mejor sonrisa. Se preparó entonces para una interesante charla con su misterioso adonis que nunca llegó a producirse. El hombre pasó de largo aunque en su rostro se reflejó una media sonrisa, confidente, que parecía significar un hasta luego en vez de un adiós.

—Eres tonta Beatriz. —Fue todo lo que acertó a decir cuando el rubor se convirtió en frustración.

Siguió al extraño con la vista y contempló que en su mano izquierda portaba lo que parecía una funda de violín. Le vio introducir entonces la derecha en el bolsillo trasero del pantalón para sacar un trozo de papel, que tras contemplar, dejó caer al suelo.

Beatriz estiró los gemelos apoyando cada una de las piernas en la barandilla y alargando los dedos hasta tocar la punta de las zapatillas. Se volvió a colocar los auriculares, dio un par de saltitos y reanudo la marcha en sentido contrario. Al pasar trotando sobre el papel que había visto tirar al hombre, torció la vista presa de la curiosidad y vio un dibujo que la resultó extrañamente familiar. Pasó de largo para pocos segundos después volver hasta él y agacharse para cogerlo. El mundo pareció entonces concentrarse sobre sus hombros y la presión la hizo perder el equilibrio. Quedó sentada con las piernas cruzadas, en mitad del camino, mientras un sudor frío la invadía y la cortaba incluso la respiración. Un símbolo y unas palabras malditas habían sido las causantes de su repentino malestar, entre ellas, la que apenas la dejaba dormir por la noche: la palabra Alur.

Buscó al extraño por cada rincón del parque. Creyó en un par de ocasiones escuchar el sonido de un violín acompasado por el cantar de los pájaros, pero fue incapaz de encontrar el origen del mismo. Volvió a casa con el espíritu aletargado y las piernas temblando a causa de la emoción y del cansancio. Desde luego el encuentro no podía ser casual. Él la estaba esperando, solo a ella. Beatriz no creía en el destino ni en las casualidades. Colocó el papel sobre el escritorio y extrajo de uno de los cajones el texto que había encontrado entre las posesiones de su padre. Las manos apenas eran capaces de realizar las ordenes que llegaban desde su cabeza y a causa de ello tardó lo que la pareció una eternidad en confrontar ambos escritos. No había duda. El símbolo era el mismo. Dudó de si incluso la caligrafía no fuera la misma, aunque pronto entendió que era imposible. Se llevó la mano derecha a la boca, como si así pudiera disimular su asombro, y rompió a llorar desconsolada. Lloró por sus padres, lloró por ella y lloró por el misterio que había marcado su vida.

Con delicadeza volteó el papel y volvió a leer aquel párrafo de caligrafía sutil. Se trataba de un fragmento escrito a pluma, podían apreciarse pequeñas acumulaciones de tinta sobre las mayúsculas de inicio en cada frase.

*«El mundo es un campo de juego para dos niños poderosos y los humanos son solo sus peones. La verdad se muestra oculta pero está tan cerca que tenemos miedo de reconocerla.»*

*Alan Urdin»*

Presa de la consternación encendió su portátil y tecleó el nombre del escritor en un buscador. Escrutó cada rincón de la web durante todo el día intentando localizar algo más de información con la que continuar investigando, pero cuanto más tiempo pasaba más perdía la esperanza. Corría por un camino sin salida. Cerró la pantalla del ordenador y golpeó con ambas manos la mesa del escritorio. Comenzó a dar vueltas por la habitación intentando aclarar sus ideas, buscando las conexiones invisibles que estaban pasando desapercibidas para ella. Sin más se detuvo y chasqueó los dedos. Agarró una chaqueta de la percha de la entrada y salió corriendo del apartamento como si cada instante que perdiera la alejara más de la verdad, una verdad que después de tantos años tenía que ser descubierta.

Paró el primer taxi que encontró y se dirigió al único lugar donde podría seguir buscando.

—A la Biblioteca Nacional por favor —fue todo cuanto dijo.

El conductor, que a todas luces parecía cubano, asintió con la cabeza e intentó dar conversación a la joven. Ante los continuos monosílabos que obtuvo por respuesta desistió en su empeño y subió el volumen de la emisora caribeña que tenía sintonizada en la radio, poco después comenzó a golpear de forma rítmica el volante mientras canturreaba ritmos prohibidos de sol y sensualidad de su añorada patria.

El móvil comenzó a vibrar, Beatriz lo extrajo del bolsillo y se quedó mirando la pantalla. David era compañero de la Biblioteca. No era especialmente listo y su puesto se debía más a la influencia de su padre que a sus dotes académicas. Varias veces había intentado, sin éxito, invitarla a cenar y su última conversación no fue precisamente amistosa. Volvió el teléfono y esperó a que se cansara. Un sonido corto avisó entonces de la recepción de un mensaje de texto. «Tengo algo que contarte» fue la enigmática frase que había enviado David. «Tiene el don de la oportunidad desde luego, no podría haber elegido un día peor para volver a la carga» pensó Beatriz. Volvió a guardar el móvil en el bolsillo prometiéndose que le escribiría más tarde.

La biblioteca estaba practicando vacía. El buen tiempo de aquellos días animaba más a la contemplación de la vida desde una terraza que a la soledad reinante entre las paredes del viejo edificio. Encendió uno de los ordenadores esparcidos por la sala de lectura y probó con cuantos parámetros de búsqueda fue capaz de imaginar, en el catálogo general, pero no obtuvo ninguna coincidencia.

Recordó entonces que Herminia, en colaboración con otras bibliotecas europeas, estaba diseñando un programa piloto para formar un archivo común de libros perdidos. Se precipitó escaleras arriba y llamó sin demasiada delicadeza a la puerta. A los pocos segundos la figura redondeada de la mujer apareció por el marco de la entrada.

—Pero chiquilla que prisas me llevas. ¿Estás bien? Menuda cara de circunstancias que me traes.

—Estoy bien, no te preocupes. Necesito tu ayuda Hermi —contestó Beatriz mientras cogía su mano con ternura y ponía ojos de animalito indefenso.

—Claro, pero mejor será que me cuentes de que se trata porque me estoy poniendo nerviosa y sabes que me sube el azúcar con la tensión. ¿No será cosas de chicos no? Que yo de eso ando muy perdida ya... Pero cuando tenía tu edad... Menuda dinamita era yo. Y si no que se lo digan a mi Fermín que tuvo que partirse los morros con varios mozos por mí.

—En cuanto se dio cuenta de la mujer que tenía delante supo que cualquier esfuerzo merecería la pena —dijo Beatriz sonriendo.

—No se hija mía, a mí me gustaba más un pretendiente que iba para médico, pero al final este me cameló con sus poemas y sus rosas. Aunque fijate, cosas de la vida, resultó que al final, después de casado y con dos crios, al médico le gustaban más otros ambientes. Ya me entiendes hija.

Lo dijo casi en un susurro, como si aquello fuera un secreto que no tenía que haber descubierto.

—Pero bueno pasa y me cuentas, no te quedes ahí parada.

La estancia parecía más un cuarto de estar que un despacho. Había jarrones con flores de todos los colores, una pequeña mesa camilla con faldones y un tapete de ganchillo que ella misma había confeccionado. Las estanterías, repletas de archivadores, contenían los formularios de registro de todos y cada uno de los volúmenes que habían pasado por la Biblioteca Nacional. Estaban ordenados siguiendo un esquema de colores en función del año en que habían sido creados. En las paredes, también organizados de forma temporal, se encontraban, pegados con celo, los dibujos que los niños habían ido haciendo durante sus estancias en los talleres infantiles de verano. A Beatriz le encantaba contemplar los dibujos y pensar que quizá padres e hijos compartían aquel mural pintado con témperas y acuarelas sin tan siquiera saberlo.

Beatriz tomó asiento y comenzó a explicar, sin entrar en demasiados detalles, lo que buscaba.

—Me parece a mí que no me estás contando toda la verdad, pero bueno, vamos a ver si esta vieja bibliotecaria puede demostrarte que ese *interné* al que adoráis no tiene todas las respuestas, jovencita.

Esta última parte la dijo masticando las palabras lentamente y observando de forma pícaro a Beatriz.

—¿Sabemos la fecha o el género?

—Pues no sabría decirte, puede que incluso no exista.

—Desde luego solo por nombre no salta ninguna coincidencia. Nosotros no lo tenemos.

—Ya lo suponía —dijo Beatriz agachando la cabeza resignada.

—Bueno, no tires la toalla aún. Vamos a ver si está dado de alta en la base de datos de alguna otra biblioteca. Este entorno está aún en pruebas pero es bastante eficaz.

El brillo de la pantalla se reflejaba sobre las gafas de Herminia. Beatriz la contempló en silencio, consciente de lo importante que era aquella mujer para ella. Era lo más cercano a una familia que tenía en Madrid, o puede que incluso en el mundo.

—¡Qué curioso! He probado a introducir solo el apellido y han saltado coincidencias en varias bibliotecas. Tenemos un Albert en Alemania, un Alexander en Viena, una Alise en Londres y un Alfredo en Roma. Cada uno está en un idioma diferente y distan en un siglo entre sí.

—Pero eso no tiene ningún sentido... ¿Aparece el título de los libros?

—No hay nada más. Aparecen los nombres pero no hay ninguna información sobre los escritos. Parece casi una broma de mal gusto ¿Te has fijado que todos empiezan por «AL»?

Beatriz lo repitió para sí misma y tardó casi un segundo en atar los hilos que volaban libres por su mente. Aquello tenía que ser una señal, no podía ser casualidad que las dos primeras letras del nombre y el apellido formara aquella palabra maldita. Tuvo entonces una corazonada.

—¿El sistema realiza búsquedas parciales de nombres y apellidos? —preguntó.

Tuvo la certeza de que aquella era la respuesta al enigma.

—Sí claro. ¿Qué quieres que pruebe? —la interrogó Herminia.

—Introduce en el campo de nombre «AL» y luego en el de apellido «UR» —respondió la joven.

—Mira tú por dónde lo que aparece por aquí, baje Dios y lo vea. —Lo dijo mirando por encima de las gafas como si aquello no tuviera ningún sentido—. Además de los anteriores, ha aparecido un tal «Allan Urdin», alguien debió transcribirlo mal, y lo mejor de todo, ese texto lo tuvimos nosotros hace casi treinta años.

—¿Ya no lo tenemos? —exclamó consternada Beatriz.

—Ahí se pierde la pista, no aparece nada más desde luego. Pero si estuvo aquí tiene que aparecer más información en el archivo. Si no tienes otra cosa que hacer siempre puedes buscarlo allí.

Señaló con el dedo la fila de estanterías de color rosa, indicativo de los registros de los años 70.

Media hora más tarde, Beatriz descendió hasta una de las mesas de la sala de lectura cargada con varios archivadores de peso desproporcionado. Cada una de las hojas archivadas contenía una ficha del libro junto con una fotocopia de la portada o en su defecto, para los libros más antiguos, un pequeño grabado a lápiz.

Comenzó a pasar páginas inspeccionando cada detalle y cada imagen. Descubrió en el proceso multitud de libros olvidados para la historia y no tuvo duda de que, quizá, aquel archivo era lo único que los recordaba allí donde estuvieran. Las páginas estaban plastificadas y se pegaban unas con otras, como si aquel álbum de fotos viejas no quisiera desvelar sus misterios. Cuando terminó el primer volumen había analizado más de mil fichas. Se recostó sobre el asiento y contempló la sala de lectura, apenas se apreciaban un par de cabezas entre las luces de las mesas. Pensó en si todo aquello no era una locura. ¿Acaso podría descubrir ella un secreto que llevaba oculto tanto tiempo? Si no hubiera aparecido el extraño del parque, tarde o temprano, habría abandonado su búsqueda, convencida de que todo era una invención de su padre. Sin embargo ahora todo cobraba un sentido distinto. Tenía que ser cierto y solo tenía que encontrar el cabo suelto para poder tirar de él y desenmarañar el rompecabezas.

Con los ánimos renovados se sumergió en un nuevo volumen y perdió la noción del tiempo. Poco después el ruido de una silla junto a ella la sacó de su trance, volvió la vista y descubrió a David sentado a su lado.

—Te he buscado por todas partes Bea. Esto es importante.

—Estoy un poco ocupada ahora. ¿No puede ser en otro momento? Si quieres tomamos algo después. —Dejó la frase en el aire.

Beatriz sabía lo que aquello significaba, pero necesitaba seguir analizando las fichas a cualquier precio.

—Creo que me estoy volviendo loco.

—David, ya lo hemos hablado. Yo te aprecio pero no de esa forma, ya lo sabes —dijo Beatriz.

El tono mecánico que empleo fue para dar por zanjada la discusión lo antes posible.

—No tiene nada que ver con eso, ya me lo dejaste claro la última vez. Anoche tuve una alucinación, circulaba en mi coche de camino a casa y vi una limusina.

Beatriz siguió pasando hojas de forma mecánica, como si estuviera sola.

—Entonces la puerta se abrió y vi... —No terminó la frase.

La ausencia de sonido a su alrededor la hizo pensar que David se había enfadado por no prestarle atención. Se volvió a mirarle, para pedirle de forma educada que se marchara, cuando se sorprendió ante la cara de terror que exhibía su compañero. Tenía la boca abierta en una mueca casi inhumana, sus ojos, más grandes de lo que ella los recordaba, producto de la excitación, miraban fijamente al archivador que contenía Beatriz entre sus manos, más concretamente a la ficha que tocaba ser analizada.

—¡Dios, es él! —exclamó David.

Ante ella, un ser de aspecto demoníaco aparecía recostado sobre un trono. Portaba un sombrero negro y un abrigo largo del mismo color. En una mano portaba un báculo con la empuñadura en forma de cabeza de león. El ser miraba de perfil, de forma amenazante. A su espalda se apreciaba otro espectro de características similares, vestía una túnica larga y otro bastón con la cabeza de un águila se apreciaba en sus manos.

El título de aquel grabado era «Cuentos olvidados» y estaba catalogado como libro infantil. El autor era Alan Urdin.

Desde la ventana de la mansión, un hombre de mirada tétrica oteaba el amanecer fundido en sus propios pensamientos. Recordaba el pasado, como hacía a menudo, y planeaba de forma frenética todos los posibles escenarios con el fin de evitar errores. Cada detalle cobraba una importancia capital en la mente preclara de Ditrov.

Dejó a sus recuerdos vagar libres de las cadenas del espacio y del tiempo y fijó su mente en aquella mañana de verano de hacía ya más de dos siglos. Aquella mañana en la que la orden fue sumida en el caos y él fue nombrado nuevo líder de los Alur, para así guiarlos en adelante con puño de hierro. Por un camino distinto. Un camino para el que él había sido elegido.

El mundo no era tan distinto a como lo es ahora. Los hombres siempre han sido vanidosos e ignorantes. Sumisos a una ley que desconocen y presas de un destino marcado. Las luchas de poder, las demostraciones de fuerza y la dominación siempre han sido la razón de su propia existencia. Fueron creados por el fuego de la guerra y es allí en el único lugar en el que se sienten realizados y pueden buscar una excusa para sus depravados anhelos. Una nueva guerra se avecinaba y las posiciones de los ejércitos ya estaban tomadas.

El templo se mostraba en lo más profundo del bosque, oculto por los miles de brazos de tejo poblados de verdes hojas, de un color tan intenso y vivo como solo puede apreciarse en el norte de Escocia. El rocío de la mañana bañaba las copas de los árboles y las partículas de humedad deambulaban por el ambiente pesadas y desplazadas por las caricias del sol. Entre el follaje, las antiguas piedras invadidas por el musgo, contemplaban impasibles el paso de los siglos y los antiguos rituales que acontecían entre sus lindes. Era un lugar sagrado, e incluso la naturaleza era consciente de ello. Los árboles batían sus fauces en retirada y ni el canto de los jilgueros se atrevía a atravesar la esfera sacra que parecía conformar los límites del templo. El silencio reinaba por cada rincón y solo los suaves susurros del viento cortaban el aura opresora del lugar.

Una explanada circular de piedra amarilla, rodeada por un pequeño anfiteatro, servía de escenario para los rituales y las reuniones de la orden.

Como cada veinticinco años, los ocho se fundían en una comunión con la naturaleza, entre iguales. Era el único momento en el que todos los Alur confluían en un mismo lugar. Debatían sobre los cambios del mundo y sobre el camino a seguir a fin de mantener el equilibrio.

El sonido de un cuerno anunció el comienzo de la celebración. Enfundados en hábitos de color azul y encapuchados, ocho sombras aparecieron de ocho rincones diferentes de entre las ramas de los árboles. Formaron un círculo perfecto en el centro de la explanada y tendieron sus dagas al frente hasta que las ocho empuñaduras quedaron en contacto. Uno a uno anunciaron sus nombres y tras un momento de silencio retiraron las telas que cubrían sus rostros. Los guerreros quedaron frente a frente, observándose, o quizá, evaluándose. No hubo palabras alegres ni saludos entusiastas. Aquellos seres inhumanos emanaban la muerte por cada poro de su piel y sus ojos grises como la ceniza no mostraban el más mínimo signo de sentimientos.

Un susurro discordante distorsionó la paz del recinto. Los músculos de cada uno de los asesinos se tensaron y su sexto sentido, entrenado gracias a mil cicatrices, los preparó para la lucha. Mantuvieron la posición, cubriendo sus espaldas, y sus ojos, antes grises, se tornaron en el color del fuego desatado. De entre la espesura, un centenar de hombres de dientes afilados y ojos negros como la noche, emergieron y tomaron posiciones; rodeándolos.

Evans preparó sus piernas para lanzarse a una muerte tan segura como anhelada, cuando sintió que Nattan le asía por la muñeca. Sus miradas se cruzaron y supo que tendría su batalla, pero aún no era el momento. De entre los ocho, un hombre de melena gris, adelantó su posición un par de metros respecto a sus hermanos e hizo una reverencia. A simple vista parecía el mayor del grupo. Sus ojos parecían haber vivido varias vidas y su espalda encorvada le confería un aspecto de falsa fragilidad. El Gran Maestro desanudó con cuidado su túnica y la dejó caer al suelo. Enderezó su cuerpo, cubierto tan solo por un pantalón de cuero, hasta alcanzar una altura muy superior a la que en un principio podría haber aparentado.

Si aquellos seres hubieran sido capaces de razonar, habrían huido ante la visión del gigante amenazante que se mostraba confiado ante ellos.

Un nuevo rumor cortó el silencio y una espectral figura emergió de entre la fronda. Detuvo su caminar frente al líder de los asesinos y relamió sus labios en señal de triunfo. El cabello rubio caía sobre sus hombros en una cascada de oro y unos ojos de azul intenso reflejaban los escasos rayos de sol que atravesaban la espesura. Vestía una capa roja y armadura de hierro forjado. Desenfundó una espada gigante con una sola mano y la clavó en el suelo con tanta fuerza que la piedra se resquebrajó varios metros a su alrededor.

Los asesinos, al sentir su alma, no tuvieron duda de la naturaleza del ser. Se trataba de un Señor del Orden.

—Son muchos los siglos de persecución que hoy van a llegar a su fin, os habéis escondido bien ratas asesinas, pero ha llegado la hora de poner fin a este juego. —La voz del recién llegado supuso el comienzo de la batalla.

Los esbirros del Orden se lanzaron a la batalla portando hachas y espadas. Los primeros seres apenas se encontraban a un par de metros del gran maestro cuando una sombra se dirigió sobre la primera fila que cargaba feroz. Atravesó las líneas enemigas seccionando el cuello de cuantos demonios encontró a su paso. Los cuerpos de los enemigos desaparecían antes de tocar el suelo y en su lugar pequeños charcos de materia negra tiznaban la piedra amarilla y la hierba cercana. Evans se movía con una velocidad inhumana, esquivaba docenas de ataques mientras ensartaba a cuantos se interponían en su camino.

El resto de asesinos se situaron por delante del Maestro, reteniendo las hordas demoniacas que no dejaban de surgir desde las entrañas del bosque. Aquel escuadrón de muerte, formado por siete guerreros, parecía danzar de forma mecánica al son de una macabra melodía compuesta por los choques del metal y los alaridos de los enemigos caídos.

Gabriel, el Alto Señor, separó su espada del suelo y de un salto, de más de cinco metros de distancia, se posicionó a la espalda del Gran Maestro. Se midieron en silencio, ajenos a la batalla que acontecía a su alrededor. De forma simultánea se propulsaron el uno frente al otro alzando sus armas. Gabriel describió un veloz arco con su espada en sentido descendente dispuesto a seccionar en dos al Alur, pero este, con gran gracia, esquivó la acometida. La fuerza del impacto contra el suelo fue tal que generó una onda expansiva que catapultó al Alur hacia uno de los muros de piedra. Justo antes de chocar, giró sobre sí mismo, apoyó los pies contra la grada y se propulsó nuevamente en dirección a su enemigo. Gabriel de un rápido movimiento propinó un codazo a la sombra que lo asaltaba, pero sintió las dagas del asesino propinando su carne y salpicando de sangre su armadura.

Nattan, consciente del peligro que corría el Maestro, avisó a Ditrov que combatía de forma feroz ganando cada vez más terreno a las hordas enemigas. De un movimiento imposible vio como seccionaba las piernas de un demonio para ascender girando sobre sí mismo y hacer lo propio con la garganta de otros dos. Nattan ocupó su lugar al frente de la línea de contención mientras Ditrov retrocedía dispuesto a prestar la ayuda necesaria a su líder.

La batalla entre aquellos dos hombres acontecía tan fugaz que pocos seres sobre la tierra hubieran sido capaces de distinguir los movimientos. En cada envite el mundo parecía verse contraído hacia un solo punto, para nuevamente salir repelido con el doble de intensidad.

Ditrov atacó de forma conjunta con el Maestro, intentando cercar al gigante que los amenazaba con su mandoble a cada instante. Apenas eran capaces de repeler las acometidas de aquel increíble guerrero y poco a poco el esfuerzo fue haciendo mella en ellos. En un rápido movimiento los dos asesinos se abalanzaron de forma simultánea contra Gabriel, cada uno por un costado de su cuerpo. Gabriel giró un ángulo de noventa grados encarando al anciano y dando la espalda a Ditrov. Con un rápido movimiento lanzó hacia atrás su espada, agarrando con sus manos desnudas el filo, y golpeó de forma brutal el rostro de su atacante con la empuñadura de su arma con tal fuerza que salió despedido varios metros. El crujido de los huesos al romperse retumbó por el encima del fragor de la batalla. De la misma forma, con las manos repletas de sangre, Gabriel lanzó hacia delante su espada y ensartó por el estómago al gran Maestro de los Alur, lo elevó en el aire casi dos metros y vio descender la sangre derramada hasta que le bañó los dedos y se diluyó junto a la suya.

Sus miradas volvieron a cruzarse, no había miedo en el moribundo, no había ira. Lo que se dibujó en aquellos ojos fue el color de la traición. Antes de exhalar su último aliento, un grito que parecía nacido del averno retumbó sobre las cabezas de todos los presentes. El Alur estiró sus brazos hacia atrás y lanzó, con la fuerza de su último suspiro, las dagas contra el Alto Señor, de tal forma que una se clavó sobre uno de sus ojos y la otra le atravesó la garganta. El cuerpo del Maestro cayó inerte

al suelo, junto a la gran espada. El arcángel apoyó una de las rodillas sobre la piedra y arrancó las cuchillas de su lacerado cuerpo. Intentó taponar la mortal herida por la que fluía su sangre y, pese a ser consciente de que perdía el sentido, contempló el paso tambaleante de Ditrov que se aproximaba hacia él. Solo portaba una daga, con empuñadura de marfil y de joyas engarzadas. Sintió como agarraba su cabello y le obligaba a alzar la cabeza. El Alur elevó su arma y trazó un arco descendente que abrió de lado a lado el cuello de Gabriel, la sangre manó feroz mientras una sonrisa diabólica se perfilaba en la boca de ambos guerreros.

Los esbirros cesaron su ataque y retrocedieron atemorizados ante la caída de su líder. Los asesinos, agotados y magullados fueron al encuentro de Ditrov y del cadáver del gran Maestro.

No hubo lágrimas, ni palabras de apoyo. Entre varios cargaron el cuerpo del maestro y lo depositaron junto al altar. Evans rescató sus dagas y las colocó sobre su pecho. Improvisaron una pira que vieron arder mientras el cielo se oscurecía y el olor a carne quemada impregnaba el ambiente. El viento comenzó a soplar y los árboles, en señal de respeto, escondieron sus ramas para despedir a aquel ser, más antiguo que el propio bosque, que ahora acariciaba las copas de los tejos convertido en ceniza.

Abandonaron el recinto que habían considerado sagrado durante muchos siglos y acordaron nunca más volver a pisar el bosque. Se desperdigaron por el mundo para intentar pasar desapercibidos durante un tiempo, a la espera de nuevas noticias y volver a ser convocados. En la orden, la antigüedad era el factor más importante, se daba por hecho que los méritos eran compartidos y nunca individuales. Nattan siempre había manifestado su deseo de no ser gran Maestro, prefería dedicarse a la localización y entrenamiento de los nuevos asesinos. Cada vez que un Alur moría, uno nuevo nacía, en algún lugar del mundo y en algún momento del tiempo, él debía encontrarlos y mostrarles el camino, para de esa forma, ser siempre ocho.

Y así fue como Ditrov se convirtió en el nuevo líder de la orden.

Londres amanecía lentamente, como siempre. Las nubes de niebla combatían feroces contra el avanzar de la luz y los habitantes, disfrazados de hormiguitas adormecidas por la ausencia de claridad, volvían a sus quehaceres rutinarios. Poco a poco la ciudad se poblaba de los sonidos habituales y las avenidas parecían abrir sus miles de ojos rojos al pasar los vehículos sobre sus alquitranadas extensiones.

El sol comenzó a vencer a la densa neblina vespertina y a medida que sus rayos atravesaron la fina capa de vapor de agua, la fuente de la entrada, como reaccionando al contacto de la luz, resplandeció hasta dar la impresión de ser una espada imbuida en fuego que atravesaba las aguas y amenazaba al mundo con la cercana destrucción a la que se vería sometido. Ditrov contempló la escena, lamió sus labios y la codicia inundó su ya devastado corazón al imaginar cómo sería aquello por lo que llevaba tantos años luchando desde las sombras.

La mañana avanzó deprisa. William, el chofer de Ditrov, limpiaba el coche con esmero mientras escuchaba una emisora que retransmitía los grandes éxitos musicales del momento. Frotaba con un paño seco el lateral derecho de un precioso Aston Martin. Ese vehículo era su favorito. Siempre había pensado que aquella máquina era lo más preciso que el ser humano sería capaz de crear. Todos los elementos que forman a un británico de bien confluían en aquel ser de metal y botas de caucho. La clase, la educación y el refinamiento exterior combinado con la potencia, la precisión y la seguridad de su interior, creando un cóctel de casi dos toneladas que surcaba el asfalto como un ángel redentor cruzaría volando el cielo.

Llevaba trabajando para ese hombre desde hacía más de ocho años. Apenas acababa de cumplir los veinte cuando, en una broma del destino, se topó con Ditrov.

Fue abandonado por sus padres incluso antes de ser capaz de andar. Se crió en varios hogares de acogida, de los que adquirió una habilidad natural para desaparecer. La calle fue su escuela y su patio de recreo. Vivió de la mendicidad y de pequeños trabajos como ladrón de poca monta. Un día quiso dar un paso más pero, simplemente, se equivocó de objetivo.

La mañana era de esas en las que desearíamos que la vida se desarrollara bajo las mantas de la cama. El frío golpeaba los rostros de los londinenses con violencia, intentando desterrar el calor que proporcionaban las bufandas y los cafés humeantes que portaban los ciudadanos de la capital británica. En un oscuro rincón un joven de apenas veinte años observaba la avenida con mirada perdida, sin embargo, su objetivo era bastante claro. Junto a un pequeño quiosco de prensa, como cada mañana, un precioso Maserati detuvo la marcha. El conductor descendió del vehículo dispuesto a hacerse con ejemplares de varios rotativos diferentes.

William atravesó la avenida como si la parca viniera persiguiéndolo. Saltó sobre dos coches que esperaban a que se abriera el semáforo y sin pensarlo dos veces se introdujo en el Maserati. Extrajo de su gabardina una pistola y apuntó hacia el asiento de atrás.

—¡Cómo te muevas te mato! —fue cuanto dijo.

La voz le temblaba y ni él mismo estaba seguro de lo que estaba haciendo. Esperó alguna respuesta por parte del asaltado, pero este simplemente ladeó la cabeza, tendió la palma de su mano hacia adelante y le habló sin dejar de sonreír.

—Se aproxima mi chofer, quizá deberías arrancar.

Impulsado por un resorte invisible el deportivo patinó sobre el asfalto y el chillido de unos neumáticos, acelerados con violencia, resonó en toda la calle. Avanzaron un par de manzanas y decidió que en aquel punto abandonaría al pobre desgraciado. Miró el espejo interior para comprobar el estado de su pasajero y se sorprendió al ver la parte de atrás vacía. Sus pulsaciones se dispararon. No se atrevió a girar la cabeza, pero supo que su presa se encontraba ahora sentada justo a su izquierda, convertida en cazador. Sintió una daga apoyada sobre su entrepierna y una voz, melódica pero contundente, que le susurraba una dirección en las afueras de la ciudad.

Ascendió por el camino serpenteante que daba acceso a la entrada principal de la mansión y allí los recibió un mayordomo ciego.

—Dale algo de comer, una habitación y búscale ropa adecuada. Es nuestro nuevo chofer —dijo el intrigante dueño de la mansión.

Aquel día cambió la vida del joven Williams. Encontró su primer trabajo y contrajo una deuda de gratitud eterna con el misterioso hombre del que solo supo su nombre y que su fortuna provenía de una antigua estirpe de millonarios rusos afianzados en Londres.

Quizá Williams nunca se enteró, o prefirió mirar a otro lado, pero a los pocos días el antiguo conductor apareció flotando boca abajo por las aguas del Támesis con el cuello seccionado. Lo mismo que ocurría cada diez años con todos los que ocupaban su mismo puesto. El tiempo justo para evitar que la eterna juventud de Ditrov pudiera ser motivo de sospechas incómodas.

El edificio Gherkin se perfilaba soberano al tomar St Mary Axe. Posiblemente fuera uno de los edificios más significativos de la capital británica. Su forma excéntrica, lidiando entre la bala y el pepinillo, no dejaba indiferente a nadie. Se trataba de una estructura de metal y cristal a dos colores que ascendía hasta rozar las nubes. El coche se detuvo en la puerta, Ditrov descendió del Astor Martin y se ajustó el chaleco bajo la americana de color negro. Caminó con paso decidido pese a que sabía de la trascendencia del encuentro, así como el peligro que corría al presentarse solo. Desde el hall de la entrada esperó paciente el ascensor y pulsó el botón del piso 41. Aprovechó el trayecto para concentrar sus sentidos, se mantuvo alerta y palpó la daga que portaba bajo la camisa. La puerta del ascensor se abrió y la claridad le obligó a entrecerrar los ojos. El restaurante del Gherkin era uno de los lugares más espectaculares de Londres. A tanta altura los colores de la «city financiera» se mezclaban formando un mosaico de formas difusas que conformaban los engranajes de la estructura económica británica.

Avanzó despacio hasta que un metro salió a su encuentro. Con una leve inclinación de cabeza y una invitación de la mano le guió hasta una pequeña mesa situada en uno de los extremos de la planta. Curiosamente aquel rincón parecía inmune a la luz que iluminaba el resto del salón. Se sentó en una de las sillas y pidió una copa de *Massandra*, un carísimo vino de procedencia ucraniana que, en caso de recordarlos, hubiera evocado los sabores de su tierra natal.

Una gutural voz emergió de la negrura y un resplandor azulado centelleó entre la oscuridad.

—Hemos esperado demasiado tiempo para mantener esta reunión.

—Todo está preparado. El fin se acerca y la última gran guerra será la definitiva.

—¿Has localizado ya a la mujer? —siseó la voz de ultratumba.

—Sí, uno de mis hombres va de camino.

—¿Y Evans no será un problema?

—No, el cuarto será eliminado —indicó el Alur.

—Es mucho lo que me debes Ditrov. Estamos cerca... Puedo saborear el fin del mundo, por eso ahora no puedes fallar.

De entre las sombras, una mano tendió una daga exactamente igual a la que descansaba, en su jaula de cristal, en la mansión de Ditrov. Unos cabellos dorados reflejaron la luz y un rostro familiar abandonó las sombras. Un rostro de ojos azules y mirada ancestral.

—Lo hiciste bien aquel día pequeña rata asesina. Aún saboreo el momento en que tu querido maestro se dio cuenta de tu traición. Lanzaste bien esta daga para desestabilizarle en el momento preciso.

—Tú tampoco lo hiciste mal Gabriel.

Y aquellos dos viejos conocidos se perdieron en sus recuerdos y en el futuro destructor que planeaban para el mundo.

Daniela no era una mujer corriente, realmente no era ni tan siquiera una mujer.

La noche había caído de forma inexorable sobre Madrid. Un manto de estrellas, veladas por la contaminación, deambulaban por el cielo infinito de la capital de España. Se batían en duelo con los focos de luz que nacían de todos los rincones de la ciudad. La temperatura había bajado apenas unos grados y los transeúntes disfrutaban del cálido clima de principios de primavera.

Una mujer, de cabellos oscuros y densos, deambulaba sin rumbo aparente. Dos perlas de jade escrutaban la calle devorando cada rincón, cada persona. Cualquiera que la miraba fijamente apartaba la vista al instante. Muchos de ellos ruborizados por esos ojos venenosos que destilaban deseo y esos labios rojos como la sangre que anunciaban pasión y lujuria. Muchas de ellas resentidas ante la belleza que emanaba la pequeña figura que parecía atraer la atención del mundo con su lento caminar. El tiempo avanzaba más despacio ante el avance de Daniela, para segundos después acelerar nuevamente, como si solo una ráfaga de aire hubiera pasado por donde antes lo hacía su cuerpo perfecto.

Muchos eran los hombres que habían perdido el juicio por ella, embelesados por una diosa terrenal que visitaba a unos pocos elegidos para hacer que ellos cumplieran su voluntad. Eso fue en otro tiempo, aunque a veces echaba de menos aquella sensación de poder.

Siguió avanzando y con su andar fue cambiando el paisaje. Madrid se fue descubriendo como la ciudad oscura que siempre ha sido. Callejones infinitos y tugurios de mala muerte dibujados sobre edificios de un par de plantas ocuparon el lugar de las terracitas modernas que poblaban las calles y de los altos rascacielos que ponían techo a la capital. Los bancos de la acera se abarrotaban de jóvenes de mirada tenebrosa y oscuras intenciones, mientras las esquinas servían de escaparate para la mercadería de los cuerpos de exóticas mujeres, de origen desconocido, que habían sido víctimas de proxenetas mentirosos que ahora las observaban desde las ventanas colindantes. Los vapores de la ciudad auténtica fluían a través del alcantarillado y demostraban, con su hediondo perfume, el verdadero olor de una ciudad. La luna llena observaba aquel paisaje y, junto a las farolas a media luz, alumbraba el camino de Daniela. Sus ojos curiosos no dejaban de brillar excitados y su tierna sonrisa se intuía de forma constante. Pasó ante un vagabundo que dormía entre cartones de cajas y de vino. Se detuvo entonces y, con modales de alta cuna, se agachó sobre su lecho para susurrarle unas palabras al oído. Se miraron a los ojos y Daniela se mordió el labio inferior mientras sus párpados se tornaban en apenas rendijas que irradiaban una luz incandescente y desconcertante.

Solo cien metros la separaban de su objetivo. Al llegar a la entrada, un hombre de apariencia temible y brazos mastodónticos le cercó el paso. Daniela alzó su mano y acarició el brazo del empleado de seguridad. Este, como un simple cachorrito, apartó su inmenso cuerpo y abrió la puerta del local dejando acceso libre a la bella joven. Antes de cerrarse la puerta del todo, el sonido de unos neumáticos arañando el asfalto y un golpe seco resonaron en el ambiente. Los gritos aterrados de los que habían contemplado la escena tomaron entonces la calle. Una mujer sollozaba mientras le relataba a otra como, en un acto espontáneo, el mendigo se había abalanzado sobre la furgoneta que atravesaba la calle, dispuesto a quitarse la vida.

El sonido en el local era abrumador, cientos de personas gritaban de forma constante mientras alzaban sus manos y saltaban en el sitio sumidos en la pasión del concierto. El sudor bañaba los cuerpos y la cerveza las gargantas. Las cabezas parecían moverse arriba y abajo al ritmo que marcaba la batería y los dedos acariciaban cuerdas de guitarra invisibles imitando el solo que estaba por llegar. Voces guturales, que anunciaban el fin del mundo, y sonidos metálicos sumían en un clímax perpetuo a cuantos escuchaban la melodía de un violín fundido entre los acordes de un bajo. Daniela se dejó llevar por la música y cerró sus ojos abstraída por un momento del resto del mundo. Su cuerpo se volvió autónomo y danzó con los brazos en alto para delicia de cuantos se encontraban a su lado. Los abrió nuevamente y fijó su atención en aquellos brazos fuertes y tatuados, aquel pecho descubierto repleto de cicatrices y aquella mirada gris que tantos amaneceres y tanta muerte habían contemplado. Él se percató de su presencia y la dedicó cada nota que arrancó a su violín. Sin apartar la mirada de ella, sin tener miedo, sin sentir nada.

La música cesó y con ella se desvaneció el aura mágica e íntima que se había creado entre los músicos y su entregado público. La gente recordó que tenían obligaciones que cumplir, que aquel par de horas de ensoñación no les alejaba del mundo real. Salieron como hormigas desfilando en busca de la luz. Con el ritmo de sus corazones acelerado. Un grupo de operarios se apresuró a desmontar el escenario mientras otros limpiaban la sala. Daniela esperó paciente, tenía todo el tiempo del mundo.

Evans se acercó a ella pero se mantuvo distante. Daniela se abalanzó sobre él y le besó los labios con lascivia. Cualquiera que los hubiera visto, podría haber pensado que eran amantes y por tanto, cualquiera se hubiera equivocado.

La humanidad, en su afán por simplificar lo desconocido, conocía a los hijos del Orden como ángeles mientras que para los hijos del Caos usaba el apelativo de demonios. Sin embargo esa concepción de ambos no encajaba con el bien o el mal. Ni los ángeles eran criaturas celestiales encargadas de la protección de los hombres ni los demonios eran seres terribles que asolaban todo a su paso aterrando los corazones con sus garras y colmillos. Solo eran dos ejércitos cuyo único objetivo real era la sumisión del otro bando y el gobierno del mundo. Ni el bien ni el mal eran parte de su credo.

Por eso Daniella era solamente Daniela. Su mirada inocente y sus rasgos amables ocultaban a un ser tan curioso como temible. Dedicó sus primeros milenios sobre la tierra a usar la voluntad de los hombres para los fines del Caos. Fue una pieza clave en un gran número de ocasiones y uno de los desencadenantes de la mayoría de las guerras de la antigüedad. Cuando los hombres cuentan historias sobre batallas originadas por el amor de una mujer, Daniela es el trasfondo de todas ellas. Sin embargo llegó un día en el que simplemente se aburría de esa vida y desde entonces vagó por el mundo dejándose llevar. Un alma libre que camina por la tierra desencadenando tempestades de sentimientos y obsesiones compulsivas. La maldad no es la razón de sus actos aunque suele ser la conclusión de sus acciones. Ella actúa por instinto, sin distinguir lo bueno de lo malo. Para despertar el caos en los corazones. Daniella entiende a los humanos como herramientas para la satisfacción de sus necesidades. No los odia ni los menosprecia, pero tampoco los defiende. Están mientras tienen que estar y mientras ella los necesita.

Evans sostuvo su mirada, como hacía siempre, ajeno a su influjo. Aquello era lo que más excitaba a la demonio. A Evans no podía controlarlo, era imprevisible, completamente independiente. Sin embargo irradiaba ese aroma a humanidad que los de su especie habían perdido. Separó su cuerpo del de Daniela y se dirigió a ella:

—¿Qué haces aquí Daniela? —preguntó el Alur.

—Después de tanto tiempo sin vernos y, ¿así me recibes? Pensaba que lo nuestro era especial.

Su rostro se contrajo en una mueca de dolor, como si aquello realmente la hiciera sufrir.

—No juegues conmigo, tu presencia es tan imprevisible como las noticias que me traes.

—Cielo, deberías relajarte. Solo te echaba de menos, además hace mucho tiempo que tú y yo no compartimos algo más que miradas.

Posó sus manos sobre el pecho de Evans, pegó el resto de su cuerpo, comprimiendo al mínimo el espacio entre ambos y disfrutó de su calor, de su sudor. El cuerpo del Alur se estremeció ante el contacto. Pensó en aquellas manos y no supo si habían recorrido con caricias su cuerpo el mismo número de veces como habían intentado asesinarlo.

Evans supo que no descubriría nada sobre los motivos de su visita en ese lugar. La tomó de la mano y se encaminaron hacia una de las puertas de atrás. Sacó del armario una cazadora de cuero, repleta de parches, y las llaves de la Harley. El rugido del motor resonó en la noche y Daniela, con delicadeza, se sentó en la parte de atrás. Con una mano se agarró a la cintura de Evans, asegurándose que sus cuerpos mantuvieran siempre el contacto, con la otra comenzó a desabrochar el botón del vaquero del asesino.

—Vaya, creo que un poquito de menos sí que me echabas.

Daniela aspiró al aroma de la ciudad y con los ojos rebosantes de excitación, se perdieron por las calles de Madrid.

Entraron por la puerta del apartamento y abrieron una botella de vino. Evans sirvió un par de copas mientras Daniela curioseaba la casa.

—Me gustaba más tu casa de madera en la montaña, aunque el look de campesino no te hacía demasiada justicia. Así estás mucho mejor.

—Han pasado casi cincuenta años desde aquello, el mundo ha cambiado y yo he tenido que hacerlo con él, varias veces.

Sin que ningún tono delatara la intención de sus palabras continuó hablando:

—Debe ser tan divertido ser cada vez una persona diferente. Puedes serlo todo y a la vez nadie te conoce. Para ser un simple asesino no está nada mal.

—¿Por qué me has buscado Daniela? —Apuró su copa de un trago y vertió más líquido hasta que rebosó.

—Me sentía sola, además tengo algo que contarte, pero tendrás que ganártelo.

Deslizó entonces una mano sobre una de las tiras del vestido de gasa que cubría su cuerpo y dejó que descendiera hasta la mitad de su brazo. Sus pechos se insinuaron a través de la tela. Alzó su copa y lamió el contenido, dejando que unas gotitas de licor descendieran libres por su cuello, marcando el camino a seguir desde la comisura de sus labios hasta la colina de sus senos.

La copa cayó al suelo, pero antes de romperse en mil pedazos, la demonio se abalanzó sobre Evans y le arañó en el pecho, rasgando la camiseta y parte de su piel. El Alur arrancó los girones que quedaban de ella y vio cómo su sangre se diluía entre el vino del suelo. Un leve siseo a su espalda le advirtió del peligro. Fintó hacia adelante y agarró con fuerza la muñeca de Daniela. Esta se zafó, giró en el aire sobre sí misma y de una patada brutal lanzó a Evans contra la estantería del cuarto de estar. Las astillas saltaron catapultadas por todas partes y los vinilos se convirtieron en un amasijo de fragmentos negros mezclados en el piso. Perdió por un momento de vista a su asaltante y, maldiciendo por lo bajo, concentró todos sus sentidos. De improviso se lanzó hacia adelante agarrando por el cuello a la demonio, esquivó sus acometidas y la giró sobre sí misma inmovilizando todos sus movimientos y atenazando de forma feroz sus muñecas. Aspiró el olor de su pelo, seguía oliendo a lavanda y azahar. Sintió que la excitación tomaba el control y de un salto inhumano apoyó a la demonio de cara a la pared. Arrancó su ropa y la giró con violencia. Había contemplado decenas de veces aquel cuerpo perfecto, pero eso no impedía que lo admirara tanto como el primer día. La alzó en el sitio y sintió como las piernas de Daniela se cerraban en torno a su cintura. Aflojó la presión sobre su cuello y agarró sus nalgas. Se besaron de forma feroz y Evans la penetró con decisión. Los gemidos de placer no se hicieron esperar y entre espasmo y espasmo la demonio laceró la espalda tatuada del Alur con sus garras. Hicieron el amor durante horas. La casa, reducida a un montón de escombros, fue testigo silencioso de aquel encuentro prohibido. Se dejaron caer al suelo y Daniela apoyó su cabeza contra el cuerpo de Evans hasta quedarse dormida. El Alur la contempló en silencio. Sus rasgos angelicales por un momento le hicieron sentir ternura por ella, pero esa sensación apenas duró unos segundos, los que tardó su magullado cuerpo en recordarle las heridas que le había provocado. La cogió en brazos y la recostó en la cama, que milagrosamente estaba intacta. Abrió un cajón de la mesilla y recuperó uno de los elixires que había comprado en el santuario un par de días antes. Destapó la rosca y bebió el contenido. En apenas unos segundos, el efecto regenerativo del insípido líquido comenzó a actuar sobre sus heridas. Sintió que su temperatura corporal subía de forma súbita un par de grados y su piel pareció arder desde dentro. Las heridas pronto se cerraron y un par de cicatrices más pasaron a formar parte del mapa de su cuerpo.

Respiró hondo, se acercó a la ventana y se subió al balcón del ático. De un nuevo salto trepó al tejado y se sentó sobre una de las cornisas, con las piernas colgando a casi doce metros del suelo. Encendió un cigarrillo y contempló, entre el humo, las luces de la ciudad.

Evans era especial, no solo por el hecho de ser inmortal o de pertenecer a una orden milenaria de asesinos. Lo que le hacía diferente era su alma. Los Alur son humanos maldecidos con el don de la neutralidad, son entrenados a conciencia como asesinos letales y se someten a pruebas tortuosas para adquirir sus habilidades. A cambio consiguen la capacidad de no envejecer a un ritmo normal. Sin embargo pagan un precio muy alto. Sus propias almas. Con el paso de los años van perdiendo aquello que les hacía únicos, que les hacía humanos. El vacío que queda en su ser es suplido por las almas de sus enemigos. Después de cada asesinato absorben la esencia de sus víctimas. Con su alma pierden sus sentimientos e incluso sus recuerdos. Es la única forma de soportar la culpabilidad que los atormentaría si reviviesen en sus mentes cada atrocidad cometida. Pero Evans no olvida, Evans siente y revive cada instante una y otra vez. De ahí nace su poder y su debilidad; conserva su humanidad dentro de su inmortalidad.

Se maldijo en la oscuridad. No soportaba el silencio, le traía el recuerdo de las miradas aterrorizadas de cada una de sus víctimas, de cada vida sesgada. Los gritos de dolor reverberaban en sus oídos hasta atronar su espíritu, una y otra vez. Su parte humana se odiaba a sí mismo, su parte inmortal le repetía que todo aquello tenía un sentido, que lo hacía porque era necesario, si no conseguía mantener el equilibrio, los humanos conocerían el verdadero dolor de la guerra, se enfrentarían a su propia desaparición sin saber tan siquiera porqué. Él solo era un peón más en un juego infinito, pero tenía la convicción de que sus actos tenían una razón de ser. Se sumía en esa espiral de remordimientos cada poco tiempo, estaba llegando a un punto en que no podía soportar más la presión que lo atenazaba. Se sentía débil, vacío. Cada vez era más oscuro, más triste, más inhumano. Enterraba sus emociones en lo más profundo de su mente para poder seguir un poco más.

Todo eso le convertía en el más peligroso de los Alur, sus convicciones, su moralidad, sus sentimientos. Ditrov lo sabía y por eso necesitaba eliminarle. No podía correr el riesgo de que su afán por proteger a los hombres le enfrentara a él.

Daniela se sentó a su lado. Desde las alturas contemplaron en silencio el amanecer. Los primeros tonos morados comenzaron a teñir el horizonte y la aureola del sol se intuyó entre las nubes. Daniela le agarró la mano, entrelazando los dedos.

—Se avecinan cambios importantes mi amor. Las piezas se están moviendo en el tablero —respiró pesadamente y por un momento se desdibujó la sonrisa de su cara.

—Pero esta vez será peor, ¿verdad Daniela? —Evans la escrutó con la mirada, temiendo que se confirmaran sus sospechas.

—Esta vez será la última. —Agachó la cabeza y separó su mano de la del asesino.

Daniella se recostó sobre el suelo y dejó que la brisa de la mañana acariciara su rostro y jugara con los pliegues de su vestido.

—Debe ser terrible vivir con esa angustia cada día, sabiendo qué debes y qué no debes hacer. Poniendo techo y limitando tus acciones por un código de valores. Buscando excusas para cada uno de tus actos. O quizá sólo buscando consuelo.

Se hizo el silencio entre los dos, Evans la miró sorprendido, no esperaba una conversación así con Daniela.

—Es de la única forma en que mi vida es posible. No puedo ser de otra forma. No soy bien ni mal, ya lo sabes. El equilibrio debe mantenerse por el bien de todos.

—Yo es de la única forma de la que no puedo ser. Soy la esencia del propio mundo, tan antigua como la vida. Esto es solo la parte final del ciclo.

—Sin embargo vienes aquí para advertirme de que la humanidad puede desaparecer si no hacemos algo.

—Digamos que simplemente me gusta disfrutar de la vida que hemos creado para ellos. —Alzó su mano y la desplazó señalando al horizonte, haciendo un arco como si quisiera abarcar toda la ciudad—. En cierto modo disfruto de la compañía de estos seres desafortunados. No me gustaría ver desaparecer a mi segundo juguete favorito.

Daniela miró al Alur relamiéndose los labios, dejando bastante claro quién era el primero.

—¿Por eso dejaste de lado a los tuyos?

—Sí, entre otras cosas. Quizá, si el destino lo permite, te las cuente alguna vez. Ten cuidado Alur, esta vez hay más piezas en la partida.

Daniela se incorporó y en sus manos aparecieron las dagas de Evans. Las dejó sobre sus rodillas y le besó en la boca. Disfrutó de aquel beso como si fuera el último.

—Considera este mi regalo de despedida. Estás en peligro asesino, tú eres el único obstáculo y la única esperanza. Vienen a por ti.

—Primero tendrán que encontrarme.

—No hará falta, yo ya les he dicho dónde estás.

—¿Por qué vienes y me avisas de que me has traicionado?

—Porque así era mucho más divertido. —Sonrió con su inocencia característica y se despidió con la mano, como una niña traviesa.

Daniella se mantuvo de espaldas sobre el vacío y simplemente se dejó caer. Apenas un metro antes de impactar contra la acera su cuerpo se desvaneció entre una ráfaga de viento.

Evans suspiró y recostó su espalda contra el muro, apuró su cigarro y miró distraído hacia el cielo. El firmamento antes color violeta, comenzaba a teñirse de tonos rojizos. La intensidad solar se filtraba entre las nubes y éstas parecían deflagraciones de bombas recién activadas que anunciaban la guerra que Daniela había vaticinado.

Tomó sus dagas, se incorporó y lanzó la colilla al aire. Observó su trazada y la vio perderse en el vacío. Aspiró aire y se concentró. La ciudad estaba en silencio, un silencio demasiado profundo, un silencio peligroso. Creyó sentir como algo se deslizaba veloz a su derecha, lo mismo a su izquierda. Sus sentidos cobraron vida propia y le obligaron a girar el torso hacia atrás justo cuando una daga, destinada a atravesarle el cuello, pasó lamiendo su tráquea. Sus brazos se movieron veloces y lanzó una estocada a ciegas a su diestra. Su acero probó carne. Giró sobre sí mismo y antepuso el cuerpo del extraño a la espada que lo atacaba por su izquierda. El ser paró la cuchillada con su pecho. Evans lanzó al ente inerte hacia adelante y consiguió desequilibrar a su atacante, apoyó una mano sobre la espalda del caído, saltó por encima,

dando una vuelta sobre sí mismo y, desde atrás, atravesó a su segundo agresor. Oyó el rumor de unos pasos sobre el tejado. Tres sombras más se dirigían de frente hacia él. Saltó de espaldas hacia el abismo y se agarró con una mano de un saliente cercano, justo cuando los demonios asomaron sus cabezas más allá de la protección de la cornisa para buscar al asesino, Evans se lanzó hacia arriba y de dos tajos fugaces acabó con ellos. Miró en todas direcciones y supo que tenía que salir de allí inmediatamente. Cruzó corriendo la azotea y a su espalda dos demonios más salieron a su encuentro. Al llegar al borde saltó hacia el siguiente tejado, que se encontraba a más de cinco metros de distancia. Los demonios le imitaron. Evans aterrizó con la gracilidad de un felino, se giró y lanzó las dagas contra los cuerpos de los demonios que surcaban el aire. Al segundo los dos cadáveres impactaron sobre el suelo. Extrajo los filos y reanudó la marcha. Una estampida negra de enemigos le cercaba por momentos, ganando distancia en todas direcciones. Cuanto más rápido se movía, más enemigos parecían salir a su paso. La marea no cesaba de perseguirle como un alud de negrura que amenazaba con engullirlo todo. No pensó ni por un momento que aquel sería su final. Tantos años de lucha no podían acabar de esa forma tan poco honrosa, asesinado por unos viles lacayos. No era un final digno para un Alur, aunque sí fuera merecido. Se detuvo en el sitio con la cabeza agachada, confiado de sus posibilidades. Las sombras formaron en círculo rodeando al asesino pero sin atreverse a lanzarse al ataque. Evans las contempló y supo por su vestimenta que eran esbirros del Orden. Extendió los brazos hacia los laterales, con las dagas apuntando a sus enemigos, y giró sobre sí mismo, con los ojos empapados en fuego y la sonrisa de un demente que no tiene nada que perder.

Un grito cargado de furia brotó de la garganta del asesino y, espoleados por la muerte, una primera tanda de enemigos se lanzó al ataque. Evans repelió con destreza y rabia los envites, asesinando de una forma brutal a cuantos osaban levantar sus armas contra él. Los enemigos caídos se desvanecían en charcos oscuros. Esos seres nunca podrían vencerle, aunque el cansancio empezaba a hacer mella en él. De pronto el ataque cesó. El líquido negro comenzó a deslizarse sobre el suelo, unificándose en un único punto. Comenzó a levitar y a cobrar la forma de un humano. Evans supo al instante de quién se trataba. Nunca le había visto y aun así las formas de Aren le resultaron brutalmente fáciles de reconocer. Llevaba el pelo recogido en una trenza que traspasaba la línea de su cintura y que se fusionaba en su cara con una barba frondosa recogida también en varios nudos. Su piel era morena y su cuerpo parecía medir más de dos metros de altura. Sobre su mano derecha portaba una espada dorada y sobre la izquierda un escudo con la cabeza de un león grabada. Su inmenso torso se veía cubierto por una fina cota de malla, que dejaba los descomunales brazos al descubierto.

—¿Tanto miedo me tenéis que Aren, Alto señor y encargado de los ejército del Orden, viene a poner fin a mi existencia?

Una sombra se movió a la espalda de Evans, aprovechando que toda la atención del asesino se encontraba sobre Aren. Se abalanzó sobre el Alur como un relámpago y le agarró desde atrás inmovilizándolo por las axilas. Evansladeó la cabeza y, sorprendido, contempló al encapuchado que le impedía moverse. Intentó zafarse de aquella tenaza pero fue imposible. Quien le agarraba no era un hombre normal, ni tampoco un demonio. Había algo más bajo su manto gris.

Aren se desplazó, con la espada desenfundada, frente al Alur y se dispuso a atravesar allí mismo miserable asesino que tantos dolores de cabeza le había causado. Evans asimiló que era su final y cerró los ojos, deseando el desenlace, buscando la paz a tantos siglos de dolor. Fue en el instante en que el acero se encontraba a menos de un metro de su abdomen cuando el encapuchado por fin habló, y Evans, antes de morir, lo entendió todo.

—Adiós hermano —fue cuanto dijo.

El día había despertado desapacible, las nubes negras amenazaban con descargar su furia sobre los pobres infelices que osaban desafiarlas saliendo a la calle sin paraguas. El taxista abrió el maletero y dejó sobre la acera una bolsa de mano. Aceptó de buen grado la propina que el caballero le entregaba y se perdió bajo el tráfico de la terminal del Aeropuerto de Madrid-Barajas. La pareja atravesó las puertas de acceso y buscaron con la mirada los puestos de facturación. Una vez hubieron comprobado que todo estaba en orden, decidieron tomar un café para hacer algo de tiempo; el vuelo no salía hasta dentro de una hora.

—Esto es muy precipitado Beatriz, deberías aplazarlo unos días y yo podría viajar contigo. —David le agarró la mano e intentó convencerla poniendo cara de circunstancias.

—No, te lo agradezco mucho David, pero no puedo esperar más tiempo. Hace años que busco algo así y ahora que lo tengo tan cerca... —Cerró los puños con fuerza, reafirmando sus palabras—. Ahora simplemente no puedo detenerlo, necesito saber algo más.

—¿Es esto tan importante para ti cómo para dejarlo todo? No creo que haga falta que te recuerde que mañana es lunes y tienes que ir a trabajar.

—Eso ahora no me preocupa, por suerte tengo a Herminia. Desde que soy pequeña tengo la sensación de estar incompleta, incómoda en este mundo que apenas comprendo. No me preguntes porqué, yo tampoco lo entiendo. Necesito hacer esto por mí, darme la oportunidad de demostrar que pertenezco a este sitio.

—¿Y todas estas respuestas las vas a encontrar en una vieja biblioteca de barrio en Londres?

—Allí es donde se trasladó el tomo de Alan Urdir hace veinticinco años, espero que todavía lo conserven. Estoy convencida David, nada va a detenerme.

—No dejo de pensar en ese ser que vi salir de la limusina, tengo la sensación de que esto es peligroso.

—Bueno, eso lo comprobaremos en unos días. —Beatriz agachó la cabeza, miró las formas que dibujaba la espuma del cappuccino y las removió con la cucharilla—. Todo saldrá bien, ya lo verás.

—Prométeme al menos que tendrás cuidado y sobre todo, tenme informado. Dame algo para que mi cabeza no se crea que ha perdido la razón.

Beatriz se mostró confusa, no sabía si estaba agradecida por su preocupación o molesta por su insistencia, en cualquier caso nada la haría cambiar de idea. Puede que el viaje fuera una locura y era muy probable que volviera con las manos vacías, pero tenía que intentarlo.

—Te preocupas demasiado, empiezo a pensar que eres un poco cobarde. —Sonrió de forma apacible, intentando calmar los ánimos de su eterno pretendiente.

Se abrazaron y Beatriz le agradeció su compañía. Traspasó los arcos de seguridad y cruzó la pasarela de acceso al avión. Buscó su asiento y se zambulló en la comodidad y el acolchado que este le ofrecía. Estaba cansada. La noche había sido muy larga y apenas había dormido. Estuvieron hasta tarde rastreando los posibles destinos del libro, hasta que por fin dieron con su última ubicación. Se encontraba en una pequeña biblioteca en el famoso barrio londinense de Nothing Hill. Aún no lo entendía. ¿Cómo era posible que un ejemplar único en el mundo acabara en un lugar famoso por los escarceos amorosos de Julia Roberts y Hugh Grant? El cansancio acabó haciendo mella en su enjuto cuerpo y, coincidiendo con el sonido de los motores al iniciar la maniobra de despegue, se sumió en un sueño profundo.

Se reconoció a sí misma perdida por una calle solitaria. Era de noche y los vapores de la ciudad cercaban cada uno de sus movimientos. Comenzó a caminar entre edificios tan altos que no era capaz de ver el cielo, aunque sabía por el silencio y la falta de luz, que ni las estrellas alumbraban aquella pesadilla. Se sintió terriblemente sola y muy asustada, tanto, que necesitó salir corriendo, temiendo que de entre los callejones miles de ojos amarillos se manifestaran sedientos de sangre. Corría con toda su alma, desbocada por el miedo y anhelante de la seguridad de su hogar. Sin embargo apenas avanzaba; ella estaba quieta, corriendo en el sitio mientras los edificios desfilaban a derecha y a izquierda cada uno en una dirección. Supo que alguien la seguía y su pecho se contrajo tan fuerte que pensó que iba a estallar en pedazos. De repente, una luz. Saltó hacia la acera y se encontró frente a una lavandería que mantenía sus puertas abiertas. Se giró sobre sí misma y contempló como un desierto de negrura y vacío se extendía en todas direcciones, el resto de edificaciones habían desaparecido. Sin más caminos posibles se internó en el establecimiento y el ruido de las máquinas al girar calmó su espíritu. Una pareja esperaba entre abrazos a que terminara el centrifugado mientras una niña de mirada triste corría de un lado a otro apretando todos los botones e iniciando el despegue imaginario de un cohete en dirección al firmamento, como si así pudiera salir volando, lejos de todos. Beatriz se reconoció a sí misma, de pequeña. Reconoció aquellas dudas que la asaltaban cada noche y no la permitían dormir hasta que la desolación era tal que rompía a llorar. Esas dudas sobre el más allá, sobre la muerte y sobre el paso del tiempo que aún le hacían perder horas de sueño a sus veintiocho años, aunque ahora sabía cómo eludir las y posponerlas un poquito más. La niña se detuvo frente a ella y la miró con los ojos completamente dilatados; alucinada por la visión de sí misma tantos años después. La cogió de la mano, y sin dejar de observarla, la llevó hacia la parte de atrás de la lavandería. Cuando Beatriz quiso buscar a su pequeño yo, se dio cuenta de que estaba sola otra vez. Había una verja blanca y unos escalones de piedra que descendían de forma siniestra hacia la oscuridad. Abrió la cancela y se decidió a bajar, maldiciéndose a sí misma por no ser capaz de estarse quieta. El sitio era lo más parecido a un bloque de pisos con una escalera central en medio. Al llegar al piso inferior un aroma a vainilla y velas aromáticas impregnó el ambiente. Todo se encontraba a media luz, velado por una cama de neblina que embotaba los sentidos y despertaba los instintos. Avanzó con calma mientras decenas de personas enmascaradas se acercaban a contemplarla. Todos estaban desnudos y alargaban sus brazos hacia ella como si fuera el más preciado de los tesoros. Todos la querían tocar, pero ninguno llegaba. Dudó si era placer lo que reclamaban o solo ayuda. Las máscaras mostraban muecas tristes, desdibujadas. Con labios oscuros que perdían su color a través de finos hilos negros que abandonaban sus comisuras y ojos ennegrecidos y carcomidos por siglos de llanto seco. La multitud pronto se disolvió, para reunirse nuevamente en grupos más pequeños y dar rienda suelta a todas las fantasías sexuales de Beatriz. Sintió la excitación subir por su cuerpo con oleadas de calor intenso, mientras contemplaba como aquellos seres sin rostro gemían de placer en una orgía sin fin. Tan siniestra y placentera fue la escena que por un momento sintió la necesidad de taparse los ojos con las palmas de las manos, avergonzada por haber imaginado aquellas situaciones alguna vez. Siguió descendiendo por la escalera, no sin antes volver a echar la mirada atrás presa del deseo y la lujuria. Al llegar al segundo sótano encontró un sendero que parecía sacado de una película de terror. Alumbrado por antorchas, un camino se desplazaba de forma infinita arrojando a cada lado celdas repletas de cadáveres y elementos de tortura que recordaba de alguna de sus visitas al museo de cera. Caminó despacio mientras las almas de los que allí habían perdido la vida gritaban desde su cárcel para que por fin los liberara. Al llegar al final del pasillo se encontró con algo que jamás hubiese sido capaz de imaginar. Por si su descenso a aquel infierno particular no estuviera resultando suficientemente bizarro, frente a ella apareció la inconfundible silueta de una catedral que ya conocía de pesadillas anteriores. Nunca había visto el exterior del templo y aun así no tuvo ningún tipo de duda. La resultó tan familiar que llegó a pensar que la conocía desde pequeña. Hurgó en sus recuerdos pero no encontró la respuesta que buscaba. La doble puerta de madera maciza se abrió de forma lenta pero agónica, acompañando cada centímetro cedido con chirridos oxidados que harían tiritar incluso al más valiente de los hombres. Se internó en las profundidades de la catedral mientras la puerta se cerraba a su espalda. La estancia estaba iluminada por una luz tenue que proyectaba más sombras que claros, inundándolo todo de seres sin rostro, dispuestos a aprovecharse de la imaginación de la joven para convertirse en demonios salvajes. Se desplazó con cautela, como siempre hacía, y se acercó al extremo donde se encontraba el altar. Sin embargo algo había cambiado. La encimera de mármol había desaparecido y en su lugar un trono adornado por cabezas de animales se mostraba desafiante. Sobre el trono una figura tétrica y terriblemente familiar la sonreía entre tinieblas. Era el ser de la portada del libro, el mismo que David había visto desmaterializarse sobre el capó de su coche. Beatriz se quedó pasmada al comprobar como éste alargaba hacia ella una de sus huesudas manos. La mano giró sobre sí misma; extendida, dejando la palma hacia arriba. Los dedos comenzaron de forma sincronizada un movimiento ascendente, provocando que unas uñas negras y afiladas la invitaran a acercarse hacia el trono de huesos. Presa de un encantamiento que no conseguía disipar, sus miembros comenzaron a moverse con voluntad propia, incapaces de resistirse al influjo mágico que los proyectaba hacia adelante. Luchó por recuperar el control de su propio cuerpo, pero era imposible, estaba fuera de sí. Su mente aún la pertenecía y le gritaba que huyera, que saliera de allí antes de que fuera demasiado tarde, pero sin embargo era incapaz de contener el funcionamiento de sus músculos. El ser comenzó a esbozar una sonrisa decrepita mientras susurraba unas palabras en su mente sin la necesidad de mover los labios: «*Ven a mí Beatriz. Hija mía*».

La ansiedad tomó el control, se vio a sí misma forcejando contra aquella fuerza invisible, con todas sus fuerzas, pese a saber que estaba perdida. Nada la detendría en su macabro avance. Fue entonces cuando sintió unos brazos que la rodeaban la cintura desde atrás. Un aroma a primavera inundó sus fosas nasales. Recordaba aquel olor. Era el olor de su madre. El abrazo detuvo su avance y se notó levitar en sentido contrario, cada vez a más velocidad. Salió disparada fuera de la catedral y revivió todo el recorrido justo al revés, como si algún niño caprichoso estuviera rebobinando sus últimos minutos a una velocidad endiablada. Una luz radiante se expandió ante ella y escuchó una voz que la susurraba preocupada:

—Despierta... Despierta. Tranquila, todo está bien.

Beatriz abrió los ojos y se quedó embobada mirando a un hombre de aspecto sereno. Notó la mano del joven agarrándola el brazo con ternura, mientras sus ojos reflejaban una gran preocupación. Cuando se dio cuenta de la situación, sus mejillas estallaron en fuego presa de la vergüenza. Quiso taparse la cabeza con la chaqueta, o mejor aún, tirarse en marcha del avión para que nunca encontraran sus restos en el fondo del mar. Sin embargo aquel pensamiento la transportó de forma irremediable al recuerdo de sus padres.

—¿No habré gritado nada raro verdad?

Pensó en la orgía que acababa de presenciar en sueños y deseó con toda su alma no haber montado un escándalo en mitad del vuelo.

—No tranquila, pero sí se te veía asustada. Perdona por despertarte pero me preocupó verte tan alterada. ¿Estás mejor?

—Pues creo que sin quererlo me has salvado la vida. —Sonrió por primera vez desde que iniciaran su charla—. Soy Beatriz, aunque puedes llamarme «la loca» si quieres. —Entornó los ojos poniendo gesto de ser un verdadero desastre.

—Yo soy Jack, pero puedes llamarme «El Gran Salvador» si lo prefieres.

Lo dijo con tanta naturalidad, que Beatriz, por un momento olvidó todo lo que había soñado. Aquellos ojos tenían algo muy especial, eran de un azul tan intenso que la recordaron a las playas de cualquier isla paradisíaca. No la importaría mirarlos un rato más, eran refrescantes.

Ambos rieron y conversaron de forma apacible hasta que la megafonía anunció que estaban iniciando las maniobras de aterrizaje en el aeropuerto de Gatwick. Se abrocharon los cinturones de seguridad y no respiraron tranquilos hasta que el tren de aterrizaje tocó tierra. Se despidieron con un simple movimiento de la mano, aunque los dos hubieran estado encantados de darse los teléfonos y quedar algún día para conocerse mejor. Beatriz guardó el recuerdo de Jack en su memoria. No sabía porque pero tuvo la sensación de haber vivido uno de los pocos momentos agradables que la esperaban en su viaje improvisado.

Tras pasar el control de seguridad se dirigió hacia la parada del tren. Compró un billete de la máquina expendedora, que le pareció extraordinariamente caro, y puso rumbo a la majestuosa Victoria Station, en el centro de Londres. Contempló cómo cambiaban las vistas a medida que se acercaba hacia la urbe. Cada vez aparecían edificios más altos, había más tráfico y la gente parecía desplazarse mucho más deprisa. La estación estaba completamente abarrotada. Gente de todas las nacionalidades se congregaba allí y miraba de forma ansiosa a que los carteles luminosos mostraran la vía por la que debían acceder a su correspondiente tren. Sobre las cristaleras del tejado se filtraban los rayos del sol, parecía mentira que hiciera mejor tiempo allí que en Madrid. Arrastrando su maleta con ruedas compró un pase de tres días para el metro, atravesó los tornos y cogió la línea verde hasta su destino. Cuando llegó a la estación de Notting Hill Gate estuvo tentada de bajarse y salir corriendo hacia la biblioteca, sin embargo calmó su espíritu ansioso y se bajó en la siguiente, Bayswater. Intentó orientarse por sí misma, pero, tras mirar a varios lados de la calle, sacó el móvil y uso el navegador para introducir la dirección en la que estaba ubicado el modesto hotel que había tenido que reservar. Giró a la izquierda y quedó sorprendida por el bullicio de la calle. Había restaurantes de todo tipo y nacionalidad, mezclados como si de una exposición de comida internacional se tratara. Avanzó por la calle y su vista quedó clavada sobre una pequeña lavandería de barrio. Se acercó a mirar por la ventana, con el corazón en un puño. Cuando contempló el interior respiró aliviada al no parecerse en nada a la de su sueño. Siguió caminando por una pequeña avenida residencial. Se encontraba repleta de edificios a dos alturas de ladrillo visto. La verde vegetación adornaba la calle, otorgándole un atractivo demoledor. Podría vivir allí sin durarlo un momento. Se fijó en una ventana que daba hacia una de las esquinas de un edificio. En su interior un joven escribía en su portátil mientras sostenía sobre su mano una taza de lo que supuso sería té. Beatriz, como de costumbre, se sorprendió imaginando la vida del muchacho. Intuyó que escribía su primera novela y que siempre había soñado con vivir allí. No sabía porqué, pero tuvo la sensación de que algún día el mundo sabría más sobre él. El joven se levantó en ese momento y bebió un sorbo mientras contemplaba a Beatriz. Alzó su taza en señal de saludo y ella le regaló una sonrisa. El chico tenía un color interno precioso.

Continuó avanzando hasta dar con el edificio, de aspecto colonial, que parecía ser su hotel. Atravesó la puerta y se dirigió a la recepción. Tras una escueta charla con la recepcionista, que no brillaba precisamente por su amabilidad, ascendió por una escalera empinada hasta la primera planta. Accedió al cuarto y dejó la maleta en el suelo. Se desplomó sobre la cama hasta que el olor a naftalina y moqueta vieja la obligaron a levantarse y abrir las ventanas. Una ligera brisa ventiló la habitación y se llevó el olor a rancio. Ahora la que debía asearse un poco era ella. Se pegó una ducha rápida, se enfundó unos vaqueros ajustados, una camiseta y se recogió el pelo en un moño. Salió a la calle y se dirigió a la dirección que había encontrado en el archivo.

Atravesó el precioso barrio de Portobello y se dejó engatusar por el encanto mágico del lugar. Un olor a chocolate la guió de camino hacia un puesto de crepes con Nutella. Devoró el primero y decidió comprar otro para el camino. No tenía un apetito especialmente voraz, salvo cuando estaba nerviosa y por desgracia ahora lo estaba. Y mucho.

Enfiló Notting Hill y sus casas de colores. La urgencia por llegar la impidió disfrutar del paisaje y lo único que contempló fueron los números sobre la puerta de las casas y los locales. Cuando por fin llegó al número 44 su decepción fue mayúscula. Donde debería haber encontrado una biblioteca antigua se alzaba un café de dos plantas de estilo moderno y bastante disonante respecto al resto del barrio. Al ser además domingo, estaba cerrado por lo que tampoco podía entrar a indagar un poco más.

Beatriz rompió a llorar presa de la desesperación, apoyó la espalda contra la pared y se dejó caer hasta sentarse en el suelo. Se abrazó las rodillas y hundió la cabeza entre ellas.

—Hasta aquí has llegado Bea. Por eso no deberías haberte hecho ilusiones, al final la esperanza siempre es el arma más afilada. Cuanto más empeño pones en algo, más complicado es asumir el hecho de que lo has perdido para siempre.

Habló en voz alta, sin importar que el mundo pasara a su alrededor y la dejara miradas de incredulidad a su paso.

Estaba cansada de soñar, quiso con toda su alma dejar de creer en aquella utopía que estaba acabando con su cordura. Necesitaba a sus padres, y ese libro era lo más cerca que podía sentirse de ellos; compartiendo sus anhelos y sus misterios. Quiso dejar de ser la niña asustada que no pudo crecer con el amor de sus padres como abrigo.

Se puso en pie y se secó las lágrimas con la manga de la camiseta. Miró a su alrededor y no reconoció nada. Quizá había llegado el momento de pasar página, de vivir una vida normal. El mundo te hace sentir especial, elegido para algo, hasta el punto de llegar a creértelo. Reconocerte como uno más en ocasiones es terrible, pero en muchas otras ocasiones la desilusión desemboca en la felicidad de lo simple.

Caminó sin rumbo. Contempló a un hombre sentado en un banco de la calle. Nunca había visto a ningún anciano con la cara tan arrugada. Vestía de forma impoluta. Parecía estancado en los años cincuenta. Traje a tres piezas con chaleco de ante, corbata, bastón y un reloj con cadena eran todas sus pertenencias. Beatriz supuso, que aparte de aquellas reliquias, ese hombre no tenía nada más en el mundo y posiblemente a nadie que cuidara de él. Se sentó a su lado y le sonrió al darle los buenos días. El hombre se giró hacia ella, como si se moviera a cámara lenta, y la devolvió el saludo.

—Eres demasiado joven para llorar, eso deberías dejárnoslo a quienes ya solo tenemos tiempo para arrepentirnos. —Se señaló los ojos, dándole a entender que los tenía rojos y húmedos todavía—. A veces la vida golpea tan fuerte que nos quedamos sin aire para respirar. Pero no te duele el golpe, lo que te duele es la impotencia de no haberlo visto venir.

Beatriz solo fue capaz de asentir con la cabeza.

—Que te encuentres una puerta cerrada no significa que no puedas seguir avanzando. Solo tienes que buscar otra.

—¿Y si estoy tan cansada que ya no puedo dar un paso más?

—Entonces descansa y vuelve con el doble de fuerzas, pero no te rindas, porque si llegaste hasta ahí es porque querías estar ahí. No renuncies a un sueño aunque sea difícil. Todos lo son y sin embargo todos soñamos.

Aquellas palabras la arrancaron un suspiro que se escapó sorprendido de su alma. El anciano hablaba con una tranquilidad y un tono de voz tan melódico que obligaron a todos sus fantasmas a salir volando de su mente. Le agarró la mano al hombre y le dio un beso en la mejilla. No supo porqué, jamás había reaccionado así con un extraño y sin embargo se sentía profundamente agradecida. Fueron palabras de aliento gratuitas, sin esperar nada a cambio, solo por hacerla sentir mejor.

—¿Cuánto hace que vive usted aquí? —preguntó Beatriz intrigada.

—No recuerdo haber vivido en otro sitio, así que supongo que desde siempre.

—¿Recuerda usted si alguna vez hubo una biblioteca en el número 44?

—Claro. Gracias a ese sitio, o por culpa de él, soy lo que soy ahora. Me pasé las horas muertas cuando era un crío leyendo aventuras y descubriendo el maravilloso mundo de los libros. Para mí fue una verdadera tragedia que lo cerraran.

—Le entiendo perfectamente, los libros también cambiaron mi vida. Por eso supongo que ahora no puedo vivir sin ellos y me encargo de restaurar los que el mundo perdió en su rápido caminar.

—Bonita profesión la tuya chiquilla. Eso mismo me dijo un hombre cuando cerraron la biblioteca. Yo debía tener cerca de cuarenta años ya, y monté en cólera al ver como todos mis amigos de la infancia eran sometidos a la tortura de ser encerrados en cajas y portados en un camión a sabe Dios dónde. Recuerdo que un hombre de aspecto afable me agarró del hombro y me dijo que no me preocupara, que él cuidaría de ellos.

Sus ojos se arrugaron más aún, como si aquel momento de su vida fuera uno que le costara revivir en su mente.

—Me encantaría conocer a ese hombre y comprobar si realmente cumplió su palabra. —Beatriz resopló mientras negaba con la cabeza.

—Pues ves a verle, vive con su hijo aquí cerca.

El hombre sonrió enseñando una dentadura demasiado perfecta para ser natural. Él sabía que esas palabras eran las que ella esperaba escuchar desde que se había acercado a él. Pero claro, él siempre lo sabía todo.

Beatriz se levantó de forma precipitada mientras anotaba mentalmente las indicaciones que el hombre le daba. Comenzó a saltar en el sitio presa de una alegría desbordada. Se arrodilló frente al anciano y le besó la frente. Descendió por la calle, que se encontraba curiosamente desierta y, al girarse para despedirse con la mano, se extrañó al no encontrarlo sentado en su banco. Puede que una ráfaga de viento lo hubiera transportado a otro lugar, a uno muy lejos de allí.

Cuando llegó a la puerta se contuvo de llamar al timbre. Alzó la mano pero no se atrevió. Una segunda desilusión podría costarle demasiado. Sin embargo, como le había indicado el misterioso abuelo, cuando parecía que estaba frente a un muro y no veía más caminos, uno nuevo se descubría donde antes no había nada. Se sorprendió al pensar en el destino, dándole la forma de una mano invisible que la guiaba hacia su objetivo. Hizo un movimiento veloz con la mano frente a su cara intentando así espantar esos pensamientos que revoloteaban como moscas cojoneras.

Tosió para aclarar la garganta y estiró los brazos hacia arriba buscando el valor que la faltaba en ese momento. Llamó al timbre y esperó ansiosa hasta que la puerta se abrió. Un hombre se asomó por el hueco mientras se secaba las manos con un trapo de cocina. El hombre apoyó una mano sobre el marco y se colocó el trapo en el hombro.

—¿En qué puedo ayudarte? —preguntó el inquilino tras la puerta con voz grave.

Debía medir al menos dos metros y lo mejor de todo es que era terriblemente guapo. Beatriz su quedó de piedra.

«En lo que tú quieras...» pensó. Sin embargo las palabras que había ensayado durante el trayecto fueron otras:

—Disculpe la molestia, mi nombre es Beatriz Alonso. —Y le tendió la mano.

El individuo le dio un apretón rudo. De hombre. Y Beatriz creyó que se derretiría allí mismo.

—¿No querrás venderme nada verdad Beatriz? —De sus labios asomó una sonrisa pícaro, de esas que demuestran seguridad en uno mismo.

«No, pero yo te compraba y te ataba a la cama para siempre»

—Trabajo en la Biblioteca Nacional de Madrid y estoy tras la pista de un libro que hace muchos años trasladamos a Londres.

—Supongo que entonces a quien buscas es a mi padre. ¡Qué pena! —Guiñó el ojo y la invitó a pasar.

Avanzaron por un pequeño pasillo hasta llegar a una estancia amplia. Desde la calle nadie hubiera pensado que la casa pudiera ser tan grande. Se trataba de un estudio circular, rodeado por estanterías repletas de libros. En el centro de la sala, una mesa de madera labrada con varias sillas y en una de ellas un hombre sentado con aspecto serio. Tenía una barba blanca que le tapaba el cuello y el pelo lo llevaba largo recogido en una coleta. Era tan grande como su hijo y algo en su forma de moverse delataba una sabiduría sin igual. Aparentaba mucha menos edad de la que Beatriz habría supuesto. Según sus cálculos el hombre debería rozar casi los ochenta. Si así es como se envejecía en Notting Hill no dudaría por un instante en pedir el traslado.

El hombre se levantó con una agilidad sorprendente y le tendió la mano.

—He visto esa mirada antes, muchas veces. ¿Buscas un tesoro verdad?

La escrutó de arriba a abajo, sin ningún reparo. Beatriz recordó una de las grandes frases de Herminia: «Cuando más vieja eres, menos vergüenza te queda. Ya la has malgastado toda de joven en cosas que no la merecían».

—Lo que yo busco es un secreto.

El hombre la miró de forma distinta, sus ojos reflejaron un fulgor que antes no tenían. Quizá molesto por su descaro o tal vez intrigado por su determinación.

—Aquí se esconden muchos, jovencita, veremos si mereces encontrarlo. Soy Robert Sin.

Tras presentarse hablaron durante un largo rato. Beatriz le contó una mentira camuflada con verdades sobre el objetivo de su visita. Le habló de un libro perdido, de cómo había dado por casualidad con las pistas para llegar hasta él y de su obsesión por las diferentes historias sobre el origen de la vida. Patrick, que así era como se llamaba el hijo, se acercó durante un momento de la charla con una bandeja repleta de dulces y tres tazas de café. Hicieron un receso en su conversación para dar buena cuenta de las viandas. Beatriz devoró un par de bizcochos de un solo bocado, presa de la ansiedad, mientras sus contertulios se preguntaban cómo era posible que no se ahogara con tanta comida en la boca. Robert abrió un cajón y sacó una preciosa pipa de su escritorio, esparció el tabaco sobre la base y encendió la mecha. Disfrutaron del silencio durante unos instantes. Padre e hijo se miraron como si pudieran hablar con la mente. Patrick se levantó para recoger la bandeja y tras una excusa, bastante poco trabajada, se perdió en la cocina.

—Es usted verdaderamente interesante señorita Beatriz. Por un momento casi me lo he creído todo. Que guarde usted con tanto celo el secreto de su padre es un regalo para un viejo como yo. En este nuevo mundo que vivimos solo nos mueve la codicia y se echa en falta un poco de sentido común.

Beatriz creyó que se convertiría en piedra en ese mismo instante. ¿Cómo podía saber ese hombre que por un texto descubierto por su padre ella se encontraba allí?

—Creo señor Robert que se equivoca usted...

—Espero que no, la verdad. Llevo muchos años esperando este momento.

El anciano se incorporó y contempló a Beatriz una vez más. La pidió que se levantara y le acompañara. Abrió un ventanal que daba a un patio trasero y caminaron en silencio entre los árboles.

—Si no te importa a partir de aquí te voy a tutear, al fin y al cabo ya nos conocíamos aunque tú no lo recuerdes.

Pasearon sin hablar, cada uno organizando las estanterías de sus cabezas. Dando forma la conversación que se avecinaba. Entonces Robert volvió a hablar:

—¿El mundo es un lugar increíble verdad? Hay tantas culturas, tantas creencias y formas de vida que si uno se para a pensarlo fríamente parece mentira que todas tengan un mismo denominador común. Una historia que nos guía por un camino de dualidad entre lo que se considera bueno y malo, lo bello y lo feo, la paz y la guerra... Pero sobre todo y no lo olvides, porque es lo más importante, el Orden y el Caos. Eres especial y lo sabes. Ves cosas que otros no ven, intuyes a la gente. Sueñas sus vidas y crees saber qué anhelan, qué sienten.

Beatriz se detuvo en el sitio. Era demasiado. No solo parecía conocer a su padre, también parecía conocerla a ella. Era imposible, nunca le había contado su pequeño secreto a nadie y aun así, ese hombre podía leerla como si fuera uno de los libros de su colección. Por un momento creyó haberse vuelto a dormir en el avión y seguir soñando, pero sintió el tacto de la mano de Robert al apoyarse en su hombro, animándola a seguir.

—Esas dudas que tienes son las que todos los humanos deberían tener. Sin embargo con el paso de los años nos hemos encargado de moldearlas y llevarlas hacia caminos sin salida.

—Habla como si todo fuera premeditado.

Beatriz lamentó lanzar aquella pregunta velada. No tenía claro si quería saber la respuesta.

—¿Los hombres son libres de elegir su camino verdad? Ellos deciden dónde vivir, cómo comportarse con los demás o qué hacer con el tiempo que se les ha dado.

—En esencia sí, pero hay condicionantes. Todo influye: el lugar de nacimiento, la educación, la situación económica o incluso la religión.

—Entonces se puede decir que no somos libres, ¿no? Que algo o alguien nos ha dado las guías por las que tenemos que movernos. —Sonrió al mirar a Beatriz, estaba disfrutando con aquella charla, viendo como sus ojos se iluminaban con verdades, que ya conocía, pero que nunca había contemplado desde esa nueva perspectiva—

Hay un engranaje invisible que rige el movimiento del mundo, pero más importante aún, el de las personas que habitan en él.

—Pero no entiendo cuál es mi papel en esto, ni porqué dice que me estaba esperando o que conoció a mi padre.

—Pues muy sencillo Beatriz, porque al igual que yo o tu padre, eres parte de este mismo engranaje.

Dieron la vuelta completa al jardín hasta que se encontraron de nuevo frente a la puerta del estudio. Al entrar, Beatriz se fijó en una caja de madera labrada que había sobre la mesa y que antes había pasado desapercibida para ella. Parecía de caoba y tenía motivos grabados en la superficie. Podían ser runas o quizás inscripciones en alguna lengua que desconocía. Robert se colocó a su derecha y la ofreció una pequeña llave. Beatriz la cogió entre sus dedos, que temblaban presa de las emociones descontroladas. Una llave que sería el desencadenante de una nueva vida. La introdujo en el hueco de la cerradura y giró el bombín con infinita delicadeza. El sonido del mecanismo de apertura pareció resonar por toda la habitación. Despegó la tapa y dejó a la vista el contenido. En el interior, el libro que venía buscando, pero también había algo más. Sacó del interior una cadena, de la que pendían un anillo y una llave, y una fotografía en blanco y negro. Solo tenía una instantánea de sus padres y aun así les reconoció enseguida. Él con su pelo negro y su mirada afable. Ella con su cara angelical y sus ojos hambrientos. La examinó con más detalle. La fotografía retrataba a su familia; su padre la sostenía en brazos mientras su madre se apoyaba en su hombro. Por detrás de ellos figuraban varias personas entre las que se encontraba Robert. Todos contemplaban a un hombre que tocaba sobre el escenario. El artista miraba a su madre con una ternura infinita. Creyó saber quién era, pero era imposible. Simplemente no podía ser. Incluso estuvo a punto de esconder la foto en la caja y cerrarla para siempre. Era exactamente igual a como ella le recordaba. La misma mirada perdida y peligrosa. El mismo cuerpo perfecto. Un aura triste y solitaria... Pero sobre todo, y fue eso lo que la sacó de toda duda, un violín apoyado sobre su cuello.

Sería todo un milagro que consiguiera poder dormirse. Hacía tiempo que había dejado de contar las vueltas que daba sobre la cama. Herminia encendió la lámpara que tenía sobre la mesilla de noche y se acomodó un cojín para apoyar mejor la espalda. Había probado todas las tácticas comunes sin éxito, hasta tal punto, que las ovejitas se habían amotinado negándose a saltar la siguiente vaya para después arrancarse por sevillanas bajo la sombra de un chopo. Cuando quiso darse cuenta estaba golpeando con los dedos el colchón mientras canturreaba «Cántame» de María del Monte con los ojos como platos. Había llegado el momento de usar la artillería pesada. Sacó del primer cajón un libro e intentó perderse entre las palabras para así encontrar, por puro aburrimiento, el alivio a su cansancio en los brazos de Morfeo. Aquel libro era una verdadera maravilla en lo que se refiere a dormir a las personas. Recordaba perfectamente las cuatro o cinco primeras páginas, sin embargo estaba convencida de que nunca había sido capaz de seguir leyendo un par de ellas más. Sus ojos comenzaban a cerrarse inducidos por el influjo soporífero de aquel muermo de casi quinientas páginas cuando creyó escuchar un ruido en la planta de abajo.

—Fermín, un ruido. Despierta hombre. —El susurro lo acompañó con un meneo que hizo que los muelles del colchón se oyeran más que su propia voz.

Fermín se giró despacio hacia ella y palpó sobre las sábanas buscando las caderas de su mujer, cosa que no le costó demasiado encontrar.

—Duérmete anda, que siempre estás igual. A ver si los ladrones tienen narices a llevarse el armatoste ese que tienes por tele y nos compramos una de esas modernas con pantalla plana.

—Qué paciencia tengo contigo alma de cántaro. Venga, sé un hombre y baja a ver qué pasa.

Un ronquido prolongado fue la única respuesta que le devolvió su adorado esposo.

Tras resoplar y maldecir en varias lenguas, se incorporó sobre la cama y posó los pies en el suelo. El mármol estaba congelado y no supo si a causa de ello o del miedo, un escalofrío ascendió a lo largo de su espina dorsal. Tras ponerse las zapatillas, de estar por casa, y una bata de lana gorda se aventuró escaleras abajo a descubrir el origen de aquella amenaza que habitaba entre las sombras de la noche. Al llegar a la entrada volvió a escuchar el mismo sonido, parecía el jadeo de un animal. Pasó primero a la cocina y se armó con un rodillo de amasar pan y un cuchillo jamonero. Cuando se sintió preparada para encarar a sus asaltantes entró en el salón y encendió la luz.

Una vez la oscuridad se hubo disipado y contempló la escena no pudo evitar soltar sus armas mortales al suelo y taparse la boca presa del asombro y el miedo. Sintió que se mareaba y tuvo que agarrarse al marco de la puerta para no caerse. En mitad de su comedor había un hombre inconsciente que sangraba de forma abundante. Su cuerpo inerte estaba rodeado por su líquido vital, que manaba de forma descontrolada por un corte de proporciones gigantescas sobre la base de su estómago. Fermín llegó en ese momento junto a su esposa, alarmado porque tardaba demasiado en volver a la cama. Se agachó sobre el cuerpo y realizó presión sobre la herida mientras gritaba a su mujer para que trajera paños y algo con lo que cortar la hemorragia. Herminia era incapaz de oír nada presa del *shock* inicial, veía a su marido gesticular de forma frenética pero no conseguía asimilar lo que intentaba decirle. No estaba asustada por ver algo así, lo que realmente la había impresionado era conocer al hombre y verle tan malherido. ¿Cómo era posible si era un inmortal?

Tras detener la hemorragia y vendar abundantemente al herido, le arrastraron como pudieron hasta el dormitorio de su hija. La habitación se mantenía sin apenas cambios desde hacía diez años. Los mismos que hacía que su preciosa Lucía había fallecido a causa de una terrible enfermedad degenerativa. Desde ese momento nadie había usado aquella cama ni habitado entre aquellas cuatro paredes. Herminia le observó dolida y su cuerpo se tensó al atravesar por su mente la idea de si no sería mejor para el mundo haberlo dejado morir. Las atrocidades que había cometido en su vida eran incontables, y pese a que sabía que cada muerte pesaba sobre él, no sentía lástima. Apretó los puños y pensó en lo injusta que era la vida. Él sobreviviría a unas heridas que hubieran acabado con cualquiera y sanaría en apenas unas horas, sin embargo su hija no tuvo ninguna oportunidad por más que lucharon por salvarla. En el fondo era culpa de ella. Por ser una humana vulgar. Si hubiera salido a su padre, ahora estaría entre ellos. Agachó la cabeza y recordó a su niña. Pensó en como su vida se fue apagando poco a poco. Al final del camino su enfermedad la había privado de las fuerzas necesarias para comer ella sola o incluso para ir al baño. Fermín entró en la habitación y besó a su mujer en la frente. La cogió de la mano y apretó con fuerza. Sabía lo que estaba pensando y necesitaba reconfortarla. Amaba a Herminia con toda su alma, hasta el punto de abandonar su vida en el Santuario para vivir con ella su amor.

Se conocieron sin querer y se enamoraron sin darse cuenta. «Como en las películas de Cary Grant» había dicho Herminia alguna vez.

Fermín, que en esa época aún no tenía ese nombre, trabajaba como observador para los evolucionadores. Su misión era sencilla, recopilar información sobre los efectos de la guerra civil española en la mentalidad de la sociedad. El conflicto había terminado, pero eran muchos los niños de la guerra. Huérfanos sin familia que vagaban por el mundo buscando sin querer a alguien que les diera la oportunidad de al menos sonreír y aspirar a una vida normal. Precisamente esos niños eran la parte más importante de su trabajo. Conoció a la madre de Herminia en uno de los orfanatos que visitaba con frecuencia. Ella era una de las enfermeras y cuidadoras que trabajan allí. Se hicieron amigos hasta que fue evidente que envejecían a ritmos demasiado diferentes y Fermín tuvo que desaparecer de su vida, como tantas otras veces había hecho.

Quince años más tarde tuvo la necesidad de saber de ella. Una mañana de verano se apostó a la puerta de la casa para verla salir y saber al menos que estaba viva. Quien salió no fue ella, si no una joven que aparentaba la misma edad que él. Unos veinte años. Era el vivo reflejo de su madre, pero sus ojos no destilaban aquella tristeza que desprenden los que han comprobado los horrores de la guerra desde demasiado cerca. Algo en su estómago se encogió cuando sus miradas se cruzaron. La joven se acercó a él y le dedicó una de esas sonrisas que se recuerdan toda la vida y que vuelven a la cabeza cuando el mundo parece que va a desmoronarse sin remedio y te consuelan sabiendo que ha merecido la pena vivir. La acompañó calle abajo para así saber algo más de la mujer a la que había conocido tantos años atrás. Supo por Herminia que su madre había muerto cuando ella era apenas una niña y que se había criado con su padre, un militar de carácter apasionado pero de corazón compasivo. Se hicieron amigos hasta que pasaron a ser algo más. Aquello volvió loco a Fermín, él era un neutral, no podía vivir sin más una vida entre los humanos, o al menos no podía tener las dos cosas al mismo tiempo. Sus dudas generaron aún más dudas en la cabeza de Herminia que llegó a pensar que él no la amaba de la misma forma que ella lo hacía. Un día sin más le anunció, entre lágrimas, que no podía seguir así. Le pidió que la dejara ir y que olvidara todo lo que habían vivido juntos, aunque ella jamás sería capaz de borrarle de su mente. Fue en ese momento, al sostener su cara bañada en lágrimas, cuando Fermín supo que no podría vivir un solo día más sin mirar aquellos ojos y sin disfrutar aquella sonrisa. Esa fue la parte fácil. La difícil fue explicar que en realidad él tenía 180 años.

—Hermi, tengo algo que contarte.

Sus ojos se inundaron de culpabilidad al haber portado esa mentira tanto tiempo.

Afrontó la conversación sabiendo que existía una probabilidad muy alta de rechazo. Contó que el mundo era mucho más sencillo a como realmente se pensaba, que nada se dejaba al azar y que el destino no era una opción. La vida estaba diseñada desde que nacían. Recordó cómo la explicó que un neutral sigue siendo un humano que conoce sus funciones en la vida para con los demás. Su misión es ayudar a hacer más llevadera la mentira de la vida impuesta para la humanidad. La detalló también que el Santuario está exento de las leyes del tiempo y del espacio, por eso al estar en su interior, el tiempo no pasa y las células del cuerpo no envejecen, pero cuando salen al exterior se arrugan o enferman como cualquier otro. La gran diferencia entre la gente corriente y ellos radica en que su número es constante. Cuando uno desaparece otro nace para ocupar su lugar.

—Madre mía que susto me habías dado gavián, por un momento pensé que estabas casado. —Y le sonrió con preocupación, pero confiada al saber que las miles de preguntas que tenía para él se irían resolviendo con el tiempo. Solo la importaba que estuviera con ella, el resto daba igual.

Años más tarde Herminia reconoció que en un primer momento había pensado que estaba bromeando y que su delirante imaginación la había enamorado más aún, si es que aquello era posible.

Fermín volvió a la realidad y decidió preparar algo de café. Su mujer le vio marcharse y sonrió enamorada como el primer día. Cuando volvió la vista hacia la cama se encontró con la mirada gris de su inesperado invitado.

—Lo siento mucho Herminia, sé que no ha sido una buena idea venir aquí. —Evans intentó levantarse pero se contrajo de dolor.

La herida estaba prácticamente cerrada, pero tardaría un par de horas más en reponerse por completo.

—Bueno, eso lo podías haber pensado antes de dejarte acuchillar. —Contempló al asesino con semblante serio, juzgándole con la mirada.

—¿Está bien Beatriz? —preguntó.

—No me digas que la niña está en peligro o te remato yo ahora mismo.

—Espero que no, pero necesito localizarla.

—Está en Londres, me habló de una pista y de un hombre misterioso. No dudé ni por un momento que se trataba de ti.

—Es hora de que afronte su destino. Llevamos ocultándola demasiado tiempo. —Evans comenzó a toser de forma descontrolada.

—Espero por tu bien que la cuides Evans. Esa niña no tiene a nadie en el mundo.

—Sabes que daría mi miserable vida por ella en cualquier momento.

Sus ojos se incendiaron presa de la ira. Comenzó a sudar a consecuencia de la fiebre y quedó inconsciente nuevamente. La próxima vez que despertara se levantaría de la cama como si nunca hubiera estado herido. Una nueva cicatriz en el estómago sería el único recuerdo de su enfrentamiento con Aren.

Herminia apuró su café doble y se despidió de su marido. Sus huesos se mostraban resentidos por el esfuerzo de pasar toda la noche en vela. Encima, por si fuera poco, la visita sorpresa, la obligaría a coger el autobús ya que Fermín no podría llevarla hasta la Biblioteca Nacional.

Se sentó en un asiento libre y miró apenada a través de la ventana. Su pensamiento voló a Londres donde se reunió con Beatriz. Recordó ese día. El día en que Evans se presentó en su casa, en mitad de la noche, y la pidió que cuidara de ella. Al principio dudó, no estaba preparada para ello, pero tras conocerla, quiso protegerla a cualquier precio. Esa niña había sido una bendición para su espíritu derrotado. La quería como a una hija y a menudo se lo hacía saber. Sin darse cuenta se quedó dormida, mientras la ciudad pasaba por su ventana de un metro cuadrado y la biblioteca cada vez se veía más cerca.

Lo primero que hizo al llegar fue prepararse otro café. Se acercó al departamento de Beatriz y anunció que hoy faltaría al trabajo. El supervisor intentó sonsacarla algo más, pero tuvo que contentarse con «algo del estómago, nada que no se arregle con arroz hervido, jamón de york y agua con limón. Estos jóvenes solo comen comida basura, así les pasa luego que se van por las patas abajo».

Se internó en su despacho y se acomodó sobre la silla, iba a ser un día muy duro. Al poco rato intuyó la vibración de su móvil en un bolsillo de la chaqueta. Abrió la tapa y sonrió al ver el número de Bea.

—¡Hola cariño! ¿Qué tal la reina madre, la diste recuerdos? ¿Sí? Ya comprendo. Bueno me alegro por ti si has encontrado las respuestas que buscabas. Ya... ¿Cómo que un tal Patrick? ¿Dos metros y guapo? Pregúntale que si tiene un padre que me pueda servir a mí. ¿Qué sí tiene? Pues invítale a Madrid, que ya meto yo en el armario a Fermín. —Rieron de buena gana durante un rato que a Herminia se la antojó demasiado breve.

—Entonces cuando vuelves. Comprendo. ¿Pero a qué hora? Espera que lo apunto. Vuelo LND321. Vale. Pues te pido cita para el médico mañana por la tarde, que tienes que hacerte la enfermita. Vale cielo. Hasta mañana, te quiero.

Con el ánimo recuperado tras la breve charla, afrontó de mejor humor la jornada de trabajo, con la esperanza de que cuando volviera a casa su misterioso huésped se hubiera marchado.

La maldita maqueta se estaba resistiendo. Llevaba casi dos meses intentando montar a escala una réplica, demasiado perfecta, de «La pinta». El cuerpo de la carabela estaba terminado, pero había tantos detalles que estaba empezando a perder la paciencia. Se ajustó las gafas y lijó con un pequeño punzón la madera para poder hacer un nudo y atar las velas al mástil principal. Orgulloso con su demostración de habilidad y su destreza como maquetista amateur, dio una calada a un habano que conservaba de la boda de algún familiar. No le hizo falta girarse para saber que no estaba solo. En el resquicio de la puerta, Evans contemplaba con calma los movimientos de aquel viejo conocido.

—¿Sabes una cosa Eliot? En un barco como ese empezó toda mi historia —dijo Evans.

Eliot era el nombre que usaba Fermín cuando se conocieron hacía ya más de ochenta años.

—¿Tú hablando de tu vida? Creo que el tajo te ha cortado algo más que las entrañas —respondió.

Evans sonrió ante la ocurrencia, pero lo peor es que tenía razón. Se desplazó a su lado y contempló de forma meticulosa la maqueta.

—Viajar en estos navíos era la peor de las torturas. Me gustaría saber qué pensaría Colón ahora si viera que solo se necesitan siete horas para recorrer lo que el tardó más de dos meses.

—Algún día deberías escribir unas memorias. Serían todo un Best-Seller. —Fermín le dio una buena calada al puro antes de acercarse al mueble bar que había en el salón.

—Quizá no tarde demasiado en hacerlo.

Evans aceptó de buen grado la copa de Brandy que le tendía su anfitrión, se sentó en el sofá mientras repasaba con la mirada el acogedor hogar de aquella extraña pareja.

—¿Cómo es ser normal? —preguntó el asesino casi sin pensarlo.

—Sencillo y maravilloso. Te limitas a vivir. Nada más. Pero creo que no has venido aquí a hablar de eso, ¿verdad Evans? —Fermín se recostó sobre el asiento y sostuvo en una mano su copa y en otra su puro, en una pose más propia de un capo de la mafia que de un jubilado aficionado al modelismo.

—No, supongo que no. —Evans resopló y apoyó los codos sobre las rodillas—. Algo ha cambiado viejo amigo. Nada está en su sitio. Lo de anoche fue solo una consecuencia de nuestros actos imprudentes.

—Pareces abatido. Eso es preocupante en un hombre de convicciones tan fuertes como las tuyas. —Fermín sabía que no debía presionarle si quería saber algo más.

Evans era así, tremendamente misterioso y celoso de su intimidad. Sin embargo sabía que detrás de esa coraza un hombre atormentado gritaba por desvelar todos sus secretos, incluso aquellos tan oscuros que nunca deberían haber siquiera existido.

—El mundo ha cambiado. Puede que el equilibrio se haya perdido de forma irremediable. Todo cuanto conocemos puede estar en peligro.

—¿Otra guerra? —Fermín tragó saliva, aquella conversación se encaminaba hacia unas respuestas demasiado peligrosas.

—No es solo una guerra más, es posiblemente la última. Si te fijas el mundo entero está empezando a levantarse. África muere de hambre mientras sus guerrillas y ejércitos se abastecen de armas procedentes de occidente. Países como Irán o Corea acumulan armas de destrucción masiva y están perdiendo el miedo a las consecuencias de sus actos. Las grandes potencias se pudren por dentro mientras son testigos de su propia decadencia. Rusia crece y quiere anexionar más territorios, destapando viejas tensiones demasiado difíciles de controlar. Los pueblos se revelan y atacan a sus dirigentes. La crisis financiera, la primavera árabe, los movimientos indignados, el auge de la ultraderecha, el derrocamiento de algunas dictaduras en unas partes del mundo y el renacimiento de otras donde antes se defendía la libertad. El mundo es una bomba a punto de estallar y cada vez hay más personas dispuestas a apretar el detonador.

—Esta vez se han movido bien las piezas. Se avecina algo a escala mundial. —Fue Fermín quien mostró ahora síntomas de estar destrozado.

—El problema no es la guerra, ese es el fin de todo, ya lo sabes. El problema es que esta partida ya no es de dos y los que están jugando no quieren empezar otra cuando todo haya terminado.

—No te entiendo Evans. ¿Cómo que no quieren empezar otra? —Por primera vez los ojos de Fermín mostraron su verdadera edad, eran ojos cansados y vidriosos, ojos que llevan observando demasiado tiempo.

—El fin de la humanidad Fermín. De eso estoy hablando.

—¿Pero para eso estáis los Alur no? Para detenerlo —dijo Fermín con falsa seguridad.

—Nuestro trabajo solo es equilibrar los bandos —respondió.

—Maldita sea, entonces por qué cojones me cuentas esto si a ti te da igual. —Fermín se levantó con violencia de la silla y, tras dar la espalda al Alur, se sirvió otra copa.

Aquellas palabras se clavaron en el corazón negro de Evans generando más dolor que el causado por la espada de Aren al atravesarle.

—Porque no me da igual —dijo Evans masticando las palabras—. Porque el mundo arderá Fermín, pero no por el deseo de los dioses. Arderá porque voy a vengarme de quienes me han traicionado y me han hecho creer que mi agonía y mi sufrimiento tenía una razón de ser. De quienes han usado a los humanos como peones en un juego sin reglas y han pensado que sus vidas no tenían ningún valor. Y entonces, cuando me haya vengado, la humanidad por fin tomará las riendas de su vida y olvidará este destino impuesto bajo el que llevan sometidos tantos años.

Fermín pudo sentir la rabia y la ira que destilaban aquellas palabras y su alma se contrajo asustada ante el futuro que se avecinaba. Al darse la vuelta se quedó pensativo mirando el lugar que antes ocupaba la figura del asesino. Suspiró resignado y trazó un plan: tenían que abandonar Madrid lo antes posible. Si las palabras de Evans eran ciertas, no habría donde ocultarse, pero si al menos buscarían un sitio donde morir en paz.

Evans sabía que no era la mejor decisión, pero necesitaba comprobar algunas cosas y recoger otras. Se escurrió entre las sombras de la calle Fuencarral, agudizando sus sentidos para así evitar cualquier amenaza que estuviera esperándolo. Entró en una de las tiendas de moda del centro y compró una camiseta más acorde a su estilo y a su nueva ocupación. Llevaba una que Fermín le había dejado sobre la silla de la habitación, una de esas con publicidad que muchos usan para estar en casa. Sin pudor alguno se desprendió de la que llevaba puesta; dejando al descubierto su escultural y tatuado tórax. El gesto causó gran expectación entre las personas del local. Se escucharon exclamaciones y propuestas de todo tipo e incluso algún bufido de resignación cuando su cuerpo se volvió a cubrir, esta vez con dos calaveras atravesadas por sus propios huesos bajo un fondo negro. La vendedora de la tienda le regaló la camiseta a cambio de salir un día juntos. Menos mal, porque había perdido su falsa documentación durante la noche anterior entre el fragor de la batalla. Ese era el verdadero mundo de Evans. La noche, las mujeres, el alcohol y la violencia. Se desenvolvía de forma magistral en su ambiente. Como siglos antes lo había hecho al presentarse como músico de cámara o mucho antes como profesor de violín. Solo había una premisa; todas sus falsas identidades deberían girar en torno a la música.

Desde una distancia prudente observó el portal de su casa. Se adentró en una de las calles adyacentes y a una velocidad inhumana escaló la fachada hasta la azotea del edificio. Desde allí obtuvo una vista panorámica de la calle y no comprobó nada inusual que llamara su atención. No era de extrañar, a plena luz del día nadie se atrevería a atacarle. Se escabulló entre los tejados hasta que finalmente llegó a su ático. Atravesó la ventana y comprobó la desolación que reinaba en su hogar. Todo estaba destrozado. Siempre pasaba lo mismo cuando ella le buscaba. Sin embargo había algo más. Un olor distinto. El olor de la frustración de aquellos que habían rebuscado entre los escombros buscando alguna pista sobre su paradero. Avanzó por el pasillo y su corazón se detuvo al comprobar que la puerta del fondo a la derecha estaba completamente reventada. Antes de penetrar en la estancia, una ligera brisa a azahar embriagó sus sentidos. No sintió la necesidad de verla para saber que no estaba solo.

—Será mejor que no entres. —La voz de Daniella retumbó en la soledad del apartamento. Era una voz melódica pero triste.

Evans desoyó la advertencia y atravesó el marco de la puerta. Al entrar, el mundo pareció precipitarse hacia un vacío eterno. Su alma lloró como no lo había hecho en siglos. Se arrodilló y apretó entre sus manos los restos de su preciado violín. Apretó con tanta fuerza que la madera estalló entre sus dedos. Todo su cuerpo pareció convulsionarse y las venas que recorrían su interior se tensaron de tal forma que Daniella pensó que podrían estallar en cualquier momento. Descargó toda su frustración contra el suelo. El golpe fue tan brutal que el mármol saltó en pedazos y su brazo se hundió casi diez centímetros en el hormigón. Daniella se apartó y prefirió dejarle solo. Recordó aquel día, casi dos siglos atrás, cuando Evans la juró que acabaría con su existencia inmortal si alguna vez tocaba aquel instrumento, y que volvería a hacerlo cada vez que su espíritu volviera a la vida. Hasta la eternidad. La frialdad y la seguridad con la que la advirtió fue tal, que lo dejó en su funda y no se volvieron a ver en casi medio siglo.

Habían pasado varios minutos cuando Evans se acercó hasta ella.

—Gracias por salvarme anoche — fue cuanto dijo.

—La verdad debe ser dolorosa —respondió Daniella—. Creo que ahora estamos en el mismo bando.

—Te has expuesto demasiado, ya no hay vuelta atrás. —Evans posó una de las manos sobre los hombros desnudos de la demonio.

—Necesitaba que te dieras cuenta de ciertas cosas, creo que ahora ya no tendrás dudas.

—Sí, tengo una duda todavía.

Evans se dio la vuelta y se acercó al balcón. Daniella se apoyó a su lado e intentó en vano que su presencia fuera suficiente para calmar el dolor que sabía que el Alur sentía.

—¿Cuál? —preguntó.

—Decidir a por quién voy a ir primero.

Desde la terraza observó como Daniella se perdía entre las calles, paseando como siempre hacía, despacio, disfrutando de la normalidad. Pasó entre una pareja de amigos, que tras una sonrisa suya, comenzaron a discutir acaloradamente. Esa era Daniela y su nueva vida, y ella quería mantenerla a cualquier precio. Evans entonces recordó la noche anterior. Revivió el dolor que sintió cuando la espada de Aren atravesó su estómago. Notó la grava del suelo rasgando sus rodillas al caer al suelo y percibió nuevamente como el tiempo se detenía y una nube de olor a azahar impregnaba la azotea. Frente a él, la figura portentosa de la demonio volvió a materializarse. Notó otra vez el calor de Daniella al abrazar su cuerpo y desaparecer en mitad de la noche. Sin embargo antes de desmaterializarse, Evans había vuelto la mirada hacia aquel que le había llamado hermano y por desgracia, no mentía.

Evans supo entonces que ya nada volvería a ser igual, su mundo acababa de cambiar de forma drástica. Como ya lo había hecho treinta años atrás. Aun así necesitaba saber hasta dónde llegaba la traición. Confirmar si Dítrov, al fin, había decidido actuar. Y esa respuesta solo podía conseguirla en un lugar.

El día había sido agotador. El correo entre Santuarios estaba desbordado. Los mensajes llegaban de todos los puntos del mundo de forma frenética. Cornelliuss había decidido parar a tomar algo en la taberna. Charló de forma animada con un par de conocidos hasta que los efluvios de la cerveza empezaron a tomar el control de sus actos. Se despidió de todos y su pequeña figura atravesó las calles del Santuario en dirección a su hogar, situado en el primer nivel. Intentó en un par de ocasiones abrir por sí mismo la puerta, pero parecía que la llave se negaba a girar según su voluntad. Pidió ayuda a un transeúnte que pasaba por allí y curiosamente este consiguió abrirla a la primera. Se deslizó entre la oscuridad del hogar y encendió un candil que tenía preparado en la entrada. Se descalzó y emitió un sonoro eructo que reverberó sobre las paredes de la casa. Se preparó como pudo algo para cenar y, tras abrirse otra cerveza, se encaminó al salón. Antes incluso de dar la luz, pese a su estado de embriaguez, fue capaz de discernir la sombra que le observaba apoyada junto a la ventana. Se sentó en su butaca favorita y degustó de buena gana unas salchichas con chucrut recién traídas de Alemania. Una vez hubo terminado se dirigió a la sombra, seguro de sí mismo, sabiendo que en el Santuario nada podría pasarle.

—¿Qué haces aquí Evans? —preguntó la rechoncha figura.

—El otro día entregaste dos sobres con sello de sangre. Uno era para mí. Quiero saber para quién era el otro.

—Sabes de sobra que no puedo decírtelo. Nos conocemos de hace mucho tiempo Evans, no tengo tiempo para esto. —Cornelliuss hizo un gesto con la mano invitando a salir al asesino de su casa.

—Ya lo creo que sí.

Los ojos de Evans se iluminaron inundados en sangre y el rojo incandescente de sus iris se reflejó sobre el filo de sus dagas. El pobre cartero se apretó contra el asiento completamente aterrado. Nunca había conocido el miedo hasta ese momento. Aquel espectro de la muerte había venido a por él y supo que no se marcharía de allí hasta que conociera las respuestas que había venido buscando.

Hacia más de dos horas que Jack esperaba en la terminal de llegadas del aeropuerto de Gatwick. En el correo solo indicaban que alguien iría a buscarle. El aeropuerto estaba repleto de viajeros. El buen tiempo de los últimos días había animado a los turistas de todos los rincones a visitar las islas británicas. Una pareja se detuvo justo frente a él, iban acompañados por dos niños pequeños que no dejaban de correr y dar gritos. Sonrió al contemplar la escena presa de una melancolía que ya era bastante conocida para Jack. Quizá le recordaran a alguien o quizá solo sintió empatía por la situación. En ese momento la niña se cayó al suelo y comenzó a llorar de forma desconsolada. Su madre se acercó hasta ella y la alzó en el sitio mientras la besaba en la frente y la convencía con caricias y sonrisas de la intrascendencia de su herida. La niña, curada por el beso balsámico de su madre, salió disparada en dirección a su hermano. Por un momento Jack tuvo que apartar la mirada por temor a que se activara algún mecanismo en su interior que dejara abierta la compuerta de los sentimientos. Jack era simplemente así, o al menos así había sido desde que tenía recuerdos de su vida. Y de eso no hacía más de un año.

Jack no era capaz de recordar nada. Según el informe médico sufría amnesia severa a consecuencia de un brutal accidente. Su cuerpo había sanado perfectamente pero su cabeza no era capaz de romper el bloqueo de sus recuerdos. En varias ocasiones, durante su internamiento en el hospital, había intentado averiguar cómo había acabado allí. Las respuestas que siempre obtuvo fueron confusas e incluso en muchas ocasiones contradictorias. Según la versión de una de las enfermeras que le asistió, apareció una mañana, por su propio pie y se derrumbó frente a la puerta de urgencias. Otro de los médicos dijo que había llegado en ambulancia y sin embargo en admisión del hospital aseguraban que no tenían constancia de su llegada. Solo de su ingreso. Así, entre interrogantes sobre su vida anterior y su vida actual, comenzó a vivir un nuevo Jack.

Pasó más de dos meses ingresado. Sus heridas habían sanado perfectamente, pero su amnesia preocupaba más a los doctores. En ese tiempo confraternizó con todos los trabajadores del hospital. Su carácter afable, su eterna sonrisa y sus constantes bromas hicieron de él uno de los enfermos más famosos del lugar. Un día le preguntó a una de las enfermeras por sus objetos personales. Ella sacó de una bolsa un pantalón de pinza color beige, una camisa azul de lino y una servilleta perfectamente doblada. Jack la interrogó con la mirada esperando encontrar alguna cartera que contuviera su documentación. La mujer negó con la cabeza y le acarició el brazo. Tras dejarle solo, desdobló aquel trozo de papel con delicadeza y leyó las dos únicas palabras que había escritas. «Jack Sullivan». Así fue como le bautizaron en el servicio de urgencias a falta de un nombre oficial. Se acostumbró enseguida a su nuevo nombre, como si realmente así se hubiera llamado siempre. Hubo dos momentos especialmente complicados en la recuperación de Jack. El primero fue el día que se enfrentó por primera vez a su reflejo en el espejo. ¿Cómo era posible que no se acordase de sí mismo? Se contempló de la misma forma en que se mira a un extraño la primera vez que te lo presentan; con miedo a juzgarse. Aquellos ojos azules que le devolvían la mirada eran enormes y destacaban aún más sobre su pelo castaño. La nariz de aquel desconocido era proporcionada y sobre sus mejillas unas pecas simpáticas decoraban una cara bastante atractiva. Su cuerpo estaba bien formado y era de una altura bastante aceptable.

El segundo momento complicado fue el día que recibió el alta.

—¿Todo bien Doctor? —había preguntado el muchacho.

—Pues está todo perfecto Jack, estás en condiciones de recibir el alta médica.

La noticia normalmente aliviaba a los pacientes ingresados. Sin embargo en Jack tuvo un efecto desolador.

—Vaya, creo que debería alegrarme, pero la verdad es que no sé qué hacer ahora.

Jack se sentó sobre la cama y contempló a través de la ventana de su habitación como las ramas de los árboles se mecían ante los empujones del viento. Se sintió en ese momento como una hoja a la que una fuerza desconocida espolea y guía bajo los designios de algo que no conoce y hacia un lugar que no sabe dónde está.

—Tu caso es muy especial Jack, la policía no tiene constancia de ninguna denuncia por desaparición que coincida con tu descripción y misteriosamente tus huellas dactilares no están registradas en sus bases de datos.

—Soy un fantasma. —Expulsó el aire de los pulmones con resignación mientras se golpeaba con las palmas de las manos las rodillas.

—No Jack, eres alguien a quien Dios ha dado una nueva oportunidad para vivir desde cero. Puedes ser lo que quieras ser. Tras hablar con una asistente social hemos tramitado los papeles para que puedas acceder a una pensión del estado hasta que consigamos establecer tu verdadera identidad o rehagas tu vida.

—Doctor, ¿sabemos qué edad tengo? —Era la primera vez que Jack se había planteado la cuestión.

—A ciencia cierta no podría decirte. Estimamos por las radiografías de tus huesos y las placas que te hemos realizado en los dientes que debes tener aproximadamente veintiocho años.

—No está mal. Estoy en la flor de la vida, ¿no doc? —Jack se incorporó y se acercó hasta el hombre con bata que le expulsaba a un mundo que no conocía y en el que no tenía nada ni a nadie—. Entonces, ¿recojo mis cosas? —preguntó.

—No tengas prisa, date un paseo mientras ordenas tus pensamientos.

—Eso va a ser fácil doctor, ahora tengo mucho hueco en la memoria. —Jack sonrió de buena gana y su sonrisa contagió al doctor, que estaba pasando un verdadero tormento.

—Te deseo todo lo mejor muchacho —dijo con sinceridad.

Se abrazaron de forma afectuosa y Jack le agradeció toda la atención que le había prestado estos últimos dos meses. También prometió que volvería cada cierto tiempo para contarle como le iba la vida.

El hospital disponía de un jardín bastante amplio en la parte de atrás. Jack decidió seguir el consejo que le había prescrito el médico y salió a dar un paseo entre los árboles que en mil ocasiones había contemplado desde su habitación. Se podía decir que aquella era la primera vez que sentía el sol en su rostro y el viento en sus mejillas. Acarició cada hoja que encontró a su paso, absorbiendo la textura de todo elemento desconocido, como un niño curioso que está descubriendo el mundo a pasos acelerados. Se tumbó en el césped, entre dos encinas gigantes, y dejó que el tiempo pasara mientras él disfrutaba de las caricias del mundo. Sintió un pequeño cosquilleo en sus manos y al abrir sus inmensos ojos azules, contempló a una pequeña hormiga que ascendía de forma descarada por sus dedos. La dejó hacer sin dejar de mirarla, hasta que el sonido de unas voces le sacó de su trance. Una decena de niños, de no más de diez años corrían por el jardín riendo a carcajadas. El buen tiempo animaba los corazones e incluso, enfundados en sus vestimentas de internos, los niños deseaban con todas sus fuerzas disfrutar de aquella falsa sensación de libertad, sentirse como si la enfermedad que había decidido arrebatarles el cabello, de forma indefinida, solo hubiera sido un mal sueño. Jack se levantó precipitadamente y contempló, embobado, a los críos mientras jugaban y reían. No tardó demasiado en acercarse a ellos y gargarles algunas bromas.

Al volver a la habitación, una lágrima furtiva se escapó a su férreo control y dejó entrever la nostalgia que sentiría por aquellas paredes, por paradójico que fuese, su vida había empezado allí y enfrentarse ahora al mundo exterior era una aventura para la que aún no se sentía preparado. Natalia, una de sus enfermeras y posiblemente ahora su mejor amiga, le observaba desde la puerta sin que Jack se percatara. Al girarse y enfrentar sus miradas, ambos sonrieron y estallaron en carcajadas.

—Eres un llorón, que te quede claro —le acusó la enfermera.

—Es la alegría de no volver a veros. —Y según lo dijo se abrazó a ella.

—Pues eso va a ser difícil. He pensado algo Jack.

—¿Tú pensando? No hacías lo mismo cuando me clavabas tus adoradas agujas en el trasero.

—Que exagerado eres, tampoco era para tanto.

—Claro, como no te pinchaban a ti...

—Escucha un momento. Le he dado muchas vueltas y creo que hasta que te orientes mejor podrías quedarte en mi casa. No es muy grande pero tengo una habitación libre y a los dos nos vendrá bien la compañía. —Sus palabras temblaron temerosas de una respuesta negativa.

Jack creyó que estaba soñando, tanta generosidad no era normal. Sabía que estaría eternamente agradecido a Natalia por ello. La respuesta se escapó de sus labios en

milésimas de segundo.

—Me encantaría.

Ambos sonrieron y se abrazaron en silencio.

El mundo exterior resultó mucho más fácil e interesante para Jack de lo que nunca hubiera imaginado. Daba largos paseos durante el día y se relacionaba con todas las personas que encontraba en su camino. Hablaba con ellos, comprendía sus dilemas y alentaba sus proyectos como haría un amigo de toda la vida. Se podría decir que tenía don de gentes. Pero la verdad iba mucho más allá. Desde que había despertado en aquella habitación del hospital, tenía la capacidad de percibir los sentimientos de las personas. Podía sentir la melancolía de los ancianos que gritaban por dentro desesperados por una visita de sus hijos. Sentía la frustración de un médico que acababa de perder a un paciente. El amor de una madre que acababa de dar a luz a su hijo o incluso la excitación de una mujer que se mantenía recostada sobre el pecho de su novio en mitad del parque. En definitiva, sentía lo que sentían los demás como si sus almas estuvieran enlazadas.

La policía no consiguió ninguna información sobre su vida anterior. De tal forma que un mes después de haber abandonado el hospital se convirtió en ciudadano de pleno derecho bajo el nombre de Jack Sullivan. El tiempo pasó deprisa y no le costó demasiado encontrar un trabajo gracias a su enorme carisma y su facilidad para congeniar con las personas. Cumplió su promesa y cada poco tiempo visitaba a sus antiguos compañeros de hospital para intentar amenizar en todo lo posible sus interminables horas allí encerrados. Natalia no tenía ni idea de cómo era Jack antes del accidente, pero era imposible que fuese mejor persona de lo que era ahora. Quizás el poder reiniciar la mente y empezar de cero no fuese una mala idea después de todo.

Un día Jack pasó frente a una estación de autobuses y vio a una mujer que lloraba desconsolada en un asiento de metal, bajo una de las marquesinas. Se acercó a ella y se sentó a su lado. No fue necesario hablar, solo sintió su pena. Su alegría se contrajo y desapareció durante varios días. Apenas comía y no quería salir de su habitación. Natalia se llegó a preocupar en exceso por su estado de salud, pero cada vez que le preguntaba solo obtenía la misma respuesta. «Ojala nadie me esté esperando, el dolor de la pérdida es aterrador».

Su relación con Natalia fue empeorando de forma progresiva. Sabía que estaba enamorada de él pero era incapaz de corresponderla. Era frustrante para ella ocultar su amor y más aún para él fingir que no lo sabía. De esa forma fue como, tres meses después de haber vuelto a la vida, se independizó.

La vida siguió sin darle demasiadas sorpresas, cada vez se sentía más confuso, no sabía quién era antes y dudaba sobre quién era ahora. Necesitaba conocer más sobre su pasado. ¿Quién había sido? ¿Cómo había llegado al hospital? ¿Qué accidente había tenido? Eran demasiadas las dudas y muy pocas las respuestas. Quería pasar página y vivir sin pasado, pero esa tendría que ser una elección que tomara por sí mismo, no por imposición. Sin embargo, cuando más perdido estaba, recibió un correo que volvió del revés todo su nuevo mundo. Alguien le citaba en un aeropuerto y decía conocer las respuestas que tanto había estado buscando. Nunca habría creído aquellas palabras de no haber sido por la última frase que leyó:

*«Sé lo que sientes, al igual que sé lo que siente el resto del mundo. Igual que tú. Las respuestas esperan y yo tengo la llave que desvelará el misterio».*

Alzó la cabeza y volvió a encontrarse de nuevo con la fría estructura del aeropuerto. Recordó a la joven que había conocido en el avión, Beatriz, y no pudo si no sentir rabia al comprender que no volvería a verla. Ella era diferente, lo intuyó al verla con el sol reflejado en su pelo caoba y tuvo la certeza al grabarse a fuego en su mente el momento en el que ella había despertado y se habían mirado frente a frente por primera vez. Había sido una sensación maravillosa. Única. Sin embargo ahora todo quedaba ya muy lejos. Volvió a contemplar su reloj, impaciente, y una nube de incertidumbre comenzó a nublarle los sentidos. ¿Y si todo había sido un engaño? ¿Habría viajado hasta allí para nada? Sacó del bolsillo su móvil, y tras varios minutos desanudando el cable de los auriculares, se fundió con la melodía de una canción. Sus sentimientos se intensificaban con la música; entendía perfectamente lo que el autor quería transmitir y se emocionaba al impregnarse de los sentimientos contradictorios que servían de inspiración a la mayoría de los compositores. Le ocurría igual con el cine, la pintura o cualquier otra forma de arte. Era una sensación maravillosa pero a la vez una tortura atroz.

Un movimiento cerca reclamó su atención. Un niño se había detenido frente a él. Comía una piruleta y no dejaba de mirarle con verdadero interés. En un momento determinado, como si ya se hubiera convencido de su acierto, le tendió una servilleta doblada y salió corriendo entre carcajadas. Contempló el trozo de papel hipnotizado. Era el mismo tipo de papel que había recibido entre sus efectos personales en el hospital. La desdobló con suma prudencia y leyó en alto las palabras que aparecían dibujadas por el trazo suave de una pluma. Era una dirección.

Con la ilusión renovada salió de la terminal y se dirigió hacia el primer taxi de una fila infinita que aguardaban ansiosos la entrada de los viajeros procedentes de los aviones.

Sin demasiados preámbulos comunicó, en un inglés perfecto, al conductor la dirección a la que debía llevarle. Este le miró con extrañeza y le preguntó en varias ocasiones si estaba seguro de ello, pero ante la insistencia de Jack, encogió los hombros y arrancó el coche.

Durante el trayecto se preguntó que más secretos ocultaba su mente. Era capaz de hablar varios idiomas de manera fluida y tenía una gran facilidad para aprender cualquier materia que se le propusiera. Había memorizado en este escaso tiempo la historia contemporánea de la humanidad. Le fascinaba la forma de vivir de los antiguos hombres, como él los llamaba, así como la literatura y la música de las diferentes épocas.

El coche avanzaba a un buen ritmo entre las calles de Londres, estaban tranquilas, aunque comenzaba a intuirse el atasco de la hora punta. Giró la cabeza hasta golpearse con el respaldo al creer ver a Beatriz entre la multitud, mirando una lavandería. Se palpó la cabeza en el lugar que aún escocía, de forma suave, mientras se preguntaba que tenía esa chica para haberle obsesionado tanto. Intentó aclarar sus ideas y su mente se llenó de falsas suposiciones sobre lo que encontraría al bajar del taxi. Pensó en una escena de película en la que una mujer y varios niños salían a su encuentro mientras un perro ladraba alrededor. En otra imagen se veía a sí mismo reencontrándose con un hermano y recuperando de forma instantánea la memoria. Llegó a pensar incluso que era el heredero de una gran fortuna y que, borracho de millones, había viajado a España a gastar todo su dinero en alcohol y mujeres, con la mala suerte de sufrir un accidente. Aceptó este último pensamiento como el más plausible y decidió que, si realmente era poseedor de una gran fortuna, donaría todo de manera altruista. Él no necesitaba dinero para ser feliz. Necesitaba respuestas.

El paisaje fue cambiando sin que apenas se percatara de ello. Los edificios residenciales dieron paso a una carretera comarcal que se adentraba en el interior de un polígono industrial abandonado. Las calles estaban desiertas y los edificios parecían desmenuzarse en pedazos a su paso. El taxi se detuvo y el conductor miró hacia atrás.

—¿Seguro que es aquí? —le interrogó el taxista.

—Pues eso creo —respondió Jack con poca seguridad.

—Mire, yo le voy a dejar una tarjeta con el teléfono de mi empresa. Si necesita un vehículo llámenos, pero intente pasar el mínimo tiempo en esta zona.

—Sí, gracias. —Jack alargó la mano y aceptó la tarjeta que le tendían.

El taxista dio la vuelta y se perdió entre los restos de los edificios. Jack contempló la escena y un cosquilleo recorrió su cuerpo. Cuando se miró las manos, estaban temblando. Se encaminó hacia el edificio que tenía el número que marcaba la servilleta. Llamó a la puerta de forma insistente pero nadie acudió a su llamada. Pegó la oreja al metal pero fue incapaz de escuchar nada. Giró la manivela y la puerta cedió entre un chirrido. «Debe hacer años que nadie usa esta entrada» pensó. Se internó en la nave industrial y el desaliento se apoderó de sus emociones.

El lugar estaba completamente abandonado. El techo se había derrumbado en varias partes permitiendo que los rayos del sol iluminaran la mugre del suelo. Las paredes estaban repletas de grafitis y restos varios que Jack identificó por su característico color marrón. Los pájaros habían tomado el lugar, haciendo de aquella nave un nido gigante. Avanzó hacia el centro del espacio y dejó su equipaje de mano sobre el suelo. Agudizó los sentidos pero solo escuchó el graznido de algún cuervo molesto por la intrusión en sus dominios. Cruzó los brazos en jarra sobre la cintura y resopló. Maldijo su mala suerte y se palpó los pantalones buscando el móvil para pedir un taxi que le sacara de aquella estúpida y macabra broma. Sintió una ligera brisa sobre su nuca que le erizó el cabello. Se puso en tensión, alertado por un peligro invisible acechante entre las sombras. No vio venir el golpe. Cuando quiso darse cuenta estaba doblado por la cintura con las rodillas apoyadas en el suelo. La patada había sido brutal y le había cogido completamente desprevenido. Jadeó intentado aspirar un poco de aire y se palpó la boca. Estaba sangrando. Sin previo aviso otro

impacto contra su rostro, lanzándolo de espaldas sobre el suelo. Se agarró la mandíbula con ambas manos, seguro de haber perdido algún diente, y rodó por el suelo, intentando escapar de su atacante invisible. Se arrastró hasta uno de los extremos de la nave e intentó ocultarse entre las ruinas, aunque sabía que no podría escapar. Escuchó unos pasos que se acercaban de forma lenta pero firme hacia él. Se pararon a escasos centímetros de su cara. Una voz gutural resonó en toda la edificación. No sabía qué idioma era, pero entendió perfectamente su significado. Era una orden. Significaba «¡Lucha!». Se repitió aquel sonido varias veces, pero Jack apenas podía moverse. La figura se desplazó hacia la derecha y de forma salvaje comenzó a patearle las costillas. Escuchó varios crujidos de sus huesos y por momentos creyó perder la conciencia. Se entregó a la muerte, convencido de su final. En una burla del destino moriría solo, sin que nadie le recordara, ni nadie supiera quién había sido. Los golpes cesaron y volvió a martillar sus oídos aquella voz demoniaca que le instaba a combatir.

—Si de verdad quieres saber algo sobre ti mismo... ¡Pelea por tus respuestas!

Sus músculos se tensaron de forma salvaje, e impulsado por una fuerza invisible se abalanzó contra su atacante. No sabía de dónde salían aquellas fuerzas renovadas, ni entendía porqué la rabia y la ira minguaban el dolor que sentía en su destrozado cuerpo. Atacó con toda su alma al desgraciado que disfrutaba de su sufrimiento. La batalla se prolongó varios minutos, en los que se intercambiaron golpes a una velocidad irreal. Jack no entendía cómo, pero era capaz de anticiparse a los movimientos de su contrincante e incluso contragolpear para intentar romper las defensas de su enemigo. ¿Cómo era capaz de pelear así? Otro misterio que tendría que resolver, si es que salía vivo de allí. Entonces el gigante fintó y esquivó el puñetazo de Jack. Golpeó con su rodilla el estómago del joven y le agarró del pelo antes de que tocara el suelo con las manos descarnadas.

—¡Bien hecho Jack! —tronó la gutural voz.

El puño realizó un arco de abajo a arriba y golpeó con tanta fuerza la cara de Jack que este salió despedido de espaldas hasta caer derrumbado sobre un charco del suelo. Antes de perder el conocimiento observó su reflejo en el agua. Sus ojos, cristalinos y azules como un lago ahora ardían en llamas salvajes.

Despertó a las pocas horas completamente desorientado. La cabeza le martilleaba sin compasión. Tardó varios segundos en percatarse de su nueva situación. El mundo se había dado la vuelta en una nueva perspectiva alterada y burlona de la realidad. Entre una neblina de somnolencia observó la pequeña estancia en la que se encontraba. Había una mesa y una silla carcomidas por la humedad y el paso del tiempo. Las paredes eran oscuras y una única bombilla alumbraba la oscuridad de forma intermitente. Había también un espejo en el que se veía su propio reflejo. Al enfocar sobre su imagen se descubrió colgado por los pies, con el torso descubierto y completamente amoratado. Intentó luchar por descolgarse pero apenas tenía fuerzas para respirar. Escuchó tras él un ruido procedente de una puerta al abrirse y se quedó completamente quieto con los ojos cerrados. La voz gutural sonó a su espalda, parecía hablar con alguien que se mantenía callado. Durante un momento su secuestrador se mantuvo en silencio.

—¿Cómo que está vivo? ¿Qué se ha escapado? No... Ya me encargo yo de decírselo.

Un teléfono móvil pasó rozando la cabeza de Jack para acabar convertido en pedazos al estrellarse contra el cristal. La sombra del gigante se desplazó frente a su presa y se quedó parada. Jack intentó mantenerse inmóvil, pero el terror que sentía no dejaba de convulsionar su cuerpo. Escuchó el siseo de una sonrisa y deseó que todo acabara pronto. No quería seguir luchando.

—El miedo es el primer sentimiento que tenemos que eliminar Jack, cuanto tardemos en conseguirlo depende exclusivamente de ti.

Jack abrió los ojos justo para comprobar como una sonrisa maliciosa se dibujaba en el rostro de aquel sádico antes de descargar con furia un aluvión de golpes sobre su cuerpo como si solo se tratara de un saco de boxeo. El dolor de los huesos rotos fue tan intenso que nuevamente perdió el conocimiento.

Cuando volvió a despertar se encontró tirado en el suelo. Se sorprendió al ser capaz de moverse. Consiguió levantarse y a duras penas se acercó al centro de la nave principal. Donde todo había empezado. Debería tener todas las costillas rotas y aun así era capaz de tenerse en pie. Sentía el dolor de las magulladuras pero no el de las fracturas. Pensó que se estaba volviendo loco y que todo aquello era producto de su mente enferma. Quizá seguía postrado en la cama del hospital y todo cuanto había vivido había sido solo un sueño. La voz gutural volvió para recordarle que todo era muy real. Jack se preparó para el ataque y combatió con el demonio hasta que de forma grotesca una patada dobló en un ángulo imposible su pierna y cayó al suelo entre gritos agónicos de dolor.

—No está mal muchacho. Aprendes rápido —bramó el ser.

Y de nuevo la pesada bota con punta de acero golpeo su cara para mandarle al mundo de los durmientes de forma indefinida.

Recuperaba la consciencia cada poco tiempo pero se encontraba inmerso en un estado de irrealidad del que no era capaz de escapar. Sus fracturas se soldaban solas y sus heridas se cerraban de forma antinatural. Una y otra vez se levantaba para pelear y sufrir el tormento al que le sometía su enemigo. Una y otra vez perdía el sentido a causa de las palizas y volvía a comenzar una pesadilla que parecía no tener fin. No recordaba haber comido ni bebido en esos días. Poco a poco había dejado incluso de sentir. No tenía miedo, no sentía frustración ni rabia. El mundo exterior parecía haber dejado de existir. Ahora ya no importaba quién hubiera sido en una vida anterior. Nunca volvería a ser esa persona. De esta forma fue como la resignación tomó el control y el Jack Sullivan que había vuelto a nacer apenas un año antes en un hospital de Madrid volvía a morir en un oscuro y húmedo rincón de Londres.

Al abrir los ojos se sintió distinto. Dispuesto a someterse a una paliza más. Tenía molestias en su brazo izquierdo pero no le extrañó. La última vez que lo había visto, colgaba inerte con el hueso asomando entre sus músculos. Su cabeza sin embargo se mostraba menos confusa. Percibía todo con una claridad deslumbrante.

—Es normal que te sientas así. Los efectos de las drogas que te he estado suministrando han fortalecido tu organismo y por fin han pasado a formar parte de él.

Por primera vez Jack contempló con detenimiento al hombre que le había sometido a su purgatorio particular. Estaba bajo la luz del sol, como un Dios malvado que se muestra ante sus hijos aterrados. Era verdaderamente grande. Vestía un pantalón militar y una camiseta gris que parecía a punto de explotar dada la envergadura de sus músculos. Llevaba la cabeza afeitada y tenía la cara repleta de cicatrices. Ocultaba sus ojos bajo unas gafas de cristales oscuros.

—Siéntate, querías respuestas y las tendrás.

Jack se sentó frente al extraño y esperó varios segundos antes de formular la pregunta.

—¿Quién eres? —preguntó.

El extraño se quitó las gafas y unos ojos grises como la piedra quedaron al descubierto.

—Los que me conocen me llaman Nattan.

—¿Y qué quieres de mí? —susurró Jack.

—¿No es evidente? —Nattan mantuvo una pausa teatral—. Adiestrarte, ¿qué podría ser si no?

Beatriz apenas era capaz de contener la emoción. El flujo de sensaciones que destilaba su cuerpo confrontaba con su calma habitual hasta el punto de hacerla perder en varias ocasiones el control sobre sus sentimientos. Acababa de embarcar en el avión con destino a Madrid, dando por concluidas cuarenta y ocho horas repletas de magia y respuestas. Apoyó la cabeza contra el respaldo de su asiento y una vez más perdió la consciencia de la realidad para así echar la vista atrás y recordar aquellos momentos que habían cambiado su vida para siempre. Tenía ahora un nuevo objetivo muy claro. Debía encontrar al hombre de los tatuajes y cerrar el círculo de las preguntas que sabía que enlazaban de una forma perfecta con gran parte de las respuestas que había encontrado, pero que por desgracia, en vez de aclarar su mente, la habían llenado de más incógnitas, para las que él debía tener, a ciencia cierta, todas las soluciones.

Recordó entonces el tacto del libro que había sujetado en sus manos. Aún podía sentir la textura del tomo sobre el que se mostraba, de forma nítida, la imagen que había descubierto por casualidad en la Biblioteca Nacional. Esa sensación que la invadió al tenerlo entre sus brazos aún no era capaz de describirla. Podría tratarse de alivio o quizá solo fuera satisfacción. Sin embargo un torrente de nuevas emociones había nacido en su corazón. Por un momento se había sentido parte de la búsqueda de su padre y se sintió orgullosa de continuar donde él lo había dejado. Sus dedos rozaban las tapas de la misma forma que los de su padre lo habían acariciado muchos años antes. Presa de la ansiedad había intentado abrirlo allí mismo, pero las manos firmes de Patrick se lo habían impedido.

—Este no es el lugar Beatriz. Por favor, acompáñame.

La firmeza de su mano contrastaba con la dulzura de aquellos ojos preciosos que la miraban, prometiéndola respuestas a sus anhelos más profundos y posiblemente, si el tiempo lo permitía, a los más íntimos. La llevó agarrada hasta un pasamanos que daba acceso a las plantas superiores de la casa; una mansión escondida en el carismático barrio londinense. Subieron juntos, a paso lento, en una procesión de los sentidos encaminados hacia una cima invisible donde un gurú olvidado por la civilización desvelaría el futuro de la humanidad a dos simples mortales. La casa era realmente maravillosa. Los suelos de madera parecían tener decenas de años y los cuadros de figuras pulcramente vestidas adornaban el sendero hasta una habitación en el fondo del pasillo. Los hombres allí inmortalizados no cesaban de mirarlos, cuestionándose si eran dignos de los secretos que iban a desenterrar. Los retratos parecían estar ordenados por orden cronológico, además de los letreros que así lo anunciaban, podía demostrarse por las distintas técnicas pictóricas que habían utilizado los autores que les habían dado la vida en siglos distintos. Beatriz leyó los nombres y apenas tardó un segundo en entender quiénes eran esos individuos, a los que misteriosamente parecía unir la sangre y que ahora compartían la eternidad de las paredes de un viejo corredor. Los que allí leyó eran nombres que ya había visto antes. Todos ellos compartían las dos primeras letras del nombre y del apellido. Todos aquellos habían escrito libros que tarde o temprano la humanidad había perdido. Tuvo que agarrarse a Patrick presa de la impresión. Creyó desvanecerse y sintió que la vieja madera se hundía bajo sus pies y la casa se derrumbaba sobre ellos. El aire huyó de sus pulmones y las pareces comenzaron a cerrarse sobre ella, devorando cada resquicio de luz y cada parte de cordura que Beatriz creía conservar. El último cuadro pertenecía a Alan Urdir. Era la cara de un hombre joven, tenía los ojos verdes y resaltaban sobre el pelo oscuro. Una barba frondosa del mismo tono cubría toda la parte inferior de la cara. Era apuesto y de rasgos suaves. La nariz pequeña, los labios carnosos y las orejas proporcionadas. Vestía una toga negra, como el resto de retratos, y sobre sus manos portaba un libro. El mismo que ahora tenía Beatriz en las suyas. Patrick se giró al entender qué ocurría y abrazó con ternura a la joven que, aún en estado de shock, contemplaba el rostro del hombre que había muerto tres décadas antes en un accidente de coche en Santander. Un rostro que no sería capaz de recordar si no contara con una fotografía y que, sin embargo, ahora reconocía de forma perfecta sobre el lienzo. El rostro de su padre.

El final del pasillo desembocaba en una oscura puerta que se fundida entre las sombras con el resto del corredor. Patrick extrajo del bolsillo del pantalón una llave de hierro y la introdujo a través de la cerradura. Antes de abrir la puerta se volvió hacia Beatriz y leyó en sus vidriosos ojos el huracán de emociones que albergaba su alma. Volvió a abrazarla, como había hecho apenas unos segundos antes y dejó que sus cuerpos compartieran el calor que irradiaban. La separó de su lado y, sin soltarla, acarició su mejilla.

—Entra cuando estés preparada. Olvidate de todo y céntrate solo en la lectura. Cuando hayas terminado, te estaré esperando —había dicho Patrick.

Beatriz asintió en silencio y contuvo el aliento al agarrar entre sus dedos la llave que estaba insertada en la puerta. Escuchó los pasos del joven a su espalda y recordó la ola de excitación que había sentido al arroparse entre sus brazos. Había notado la firmeza de sus músculos, el calor de su respiración y el olor de su cuerpo. Su mano temblaba sobre la llave de forma ostensible, fiel reflejo de la asincronía que en esos momentos agitaba todo su ser. La puerta cedió de forma suave y la luz del interior se desparamó entre la oscuridad que gobernaba el largo corredor. Antes de adentrarse en la nueva sala, volvió la vista y se enfrentó una vez más a la imagen de su padre.

Era una habitación amplia, de estilo clásico. Dos grandes ventanales eran los encargados de filtrar la luz que procedía del maravilloso jardín por el que había paseado hacia solo unos minutos. Un pequeño escritorio, orientado hacia la luz, ocupaba el centro de la estancia. Sobre él, un par de folios, tinta y una pluma de plata. Separó la silla y se sentó agarrando de forma inconsciente el cálamo rematado en una pluma blanca. Vio en su cabeza la imagen de su padre, sentado sobre aquella misma silla dando forma al libro que ahora ella era incapaz de separar de sus brazos, quizá por miedo a que desapareciera una vez abandonara su contacto o quizá por la incertidumbre que generaba lo que ahora podría descubrir. Con un gran esfuerzo lo apoyó sobre la mesa y con la delicadeza de un cirujano, adquirida en sus muchas horas con tomos antiguos, abrió el libro por su primera página. Poco a poco el mundo desapareció. Solo existían ella y su padre. Este la narraba de forma sencilla un cuento sobre el origen de la humanidad.

*«Dios creó el mundo. Era tal su inmensidad que se sintió abrumado por lo que podría dar de sí su obra. Era un lugar demasiado perfecto, todo era vacío. Decidió poner a prueba a sus dos únicos hijos. Naka era la representación de la lógica, de la armonía, del orden y de la normalidad. Sima por su parte era el Dios de la confusión, la desorganización, el caos y del desconcierto. Les confirió el poder para moldear la tierra y así, como buen padre, fomentar la creatividad de sus retoños. Solo tendrían una limitación; ninguno tendría la capacidad de eliminar lo que el otro había creado.*

*Al principio todo fue perfecto. Se repartieron la tierra y la dieron forma. Donde uno creaba océanos el otro formaba islas, donde nacían los bosques terminaban los desiertos y donde el sol bañaba las montañas la nieve coronaba sus picos. Todo era Caos y a la vez todo era Orden. Dios, abandonó el control sobre el trabajo de sus hijos y les dejó hacer.*

*Una mañana de primavera Sima se sentó bajo la sombra de un árbol y contempló todo cuanto habían creado. Las llanuras se extendían de forma imperial ante sus ojos y el viento mecía de forma rítmica las altas hierbas que cubrían la planicie. En todo cuanto contempló pudo ver su creación, de la misma forma que podía ver la de su hermano. En ese momento tuvo una gran idea. Junió sus manos en la boca, formando un conducto, y sopló a través de ellas. Su esencia se extendió por toda la llanura para poco después convertirse en cientos de pequeños animalitos que comenzaron a correr de forma caótica entre los cultivos de cereales. Se sintió plenamente orgulloso de su obra y voló sobre los cielos hasta encontrar a su hermano sentado sobre el borde de un acantilado, meciendo los pies al son de las olas que rompían contra el muro de piedra. Le mostró cuanto había creado y Naka le miró sorprendido. Aquellos seres eran realmente excepcionales pero terriblemente imprevisibles. Decidió entonces que lo mejor sería agruparlos por familias y conferirles a todos los seres apariencias similares y estructuras simétricas. Sima, acostumbrado a las correcciones de su hermano, se marchó de allí apesadumbrado pero satisfecho. Así fue como Sima llenó los océanos de peces, los cielos de aves y la tierra de animales y reptiles. Naka, a su vez, formó las distintas especies y las ordenó en familias y clases. Con el tiempo descubrieron que no tenían la capacidad de otorgar la inmortalidad a los seres vivos y sus obras acababan siempre estropeándose y envejeciendo. Discutieron muchas lunas sobre la forma de solucionar aquel pequeño contratiempo, hasta que un día dieron con la solución:*

*—Los animales deberían ser capaces de, antes de fundirse con la esencia de la tierra para desaparecer, dar la vida así como nosotros hacemos —había propuesto Sima.*

*—Podría ser... pero deberíamos imponer una serie de condiciones —matizó Naka.*

*—Sí, no podrán dar la vida por sí mismos, necesitaran la unión aleatoria de dos miembros de la misma especie.*

*—Dentro de la especie habrá que crear diferenciaciones y marcos temporales en los que la sea posible esa unión —apuntó Naka.*

*—Las esencias de ambos seres tendrá que unificarse y de esa unión crear la base, generada al azar, para la formación del nuevo individuo —dijo Sima sonriendo y*

*encaminando la conversación a su terreno.*

*—Esa base se fundamentará sobre leyes rigurosas para evitar la generación de nuevas especies en el proceso —postuló Naka.*

*—Bueno, acepto eso siempre y cuando cada uno de los nuevos descendientes sean únicos e irrepetibles.*

*Así fue como a cada una de las especies se les dio la capacidad de reproducción. Diferenciaron dos sexos dentro de la gran mayoría de ellas y se concretaron los periodos de fertilidad, de gestación y de vida. Cada uno de los dioses aportó su naturaleza al proceso y, como si tratara de un juego, otorgaron la capacidad de, a través de dos seres de la misma especie pero de sexo diferente, engendrar la vida».*

Beatriz continuó leyendo de forma feroz. El tiempo había dejado de tener importancia para ella y se sentía incapaz de apartar la vista de las palabras que su padre había escrito sobre el papel hacía más de treinta años. Hubo un momento en que la falta de luz la obligó a levantarse y encender la lámpara. El texto continuaba su rápido discurrir a través de fábulas y cuentos para niños que servían de guía para responder grandes preguntas sobre el origen de la vida. Entonces la puerta sonó y Beatriz se agitó en la silla sobresaltada. Giró con cuidado el pomo y contempló atónita como Patrick irrumpía en la habitación con una bandeja repleta de comida.

*—Suponia que habrías perdido hasta la noción del tiempo y, pese a que no quería molestarte, he decidido traerte algo de comer.*

Patrick apoyó la bandeja sobre una pequeña mesa auxiliar y se giró a contemplar a Beatriz.

*—No tenías que haberte molestado —respondió sonriendo ella.*

*—Te he subido un vaso de zumo y un sándwich de pollo, si te apetece otra cosa solo tienes que pedirlo.*

*—Patrick, ¿puedo hacerte una pregunta? —formuló Beatriz.*

*—No. No tengo novia —respondió el apuesto joven sonriendo de forma encantadora.*

Beatriz se ruborizó al instante, se sentía vulnerable y desprotegida frente a aquellos ojos que la observaban.

*—Es broma mujer, ¿qué quieres saber?*

*—¿Quiénes sois vosotros? —preguntó.*

*—Es como si me pidieras que te contara el final de una película que acabamos de empezar a ver, ¿dónde queda el misterio Beatriz? Todo a su tiempo.*

Patrick, divertido por la situación, salió de la habitación y se perdió en la inmensidad de la casa.

*«La relación de ambos hermanos se fue deteriorando con el paso de los milenios. Naka apreciaba las obras de Sima pero sentía envidia por su capacidad para crear. Él no era tan imaginativo y en muchas ocasiones su papel era meramente corrector. Una mañana que deambulaba por el bosque se percató de que los animales, pese a estar regulados, crecían de forma exponencial. Si mantenían esos ritmos de reproducción se acabarían descontrolando y ocuparían todo el espacio. Normalmente este tipo de decisiones las tomaban de forma conjunta pero esta vez decidió que no sería así.*

*Sima disfrutaba del sol. Volaba entre las nubes observando la creación mientras sentía las caricias del aire sobre su cara. Un ruido llamó su atención. Descendió y se escondió entre los matorrales. Observó a un grupo de animales que jugaban frente a la orilla de un río. Recordaba cuando los había creado. Los ciervos alzaron las cabezas mientras una leona de grandes dimensiones paseaba entre ellos. Naka apareció junto a su hermano y se tumbó a su lado.*

*—Mira atentamente. —Naka se frotó las manos.*

*En ese momento la leona se abalanzó de forma salvaje sobre uno de los ciervos y clavó sus garras sobre el cuerpo del indefenso animal. Sima contempló atónito como los colmillos atravesaban la carne del cuello y la sangre comenzaba a brotar de forma descontrolada. El resto de ciervos, asolados por el miedo, comenzaron a correr en todas direcciones. Era la primera vez que los dioses veían morir a un animal a manos de otro. Sima comenzó a llorar y de sus lágrimas brotaron miles de flores caóticas; los pétalos eran de cientos de colores diferentes y las formas tan irregulares que muchas de ellas apenas eran capaces de tenerse erguidas. Salió volando y buscó un refugio donde enterrar su dolor. Su hermano le gritó para que volviera pero no le hizo caso. Pasó siglos encerrado en una cueva en los confines del mundo. Aterrado por la destrucción que había contemplado y a la vez maravillado por el caos que la muerte había generado. Recordó la manada de ciervos corriendo de forma desbocada, sin rumbo fijo, y el descontrol que aquella imagen había generado en sus propios sentimientos. Entendió entonces que nada hay más imprevisible que la muerte a manos de otro ser.*

*Durante ese tiempo Naka dio forma a los demás depredadores. Creó la cadena alimenticia y sustentó su base en una nueva modificación para los seres vivos. La necesidad de alimentarse para sobrevivir.*

*Pasaron siglos antes de que ambos hermanos volvieran a encontrarse. Sima había vuelto cambiado de su exilio y Naka se dio cuenta enseguida de ello. La comunicación entre ambos se había perdido, ya no dialogaban sobre los cambios necesarios, los imponían directamente. Sima se había percatado de que todo el sistema establecido por su hermano era demasiado cerrado. Las presas siempre serían cazadas y los depredadores siempre tendrían vidas mucho más largas. Por ese motivo Sima le dio la posibilidad a las especies para adaptarse, para evolucionar y añadir un nuevo componente de aleatoriedad al ciclo de la vida. Estipuló que la evolución sería un proceso lento pero continuado y lo implementó en todos los reinos. Incluso los depredadores tendrían la posibilidad de evolucionar, pero siempre irían por detrás, tendrían que sufrir para cambiar, como el resto de especies. Naka tardó casi un milenio en percatarse de ello. La evolución era extremadamente lenta, pero sumamente efectiva. Todo el orden que él había establecido podría verse truncado por las modificaciones que sufrirían de forma continua las especies. Estaban fuera de su control. Al igual que Sima había descubierto el dolor de la pérdida siglos atrás, él conoció ahora el significado de la impotencia y de la ira. Gritó con tanta fuerza que los cielos se abrieron y la tierra comenzó a resquebrajarse. El fuego asomó desde el interior y los rayos desataron la destrucción desde las nubes. Sima se acercó a su hermano y, en silencio, contempló el caos que el Dios del Orden había desatado. Ese día ambos dioses aprendieron la lección que marcaría toda su vida. Sima al fin comprobó que el caos es fruto de los sentimientos. Incluso su hermano, antagónico a todo lo que él significaba, era capaz de provocarlo. Naka, tras ver la devastación que había creado no pudo si no maravillarse ante el orden que ahora reinaba. Observó la tierra estéril, y la calma que habitaba el yermo e inerte páramo que se extendía ahora ante él. Entendió entonces que el Orden era la consecuencia inmediata al dolor y a la destrucción, se sintió el fin de todo y el comienzo de la nada. El resto era solo una transición.*

*Los dioses comenzaron a luchar entre ellos. Ya no importaba crear un mundo nuevo, ahora lo importante era sobreponer sus ideas y sus pensamientos a los de su hermano. La batalla fue feroz. Solo tenían un punto en común, la destrucción. Uno la buscaba por el caos que originaba y el otro por el orden que precedía a la tragedia. Llegó un punto en que todo sobre la tierra quedó destruido; los climas cambiaron, los cielos se abrieron y descargaron su fuerza y la tierra se resquebrajó de lado a lado permitiendo que el fuego lo asolará todo. Dios, que se había mantenido al margen, por fin volvió la mirada hacia sus caprichosos hijos. Contempló en segundos los miles de años que habían transcurrido y almacenó en sus recuerdos las grandes creaciones que habían tenido lugar sobre su recién creado mundo antes de que todo hubiera quedado destruido. Decidió entonces que aquello debía parar y dio una segunda oportunidad a sus dos hijos. Devolvería el mundo al estado en que se encontraba antes de desatarse la destrucción, mantendría las leyes que regían el mundo y que sus hijos habían creado. Ellos, por su parte, perderían su capacidad para controlar los elementos, pero aún tendrían la capacidad para dar la vida.*

*Dios chasqué los dedos y el mundo quedó sumido bajo el hielo más profundo. Todas las formas de vida murieron, para milenios después volver a nacer a partir del agua que había acabado anteriormente con la existencia».*

Beatriz comenzó a respirar con dificultad, de ser todo verdad, la humanidad llevaría equivocada miles de años. Sin embargo las piezas encajaban perfectamente. Miró el reloj sobre su muñeca y pestañeó varias veces para ser capaz de enfocar y ver la hora. Intentó ponerse en pie y tuvo que agarrarse a la mesa para no perder el equilibrio. Llevaba horas sentada en la silla y al intentar levantarse la habitación había empezado a girar de forma diabólica. Cuando el mareo cesó, agarró la bandeja que antes había subido Patrick y decidió bajarla a la cocina para así estirar un poco las piernas. Abrió la puerta y sus ojos se clavaron sobre el cuadro de su padre. Maldijo no haberle conocido. No sabía si todo aquello que acababa de leer era verdad o tan solo un cuento, pero se sintió orgullosa de él. Le sonrió entre la oscuridad y a través del corredor hasta descender, con sumo cuidado, por la escalera que serpenteaba hasta la planta de abajo. Las luces estaban encendidas y Beatriz se preguntó si aquella

casa nunca dormía. Todo parecía mágico dentro. Se perfiló hasta la cocina y dejó la bandeja sobre una mesa grande. Las paredes estaban completamente revestidas de tiras de madera en color blanco. Tanto las encimeras como el mobiliario eran del mismo tono que las paredes. Sobre la mesa un florero repleto de hojas verdes rompía la monotonía cromática. La cocina se comunicaba con un cuarto de estar que hacía las veces de comedor. Todo estaba decorado al gusto inglés. Se acercó hasta un tresillo de color beige de tres plazas y descubrió a Patrick recostado sobre él, con los pies apoyados en una pequeña mesa auxiliar y contemplando un partido del Manchester United en uno de los televisores más grandes que Beatriz había visto nunca. Se sentó a su lado, en silencio. Se hundió entre los cómodos cojines y cerró los ojos un momento. Cuando volvió la cabeza hacia Patrick este la observaba con semblante divertido.

—¿Palomitas? —preguntó.

Puso un bol repleto de ellas entre los dos y sonrió. Miraron el partido sin apenas hablar. Patrick intentaba discutir las jugadas con ella, pero Beatriz no tenía ni idea de fútbol. Aun así se mostraba interesada en el encuentro, más por agradarle y hacerse interesante a sus ojos que por verdadero apego a otra cosa que no fueran las musculosas piernas de los jugadores.

De forma repetida, y ni mucho menos involuntaria, sus manos se encontraban sobre el cuenco de palomitas. Se miraban a escondidas y sonreían de forma disimulada al descubrirse. Como dos adolescentes que dan sus primeros pasos en juegos de mayores. El cansancio fue haciendo mella en Beatriz y una ola de sopor fue embotando sus sentidos hasta poco a poco hacerla perder la noción del espacio y del tiempo. Su cabeza se ladeó hasta quedar apoyada en el hombro del joven. Este, aprovechando la situación, levantó su brazo, rodeándola con él hasta que sus cabezas quedaron muy juntas. Podían sentir el aliento del uno sobre el otro, la transpiración de sus cuerpos y como las hormonas, de forma invisible, les obligaban a acercarse cada vez más. Sus rostros apenas distaban un par de centímetros y Beatriz, que estaba menos dormida de lo que parecía, esperó con ansias el momento en que sus labios se juntaran. Estaba fuera de control, tenía la sensación de que realmente no había sabido lo que era vivir hasta que en su vida se había cruzado el hombre del violín. Él había desencadenado todo aquello y con un simple gesto había puesto patas arriba todo su mundo. Siempre había mantenido sus sentimientos y sus instintos bajo control, de una forma casi analítica, sin embargo ahora tenían vida propia, la obligaban a tomar decisiones que en otras circunstancias ni si quiera se llegaría a plantear. La encantaba su nuevo yo, era más libre, más pasional; quería acostarse con Patrick. Se convenció a sí misma y tomó la iniciativa por primera vez en su vida. Avanzó sin miedo y le besó con dulzura. Poco a poco la pasión fue ganando terreno a la ternura. Beatriz se abalanzó sobre Patrick, colocó ambas piernas entorno al cuerpo del joven hasta quedar sentada a horcajadas sobre él. Comenzó un rítmico movimiento de caderas que intensificaba el roce entre ambos cuerpos. Podía sentir la excitación de Patrick bajo sus piernas. Él comenzó a besarla la base del cuello y eso generó en Beatriz oleadas de placer muy intensas. Patrick se detuvo y ella aprovechó para empezar a alzarse la fina camiseta que cubría su torso y así quedar descubierta frente a él. Las manos firmes de Patrick frenaron el avance de la tela sobre sus pechos y comenzaron a recorrer el camino en sentido contrario. Unas palabras ahogadas, dichas sin convencimiento, pusieron fin al juego.

—Lo siento Beatriz, este no es el momento. Aunque te aseguro que nada me apetece más en el mundo.

Patrick se levantó del sillón, con ella aún anudada a su cintura, y sin apenas esfuerzo, la dejó con cuidado sobre el mullido tresillo. Tras besarla nuevamente en los labios, salió de la estancia.

Beatriz nadaba en un mar de dudas e inseguridades. Sabía que él la deseaba, lo había sentido en sus besos y sus caricias. Entonces, ¿por qué se había detenido? Intentó razonar una respuesta y comprendió la situación, o al menos buscó una excusa lo suficientemente convincente: se encontraba en casa de su padre, en mitad del cuarto de estar y además sabía que habían sido veinticuatro horas muy intensas para ella; no quería aprovecharse de su debilidad. Sí, eso tenía que ser. Sus ojos se cerraron de forma inconsciente hasta quedarse dormida pensando en Patrick, en su padre y en los dos dioses enfadados que habían dado origen a la vida.

Patrick frenó en seco tras pasar el marco de la puerta. Apoyó la cabeza contra la pared y se lamentó por su mala suerte. Nunca había dejado pasar una oportunidad como esa con una mujer, pero Beatriz no era una mujer normal. Por si no fuera suficientemente complicado, se trataba además de la protegida de Evans. Se sentía fuertemente atraído por ella, pero el respeto, y el miedo, que inspiraba el Alur era superior a la atracción que sentía. Cuando volvió al sillón, Beatriz dormía profundamente. La cogió en sus brazos y la llevó a una pequeña habitación junto a la cocina. La tendió sobre la cama, quitó sus zapatillas y arropó su cuerpo con una manta de pelo de oveja. No pudo evitar mirarla mientras dormía. Le pareció preciosa y tuvo que contenerse para no volver a besar sus labios. Aquella mujer ejercía un influjo demasiado peligroso sobre él. Le hacía vulnerable y eso era algo que Patrick no podía permitirse en ese momento. El mundo estaba en peligro y ellos tenían una misión que cumplir. La humanidad debía conocer toda la verdad y Beatriz era quién tenía que abrir los ojos al mundo y mostrarles la realidad.

Beatriz despertó. Su corazón latía a un ritmo frenético. Se sintió sola, vacía. Tardó unos segundos en percatarse de que no estaba en casa. Todo parecía un sueño. Recordó entonces todo lo que había aprendido el día anterior; los secretos que su padre había escrito en un libro hacía treinta años. Pensó en Naka y en Sima. En aquellos dos niños perdidos y abandonados por un Dios y cómo, gracias a su imaginación, habían creado todo lo conocido. Quizá solo se tratara de un cuento para niños que explicaba el origen de la vida, como había en todas las religiones. Quizá se tratara de la verdad, oculta por el tiempo y modificada hasta dar vida a todos los demás génesis.

Pensó entonces en Patrick y una ola de vergüenza recorrió su rostro. Se levantó de la cama intentado hacer el menor ruido posible, se calzó las zapatillas y se decidió a volver a su rincón secreto, a solas con su padre. Miró el reloj de su muñeca. Apenas había dormido un par de horas. Se sentía exhausta, sin embargo las ganas de saber más movieron su cuerpo y la catapultaron por las escaleras hasta sentarla de nuevo frente al códice. Acarició la tapa una vez más, abrió el libro por la página que el día anterior había marcado y comenzó a nadar en un río de palabras del que sabía no podría escapar hasta el final de su cauce.

*«Naka y Sima se escondieron de la ira de su padre. Dios los había castigado por su comportamiento. Cada uno fue encerrado en un rincón del mundo, asumiendo sus culpas hasta que este se volviera a regenerar. Desterrados en los casquetes polares reflexionaron sobre todo lo que habían sufrido. Poco a poco, en la más absoluta soledad, descubrieron el verdadero sentido de sus vidas. La soledad es una amiga peligrosa. Escucha tus palabras y te hace dudar. No te aconseja pero tampoco te guía. Te encierra en ti mismo y te obliga a encontrar las respuestas que escondes en tu interior. Cuando las descubres, las asimilas de una forma tan firme, que ya es imposible entender que te has equivocado. Quizá eso fue lo que les ocurrió a ambos dioses. Ya no eran solo dos niños caprichosos. Ahora eran dos adultos consumidos por el odio. Se odiaron durante siglos sin que nadie les indicara que ese era el único camino que no debían seguir. Sin darse cuenta, los dos hermanos estaban más cerca de lo que nunca habían estado. Ambos se querían destruir. Ambos querían destruir. Dios les había arrebatado el poder para modificar la tierra. Pero aún tenían la capacidad de dar la vida, aunque no imaginaban de qué forma.*

*Sima se encontraba sentado en un pequeño bloque de hielo. El tiempo pasaba despacio, o eso parecía en su prisión de cristal helado. Hacía siglos que no veía la luz, aunque su vista ya se había aclimatado, y el frío congelaba cada uno de sus músculos. Se levantó de su improvisado asiento y comenzó a golpear el hielo. Descargó así su frustración mientras imaginaba que era el rostro de Naka donde impactaban sus puños. Maceraba su odio a fuego lento pese a que sabía que Dios nunca le permitiría tocar a su hermano. Aun así era un ser inmortal, poco podría hacer contra él. Fue entonces cuando se planteó algo que nunca había pasado por su mente. Existía Dios y existían ellos. Pero, ¿habría alguien más? Quizás en otros mundos. Se sintió aterrado por su soledad. Descargó, presa de la frustración, aún con más fuerza sus puños contra el muro hasta que sus nudillos estallaron y su sangre bañó la pared y el suelo. Se contempló la mano, repleta de sangre y sintió que se mareaba. Algo le ocurría. Un acto reflejo le obligó a llevarse la mano contra el pecho para protegerla con su otro brazo. Abrió la boca y gritó. ¿Qué le ocurría? ¿Qué era aquella sensación tan incómoda? Sima acababa de descubrir el dolor físico. Se aterró ante ello y a la vez se maravilló, una vez más, por como el dolor había tenido el poder de hacerle perder el control y de generar movimientos involuntarios en él. Contempló entonces su sangre fundirse con el hielo. Se derritió parte de la pared y un líquido negro, generado por la mezcla de ambos éteres, formó un charco tenebroso.*

*Naka no sabía cómo matar el tiempo. Al igual que Sima, se sentía solo. Quizá por eso comenzó a jugar con el hielo. Fue paciente y durante siglos dio forma a cinco esculturas de cristal. Las figuras eran de proporciones perfectas y guardaban un parecido asombroso con su creador. Una de ellas sin embargo era diferente al resto. Naka había dedicado mucho tiempo a pensar en la dualidad de las cosas. La creación de lo masculino y lo femenino era uno de los logros que más le enorgullecía —Todo tiene que tener un opuesto— había dicho en voz alta. Así fue como su quinta escultura adquirió unos rasgos mucho más delicados. Su cuerpo mantenía una simetría igual de perfecta, sin embargo, pequeñas diferencias marcaban su sexo. Naka pasó siglos hablando a sus nuevos compañeros. Les narró cómo sería un mundo ideal. Ellos, impasibles, escuchaban en silencio las divagaciones de su escultor y le observaban de forma eterna a través de sus ojos de hielo. Un crujido procedente de la bóveda de su prisión alertó al Dios. El techo comenzó a desmoronarse a su alrededor. Sin embargo Naka se mantuvo inamovible. Su inmortalidad le había privado de los instintos de supervivencia y cuando contempló precipitarse una roca sobre su cabeza simplemente la miró, quizá pensando que apartaría su trayectoria al cruzarse su figura en el camino. Por desgracia para él no fue así y el impacto fue brutal. Quizá fuera inmortal, pero no era inmune al dolor. Cayó inconsciente al suelo mientras su sangre derramada, a través de la brecha en su cabeza, bañaba los pies de sus cinco estatuas de hielo. Las cinco esculturas, reaccionando al contacto con la sangre, comenzaron a teñirse de un negro impenetrable.*

*El mundo, milenios después de las glaciaciones que asolaron la tierra, había empezado a derretirse. Poco a poco las montañas asomaron más allá de la nieve. Los ríos comenzaron a recorrer sus cauces, antes congelados, y los vientos gélidos dejaron paso a las brisas de la primavera. Todo comenzó a nacer, otra vez. Dios le había levantado su castigo y ahora estaba cumpliendo con su palabra. La prisión de hielo se estaba convirtiendo en agua, y de esa agua, estaba comenzando a surgir nuevamente la vida que Sima y Naka habían creado y que tanto había impresionado a su padre. Así fue como las aves volvieron a tomar los cielos y los animales acuáticos recuperaron su sitio en los océanos. En la tierra los campos volvieron a tornarse de millones de colores, que azudados por la primavera parecían querer mostrar, a través de las flores, la magnificencia de su misma existencia. Los animales caminaron también sobre la tierra, en sus formas más primitivas, para con el paso del tiempo evolucionar tal y como Sima había postulado. Sin embargo ahora la lucha era feroz. Los animales sentían la necesidad de alimentarse y eso generaba que miles de especies no tuvieran el tiempo suficiente para evolucionar y desaparecieran sin remedio. Así fue como esos animales primitivos y prehistóricos, formaron la base necesaria para todo cuanto conocemos hoy en día».*

Beatriz suspiró y miró hacia la ventana. Había un cambio claro en la forma de escribir de su padre. En un principio se limitaba a contar una historia, ahora, sin embargo, explicaba de forma concisa, aportando opiniones a veces personales, la verdad sobre la historia de la tierra. Aquel texto tenía una idea clara. Ilustrar. No era solo una historia. Era una verdad escondida deseando ser descubierta. Beatriz notó como sus piernas empezaban a sobrecargarse debido a tantas horas en la misma posición. Tenía calambres a causa de la inmutabilidad de su postura y el cuerpo tardaba más de lo debido en reaccionar de forma correcta. Se levantó y se acercó hacia la ventana. El sol comenzaba ahora su lento despertar entre las nubes que ocultaban la ciudad de Londres. Se abría hueco entre las madejas de nubes grises que querían desterrarlo para siempre aun sabiendo que él nuevamente volvería. El mundo giraba demasiado deprisa cuando quería ocultar sus secretos. Su propio reflejo la saludó desde el otro lado del cristal mientras los primeros rayos de la estrella amarilla atravesaban su imagen. Sintió la caricia agradable de la mañana y abrió la ventana para dejar que también el viento la saludara. El jardín era precioso. Por un momento sus fuerzas flaquearon y se sintió debilitada ante tanta belleza. Una lágrima contenida demasiado tiempo comenzó a recorrer su mejilla. Beatriz supo que llevaba tantos sentimientos contenidos en su prisión acuesa que temió por un momento que al impactar contra el suelo el estruendo se transmitiera hasta los mismos cimientos de la casa. Las mismas preguntas de siempre volvieron a retumbar en su cabeza solo que ahora con más fuerza y con el consancio como aliado. ¿Quién demonios era ella? ¿Por qué se sentía diferente al resto del mundo? Estaba abatida. Sabía que no podría acabar con sus «yos» enfrentados, como ella los llamaba, pero sí podía luchar contra el sueño que quería cerrar sus ojos y privarla de más secretos. Abandonó la habitación y volvió a la cocina donde la noche anterior Patrick la había rechazado. Escuchó ruidos en el interior y, por un momento temió que fuera él. Sintió un gran alivio al comprobar que se trataba de su padre.

—Tus ojos me dicen que necesitas café —aseveró el anciano.

La sonrisa afable del hombre acabó de un plumazo con el laberinto de ideas que rondaban la cabeza de la joven.

—Está siendo duro —respondió ella.

—La verdad siempre lo es. Sin embargo, si no me equivoco, ¿ahora tienes más preguntas que antes verdad?

—Estoy perdida. No sé porque mi padre escondió este libro. Debería ser publicado, ver la luz —matizó Beatriz.

—No eres la única que piensa eso. —El anciano hizo una pausa para servir café en dos tazas y poner sobre la mesa una caja de metal repleta de galletas de mantequilla—. No fue tu padre quien escondió este libro aquí. Dudo que si quiera imaginara que tú algún día lo leerías.

Beatriz contuvo la respiración, desde que había descubierto la verdad sobre Alan Urdir había supuesto que lo había escrito para ella.

—Pero, ¿quién si no? —preguntó Beatriz

—El único que podía haber sido desde luego. Evans.

—¿Quién es Evans? —rogó desconcertada.

—Vaya, así que no conoces su nombre. Porque será que no me extraña. Es la persona que te trajo hasta aquí.

—¿El violinista?

—Sí... El violinista. Qué curioso que le recuerdes por la única cualidad que lo hace humano. Evans es un ser antiguo. No sé cuánto. Él escondió aquí ese libro para que tú lo encontraras cuando llegara el momento. —El anciano leyó en Beatriz el desconcierto que habían generado sus palabras y, orgulloso por ello, dio la estocada final—. Viniste aquí buscando el significado de la palabra Alur, pero el Alur te había encontrado a ti el día que naciste.

—¿Evans es el Alur? Encontré una nota manuscrita por él en un viejo cuaderno de mi padre.

El rostro de Robert se contrajo en una mueca oscura y triste. Sus ojos se volvieron vidriosos y una fina capa gris los envolvió en la bruma de los recuerdos dolorosos.

—Tu padre y Evans eran buenos amigos. Se conocieron antes que el resto. Sus caminos se cruzaron y se enlazaron de una forma misteriosa. —Robert comenzó a jugar de forma distraída con el reloj de su muñeca. Alzó la mirada hacia el techo y continuó—: Hasta que la verdad nos pasó factura a todos.

—¿Qué verdad? —quiso saber Beatriz.

—La que tú descubrirás dentro de no demasiado tiempo. Él te buscará, de eso no te quepa duda.

Beatriz empezaba a odiar a aquella familia. Todo eran respuestas veladas y verdades a medias. Intentó apartarlos de su mente y centrarse una vez más en la lectura. Al fijar su vista en las letras su padre le pareció otra vez una figura lejana. Un escritor atemporal que en nada ya le recordaba al hombre que ella apenas conoció. Sin embargo no era eso lo que más la preocupaba: Robert había dicho que Evans la había encontrado. Recordó la foto que yacía junto al tomo y la sacó de su escondite, entre las hojas del libro, para contemplarle una vez más. Era un hombre intrigante. Desprendía un aura oscura, peligrosa. La misma que había sentido el día que se encontró con él en el Parque del Retiro. Tuvo ganas de conocerle al fin, poderle preguntar todas las dudas que embriagaban su mente desde hacía tantos años. Imaginó la dulzura en sus palabras, hablándole de cómo había sido su padre. Le contaría la forma en que se conocieron y porqué ambos eran tan especiales. La explicaría la razón de su existencia y la arrastraría de forma consciente a una nueva dimensión donde todo tenía sentido, donde podría ver el mundo a través del prisma de la verdad. No sabía nada de él, pero quería sin embargo saberlo todo. Ahora, el primer paso era acabar de leer el libro.

*«Sima se acercó al charco que se acababa de formar, alargó un dedo y rozó con la yema el extraño líquido que cubría la superficie. Estaba caliente. Intentó separar la mano y comprobó que este permanecía pegado a su piel. Alargó el brazo y el líquido se extendió simulando su movimiento hasta que la viscosidad alcanzó un punto crítico y volvió a caer hacia el fondo por su propio peso. La caída fue lenta, como la de una hoja que en otoño acaba de abandonar la rama del árbol que la había sostenido y se marcha de su lado, mecida por el viento, triste por sentirse abandonada. En todos los años de vagar por el mundo, el Dios nunca había visto nada igual. Se contempló la mano y comprobó que ya había sanado. Se agachó en un rincón dispuesto a descansar mientras, de reojo, contemplaba el charco que parecía cada vez ser más grande. Cuando despertó, cinco pares de ojos le observaban en silencio. La oscuridad del lugar apenas le dejaba vislumbrar sus facciones. Un rayo de luz penetró a través de la oscuridad y una ligera lluvia de hielo derretido comenzó a bañarles. La capa de cristal que había sido su cárcel durante milenios se estaba deshaciendo. No supo cuánto duró aquella situación, el tiempo no existía para ellos. Alzó las manos y dejó que el agua y la luz de cientos de soles, con sus respectivas lunas, bañaran su cuerpo. Cuando volvió la vista hacia sus improvisados espectadores, les encontró imitando su postura, con los brazos en alto, mirando hacia el cielo, contemplando aquello que nunca habían visto. Frente a él había cinco criaturas, forjadas a su imagen y semejanza, a las que no conocía y sin embargo había imaginado miles de veces en sus siglos de soledad.*

*Naka abrió los ojos y la luz le obligó a cerrarlos de nuevo. Su prisión había desaparecido y en su lugar el cielo infinito había ocupado todo el horizonte. No supo el tiempo que había estado inconsciente, pero un fuerte dolor en la cabeza le recordó lo que había ocurrido. Se sentó sobre el suelo, con las piernas abiertas, mientras se masajaba la cabeza y sus iris se adaptaban a la brillante luz del sol. Al final consiguió ponerse en pie y estiró los músculos. Al girarse contempló a sus cinco estatuas que le observaban atentamente. No sabía si era a consecuencia del golpe, pero hubiera jurado que estaban vivas. No tardó demasiado tiempo en descubrir la verdad.*

*Así fue como nacieron los primeros seres inteligentes de la creación. Formados a partir de la sangre de dos dioses, habían heredado gran parte de sus cualidades. Sus almas, sus experiencias, sus sentimientos se traspasaron a ellos. Nacieron del agua, como el resto de los seres vivos. Cada uno tenía su propia personalidad, tenían capacidades que ningún otro ser de la creación poseía. Los dioses les instruyeron, les enseñaron el mundo y cómo transformarlo. Han tenido muchos nombres y posiblemente ya nadie los recuerda. Se perdieron en la espiral del tiempo, engullidos por su propia grandeza y es posible que incluso hoy nadie fuera capaz de pronunciarlos, excepto ellos. Sin embargo son seres inmortales. Nacidos por y para reinar el mundo. Han muerto, muchas veces, y han resucitado siempre para volver a rendir pleitesía a sus señores. A sus padres. Quizás sea un concepto difícil de asumir, sin embargo las religiones han buscado siempre la forma de presentárnoslos. Las creencias más antiguas los veneraban como a dioses, griegos o romanos son solo un ejemplo de ello. Las más modernas quizás les depararon un lugar secundario, pero nunca se olvidaron de su existencia. Ángeles o demonios son solo algunos ejemplos de sus múltiples apariciones en los credos modernos.*

*Sin embargo, ellos fueron los primogénitos. Con el paso de los siglos los dioses lograron la capacidad de generar más vida a partir de su sangre. Se formaron ejércitos de seres irracionales que seguían a ciegas a sus líderes. Se forjaron las armas a partir del mineral de las montañas y el mundo se sumió en el fuego de la guerra. Los ejércitos batallaron a lo largo y ancho de la creación, hasta que su devastación fue tal que, por segunda vez, el mundo quedó prácticamente destruido por la sed de sangre y poder de ambos dioses. Poco quedaba ya de las almas puras de Naka y Sima. Donde en cierto momento hubo admiración, ahora solo había odio. Donde hubo amor fraternal, solo había sitio para el dolor. Milenos de soledad y desapego por parte de un padre que nunca quiso guiarles, habían dado lugar a aquella situación.*

*La devastación se expandió a cada rincón del mundo. Se hizo el silencio y hasta el susurrar del viento se detuvo temeroso de despertar la ira de los hacedores. El tiempo paró por un momento y sol y luna compartieron el cielo para asistir, horrorizados, a la batalla final.*

*Ambos ejércitos descendieron por las laderas de una llanura olvidada y chocaron en su centro con el ímpetu de dos montañas. La tierra tembló y los suelos estallaron. La lava impregnó el suelo y los cielos fueron testigos de las cascadas de magma que se fundían con la sangre de los caídos de ambos ejércitos. El mundo se fisuró de lado a lado y las corrientes que emergieron desplazaron los fragmentos de la tierra de forma eterna. Los continentes comenzaron a separarse. De las simas formadas en la tierra, y de la mezcla de las entrañas del mundo con la sangre de los primeros dioses, comenzaron a emerger cientos de miles de seres, en apariencia igual a ellos, que combatían con las manos desnudas y se repartían de forma caótica pero equitativa en cada uno de los bandos. Sin embargo esos seres, pese a no ser fieros como los demonios que formaban los ejércitos, tenían la capacidad de pensar, de razonar y de aprender, pero sobre todo, tenían la capacidad de sentir. Y ese fue el origen de la humanidad. Nacida fruto del dolor y del terror y obligada por un destino incierto a combatir hasta el fin de sus días en una batalla que no buscaban y en una eterna agonía de sangre y muerte. Ese fue nuestro pecado y el conocimiento de nuestra propia desaparición y nuestro paso efímero por el mundo, nuestra penitencia.*

*El estruendo fue tal que hasta Dios, perdido en su infinita presencia, lo escuchó. Volvió su vista por tercera vez sobre la tierra y no pudo creer lo que ocurría. Una lágrima corrió por su mejilla al sentir el peso de la culpa sobre sus hombros. Había entendido por fin, que sus dos hijos ya nunca cambiarían, que su indolencia respecto a ellos era la causante de esta situación final. Sus lágrimas bañaron la tierra durante cuarenta días y cuarenta noches y toda la creación quedó abnegada durante más de un año. El fuego que destruía el mundo se apaciguó y las tempestades arrastraron al vacío recién creado a gran parte de las especies que habitaron el mundo. Dios, por segunda vez, tuvo que destruir toda la obra para poder volver a crearla».*

Beatriz tuvo que apartar la vista del libro, sobrecogida por las palabras que acababa de leer. En sus muchos años estudiando las diferentes religiones había detectado factores comunes entre ellas que no podían ser fruto de la casualidad. Quizá esto que ahora leía solo era una metáfora más y sin embargo volvía a aparecer ante ella. El diluvio universal no era exclusivo de la religión cristiana. El Dios griego Zeus desencadenó una inundación para acabar con la humanidad por haber aceptado el fuego de Prometeo. Visnú, deidad hindú, avisó del desbordamiento de los océanos concentrados al final del universo. Pero si una encajaba de forma perfecta con lo que acababa de leer, era la creencia maya sobre el gran diluvio. Jurakan, padre y madre de los dioses, ordenó a las aguas acabar con toda la existencia.

La cabeza estaba a punto de estallarla, la falta de sueño y las revelaciones que aquellas palabras la susurraban por momentos, la hundían en una vorágine de pensamientos que devoraban su espíritu. Se contempló las manos y se asustó al verlas temblar. Sintió que se quedaba sin oxígeno y la habitación comenzó a girar de forma descontrolada. Intentó calmarse y aun así sus pensamientos no podían escapar del texto. Estaba anidando en su alma de una forma tan profunda que cada letra parecía cierta y cada afirmación la única verdad. Como un virus que se había alojado en su interior y cuyos efectos la hacían perder la perspectiva y aceptar por buena aquella locura que había escrito su padre.

Se volvió a sentar frente al escritorio y se enfrentó de nuevo a sus temores, decidida a llegar hasta el final, aunque su corazón le suplicara que parara.

*«Naka y Sima plantaron cara a su padre. Le gritaron para que se fuera de su mundo devastado y les dejara solos. Dios, dolido por las palabras de sus hijos, les maldijo para toda la eternidad. Sus cuerpos sí sentirían el paso de los siglos, hasta que solo fueran dos esqueletos malditos que vagaran por el mundo; cascarrones de hueso podridos por la avaricia. A partir de ese momento ya no podrían dar ni quitar la vida. Dios observó a los primogénitos de sus hijos y les permitió seguir viviendo. Sin embargo les concedió la capacidad de elección. Eran libres para dirigir sus destinos, libres para seguir a Naka o a Sima, libres para elegir como encaminar sus vidas e incluso libres para saber cuándo terminarlas. Llegó entonces el turno de los humanos y Dios se apiadó de ellos. Los seres nacidos de la desgracia llevaban en su interior al Orden y al Caos. Entendió que acabar con esa parte de ellos les llevaría a la extinción. Privarles de la razón de su vida sería condenarles a un futuro sin esperanza. Por eso les hizo olvidar. Les permitiría vagar por un mundo a su medida y les ocultaría para siempre la guerra de los dioses. Sus almas desearían alinearse con unos u otros y quizá lo hicieran en silencio, pero nunca sabrían el porqué. Los hombres vivirían en la ignorancia, deseando encontrar las respuestas a las eternas preguntas sobre su existencia. No sabrían de dónde vienen. No sabrían a dónde van. No conocerían el motivo de sus vidas y sin embargo vivirían para darles sentido. Para tarde o temprano ser parte del Caos o parte del Orden. De entre los humanos nació una nueva especie. Dios creó a los neutrales. Ellos serían los encargados de forjar el mundo donde sus congéneres vivirían. Crearían con el paso de los siglos las civilizaciones. La historia de la humanidad serviría de tapadera para la gran guerra. Porque si algo tenía claro, era que la guerra nunca terminaría. Naka y Sima tendrían su guerra, podrían influenciar las decisiones de los humanos, pero nunca interferir de forma directa. Los neutrales no sentirían el influjo de las deidades y su número sería constante. Ellos imaginarían el mundo donde el resto de humanos viviría. Serían los arquitectos de las culturas y los encargados del devenir del mundo. Debían crear el teatro donde los humanos representarían sus vidas como si no estuvieran programadas de antemano.*

*Solo había un detalle más; el equilibrio debería mantenerse a toda costa. Fue por eso que nacieron los Alur. Guerreros humanos dotados con poderes divinos que mantendrían la balanza, entre el Caos y el Orden, nivelada. Se moverían entre las sombras del mundo, olvidados y despreciados por el resto de la creación.*

*Y así fue como el mundo que hoy en día conocemos se creó. Así fue como los humanos nacimos y aquí está la razón por la que sufrimos. Las respuestas a las preguntas que nos formulamos las conocemos de antemano y aun así no las entendemos. Quizá llegue el día en que la humanidad al fin sea libre de elegir su camino y este libro entonces pueda ver la luz».*

Beatriz volteó la última página del libro y acarició la tapa de atrás. Era incapaz de pensar y supo que no estaba preparada para sacar aún conclusiones. Apoyó la cabeza contra los brazos, sobre el escritorio, y se durmió profundamente. Soñó con Evans y con los neutrales. Imaginó ciudades que se construían solas y entendió de forma inconsciente cuál era su verdadera naturaleza. Lo que ella intuía de las personas no era su forma de ser, era su grado de afinidad hacia uno de los dos dioses. Por eso ella era diferente. Porque ella era una neutral.

Se despertó sobresaltada y al mirar por la ventana apreció que el sol ya se había puesto. Cerró la puerta de la habitación y tuvo la certeza de que jamás volvería a pisar aquella estancia. Repasó una vez más la imagen de su padre que colgaba de la pared y, tras suspirar, descendió por la escalera. Se adentró en la biblioteca y depositó el libro en el interior de la caja donde lo había encontrado por primera vez. Cerró la tapa y echó la llave, que aún permanecía incrustada en la pequeña cerradura. Al girarse, para salir de allí, se encontró con la mirada indescifrable de Robert. Sin pensarlo dos veces se abrazó al hombre al que apenas hacía cuarenta y ocho horas que conocía.

—Tengo que volver a Madrid —dijo Beatriz.

—Es la hora de que cada uno afrontemos nuestro papel en el mundo —respondió el señor Sin.

—¿Cómo puedo afrontar el mundo a partir de ahora? ¿Cómo salgo a la calle y miro a las personas que recorren la avenida y no grito que están atrapadas en algo que desconocen?

—Simplemente porque no están preparados para creerte. Ellos quieren esa vida que tienen. ¿Cómo decirle al árbol que no necesita al sol y al agua para vivir si siempre se ha alimentado de ello? No importa lo que sea verdad o no. Es imposible que puedas arrancar de sus mentes milenios de historia. Necesitan una prueba de fe y créeme querida, puede que dentro de poco todos nos veamos sometidos a una.

Beatriz sonrió ante la nueva incógnita que introducía Robert en la ecuación y decidió alejarse de aquel dispensador de interrogantes lo antes posible.

—Gracias por todo señor Sin. Ha sido un verdadero placer conocerle.

—El placer ha sido mío sin lugar a dudas. Patrick te espera fuera, en el coche.

Beatriz besó la mejilla del hombre que había guardado con tanto celo el libro y salió por las escaleras de la mansión ubicada en Notting Hill. Se subió al Rolls Royce que la esperaba en la puerta y miró de reojo a su acompañante.

—Vaya, pensé que habías desaparecido bajo tierra —dijo Beatriz a modo de saludo.

—He recogido tus cosas del hotel y he pagado la cuenta. El avión sale en dos horas.

—Qué eficaz eres cuando quieres. Veo que si te lo propones eres capaz de no dejar las cosas a medias.

Patrick arrancó el coche sin responder a las insinuaciones de Beatriz y ella enseguida se arrepintió de sus palabras. Después de todo eran solo dos extraños. El viaje transcurrió en un incómodo silencio. Las calles de Londres pasaban a una gran velocidad a través del cristal de la ventanilla. La lluvia que bañaba las calles ejercía un efecto soporífero sobre los párpados de Beatriz, que junto al sonido rítmico de los limpiaparabrisas la invitaban a un sueño placentero. Sin embargo Patrick rompió el ensueño.

—Fantasmas —dijo.

—¿Cómo dices?

—Ayer me preguntaste quiénes éramos. Y eso somos, fantasmas.

—Pues estás bastante bien para ser un muerto viviente. —Beatriz sonrió dispuesta a romper la tensión entre ambos.

Patrick agradeció el gesto y prosiguió con su explicación:

—Durante muchas generaciones hemos sido protectores de la verdad. Somos los encargados de mantener las escrituras a salvo y de transmitir las de generación en generación. Tu padre, y tantos otros antes de él, son los transmisores de esta información a través de la escritura. Otros lo hacen mediante la música y algunos incluso mediante el cine. Somos pocos y permanecemos ocultos. Ajenos al sistema. Nuestra misión es mantener el secreto hasta que el mundo esté preparado para el cambio.

—¿Y cuál es mi papel en todo esto?—preguntó Beatriz.

—No lo sé y eso es lo que más me asusta. Pero por la forma en la que Evans te cuida, tiene que ser uno de personaje principal.

—¿Yo? Soy una simple bibliotecaria. Creo que os habéis equivocado de persona.

Patrick sonrió al mirar a Beatriz y guardó silencio. La terminal del aeropuerto apareció entre la lluvia y el coche se detuvo a pocos metros de la entrada principal.

—Eres especial. Eso no lo dudas nunca.

—Adiós Patrick —dijo Beatriz con el rubor decorando sus mejillas.

—Hasta pronto Beatriz.

Patrick comenzó a echarla de menos antes incluso de ver desaparecer su cuerpo entre la multitud.

La noche había caído de forma implacable sobre la ciudad. Las almas taciturnas de los insomnes deambulaban sin rumbo fijo por las calles de Madrid. La falsa seguridad que embrujaba la ciudad hacía ondular un halo de misterio que atravesaba los huesos dejando el corazón quieto pero el espíritu intranquilo. Las farolas vertían a chorros la luz que alumbraba las calles y el ruido de los coches al atravesar las avenidas evitaba que el silencio fuera demasiado tenso. El mundo seguía su curso, ajeno quizás a las sombras que acechaban dispuestas a cambiar una vez más el destino de los hombres. Evans mientras tanto diluía sus pensamientos en el whisky y sorbía de forma feroz el líquido que contenía sus incógnitas aderezadas con el olor de Tennessee. Sobre la barra de aquel bar, oculto por una capa indescriptible, el Alur se debatía entre la solución y el conflicto.

La luz de un cartel de neón, en tonos rosas y verdes, daba forma a la silueta de una ninfa desnuda. En el interior del local, alejado del rincón que ocupaba su opaca figura, la perversión caminaba de la mano de decenas de jóvenes tan bellas como lo fuera la disposición de la cartera que requería sus servicios. El olor a naftalina se fundía con el agua de rosas dando lugar a una amalgama tétrica de sexo forzado y falsedades bien disimuladas. Sobre la barra vertical que decoraba el centro del recinto, una joven de aspecto atigrado mantenía equilibrios imposibles mientras su sensual danza la deparaba decenas de alabanzas transformadas en billetes de todos los colores. A sus pies, almas vacías ocultaban sus miserias y buscaban refugio en los senos de una niña que bien podría haber sido su hija, o quizá incluso su nieta.

Evans, con un simple movimiento de la mano, solicitó la presencia de la camarera. Mientras esta se acercaba, agachó su cuerpo dejando al descubierto un camino de promesas sexuales oculto bajo su sucinto escote. Agarró una botella de Jack Daniel y tras un par de acrobacias vertió parte del contenido sobre el vaso vacío del cliente. Evans agarró la mano de la joven mientras con la otra apuraba de un trago el contenido. La soltó de su atadura y, tras deleitarla con una sonrisa cómplice, ella volvió a rellenar el recipiente. La noche transcurrió como tantas otras. Ninguna chica se acercó al asiduo y solitario inquilino de aquel rincón de la barra pese a que más de una hubiera deseado ser el edredón que lo arrojara esa noche. El móvil de Evans vibró y no se sorprendió al ver el origen de la llamada.

—Dime —contestó Evans.

—Va de camino. —La voz de Patrick resonó al otro lado de la línea—. Llegará en un par de horas.

—¿Ha ido todo bien?

—Sí. Todo perfecto.

Pese al estado de embriaguez que empezaba a mellar la intuición del Alur, pudo distinguir un ligero temblor en la voz de su interlocutor. Tras unos segundos de vacilación Patrick volvió a hablar.

—Cuidala Evans.

La llamada se cortó en ese momento y Evans volvió a guardar el teléfono en el bolsillo de su pantalón.

La clientela poco a poco abandonó «El ensueño», que así era como se hacía conocer el lupanar. Las chicas comenzaron a recoger sus pertenencias y a echar cuentas de las ganancias conseguidas a costa de sus virtudes. Una de ellas se acercó a Evans y tras acariciarle suavemente la espalda, le tendió una de sus manos y le pidió que la acompañara. Evans se dejó guiar hasta la base del escenario en un desfile cuyo final era conocido de antemano. Se situó frente a su viejo amigo y, tras sentarse, despegó la tapa del Steinway. Ese piano costaba una verdadera fortuna y seguramente sus dueños desconocieran el tesoro que habían encontrado en la trastienda del local hacía veinte años. Evans, con paciencia milimétrica, había restaurado cada uno de los componentes y desde entonces cada noche que visitaba el prostíbulo tocaba para quien estuviera dispuesto a dejarse llevar. Comenzó entonces el recital y las notas se vertieron y ocuparon cara rincón, arrastrando en su camino los sueños rotos, la agonía y las mentiras que aquellas mujeres portaban en sus corazones. Todas y cada una de ellas detuvieron su movimiento y se dejaron acariciar por cientos de promesas que emanaban el pulsar de dos manos firmes sobre las teclas de un piano. Se sincronizaron sus emociones y Evans las guió por senderos desconocidos, de amaneceres en paisajes perdidos y fragancias exóticas. Las hizo olvidar la parte oscura de su vida y las devolvió por instantes la ilusión que habían perdido hacia ya varios años entre las piernas de un desconocido. Aquellas niñas, forzadas a ser mujeres, agradecieron con su llanto sincero el regalo que él las hacía y rompieron en aplausos cuando la tapa del Steinway se cerró de nuevo hasta la próxima ocasión.

Beatriz aterrizó en el aeropuerto de Madrid-Barajas pasadas ya las cuatro de la mañana. Se sintió extraña en su tierra al sentir por fin el aliento de la ciudad impregnándola por completo. Salió de la terminal de llegadas y se apresuró a solicitar el primer taxi de la interminable caravana de vehículos blancos con una franja roja que esperaban en el exterior del aeropuerto. La vuelta había sido eterna. Necesitaba llegar a casa para poder analizar cada uno de sus pensamientos y darles por fin un sentido coherente. La amalgama de sensaciones que atiborrada su mente tenía que encajar de alguna forma. Llegó a su apartamento y la soledad la acarició con su manto de falsa ternura. Se tumbó en el sillón y, tras descalzarse, se acurrucó en su regazo mientras cubría su cuerpo con una manta acostumbrada a acompañarla en sus noches de cine y pizza. La luz de la habitación se apagó y con ella la consciencia de Beatriz. Se sumió en un sueño tremendamente profundo, tanto que por primera vez en muchos meses descansó de sus sueños y sus temores. Se sintió extrañamente a salvo, velada en sus sueños por una sombra invisible que apartaba todos sus temores. Protegida, quizás, por el hombre que apoyado en una cornisa cercana, e invisible para el mundo, observaba con sus ojos centenarios la avenida y escudriñaba cada susurro misterioso que surcaba la noche.

La mañana llegó con prisa. El sol abofeteó el rostro de Beatriz y la despertó de su narcótica somnolencia. Sus ojos se resistieron a entornarse mientras un fulgor rojo atravesaba sus párpados que parecían poder deshacerse en cualquier momento. Como si de una tela ardiendo se tratara. Se giró sobre sí misma y encaró con valor el nuevo día. Al levantarse creyó que sus huesos se fracturarían, un centenar de crujidos procedente de sus articulaciones pareció indicar la puesta en marcha de los engranajes invisibles que la permitirían funcionar de forma autónoma un día más. Tras una ducha rápida y un desayuno mal terminado, partió rumbo a la Biblioteca Nacional para afrontar una jornada de trabajo en la que sabía de antemano su mente estaría en un lugar muy lejano al espacio que ocupara su cuerpo en ese momento. Nada más entrar a través del portón principal, los brazos bien alimentados de Herminia salieron a recibirla. La abrazó con tanta fuerza que Beatriz por un momento pensó que allí acababa su aventura. Agarradas por el brazo subieron hasta el piso de arriba donde Herminia, con ojos preocupados, se interesó por el inesperado viaje de su pequeña. Cuando ya por fin se sintió nuevamente sola, se acomodó sobre la silla de su despacho y varios reflejos iluminaron su rostro, primero un led verde parpadeó ante sus ojos para después hacerlo el azul intenso de la pantalla de su ordenador. Abrió la bandeja de correo y leyó con paciencia los cientos de emails atrasados que tenía almacenados. Sintió una sensación de «Déjà vu» cuando vio aparecer el nombre de Nuzzo entre ellos. Su mente se activó y la curiosidad venció a la paciencia. Se saltó deliberadamente el orden de llegada y leyó de forma voraz el contenido del mismo.

*«Estimada Beatriz, sería un placer poder compartir una cena con usted mientras expongo los detalles de mi pequeña investigación. Estoy convencido de las similitudes de nuestros intereses y de la facilidad para encontrar un punto de encuentro entre nuestras dos asociaciones. Si sigue usted interesada en conocer más sobre nuestro común interés la estaré esperando el miércoles en el restaurante Zalacain a las 21:00. Sin más, aprovecho para mandarla un cordial saludo y el deseo de conocerla personalmente.*

*A.Nuzzo»*

La primera reacción de Beatriz fue de estupor, pero se sintió extrañamente alagada ante la propuesta del desconocido. Lo siguiente que hizo fue poner el nombre del restaurante en el buscador del navegador. Tuvo que leer varias veces los resultados hasta cerciorarse de la veracidad de la información que allí se mostraba. Aquel italiano tan sugerente y misterioso se había citado con ella en uno de los restaurantes más caros de toda la capital de España. Un paraíso gastronómico situado en el corazón de Madrid que había servido su alta cocina a ministros, presidentes e incluso reyes y si aceptaba la propuesta, mañana, Beatriz Alonso la restauradora de libros, sería su siguiente comensal. La decisión estaba tomada incluso antes de terminar de leer el correo y quizá ahora la única duda que circulaba por su mente era qué vestido ponerse. Las manos volaron solas sobre las teclas y en cuestión de segundos, saltándose todos los formalismos, había apretado el botón de enviar.

El día avanzó más rápido de lo esperado y al terminar su jornada decidió ir a buscar algo adecuado para su cita. Beatriz se sentía inquieta e intrigada. Todo parecía fruto de una película. Quizá Nuzzo fuera tan irresistible que la magia de la ficción por un momento rompiera el velo de la realidad y culminara sus hechizos sobre una mujer cualquiera. Ella podría ser aquella afortunada a la que la vida demostrara que el romanticismo del cine es solo una extrapolación de las relaciones reales de las personas y que, pese a estar llevadas al extremo, aún podrían colmar sus expectativas de príncipes azules. Así fue como la noche volvió a cubrir Madrid y ella, emulando a Julia Roberts, apenas era capaz de atravesar la puerta de su apartamento a consecuencia de las decenas de bolsas que pendían de sus brazos.

Evans apuró su cigarrillo antes de tirarlo al vacío. Contempló cómo la ceniza desaparecía en la negrura. Sintió una extraña conexión con aquella colilla que se perdía para siempre en la oscuridad. Toda su vida había vivido bajo los designios de otros y había llegado el momento de vivir una nueva vida. El momento de la venganza tanto tiempo deseada. La furia comenzó a tomar el control y sus ojos se volvieron incandescentes. Recordó la noche en que fue atacado por uno de sus propios hermanos. Rememoró en su cabeza la voz melódica de su agresor y recordó cómo, justo antes de desaparecer entre los brazos de Daniella, había conseguido ver los cabellos plateados que se escapaban de la capucha del Alur. Tensó los brazos de tal forma que los tendones parecían poder explotar en cualquier momento para liberar los músculos de la tensión a la que se veían sometidos. Su cabeza se había llenado de preguntas sin sentido, hasta que la conversación con Cornelius le había permitido atar los cabos sueltos, que solo servirían para confirmar sus sospechas. Su hermano había recibido instrucciones de la orden y él había sido su objetivo. Estaba claro que querían acabar con él y aunque hacía muchos años que esperaba paciente el ataque, no era lo que más le dolía. Lo peor era la traición de los principios de la hermandad, la alianza con un Señor del Orden. Había sacrificado su propia salvación para velar por la humanidad y ahora todo su mundo se venía abajo como un castillo de naipes arrastrado por la tormenta. Los Alur eran toda su vida y sin embargo ahora su única obsesión sería acabar con ellos, desvelar al mundo la verdad de la creación. Darles a los humanos las riendas de sus vidas. Sin embargo antes de acabar con todo, tenía que saber hasta dónde llegaba la traición.

Jack despertó. Desconocía el tiempo que había transcurrido desde su secuestro y el comienzo de su tormento. Había perdido no solo la noción del tiempo, también la del espacio. El mundo parecía haberse comprimido a tan solo un puñado de metros cuadrados. La mejora de sus capacidades sin embargo parecía no tener fin. Sus músculos se desarrollaban a una velocidad asombrosa así como lo hacían su agilidad y su fuerza, desafiando a la razón con cada nuevo despertar. Su mente parecía estar también agilizando sus procesos de razonamiento. Pensaba a un ritmo frenético e incluso muchas veces creyó perder la cordura a causa de su encierro y los fuertes dolores que sufría. Sin embargo todos sus pensamientos tenían sentido y era capaz de tomar decisiones en décimas de segundos. Todos estos cambios que estaba experimentando se sucedían de forma vertiginosa. Quizá fueran producto de las drogas que Nattan le suministraba o simplemente se trataba de un reflejo adaptativo para intentar evitar los tormentos a los que se veía sometido. Fuera por una causa u otra, sus aptitudes se desarrollaban a un ritmo inhumano. Otro de los cambios que Jack había experimentado estaba relacionado con su parte emocional. Sus sentimientos habían sido dilapidados a fuerza de golpes y sangre. El miedo, la impotencia, la ira o incluso la desesperación habían sido desterrados de su alma para dejar que algo mucho más oscuro, parecido al odio, ocupara su lugar.

Escuchó voces al otro lado de la habitación. Nattan discutía con alguien. Se incorporó y con una angustia que le removió las entrañas contempló su mano. La última vez que la había visto estaba desgarrada y sangraba de forma alarmante. Ahora, pese a todo, parecía perfectamente sana. Cerró el puño con fuerza un par de veces para constatar que no estaba soñando. Salió de la habitación, que hacía las veces de dormitorio y consulta médica, y se dirigió hacia el origen de la discusión. La figura del hombre que discutía con Nattan llamó profundamente su atención. No se trataba de un hombre corpulento pero aun así dejaba entrever un cuerpo perfectamente definido. No parecía mayor aunque debía hacer tiempo que había pasado la treintena. Sus ojos completamente grises y su pelo oscuro se decoraba con betas de la misma tonalidad que sus iris. Su postura y sus ademanes transmitían una sensación de autoridad y respeto que parecían ejercer un influjo casi magnético sobre el joven Jack. Aquel hombre estaba envuelto por un aura de oscuridad tan grande que tuvo que apartar la mirada por miedo a quedarse sin aire. Se acercó hacia la pareja, con sus sentidos alerta por si le sometían a un nuevo ataque y esperó paciente. Quizá lo sensato hubiera sido mantenerse al margen, pero tenía tan asumido que nada cambiaría su destino que había perdido incluso el instinto de supervivencia. Él de alguna forma debía ser necesario. En caso contrario su cuerpo habría decorado, junto a la basura, cualquiera de los rincones del almacén. El desconocido se giró hacia él y le analizó con una mirada fría cargada de evaluación y de sabiduría. Fue tal la presión que causó el peso de su mirada que Jack por un momento perdió la fuerza de las piernas y sintió como una mano invisible le estrujaba las entrañas.

—¿Este es el nuevo? —preguntó el extraño con la voz afilada como una espada.

—Sí, acabamos de comenzar el entrenamiento —contestó Nattan.

—Tengo grandes planes para él. Pero ahora tienes que ocuparte de otros asuntos. Nuestra prioridad es acabar con Evans. Es capital que lo consigamos para la consecución de nuestros objetivos.

—No va a ser fácil localizarle. Habrá cambiado de residencia y puede que incluso de nombre. Puede ser invisible al mundo si se lo propone —afirmó Nattan.

—Tarde o temprano saldrá a la luz, en ese momento será vulnerable. La misma rareza que le confiere su poder es su misma debilidad. —El extraño cerró con fuerza los puños, como si pudiera así asfixiarle en la distancia—. Quiero que te ocupes personalmente de ahora en adelante. Cuando vuelvas concluirás el entrenamiento de Jack.

Jack se sobresaltó al escuchar su nombre procedente de los labios del extraño. Contempló como Nattan abandonaba el edificio tras una reverencia y dudó si el cambio de protagonistas era algo bueno o malo para él. Se quedaron a solas y tuvo necesidad de inclinar la cabeza para no mirar directamente a los ojos del hombre que había departido las órdenes al que hasta ahora había sido su captor, su mentor y sobre todo, su torturador.

—Tenemos mucho de qué hablar Jack, tengo que contarte algo sobre el mundo y el papel que desarrollas tú en él.

—Sí señor —respondió Jack.

—Mi nombre es Ditrov y creo que tú y yo vamos a ser grandes amigos.

Cuando Herminia llegó a casa, encontró a Fermín abatido en el sillón. Eran muy pocas las ocasiones en las que su hombre perdía la sonrisa. Escrutó con sus ojos verdes el semblante envejecido de su marido y por primera vez en su vida pareció aparentar la edad que tenía en realidad. Se acercó a él y una mueca repleta de ternura y cariño iluminó su rostro. Desde la visita forzada de Evans el espíritu activo y risueño de Fermín había desaparecido. Ahora cuanto quedaba de él era un cascarón hueco carcomido por el miedo y la indecisión. Herminia se sentó a su lado y le agarró la mano con delicadeza.

—¿Qué te pasa galgo? —le susurró Herminia al oído.

—Nada cielo, viejas tormentas que vuelven para llevárselo todo —respondió Fermín con un hilo de voz que parecía ir a quebrarse en cualquier momento.

—Nada que no hayamos combatido antes. ¿Recuerdas cuándo éramos jóvenes y mirábamos las estrellas acurrucados en la playa?

—Recuerdo que te apenaba ver siempre a la luna tan triste. Un día me dijiste que no querías sentirte así. No podrías vivir esperando a un sol que siempre salía por el lado contrario.

—Sí, ese mismo día me pediste que me casara contigo y me prometiste que nunca estaría sola por la noche —respondió Herminia con el llanto contenido en la garganta.

—Ese fue el día más feliz de mi vida. No cambiaría ni un solo momento de los que he vivido contigo por otros doscientos años de vida.

—No te pongas años para hacerte el interesante conmigo galán, que a mi esos aires maduritos tuyos ya me gustan bastante.

Herminia abrazó a su marido y le besó en los labios.

—¿Aún no crees en el destino gaviota? —preguntó Fermín.

—Sería darle demasiado mérito a la suerte el pensar que te puso ella sola a mi lado. —Herminia resopló para después añadir—: Sí, creo en el destino Fermín. Creo que empecé a vivir de verdad cuando apareciste en la puerta de mi casa. Recuerdo como se iluminó tu rostro al acercarme. Quizá el destino no es el que controla nuestra vida, es solo el que pone las guías para que decidamos como vivirla.

—¿Hemos vivido una buena vida verdad? Perdimos lo que más nos importaba en este mundo y aun así permanecemos juntos.

—Ella sigue con nosotros. Sé que no crees en Dios de la misma forma en que yo lo hago, pero siempre nos acompañará. Si Fermín, hemos vivido una vida perfecta.

—¿Te gustaría que nos hiciéramos viejecitos en una casa de la montaña? Perdidos para siempre —preguntó Fermín encarando el verdadero motivo de su preocupación.

—Pensé que te gustaba Madrid. ¿Qué piensas? —le interrogó Herminia que había aprendido hacía demasiado tiempo a interpretar los interrogantes de su marido.

—Quizá tengamos que dejar la ciudad. Se avecina algo, cielo. Algo que lo cambiará todo. Yo ya conozco la guerra de cerca y se de primera mano la destrucción que lleva en su regazo. Conozco la negrura que trae a los corazones y cómo erradica de forma salvaje la alegría y la esperanza. No quiero que pases por eso. No quiero que esa muesa marque tu alma.

—Un día me prometiste que viviríamos una vida normal. No me importó de dónde venías ni qué habías hecho antes de conocerme. No quise saber ese día los secretos que escondías porque sabía que no nos dejarían de perseguir. Aun así apareció algo de tu antigua vida. Evans. Temí que acabara con todo lo que nos habíamos empeñado en construir y sin embargo nos trajo a Beatriz. Nos devolvió a la niña que nos habían quitado. Es por eso que ahora no puedo vivir otra vez al margen del mundo. Lo que tenga que venir lo afrontaremos juntos. Si querías una vida normal, este es el precio a pagar —sentenció Herminia.

Fermín agarró con sus manos la cara de su esposa y tras prometerla que la amaría siempre la abrazó en silencio. Se durmieron esposados, ajenos al mundo que giraba a su alrededor y sabedores de que nada ni nadie podría acabar con los años que habían vivido juntos. En eso consistía para ellos la vida. Una secuencia de escenas marcadas por el destino pero en las que tenían la libertad para interpretar sus papeles como ellos quisieran.

El día transcurrió sin novedades. Beatriz miraba cada poco rato el móvil para comprobar la hora. No entendía el porqué pero estaba excesivamente nerviosa. Cuando el reloj marcó por fin las seis de la tarde, salió disparada de su despacho en dirección a la entrada. Ella no se había dado cuenta, pero aún no había comido. Destapó todas las cajas de zapatos y complementos que tenía por casa y los miró como mira un juez a un acusado, deliberando y dictaminando su futuro más inmediato. Tardó casi una hora en decidir que iba a ponerse para la cena. Aquella decisión era provisional pero al menos era algo. La decisión final seguramente sufriera muchas modificaciones antes de estar confirmada. Beatriz se quitó la ropa y observó fijamente su reflejo en el espejo de pie. La noche anterior había dormido más de trece horas y gracias a ello las ojeras que colgaban de sus párpados habían desaparecido casi por completo, nada que no arreglara alguno de los potingues que guardaba en el armario mágico de los maquillajes. Se contempló de arriba abajo, como si fuera una extraña que acaba de entrar en una fiesta y se sintió vulnerable, más perdida que nunca. Recordó como Patrick la había rechazado y tuvo la urgencia de verse atractiva, de sentirse sexy. Se duchó con esmero, deleitándose con las caricias de la espuma sobre su cuerpo y se perfumó después a consciencia. Desemballó una de las cajas que había comprado la tarde anterior y de su interior extrajo un conjunto de lencería del que se había enamorado nada más cruzarse en su camino. Sobre la colcha de la cama, un vestido negro, de noche, aguardaba su momento. Se introdujo en él y no sin esfuerzo abrochó la cremallera de la parte de atrás. De la mesilla de su habitación extrajo una caja de madera, para después del interior de ésta, extraer un colgante que abrochó con delicadeza en torno a su cuello. Se trataba de una figura de plata que había pertenecido a su madre. Desde pequeña se había sentido atraída por la indescifrable silueta del colgante. Ahora, al verlo reflejado sobre el espejo, hubiera jurado que se trataba de un violín. Maquilló de forma sutil su rostro y pintó entonces sus labios con esmero, de un rojo intenso. Una vez que la transformación estuvo completada no pudo disimular una sonrisa de satisfacción al ver reflejada su imagen. Salió a la calle antes de lo previsto y decidió andar para hacer un poco de tiempo. Beatriz, por méritos propios se convirtió en el objetivo de todas las miradas. La magia de la última semana había transformado a la joven a todos los niveles. Se seguía sintiendo la misma niña asustada que solo necesitaba los libros para ser feliz, sin embargo ahora la mujer que llevaba dentro había soltado sus cadenas y se atrevía a mirar al mundo a los ojos desde una perspectiva completamente diferente a como lo había hecho hasta ahora.

El restaurante *Zalacáin* se encontraba cerca del mítico Paseo de la Castellana de Madrid y muy cerca de la «Milla de oro», famosa por sus tiendas y marcas exclusivas donde solo una pequeña parte de la población podía hacer sus compras. Nada más entrar quedó asombrada por la decoración del lugar. Lo que más llamó su atención fue el letrero que anunciaba el nombre del lugar. Recordó en ese momento la obra de Pio de Baroja de nombre «Zalacáin el aventurero» y se prometió que después preguntaría al camarero si el nombre era solo una casualidad o era una elección deliberada, aunque dudó que conociera la respuesta. El lujo y el buen gusto se daban la mano en aquel local destinado a unos pocos afortunados. El metre salió al encuentro de Beatriz y la recibió con unos modales exquisitos. Tras una leve inclinación de cabeza pidió a la joven que le acompañara por el salón para reunirse allí con su misterioso acompañante. Nuzzo se levantó nada más verla llegar y no pudo ocultar su asombro ante la delicadeza de Beatriz. Se inclinó hacia ella y le besó la mano. Apartó entonces la silla y la invitó a sentarse junto a él. El italiano era muy atractivo. Vestía un traje negro de tres piezas, impecable, con un pañuelo de seda alrededor del cuello. Tenía unas manos finas, muy cuidadas y una dentadura perfecta. Sus rasgos eran comunes pero sensuales y llevaba el pelo, de un rubio intenso, recogido en una coleta. Sus ojos eran sin embargo su cualidad más extraña. Estaban apagados, sin vida. No acaban de ser negros, y eso le confería un aura oscura. Hablaron durante un largo rato sobre libros, escritores antiguos y códices localizados por diversos lugares del mundo. Nuzzo explicó que uno que acababan de encontrar en Roma, bajo una cripta, era el que tenían intención de estudiar junto al equipo de la Biblioteca Nacional. Beatriz se mostró encantada ante la idea. La conversación se prolongó y entre exquisitez y exquisitez, departieron sin cesar. Beatriz se sentía cómoda hablando de esos temas y a la vez impresionada por los conocimientos de su acompañante. Sin embargo una sombra de duda se había hecho fuerte en un rincón perdido de su mente. Algo no iba bien. Nuzzo comenzó entonces a preguntarla sobre sus orígenes; las preguntas típicas para romper el hielo, pero que en este caso iban un paso más allá. Ella, reacia en cualquier situación a hablar sobre sí misma, intentó derivar la conversación hacia otros cauces, hasta que por fin su acompañante pareció darse por aludido y levantó las manos en señal de disculpa.

—Lo siento si me he excedido. Me he dejado llevar por la conversación. En mi país somos muy dados a hablar sobre nosotros mismos en la mesa —se disculpó el italiano.

Beatriz no sabía prácticamente nada de las costumbres italianas pero dudaba que aquello fuera verdad. La forma en que la miraba iba más allá de un simple coqueteo inocente. Aquel hombre buscaba algo.

—No tiene porqué disculparse, está siendo una velada encantadora —mintió Beatriz lo mejor que pudo.

—Sigamos hablando de trabajo entonces. —Se incorporó sobre el asiento y tras acercarse a Beatriz de forma insinuada, vertió más vino sobre la copa que ya se encontraba vacía.

Beatriz bebió e intentó cerrar lo antes posible el acuerdo para, así, poder marcharse a casa. Apenas había terminado la copa cuando una sensación extraña comenzó a nublar sus sentidos. Se sintió mareada e incapaz de mantenerse erguida, tuvo que apoyar las manos sobre la mesa para no caerse. Miró al extraño con el que compartía mesa y creyó ver una media sonrisa en su rostro.

—¿Te encuentras bien? Pareces algo indispuesta Beatriz —preguntó con tono malicioso.

Era la primera vez que la tuteaba desde que había empezado la conversación y aquello la asustó.

—Estoy un poco mareada, quizá debería salir un momento a tomar el aire.

—Lástima, ahora vienen las preguntas interesantes. Será mejor que te quedes, no durara mucho. —El italiano agarró por la muñeca a la joven que quedó inmovilizada ante la fuerza de su atadura.

—Beatriz, ¿cómo se llamaba tu padre? —quiso saber Nuzzo.

—Eugenio Alonso —Beatriz respondió de forma instintiva. Sin saber porque no era capaz de contenerse.

—¿Sabes a qué se dedicaba?

—Era profesor de historia en la universidad de Santander.

—¿Algo más que hiciera en sus ratos libres?

—Sí, escribía libros.

—Así que tu querido papá era escritor. ¿Era mucho más sabías? —Nuzzo hizo un gesto melodramático con las manos y continuo—: Uno de los seres más peligrosos que ha pisado este mundo. ¿Sobre qué escribía Beatriz? —preguntó nuevamente.

Beatriz luchó contra sí misma pero era incapaz de contener su garganta. Luchó con todas sus fuerzas pero al final sus cuerdas vocales pronunciaron la palabra

prohibida.

—Sobre los Alur —respondió finalmente.

Los ojos de Nuzzo parecieron despertar de su letargo y brillaron con una intensidad ardiente. Beatriz se levantó sobresaltada e intentó salir corriendo del restaurante. Chocó contra varias mesas e incluso tiró los platos de los comensales vecinos al suelo. Entre una gran algarabía consiguió salir a la calle sin ser capaz de determinar el rumbo a seguir. Al pisar el asfalto, una opresión ardiente atenazaba su pecho. Ese hombre, de alguna forma, la había envenenado. La avenida estaba inusualmente tranquila y silenciosa. Intentó pedir ayuda pero no había ningún peatón en la calle. Cruzó la acera e intentó localizar un taxi que la llevara a casa, pero ninguno atravesaba la carretera en ese momento. Siguió caminando a duras penas hacia la Castellana, donde podría conseguir ayuda. En su estado de desorientación equivocó el camino y se internó en un callejón estrecho. El mundo aparecía completamente distorsionado ante sus ojos, de tal forma que aquella calle parecía extenderse hasta el infinito y las sombras que desprendían las farolas se movían entre la noche, persiguiéndola. Escuchó la voz de Nuzzo a su espalda y al girarse le contempló, a varias decenas de metros apoyado contra una pared. La hizo un gesto con la mano, que entendió como un saludo y por arte de magia desapareció. Al volver sobre sí misma, para seguir su camino, el rostro del italiano apareció a apenas unos centímetros del suyo.

—No podrás huir de mí Beatriz. Una vez que tenga lo que quiero, te mataré. De ti depende cuanto quieras sufrir. —Una sombra de maldad se dibujó en su rostro.

Alzó entonces la mano y cerró sus dedos entorno a su cuello. Esta pudo sentir como sus pies perdían el contacto con el suelo. Sus pulmones comenzaron a arder a consecuencia de la falta de aire y fue consciente de cómo su consciencia se perdía junto con sus últimas reservas de oxígeno. Su mirada se cruzó entonces con la de su atacante y un extraño vínculo se formó entre ambos. El cuerpo de la joven comenzó a convulsionar mientras sentía como su propia existencia abandonaba su cuerpo y se traspasaba al monstruo que la oprimía. No tardó demasiado en comprender que era su propia alma la que se veía involucrada en el proceso. En ese momento Beatriz entendió que el miedo es solo una puerta más que hay que atravesar para llegar a la fase de la aceptación del destino, o en el peor de los casos, hasta la de resignación. Justo cuando se abandonaba a lo desconocido, el vínculo se rompió y su cuerpo se precipitó contra el suelo. Con las últimas fuerzas que fue capaz de reunir, comenzó a correr presa de la desesperación sin ser capaz de distinguir los elementos del entorno que la rodeaban. Apenas era capaz de mantenerse en pie y a causa del aturdimiento, sus piernas chocaron con un escalón del suelo y se precipitó contra los adoquines de la acera. Antes de levantarse giró la cabeza para buscar la presencia de su atacante, con la certeza de verle a tan solo un par de metros, con su mueca siniestra y despiadada. Sin embargo lo que comprobó fue como el cuerpo inerte de Nuzzo salía disparado contra una pared a más de tres metros de distancia y el crujido de su cuerpo contra el muro retumbaba en el silencio de la noche. Sin entender lo que ocurría continuó su frenética huida sin ser siquiera consciente del reguero de sangre que iba dejando a su paso a través de una herida abierta en su pierna. El rugido de un motor la devolvió a la realidad. Unos faros bañaron su cuerpo y creyó por un momento que era la luz del más allá que la recibía entre sus brazos. Sin embargo la mano que la agarró por la cintura y la atrajo contra su cuerpo no fue la de la muerte, fue la de Evans. La sentó junto a él y ambos se perdieron en la profundidad de la noche de Madrid.

Solo una persona contempló la escena. Entre las sombras y los vapores de la ciudad, una mujer de cabellos oscuros observaba como el hombre al que siempre había amado, había abandonado las sombras para atacar a uno de sus hermanos y así salvar a una simple humana. Daniella, por primera vez en toda su vida sintió el significado de los celos y derramó una lágrima repleta de impotencia y de futuras venganzas.

Parte II

La carretera se fundía con la noche apenas a unos centímetros de sus cabezas. Los faros atravesaban la niebla con su fulgor resplandeciente arrasando las partículas oscuras que se cruzaban en su camino. El rugido del motor resonaba entre las montañas que cercaban su senda y los encerraba entre dos fauces de roca y vegetación que esperaban ansiosas a cerrarse sobre los dos pobres infelices que osaban atravesar las lindes de los montes de Galicia.

Beatriz se aferraba a la cintura del extraño como si la salvación y la respuesta a cuantos enigmas había planteado el destino en su corta vida, dependieran de ello. Vólaba en un sueño efímero de espectros y sombras producto de las drogas que el italiano había suministrado en su copa. Los efectos narcóticos aún no habían cesado y el extremo agotamiento y la tensión generada por la sensación de una muerte segura, solo incrementaban el potencial de los estupefacientes.

Beatriz por un momento creyó que estaba muerta. Se convenció de su propia desaparición y asumió que era de aquella extraña forma como su mente había decidido transportarla al más allá, a lomos de una Harley pilotada por el hombre de sus obsesiones. Poco después se convenció de que quizá su suerte no había sido esa y el destino la obsequiaba con un viaje a través de los milenios hasta el origen mismo de la humanidad. En otros momentos, su cabeza maltratada, la obligaba a despertarse, contemplar el paisaje y volver a su estado de somnolencia. El tiempo pasó entre imágenes difusas y sensaciones desconocidas hasta que no pudo más y cayó rendida en los brazos del Dios del sueño.

Evans pilotaba por pura intuición. Hacía cientos de kilómetros que su subconsciente buscaba respuestas imposibles. La vida de Beatriz podría haberse apagado de no intervenir él. Además Nuzzo había sobrevivido a su encuentro. No había más remedio. No podía permitirse el lujo de perder aquellos preciados segundos para desaparecer junto a su protegida y dudaba mucho que el italiano hubiera ido solo.

Se acercaban tiempos difíciles, no solo por los cientos de preguntas que formularía Beatriz si no por la cantidad de recuerdos que él mismo tendría que desenterrar y que había procurado ocultar en lo más profundo de su alma. Ahora deberían volver a ver la luz; un resplandor que arrasaría con lo poco humano que quedaba en él. Una vez más la culpa y el remordimiento volverían a ser los protagonistas, aunque bien sabía que ellos nunca habían abandonado la escena de su vida. Apretó con fuerza el acelerador y aferró, una vez más, la cincha que aseguraba el cuerpo de Beatriz al suyo para evitar que perdiera el equilibrio.

Tras un par de desvíos mal señalizados, la moto se internó entre los árboles, a través de un camino pedregoso oculto entre la maleza que cualquiera hubiera pensado no conducía a ninguna parte. Las ramas golpeaban sus cuerpos mientras los neumáticos presionaban contra la tierra la vegetación que hasta ese momento campaba a sus anchas. Tras una nueva vuelta siguieron la senda que se abría a su paso. El camino llevaba intransitado muchos años, tantos como el nuevo Evans tenía a sus espaldas. Recordó entonces las palabras de Daniela al recordarle su antigua vida en mitad del bosque, cuando asumía el papel de un ermitaño olvidado por la humanidad. Desde luego era la tapadera perfecta para sus salidas nocturnas de asesinatos programados. El rugido del motor cesó al apartarse el contacto de las llaves sobre la cerradura. Evans cargó con el cuerpo exhausto de Beatriz y subió las escaleras que daban acceso a la pequeña casa en la que tantos años él mismo había habitado. Tras apartar el polvo y las hojas que el tiempo había depositado sobre la superficie, Evans tumbó el cuerpo de la joven sobre un pequeño balancín que tenía en la entrada. La madera crujió quejándose por el peso del cuerpo que apoyaban sobre ella. Tanteó con cuidado la cerradura e intentó iluminar la puerta con la luz que desprendía su teléfono móvil. El cerrojo estaba obstruido y carcomido por el óxido acumulado en su superficie. El Alur, con un golpe seco, reventó la cerradura y la puerta cedió hacia el interior con un chirrido estridente. Palpó la superficie de la entrada y prendió un pequeño interruptor que había incrustado en la pared. No surtió efecto y la habitación siguió inundada de oscuridad. Tras maldecir por lo bajo tanteó el resto de la estancia. Localizó una pequeña lámpara de aceite y encendió la mecha. La habitación se iluminó con un resplandor mortecino y las sombras de los muebles abandonados a la soledad saludaron a su antiguo inquilino bajo las sábanas que los ocultaban. Intentó encender un fuego en el interior de la vieja chimenea, pero los maderos estaban carcomidos por los ratones, las termitas y la humedad. Retiró la funda que cubría un antiguo sofá de madera de roble y palmeó los cojines para intentar que el polvo abandonara sus fibras. Abandonado a la impotencia, alzó el cuerpo de Beatriz, sin apenas esfuerzo, y con suavidad la transportó hasta la cama que había improvisado para ella. Abrió un cajón de uno de los muebles y el olor a naftalina le obligó a torcer el gesto. Tras salir a la calle y sacudir la manta, que había encontrado en el interior del aparador, cubrió el cuerpo de la joven y la contempló mientras dormía. Salió nuevamente y desapareció entre los árboles, dispuesto a visitar el santuario donde descansaba el único amor que había conocido en su vida.

Beatriz abrió los ojos tras varios días de terribles pesadillas. Días en los que perdía y recuperaba la consciencia de forma continuada. Apenas era capaz de recordar las últimas setenta y dos horas de su vida. Intentó incorporarse pero un terrible dolor de cabeza la obligó a tocarse, con los dedos, la sien y volver a cerrar los ojos. Poco a poco consiguió cambiar su postura y acabó sentada en el sofá. Su estómago dio un vuelco sobre sí mismo y un rugido estridente anunció la necesidad de alimento de forma inmediata. Sobre la mesa de enfrente encontró una botella de agua a medio beber que supuso había usado el extraño para evitar que se deshidratara.

Toda la casa olía a viejo y a polvo. Debía hacer años que nadie abría las ventanas de madera y dejaba que la brisa de la montaña ventilara las paredes, que presa de la humedad, se encontraban repletas de moho. Logró incorporarse y, casi a tientas, se acercó a la ventana. Tras un gran esfuerzo pudo soltar los goznes que anclaban la madera y que, gracias al óxido, habían quedado incrustados sobre el cierre. Tras conseguir su objetivo, hizo visera con los dedos para evitar el sol. Una brisa fría y fresca atravesó el quicio y el olor a montaña, combinado con mar, penetró a través de sus fosas nasales. Abrió las hojas de madera al completo y se deleitó con la vista que ofrecía la casa. Frente a ella un mar de eucaliptos ascendía a través de la montaña. A mucha distancia se discernían grupos de casas dispersas en la lejanía. A sus pies un jardín descuidado, repleto de maleza, se mostraba anhelante de los cuidados delicados de unas manos expertas. Su mente se concentró en los olores que arrastraba el viento y por un momento olvidó que no sabía dónde se encontraba. Destapó los muebles que aún se mantenían cubiertos sobre sus ataduras de algodón en forma de sábana. Tosió un par de veces a causa del polvo y comenzó su meticuloso recorrido abriendo las cortinas y dejando que la luz, poco a poco, volviera a los rincones de aquella cápsula del tiempo perdida en la mitad de la montaña. En su camino, localizó lo que parecía la habitación principal. Un espejo de pie llamó su atención. Usó un trapo viejo que encontró sobre la cama para limpiar la superficie del cristal. Tras varias pasadas de su mano, los surcos sobre el polvo la permitieron contemplar su cuerpo por primera vez en muchos días. Vestía una camiseta negra, con un anagrama en letras blancas sobre la imagen repleta de calaveras. Un pequeño pantalón de algodón cubría sus piernas. No recordó haberse cambiado de ropa así que asumió que el hombre de los tatuajes se había tomado la libertad de desnudarla. Por un momento se sintió ruborizada, pero a la vez, su corazón aceleró el ritmo de sus latidos presa de una sensación desconcertante. Giró sobre sus talones y volvió al punto en el que había iniciado su recorrido. Se calzó unas zapatillas de estar por casa y salió a través de la puerta principal. En la entrada estaba aparcada la Harley Davidson y sobre ella dos cascós oscuros. No había ninguna carretera en las cercanías y aquello generó una sensación de angustia sobre la joven cosmopolita, poco acostumbrada a los rigores campestres. Bordeó la finca esquivando las zarzas y la hojarasca que anegaba los caminos. Se abrazó a sí misma a causa del frío y maldijo no haber llevado consigo la manta que cubría su cuerpo cuando se despertó. Estaba dispuesta a volver bajo la protección del techo de piedra cuando apreció un pequeño camino que se abría paso a través de la vegetación. Se adentró entre la maleza, apartando como pudo las hojas de los árboles, hasta que el camino pareció morir en la base de una roca inmensa. Bordeó la piedra a través de una pequeña oquedad que se abría a la derecha mientras las ramas arañaban la piel desnuda de sus piernas. La luz se abrió ante ella y apareció en una pequeña plaza que daba a un mirador desde donde se podía contemplar el océano verde que la rodeaba. En el centro de la plaza; una cruz, que no parecía cristiana, se mostraba desafiante y protectora de la tumba que moría sus pies. Se acercó y acarició con la palma de la mano la superficie del mármol para destapar la inscripción que intuía se encontraba oculta bajo un centenar de hojas. Bajo ellas no encontró nada. Alzó la cabeza y el corazón comenzó a bombear de forma frenética. Apoyado sobre la balastrada, una figura oscura contemplaba la inmensidad con aire ausente. Se acercó hacia él, con una mezcla de miedo y emoción en la mirada. Antes de llegar el extraño se giró y la dedicó una media sonrisa cómplice. Volvió a su posición natural y esperó a que Beatriz se colocara justo a su lado. A su izquierda. Juntos contemplaron el infinito.

—¿Quién eres? —Fue su primera pregunta.

Evans suspiró y pareció abatido. Conocía la respuesta a todos los interrogantes sobre el origen de la humanidad y sin embargo era esa misma pregunta la que le carcomía por dentro cada día.

—Me llaman Evans y como ya imaginarás, soy un Alur.

La voz de Evans reverberó en los oídos de Beatriz. Era la primera vez que escuchaba hablar al extraño y le sorprendió, tanto el tono grave como la solemnidad del

mismo. Su cuerpo tembló al escuchar aquella palabra que tanto la obsesionaba y posiblemente, si no hubiera estado apoyada sobre el mármol del mirador, se hubiera desplomado allí mismo.

—Yo soy Beatriz, pero supongo que ya lo sabías —dijo nerviosa. Tragó saliva y continuó—: Tengo otra pregunta, ¿por qué yo?

Evans se giró y contempló en silencio la tumba que yacía sobre el suelo de la plaza. Miró después a Beatriz y con una sonrisa sincera, casi pícaro, respondió:

—Porque no podría haber sido de otro modo. —Tomó en ese momento la mano de la joven y volvió a la senda que ocultaba el muro de piedra, atravesaron en silencio el camino mientras Evans la informaba de dónde se encontraba. Al llegar a casa la dejó en la puerta y alzó con sus manos el casco que había sobre la Harley—. Creo que vamos a estar escondidos aquí algún tiempo. Voy a ir a comprar provisiones y algo de ropa. Descansa y macera tus preguntas. Tendré tiempo para responderlas todas.

—¿Vas a dejarme sola? —preguntó Beatriz con un deje de temor en la voz.

—¿No tendrás miedo verdad? —respondió Evans jocoso.

—¿Qué te hace pensar que no saldré de aquí en cuanto te vayas para buscar ayuda?

—Beatriz, llevas toda tu vida buscándome. No querías estar con nadie más en el mundo.

La seguridad con la que lo dijo hirió el orgullo de la joven. Se sintió ofendida por el comentario de Evans, no por su despotismo o por su frialdad, si no porque era la verdad. Deseaba que pasara el tiempo y él se sentara a su lado y la desvelara sus secretos.

Sin saber muy bien que hacer, decidió dedicar la mañana a volver habitable aquel anticuario. Destapó cada uno de los muebles y abrió, como pudo, las ventanas para que la brisa de la montaña que azotaba la casa por el este, transportara los ácaros por las ventanitas que daban al oeste hasta el infinito mar atlántico. Salió al patio a buscar algo de madera, no hacía un frío glacial, pero por la noche podría ser agradable compartir una buena charla junto al fuego de la hoguera. Beatriz se percató entonces que aquel era, quizá, un pensamiento demasiado romántico para ella. Para ser una persona que no creía en el amor, la secuencia de acontecimientos que estaban bombardeando su monotonía la estaba transformando de una forma desconcertante. Bordeó la casa y llegó hasta un pequeño garaje, donde había apilada una cantidad considerable de troncos. Estaban húmedos en su mayoría, así que supuso que serían de poca utilidad. No sabía demasiado de la vida en el campo, pero recordaba eso de alguno de los libros que había leído. Miró a su alrededor y, sobre la pared, encontró un hacha oxidada. La descolgó y se decidió a intentar buscar troncos por su cuenta.

Su aventura como leñadora estaba resultando más complicada de lo esperado. Intentó golpear un par de ramas de un árbol próximo, pero su escasa fuerza, y su nula pericia, convirtió un ejercicio, a priori sencillo, en una verdadera odisea. Pasaba más tiempo luchando contra las zarzas y los insectos que blandiendo su mellada arma. Un ruido llamó la atención de la joven. No tuvo problema para identificarlo y con una sonrisa en los labios se dispuso a localizar el origen del mismo. Parecía provenir de una pequeña senda que se perdía en la espesura en uno de los laterales de la casa. Se trataba de un camino antiguo, seguramente usado por los lugareños para llegar de unas casas a otras o incluso para transportar el ganado. Se adentró a través de la senda, hacha en mano, y descendió por la ladera, escoltada a ambos lados por eucaliptos de proporciones obscenas que combatían entre sí para ser el primero en llegar al cielo. En un momento determinado Beatriz miró hacia atrás y ya apenas fue capaz de distinguir la casa, un instinto primario la invitó a salir corriendo a su refugio de polvo y antiguallas. Sin embargo se armó de valor y siguió descendiendo. Estaba en mitad de la nada, rodeada por árboles y en un camino de solo una dirección. Nada malo podía pasarla. Así fue como, induciéndose valor a sí misma, llegó hasta el final del camino y se dio de bruces con el lago y la cascada que había escuchado desde la base de la senda. Abrió los ojos de par en par y se maravilló ante la belleza de la estampa. La caída de agua no era demasiado pronunciada, un par de metros a lo sumo, pero dotaba a la escena de un aura de cuento de hadas. Los árboles reflejaban sobre la superficie del lago y el sol se filtraba entre las nubes rosadas, iluminando a consciencia el paradisiaco oasis en mitad del bosque. El ruido de hojas al moverse atrajo nuevamente su atención, se giró sobre sí misma y contempló a un pequeño ciervo que la observaba atento a sus movimientos. Recordó entonces la historia de Naka y Sima y todo aquello que la rodeaba tomó una dimensión diferente. Ahora tenía un porqué. Uno nuevo, uno que sin entender la razón, creía sin reservas. Sintió entonces una caricia rugosa entorno a su pie derecho, algo se deslizó entre sus piernas y cuando agachó la vista, un grito estridente fue cuanto fue capaz de pronunciar. Salió corriendo cuesta arriba, con el pelo alborotado y su hacha roma en la mano, mientras una culebra de no más de medio metro de largo se internaba en el pequeño lago.

Evans no dudaba, conocía a Beatriz y conocía a miles de mujeres. Compró ropa que intuyó, quedaría bien a su invitada forzada. Adquirió suministros básicos para varios días y cuando se quiso dar cuenta estaba completamente cargado. Había ido corriendo hasta el pueblo más cercano, para no llamar la atención y la idea de volver con todas las bolsas a través del bosque no le pareció la más sensata. Desplegó sus mejores modales y convenció a una joven del lugar para que le llevara a casa, argumentando que era profesor de antropología de la universidad de Salamanca y necesitaba vivir unos días en soledad. Fue una suerte que la dispuesta joven no se percatara de la ropa de mujer que asomaba por una de las bolsas.

—Puedes dejarme aquí no te preocupes —dijo Evans mirando fijamente a la joven mientras esbozaba la más sincera de sus sonrisas.

—¿Aquí? ¿En mitad de la nada? —preguntó inquieta Isabel.

—Si tranquila, aquí es perfecto. ¡Te debo un café! El día menos pensado nos encontraremos de nuevo.

—Eso espero. —Un suspiro escapó de la boca de la joven. Arrancó el coche y se marchó con la seguridad de no volver a ver nunca al apuesto y misterioso hombre.

Evans se internó entre la espesura y al llegar a la casa contempló atónico como Beatriz se acercaba corriendo hacia él con la cara desencajada y empuñando un hacha. Sus instintos primarios tomaron el control y en un acto reflejo soltó las bolsas. Se preparó para el ataque, y a medida que Beatriz se aproximaba, con la cara desencajada, sus esperanzas de evitar el enfrentamiento menguaban. Estaba a punto de lanzarse a por ella cuando vio como el arma caía al suelo y Beatriz en un salto imposible se lanzaba hacia él con los brazos abiertos. Se abrazó con fuerza y de no ser por sus habilidades como Alur, la fuerza del impacto les hubiera lanzado a ambos contra el suelo. Cuando Beatriz hubo terminado de contar su aventura con la culebra, Evans no pudo evitar soltar una carcajada atronadora. Hacía años que no reía de esa forma y pareció que con ello, parte de sus fantasmas se callaban asombrados por el repentino ataque de alborozo que había recorrido sus adentros. Se internaron en la casa y colocaron el contenido de las bolsas que Evans había traído. Beatriz se preguntó cómo era aquello posible si la Harley estaba aparcada en la puerta, pero evitó preguntar y añadió la duda a la lista de misterios por resolver.

La incomodidad que reinaba en el ambiente era palpable para ambos. Apenas cruzaban un par de palabras y Beatriz no sabía cómo encarar el torbellino de incógnitas que recorría su cabeza. Prepararon algo para cenar mientras los últimos rayos de sol se escondían entre las ramas de eucalipto. La noche llegó y con ella los primeros síntomas de frío. Encendieron una hoguera y se sentaron junto al fuego. Evans extrajo de unas de las bolsas una botella de su whisky favorito y un par de vasos de un estante cercano. Los enjuagó con agua y puso uno de ellos delante de Beatriz. Rellenó ambos con el beodo elixir y se sentó frente a la joven. La contempló en silencio, mientras las llamas se reflejaban en sus ojos grises como la piedra. Aún no tenían corriente en la casa y la luz proyectada por el fuego y un par de candiles, sobre la mesa, era de cuanto disponían. Haciendo acopio de valor, Beatriz formuló la pregunta que desencadenó la secuencia de acontecimientos que, a partir de aquel momento, la arrastrarían por un remolino de situaciones que definirían el cauce de la vida para la humanidad.

—¿Todo cuanto leí en el texto de mi padre era verdad? —preguntó Beatriz al fin.

—En esencia sí. La humanidad se encuentra ligada a una mentira que rige el camino de sus vidas.

—¿Y nadie se ha dado cuenta?

—Esa es parte de mi trabajo. Los neutrales se encargan del resto —respondió Evans.

Se estableció un largo silencio entre ambos nuevamente. Beatriz estaba nerviosa. Su corazón latía con tanta fuerza que de forma inconsciente se vio obligada a apretarse el pecho con la palma de su mano. Por fin le tenía delante y era prácticamente incapaz de pronunciar palabra. Apretó los puños con fuerza, intentando así retener las lágrimas que se perfilaban en la comisura de sus ojos verdes. Sin embargo, envalentonadas por las sacudidas de sus sentimientos, resbalaban sobre sus mejillas de forma lenta y viscosa; como la miel que no desea separarse del tarro que la contiene. Surcaron su rostro como si pesaran mil kilos y en su avance pausado y cansino fueron arrastrando sus miedos y las pesadillas que la visitaban en sus noches de soledad desde que era niña. Noches en las que se sentía diferente pero no entendía la razón. Mientras, aquel extraño la miraba fijamente, sin transmitir nada a través de sus ojos. Armándose de un valor que no era parte de ella, se enjuagó las cuencas humedecidas con la manga del jersey de lana, apuró de un trago el whisky (que la supo a relámpagos amargos) y dijo:

—¿Y cuál es tu trabajo si puede saberse? Supongo que llenar de mentiras la cabeza de mujeres indefensas, hacerlas sentir que el mundo es un lugar donde ellas son especiales y después dejarlas a merced de italianos psicópatas. —La tensión que desprendía su cuerpo había detenido incluso la brisa que regaba la noche. La ansiedad y la necesidad eran los catalizadores de una rabia y una frustración que llevaba demasiado tiempo anidada en su corazón. Su voz se alzaba mientras su mente se vaciaba, en un trasvase de turbación que volvía transformada en seguridad. Entonces el viento volvió a soplar y mientras su pelo flotaba en el aire añadió—: Todo el mundo parece saber más de mí que yo misma. La tonta de Beatriz, que se sube en la moto de un completo desconocido con pinta de matón, del que según dicen es un ser semi-divino, creado por una deidad todo poderosa y que pertenece a una orden secreta de asesinos. ¿Eso eres Evans? ¿Un asesino que secuestra a librerías?

Se levantó de la silla antes de que Evans pudiera responder y apuntándole con un dedo sentenció:

—Quiero la verdad Evans, y la quiero ya. No puedo vivir más tiempo así. Sin saber quién era mi padre y sin saber porqué escribió un libro sobre el origen de la vida. Sin conocer nada sobre mi madre y sin saber porqué tú aparecías en una foto con ellos sin haber envejecido nada.

Beatriz se desplomó sobre la butaca, y una nube de polvo salió de las entrañas de un antiguo cojín.

Evans la analizó con calma, pero su interior se agitaba de forma frenética. Aquella noche iba a romper todas las promesas que había realizado en su vida. Rompería con el silencio que había jurado a su orden y que había mantenido a salvo durante más de quinientos años. Pero no solo eso, también rompería la promesa que le había hecho a Elise. Al único amor de su vida, la única persona por la que el mundo merecía la pena y la única razón por la que aún seguía adelante. Rompería la promesa que le había hecho mientras sostenía en sus brazos a Beatriz y la juraba que siempre la mantendría a salvo.

Sin embargo de nada serviría protegerla si el resto del mundo desaparecía. Evans rellenó ambos vasos y posó su mirada sobre las llamas, para ver como a medida que él se vaciaba, el fuego devoraba los últimos vestigios de la madera.

—Una vez tu padre me pidió que escribiera sobre mi propia naturaleza, y lo hice. Por ese recodo del destino, hoy, tú y yo, nos encontramos frente a frente. Leíste esa nota y desencadenaste los acontecimientos que se han producido. Porque así estaba previsto y porque así debía ser.

»Empezaré por el principio Beatriz. Yo soy un Alur; no soy ni bueno ni malo, solo una herramienta. Soy un asesino. Uno de aquellos que mantienen el equilibrio entre el Caos y el Orden y hacen cuanto es necesario para garantizar su seguridad. He cometido atrocidades terribles que sin embargo, a la larga, han salvado millones de vidas. He terminado con existencias tan cortas que apenas han llegado a exhalar su primer suspiro e incluso he condenado mi propio alma porque así se me ha dicho que lo hiciera. Toda mi vida he sido un instrumento, sin libertad de decisión. —Evans alzó la mirada y trató de imaginar su figura menuda entre las estrellas, su pelo rojo como el amanecer entre sus dedos. Volvió otra vez y continuo —: Sin embargo yo no soy como mis hermanos de armas. Los Alur no tienen memoria, pierden sus recuerdos y su humanidad a medida que van acabando con sus objetivos. Absorbemos las almas de los demás para poder seguir viviendo. Yo, en cambio, lo recuerdo todo. Mi alma no se suplanta ni se pierde como la del resto. Quizá por esa cualidad o esa debilidad, según como se mire, el destino quiso que tus padres se cruzaran en mi camino. Ellos pertenecían a un grupo, poco numeroso, de exiliados del sistema. Personas que pensaban que la humanidad tenía que saber la verdad sobre el mundo y ser libres para tomar sus propias decisiones. Aunque eso significara iniciar una nueva guerra para acabar con los dioses. Con Naka y con Sima. Son demasiadas cosas las que hay que explicar Beatriz y creó que la mejor forma de entenderlo todo es empezar desde el origen. Explicarte quién fui y porqué soy como soy ahora. Explicarte cómo tus padres se conocieron y al final contarte porqué murieron. Ellos te querían. Tanto que dieron sus vidas por ti. —Evans hizo una pausa para ordenar sus pensamientos—. Tenemos que remontarnos más de quinientos años atrás. A un lugar que ya no existe a muchos kilómetros de aquí. Al día en que mi madre daba a luz y perdía su vida para que yo pudiera vivir la mía.

Ambos se contemplaron en silencio, mientras el crepitar de las llamas ponía la banda sonora al comienzo del fin.

El invierno estaba siendo uno de los más duros que recordaba la gente de la aldea. La nieve cubría los tejados de todas las casas que poblaban el valle. El sol, miedoso, asomaba entre las montañas y comenzaba a derretir los blancos tejados que había pintado la tempestad durante más de dos días. Era habitual que los habitantes quedaran aislados en sus casas durante jornadas enteras cuando el crudo invierno hacía acto de presencia con sus gélidos soplos y las descargas incesantes de su helado manto. Los rayos, filtrados entre las nubes, apoyaban al agua en su lento caminar, generando pequeños riachuelos que descendían desde los techos en forma de lágrima helada. El pueblo volvía a respirar y poco a poco los sonidos de la vida inundaban de nuevo el lugar. Varias puertas consiguieron ser desatracadas y desde su interior emergieron los vigorosos hombres que habitaban la villa. Comenzaron a desenterrar de forma concienzuda sus casas y a rescatar sus pertenencias anegadas bajo la nieve. Muchos animales no habían conseguido vencer el viento procedente de las montañas Urine y habían perecido congelados. Las mujeres aprovecharon entonces para desgarrar la carne, que el frío aún mantenía en buen estado, y guardar provisiones por si el invierno, incómodo invitado de estas latitudes, decidía volver a hacer acto de presencia. Cuando las labores principales estuvieron terminadas, los habitantes se reunieron en la plaza principal, adornada solo por una pequeña estatua de madera, cubierta de nieve, e hicieron el recuento correspondiente. Dos fueron los habitantes que no se contabilizaron esa mañana.

De forma apresurada, con las palas en la mano, los hombres se lanzaron hacia la casa de Meuler, el herrero. La nieve seguía cubriendo la entrada y temieron que no hubieran sobrevivido a la mortal helada. Sin descanso desenterraron el acceso a la casa y dejaron al descubierto la puerta de madera, adornada con metales, que daba entrada al pequeño domicilio que habitaban Meuler y la bella Danis. Corin «El protector», como le llamaban los lugareños, llamó con cuidado a la puerta. Era así conocido por su descomunal altura y la imponente envergadura de sus músculos, como por la cantidad de veces que había liderado a su pueblo contra las invasiones de los vecinos de la comarca, con los que la pequeña villa llevaba enemistada muchos años. Corin aproximó la oreja al cerco de la puerta y prestó atención a los sonidos que pudieran percibirse desde el interior. Respondió negando con la cabeza a las miradas intrigadas de los demás. Muchas de las mujeres agacharon la vista y prepararon sus espíritus para ver partir a dos de sus más queridos ciudadanos. Corin apoyó entonces el hombro contra el cerco de la puerta, y tras varios embistes esta al fin cedió unos centímetros. Todos exclamaron sobresaltados al percibir que el llanto de un niño atravesaba las lindes del hogar. Dos mujeres, impulsadas por la llamada angustiada del recién nacido, apartaron al «Protector» e irrumpieron en la estancia. El reflejo de una vela era cuanto iluminaba la única habitación de la que disponía el hogar. Al abrirse del todo, la luz del sol invadió la oscuridad para, en un rincón, iluminar la figura del herrero. Estaba sentado en el suelo, con la cabeza apoyada entre las rodillas. Su camisa, desgarrada en varios puntos, se mostraba impregnada de un líquido rojo escarlata que las mujeres no tardaron en identificar como sangre. El rastro bermellón se extendía hasta la base de la cama y ascendía por la manta de lana que cubría el lecho de paja. La bella Danis resplandecía incluso habiendo perdido ya la vida y sus preciosos rasgos, pintados de blanco mortecino, parecía que se convertirían en mármol para así evitar que desapareciera para siempre tanta belleza. Fue una de las mujeres la que descubrió, en un lateral de la cama, el pequeño bulto que emitía el llanto que habían escuchado desde la puerta. Meuler no respondió a las preguntas formuladas por su líder y no torció el gesto incluso cuando una de las mujeres mostró al padre su primogénito. Aquel hombre, pasó días sin pronunciar palabra mientras el recién nacido era alimentado y cuidado por Alana, que hacía pocos meses había sido madre y sus senos generaban el suficiente alimento para ambos retoños.

Con el paso de los meses la forja recuperó sus sonidos de fuego y metal y con ellos volvió también la voz de Meuler. Corin se acercó una mañana de primavera con el niño, en brazos, y sin esperar respuesta por parte del padre, le susurró al pequeño:

—Mira enano, este es Meuler, el mejor herrero que ha conocido la tierra al sur del Urine, y es tu padre.

—No deberías hablarle a quien tendría que estar muerto —respondió el herrero.

Corin sintió como si por primera vez en su vida una espada consiguiera herirlo.

—¿Cómo puedes decir eso Meuler? Es un regalo de los dioses, necesitamos niños sanos y fuertes para perpetuar el nombre de nuestro pueblo.

—Ese demonio se llevó a mi Danis.

—Pues empieza a honrar la memoria de tu mujer y cuida como un padre lo único que te queda de ella. —Corin se giró y se marchó dando la espalda, con desprecio, al herrero.

El niño se crió con Alana, mujer de Corin. Se alimentó de la misma forma que lo hacía su primogénita, Nané. Alana nunca diferenció entre uno y otro bebe y el amor que repartió lo hizo por igual a las dos pequeñas criaturas. Corin por su parte no cesó en su empeño para que Meuler reconociera al hijo que su difunta esposa había dado a luz.

Habían transcurrido varios meses desde el nacimiento y el crío aún no tenía un nombre que honrase a los ancestros. El pueblo se reunió en la plaza principal, como hacían cada jornada y el asunto del día fue dar un nombre protector que lo defendiera de los malos espíritus y del influjo de la luna, acostumbrada a robar el alma de los recién nacidos por la noche.

Fue Corin el primero en tomar la palabra.

—Creo que sería conveniente dar un nombre al vástago de Danis, como bien sabéis lleva viviendo bajo la protección de mi casa varios ciclos lunares.

—¿No debería ser su padre el encargado de tales menesteres? —preguntó de forma maliciosa Karin «El cojo»

—Bien sabes que eso no puede ser y por tanto es ahora la responsabilidad de todos nosotros —contestó Corin con una sombra de rabia nublandole el rostro.

Muchos fueron los nombres que se barajaron y ninguno pareció convencer a los participantes del conclave. Entonces el más anciano de todos ellos tomó la palabra:

—Este niño es fruto del dolor y la muerte, rechazado por su padre en vida y destinado, de alguna forma, a mecer los hilos del mundo. Debería llamarse como el viento de la montaña que lo trajo hasta nosotros. Urine será pues la forma en la que se le conocerá.

Muchos de los presentes asintieron conformes y la sesión se dio por terminada.

Pocas mañanas después, Alana se acercó hasta la forja de Meuler. Los sonidos de acero contra acero y el crepitar de las ascuas, que daban vida a la herrería, recibieron a la joven. Venía sola, pues los niños descansaban sobre la hierba en compañía de los demás críos de la aldea. Meuler, al verla aparecer se ruborizó, conocedor de los motivos que allí la llevaban.

—Urine es el nombre de tu hijo —dijo Alana en forma de saludo mientras jugueteaba con uno de los martillos.

—Ese demonio es duro como la roca, no cabe duda —respondió el padre.

—¿Por qué dices eso?

—Cuando lo encontrasteis, hacía más de un día que el fuego no calentaba mi hogar y la comida no acariciaba nuestros labios.

Alana sintió como una oleada de terror copaba su ser al darse cuenta del significado de esas palabras. No hizo falta que preguntara, pues la mirada apenada del herrero confirmó sus sospechas.

—Estaba destrozado por la muerte de tu hermana. ¿No pude hacer nada para salvarla sabes? Lo intenté todo mientras veía como ella moría entre terribles dolores. Aun así sonreía, mientras él... —dijo señalando a un rincón como si el recién nacido estuviera ahí— estaba en sus brazos. Apagué el fuego una vez que ella nos abandonó, no quería seguir viviendo sin su compañía... Me sumí en mí mismo y deseé que aquel ser desapareciera para siempre, pero no tuve el valor para acabar yo con su vida.

Una nube de remordimientos invadió el interior de la herrería, Alana entonces comprendió que no era rechazo u odio lo que aquel hombre, marido de su hermana, sentía por el niño. Era vergüenza lo que le impedía estar cerca de su hijo. Se sentía destrozado por dentro por haber faltado la memoria de su mujer.

Los años pasaron entre guerras salvajes, inviernos crudos y traicioneras enfermedades. El joven Urine crecía fuerte y sano pese al sufrimiento y las duras condiciones a las que se veía sometido el poblado. Resultó que aquel niño era una criatura repleta de vida. Su sonrisa siempre estaba expuesta y tenía palabras cariñosas y amables

para quienes se cruzaban con él. Corría entre la población, perseguido por la joven Nané, mientras hombres y mujeres les reñían sin poder disimular las sonrisas que escapaban de sus labios. El niño solo nublaba su semblante cuando oía el repiqueo del martillo del herrero. Entonces su cara se transformaba y, con ojos pícaros, curioseaba cuanto hacía el hombre al que casi nadie hablaba. No sabía prácticamente nada de él, solo que el invierno se había llevado a su mujer hacía unos años y desde entonces prefería la compañía de su forja a la del resto de los hombres. Nané le tiró del hombro y enseñando los pocos dientes de que disponía, obligó al joven a seguirla hasta el domicilio.

Cuando llegaron a casa, Alana cantaba mientras preparaba la comida. El sonido de la voz ejercía un efecto balsámico sobre el ánimo del joven Urine. La música parecía penetrar a través de sus oídos como una ráfaga de viento gélido que le provocaba escalofríos y emociones que no sabría nunca expresar con palabras. La música desde ese momento formó parte activa de su vida.

—Tía Alana, ¿podrías enseñarme todas las canciones que sabes? —preguntó el niño emocionado.

—Claro que sí mi amor, pero nos llevará tiempo. Lo primero que tienes que hacer es lavarte las manos —respondió ella.

—¿Y después me las enseñarás?

—Vamos a hacer una cosa, cada vez que vuelvas a casa y hayas cumplido con tus obligaciones y te enseñaré una canción nueva. ¿Te parece bien?

Aquel trato no pareció convencer al muchacho, sin embargo aceptó con un simple movimiento de hombros y una sonrisa. Cuando su tía ya no tuvo más que enseñarle, convenció al resto de mujeres para que compartieran con él las cantinelas que conocían.

El tiempo fue pasando y a la edad de siete años, los brazos del pequeño estuvieron listos para empuñar una espada. Corin sabía que la paz que ahora disfrutaban no duraría eternamente y era fundamental formar y entrenar a cuantas personas fueran capaces de defender la aldea. Los primeros días fueron especialmente duros para el muchacho, sin embargo no tardó en desmarcarse del resto de sus compañeros de armas; de palo en este caso. Entrenaba con bravura y cuando regresaba a casa se lavaba las manos y aprendía una nueva canción. El joven guerrero se convirtió en una de las atracciones del pueblo, en cada una de las reuniones que celebraba el clan, eran requeridas sus dotes musicales.

La vida siguió con su rutina establecida, pasando disimulada entre los corazones del pueblo como una brisa de viento lo haría entre el bosque, hasta que hubo un día que marcó para siempre la vida del pequeño Urine.

La mañana discurría con normalidad. Con los primeros rayos de sol, las figuras silenciosas de los habitantes comenzaron a poblar los alrededores de la aldea. Las últimas nieves desaparecían ya de las lindes de la montaña y los ríos fluían con bravura a consecuencia del deshielo. Los prados, antes cubiertos por un manto blanco, ahora resplandecían de verde radiante decorado por los reflejos de la luz sobre las lágrimas de rocío que bañaban sus hojas. Las gotas de agua que impregnaban el ambiente, cubrían el valle de una neblina difusa que dotaba al lugar de un embrujo misterioso. Del mismo aura que disfrutaban los sueños.

Urine se despertó con energía. Saltó de su camastro de paja y, tras morder algo de pan duro que había quedado de la cena y dar un buen trago de leche de cabra, salió de casa con el ánimo de asearse. Sonrió al verse reflejado en la cuba de agua estancada y la imagen generada entre las ondas de la superficie le devolvió la sonrisa. Tenía el pelo largo de color castaño y bastante enmarañado. Los ojos, al igual que los de su madre, eran del color del centeno tostado. Estiró los brazos y un par de crujidos resonaron en su interior. Su cuerpo había desarrollado deprisa pese a sus ocho años de edad. Era más alto que la mayoría de sus compañeros de juegos. Con paso resuelto se encaminó hacia la casa mientras tarareaba la canción que una vecina le había enseñado la noche anterior. En su camino se cruzó con Nané que avanzaba en dirección contraria restregándose los ojos con los puños para así intentar que se despegaran de sus párpados. Tenía la cara pequeña y escondida entre una gran mata de pelo rubio. Cuando se percató de la cercanía de Urine, unos iris azules como el cielo aparecieron entre las legañas. Se arrojó contra la cintura de su primo y le abrazó con efusividad.

—Buenos días Urine. ¡Hace mucho frío! —exclamó la pequeña.

—Hola Nané. Hay una gnoma en la fuente del agua, así que si corres... ¡Aún la puedes encontrar!

—¡Seguro que es mentira! —gritó la pequeña mientras se abalanzaba contra la fuente de agua.

Tras lavarse la cara, con poca sutileza, volvió hasta donde estaba Urine.

—¡No la vi por poco! Justo cuando llegué vi cómo se escondía entre los arbustos.

—Ya sabes que son muy miedosas... ¡Cómo tú! —respondió Urine mientras hacía cosquillas a su prima.

Aquellos dos niños se habían criado como hermanos pese a saber desde un principio que no lo eran. Alana y Corin nunca hicieron diferencias entre los dos y repartieron su amor a partes iguales. Les explicaron que la madre de Urine había muerto durante el parto, pero nunca dijeron nada sobre el padre. El pueblo guardó silencio para ocultar la vergüenza aun sabiendo que el tiempo siempre tiene la costumbre de sacar a relucir la verdad cuando nadie se lo espera.

Urine preparó sus pertrechos y corrió hasta la plaza de entrenamiento. Se trataba de un círculo grabado sobre la arena y rodeado por una pequeña valla. En el interior del mismo, todos los jóvenes de la aldea ejercitaban sus aptitudes para la batalla. Por definición, pertenecían a un pueblo guerrero. Durante siglos habían mantenido su unidad y las rutinas de entrenamiento desde niños, era lo que había garantizado su supervivencia. Urine saltó la valla con un potente salto y corrió al centro de la circunferencia que delimitaba el campo de batalla. Había llegado el primero, ni siquiera los maestros de armas se encontraban en la arena. Aprovechó para mirar a su alrededor y comenzó a flexionar y calentar los músculos de su cuerpo. Era un día muy especial y tenía que estar preparado, tanto física como mentalmente.

Los alumnos tenían que superar varias pruebas a lo largo de su vida para poder convertirse en guerreros. El entrenamiento comenzaba cuando apenas eran capaces de sostener una vara de madera. Cuando sus brazos comenzaban a definirse tenían entonces la posibilidad de empuñar una espada de nogal labrado. El tercer paso en la iniciación del guerrero consistía en la primera gran prueba a la que tenían que enfrentarse los alumnos. Y justo en ese punto era donde se encontraba Urine.

Corin entró en la arena y con gesto cariñoso acarició la cabeza del niño.

—¿Preparado para el gran día enano?

—Estoy listo maestro —respondió Urine. Una vez dentro de la arena se mostraba siempre respetuoso con el hombre que lo había acogido y criado como a un hijo.

—Eso espero. —El guerrero descargó con sus palabras y su mirada una losa de presión sobre el ánimo del pequeño.

El resto de aprendices llegaron a la arena, así como lo hicieron los demás maestros de armas. En total más de veinte personas se dispersaron por el terreno. Comenzó el entrenamiento con un ligero calentamiento, para después pasar a los ejercicios de técnica y resistencia. Justo cuando el sol incidía de forma perpendicular en las cabezas de los allí presentes, la voz impetuosa de Corin detuvo el entrenamiento.

—Hoy es un día especial, todos lo sabemos. ¡Dos de nuestros alumnos están preparados para enfrentarse a la prueba del acero! —gritó «El protector».

Todos los presentes estallaron en vítores, reclamando la atención del resto del poblado que se acercó hasta la linde del campo de entrenamiento.

—En este día, estos dos jóvenes aprendices demostrarán su valía en una batalla cuerpo a cuerpo contra uno de los maestros, mientras el resto juzga sus aptitudes. En caso de pasar la prueba, su rango ascenderá y se les permitirá el uso de armas de acero, pasando a entrenar con sus hermanos de armas mayores —continuó Corin.

Urine sintió un extraño pinchazo en el pecho a causa de la presión del momento. Respiró hondo e intentó calmar sus ánimos. Sabía que la concentración era una parte fundamental para conseguir pasar aquella prueba por la que tanto había entrenado. Él quería ser un guerrero, el más grande que el pueblo hubiera conocido nunca, y este era el primer escollo real que tenía que superar para ver logrado su sueño.

—Alan, tú serás el primero. En este día te enfrentarás al Maestro Sante.

Un murmullo se extendió entre la multitud. Sante era un guerrero extraordinario. No dudaba en aplicar una fuerza desmedida incluso en los entrenamientos y aunque su técnica no estaba excesivamente pulida, compensaba su debilidad con la fuerza de un tornado.

Alan se encaminó con paso decidido al centro de la arena y agarró la espada de madera que le tendía el maestro Corin. Por su parte Sante, se colocó frente a su pequeño rival. Los chicos sabían que no tendría ninguna oportunidad de ganar, pero tendría que demostrar su técnica esquivando los envites y aguantando en pie tanto tiempo como fuera posible. Se hizo el silencio y ambos combatientes se observaron. Alan se mantuvo alerta, sabía que el menor descuido provocaría su descalificación y eso significaba seguir entrenando con todos los niños un año más. Él quería ser un hombre a ojos de su pueblo. Flexionó las piernas y esperó paciente la acometida de su rival. Se sabía más ágil y más veloz que su maestro, pero carecía de la fortaleza necesaria para parar las estocadas. Sante se lanzó al ataque y envió su brazo hacía

adelante, el pequeño consiguió esquivarlo de milagro. Rodó por el suelo y se preparó para un nuevo ataque. Sante comenzó a lanzar estocadas, que el muchacho esquivaba y detenía con relativa facilidad. Estaba claro que aún estaban analizando sus habilidades y el combate real no había empezado. Alan se permitió la licencia de incluso lanzar alguna estocada que se perdió en el aire. Poco a poco la lucha se fue intensificando y el maestro comenzó a usar más fuerza. Cruzó una mirada con Corin, y ante un asentimiento de cabeza por parte de este, desarmó con un feroz movimiento al crío y le propinó, con el canto de la espada de madera, una terrible bofetada en la cara. El golpe del impacto fue tal que Alan perdió el equilibrio y se precipitó al suelo entre un reguero de sangre proveniente de su nariz. Con coraje el pequeño se puso en pie, volvió a armarse y esperó el nuevo ataque. Este no tardó en producirse con un resultado igual de terrible. Esta vez fue la rodilla del gigante la que impactó contra el estómago del niño dejándolo arrugado en el suelo, como un ovillo de lana, entre terribles temblores. Sante se giró dispuesto a abandonar la arena cuando la voz del pequeño resonó a su espalda en un susurro apenas audible.

—Aún no hemos terminado —fue cuanto dijo.

Entre la expectación del público, alarmado por el ataque de valentía de Alan, el niño se puso en pie y sin apenas ser capaz de mantener el equilibrio, recuperó su espada de madera del suelo.

Sante bufó y en dos grandes zancadas se plantó delante del muchacho. Con un rápido movimiento golpeó con su espada la empuñadura del niño que salió volando, agarró por la pechera de cuero al pequeño y lo elevó más de un metro sobre el suelo.

La madre de Alan comenzó a llorar, imaginando que ocurriría ahora, mientras el resto de los espectadores contenía un grito ahogado en su garganta. Sante y Alan se miraron a los ojos, el crío no tenía fuerzas ni para patear y simplemente se abandonó a su destino, fuera el que fuera. Sante abrazó con fuerza al pequeño, orgulloso por su valor, y antes de apoyarlo junto a su madre le susurró palabras de ánimo al joven, que calló inconsciente al segundo de sentir la tierra nuevamente bajo su cuerpo. La multitud rompió en vítores ante el gesto fraternal del guerrero.

La respuesta fue unánime, Alan había pasado la prueba.

Urine miró en todas direcciones buscando a sus seres queridos. Alana, junto a Nané, no dejaban de corear su nombre para insuflarle el valor necesario para pasar la prueba. Todo el mundo estaba allí, esperando maravillas de él. No podía defraudarles. De un salto, más acrobático que efectivo, entró en la arena y se dirigió al centro de la misma. Antes de llegar al lugar donde se encontraba el círculo de maestros se percató de algo inusual. Apoyado sobre el límite de la arena, el herrero le miraba con ojos emocionados. No entendió porqué, pero su espíritu dio un brinco. A su lado había un desconocido. Era un hombre grande y extremadamente fuerte. Vestía una toga ceñida sobre una cota de malla. Parecía ser un monje guerrero de alguna religión que él no conocía. Corin comenzó a hablar entonces, recuperándolo de su abstracción.

—Urine, hoy te encuentras ante nosotros para enfrentarte a la prueba del acero. Pasar esta prueba significa convertirte en adulto a ojos de tu pueblo. Nuestros guerreros son nuestra fortaleza y sus espadas nuestra defensa. ¿Estás preparado?

—Sí, maestro —contestó el muchacho.

El pueblo aplaudió ansioso, esperando el nombre del guerrero al que se enfrentaría Urine. Sante tomó entonces la palabra:

—Hoy te enfrentarás al maestro Corin, demuestra tu valor Urine, hijo de los vientos de la montaña.

En el pueblo solo se escuchó el silencio. Las normas prohibían que padre e hijo se enfrentaran en la arena, pero no establecían nada sobre la particular situación de Urine. La tensión era tal que la gente era incapaz de destensar los músculos de sus caras para ocultar sus muecas de asombro.

Sante tendió entonces una espada de madera a ambos luchadores y dio por iniciado el combate.

Urine se mostró confuso, no esperaba enfrentarse al hombre que lo arropaba cada noche y le besaba la frente. Aquello no debería haber pasado, no tenía sentido. Contempló ensimismado a su oponente sin acordarse de reforzar su defensa. Corin atacó deprisa y sin piedad. La espada golpeó en el pecho al pequeño, que por un momento creyó quedarse sin aire. Con una patada de barrido «El protector» derribó a Urine contra el suelo y sin que tuviera tiempo para apenas reaccionar le propinó un fuerte puntapié en el costado. Urine se puso en pie, trastabillando en su intento. Alargó la mano y, ahora sí, esperó el ataque de su rival. Corin volvió a lanzarse repartiendo estocadas en todas direcciones. Era extremadamente ágil pese a ser uno de los guerreros más mayores. Urine apenas tenía tiempo para mantener la guardia alta y en más de una ocasión tenía que rodar o moverse hacia atrás para ganar algo de tiempo. Corin se mostraba poco clemente con su pupilo e incluso por la intensidad de su mirada, se diría que estaba furioso. Urine podía hacerlo mucho mejor y eso frustraba a su maestro. Consiguió cercarlo junto a la valla. Urine lanzó una estocada desesperada, que Corin esquivó sin ninguna dificultad, el maestro contraatacó y la madera golpeó con fuerza el cuello del niño, apenas un segundo después fue el puño de Corin el que impactó contra su cara lanzándolo contra la madera que detuvo la inercia de su movimiento. Urine cayó al suelo entre terribles dolores mientras el mundo parecía teñido de rojo y giraba de forma descontrolada. Tuvo que agarrarse el estómago para reprimir una arcada repleta de sangre. Intentó ponerse en pie pero le fallaron las piernas. Su mente se desmoronaba poco a poco y vio todos sus sueños desfilando ante sus ojos, perdiéndose en la distancia. Cuando consiguió por fin volver a enfocar, se encontró con la mirada del monje que había visto antes. Sus ojos, grises como la ceniza, generaron una reacción en cadena en su organismo. Algo pasaba en su interior, algo no estaba bien. Observó a la multitud y se sorprendió ante la amalgama de colores que cada uno de ellos destilaba. El mundo a su vez parecía avanzar más despacio y cuando un nuevo ataque de Corin intentó golpear contra su cuerpo, Urine los esquivó por puro instinto, sin apenas dificultad. Fue entonces él quien empezó a atacar con fiereza a su maestro. Las estocadas se producían entre sonidos de admiración provenientes de los espectadores que asistían a la feroz batalla. Un niño de apenas ocho años, poniendo contra las cuerdas al mejor guerrero que conocía el pueblo. La mente de Urine fluía extraordinariamente rápido, al igual que sus músculos, hasta el punto de ser capaz de anticiparse a los movimientos de su adversario. Por un momento las emociones o los sentimientos desaparecieron de la cabeza del joven. Sin embargo sí era capaz de sentir las de los demás, con una nitidez terrorífica. Mientras luchaba llegó a la conclusión de que podía leer los corazones de la gente y eso generaba los colores que desprendían sus auras. Poco a poco el joven comenzó a perder el control de sí mismo. Su mente no estaba preparada para el torrente de sentimientos que desprendían las personas que abarrotaban el lugar. Él dejó de sentir, sus sentimientos se apagaron y una ciega sed de sangre nubló su vista. Siguió atacando fuera de control sin sentir los golpes que recibía ni los gritos de advertencia del resto de sus maestros.

Corin luchaba a pleno rendimiento intentando controlar sus fuerzas para no herir al pequeño. Conseguía desarmarlo, pero eso no impedía que Urine siguieran peleando con las manos desnudas, hasta que como un relámpago se lanzaba al suelo y recuperaba su arma para volver a embestirle. Estaba descontrolado y muchos de los allí presentes, supersticiosos en exceso, hubieran jurado que el niño había sido poseído por alguna fuerza del mal, que aprovechando su orfandad había anidado en su corazón al morir su madre. Urine ya no estaba allí, su mente solo era capaz de diferenciar colores y sentimientos, pero hacía varios minutos que su cuerpo respondía de forma autónoma con el único objetivo de acabar con su presa. En un momento Corin consiguió inmovilizarlo y aprovechó el peso de su cuerpo para aferrarlo con fuerza entre sus brazos. Urine al perder su capacidad de movimiento no dudó en usar sus dientes y uñas para zafarse de su opresor. Corin se apartó asustado al no saber cómo reaccionar mientras el muchacho, con los ojos impregnados en sangre se lanzaba una vez más al ataque.

Antes de llegar a su objetivo, la luz y los colores que fluían por la mente del pequeño se apagaron de golpe y con ellos se fueron también los sentimientos ajenos que ocupaban su espíritu.

Alanis y Nané corrieron al encuentro del cuerpo que yacía inconsciente en el suelo tras el brutal puñetazo de Sante, que había decidido intervenir para frenar el combate.

Urine durmió durante días, bajo la atenta mirada de su prima que no se apartaba de su lado bajo ningún pretexto. Su sueño se vio sacudido por interminables pesadillas, donde su mente se perdía en una vorágine que engullía todas las emociones. Soñó que su madre le hablaba fuerte para que no se separara de su lado, mientras unos ojos grises le perseguían allá donde fuera. Las fiebres que sufría provocaban en él terribles espasmos y sarpullidos en su carne, hasta el punto que muchos de los que le visitaron llegaron a temer por su vida. Su cuerpo sanó deprisa, pero su mente parecía aún lejos de recuperarse.

Una semana más tarde el pequeño volvió a la vida. Se despertó entre el canto apesadumbrado de Alana, que recitaba una de sus cantinelas favoritas. Nané fue la primera en percatarse de aquel cambio de situación y entre lágrimas comenzó a gritar para que su madre fuera hasta allí.

—¡Urine! ¡Por fin te despiertas! Estaba tan preocupada por ti...

Alana se abalanzó sobre el pequeño y le besó con ternura. Este, que apenas recordaba nada de lo ocurrido, rompió a llorar y abrazó con fuerza a su tía.

Los días siguientes no fueron fáciles para él, su perpetua sonrisa se había convertido en una mueca difusa y la pesadilla de los colores no dejaba de perseguirle. El pueblo miraba con recelo a su paso y por culpa del incidente en la arena, los maestros habían decidido parar su entrenamiento de forma indefinida. Urine vagaba por la aldea sin saber muy bien que hacer y era consciente del rechazo que generaba en lo demás. En un momento había perdido sus sueños y aún, como el resto del mundo, no entendía que había pasado.

Caminaba cabizbajo cuando el replique de la forja llegó hasta sus oídos. Recordó al herrero y sintió curiosidad por el color del que sería su alma. Se acercó a escondidas, hasta que llegó a la puerta de madera, con adornos de metal, que daba acceso a la casa de Meuler. Se asomó a la esquina y, de forma disimulada, contempló los quehaceres de aquel otro hombre desterrado. Contempló como golpeaba con el martillo un trozo de metal incandescente mientras el calor que emanaba la forja absorbía el frío. El destino quiso que una de las piedras sobre la que estaba apoyado cediera y cayera rodando hasta los pies de Meuler. El herrero giró desconcertado ante la inesperada interrupción y con los ojos fuera de sus cuencas, presa de la sorpresa, contempló la figura de su hijo que le observaba tendido en el suelo. Urine, viéndose descubierto, se levantó y avanzó hasta Meuler sonriendo.

—No deberías estar aquí, la forja es peligrosa —advirtió el hombre.

—No tengo otro sitio donde ir —respondió el niño con la angustia instalada en su garganta.

—¿Estás mejor? —preguntó el herrero.

—Estoy bien sí, pero nadie quiere contarme que pasó.

—Eres un niño muy especial. El tiempo pasará y el pueblo olvidará lo sucedido.

—¿Todo el mundo olvida?

La pregunta cogió desprevenido al herrero.

—No, hay quienes no olvidamos nunca —dijo mientras su mente volaba lejos.

El niño asintió y se sentó a observar como la forja y la fuerza de aquel hombre convertía simples trozos de metal en armas y armaduras.

La noche llegó y el niño se despidió de su nuevo amigo. Se alejó colina abajo en dirección a su hogar, donde le esperaba una nueva cena entre silencios y mentiras.

Meuler se sintió abatido y dejó caer su martillo al suelo mientras su corazón se encogía por momentos y el remordimiento se alimentaba de su energía vital.

Una sombra se movió tras la forja, mientras unos ojos grises como el acero se posaban sobre el destrozado herrero.

—Deberías permitir que viniera conmigo, este no es lugar para un niño así —matizó el forastero.

—No puedo permitirlo, ya le fallé una vez a su madre. Ahora no puedo dejarlo solo.

—Ese crío es mucho más de lo que parece. Su misión es más importante de lo que un simple aldeano es capaz de entender. La única pena, es que no vivirás lo suficiente para saber las cosas a las que está destinado tu hijo.

El extraño se marchó entre las sombras, mientras el eco de sus palabras penetraba en cada uno de los poros de aquel hombre marchitado por la falta de felicidad.

Evans se levantó de la silla donde había estado sentado y estiró los músculos. Beatriz completamente en silencio observó al hombre y echó de menos su voz en cuanto esta hubo cesado.

—Es hora de dormir Beatriz, los recuerdos hay que moderarlos o acaban por apropiarse de nuestros pensamientos actuales.

—Pero tengo tantas dudas... no puedes dejarme así. Al menos dime ¿Ese niño eres tú? —preguntó Beatriz, más por alargar el momento que por ser una duda real.

—Hace seiscientos años, yo me llamaba Urine, sí. Esta es mi historia Beatriz y te la cuento porque tú también eres especial, de una forma que aún no imaginas y que también está lejos de mi propio entendimiento. Pero te pido paciencia y las piezas del puzle acabaran encajando solas.

Evans se marchó, dejándola sola en un sillón, rodeada por una manta y contemplando la llama que oscilaba en el interior de la hoguera. Pensaba en sí misma y en las similitudes con aquello que siempre había sido diferente en ella. También sentía a los demás, de una forma parecida a como Evans lo había descrito.

¿Qué eran ellos? ¿Era una Alur? Se durmió pensando en las respuestas, mientras las pesadillas de cada noche, escondidas en un rincón, esperaron a que sus párpados se cerraran para volver a hacer acto de presencia.

*Soy uno de los seres más antiguos que existe sobre la tierra. He visto la formación del mundo y estoy convencida de ver, en algún momento su destrucción. En esta eternidad de existencia nunca había amado... Hasta que le conocí a él. ¿Qué te ocurre Daniella? ¿Has pasado tanto tiempo entre los humanos que crees ser capaz de amar a alguien? No... Esto va más allá. El destino está escrito para ellos, por eso creen y sienten el amor, para dar sentido a sus fugaces vidas. Pero tú eres una diosa entre los hombres, por encima de toda limitación. Para ellos el tiempo es la unidad de medida de la vida. Para ti, la única unidad es la inmortalidad. Entonces, ¿por qué no dejo de pensar en él? Desde que apareció en mi vida está siempre presente... Soy el Caos dado forma y sin embargo mis pensamientos se alinean de forma ordenada para dirigirse hacia él... Siento dolor cuando me rechaza... Yo que no puedo sentir... Siento celos cuando besa a otras mujeres... Yo que no puedo sentir... Siento amor yo... Yo que sí puedo sentir... Los sentimientos son caos, como mis pensamientos. El amor es caos... Como mi esencia y sin embargo, ¿por qué entonces no había amado a alguien? ¿Es este el verdadero caos? ¿Ese que produce vulnerabilidad y llantos reprimidos cuando menos te lo esperas? Esa es nuestra aportación a la complejidad humana. El orden de las moléculas y las células que dan origen al cuerpo contrasta con el caos de las reacciones químicas que dan lugar a los sentimientos. Yo soy caos. Y Evans... ¿Qué es Evans?*

*¿Será Evans mi destino? ¿Existe entonces el destino o es solo una ilusión? Curiosa ilusión el destino...*

Así viajaba a través del espacio Daniella sin tener claro a dónde dirigirse. Apareció en una pequeña callejuela de Londres y deambuló sin rumbo entre la oscuridad de la noche, sin percatarse de su propia desnudez. Las farolas, a media luz, dibujaban el contorno de su cuerpo mientras la caricia de la brisa acompañaba sus pasos. En su caminar se cruzó con no pocos ingenuos que creyeron ver visiones de ninfas desnudas deambulando por la calle, producto del alcohol, o de las drogas o de ambos. Un joven al otro lado de la acera no pudo evitar contemplar sus formas perfectas. Sacudió la cabeza, dudoso de sus propios ojos, y esperó a que el cuerpo de la joven atravesara el coche, que estaba aparcado, para poder volver a ver sus curvas de ensueño. A un chasquido de Daniella su ropa se materializó y al traspasar el Bmw, el joven parpadeó un par de veces consciente de sus propias visiones mientras miraba al suelo abochornado y se prometía a sí mismo que ya no se metería más.

Daniella estaba enfadada. Sus pasos eran firmes y nada se interpondría en su camino. Odiaba a Evans con toda su alma por hacerla tan vulnerable, por no poseerla y deseársela a cada instante del día. Ella que todo lo tenía y todo le faltaba... ¿Y quién era aquella mujer? Esa zorra a la que Evans salvaba incluso de sus propios hermanos. Una humana por la que el Alur era capaz de sacrificarlo todo. Su rabia creció como un volcán y a su paso un semáforo se dobló hasta que el metal de su base se partió y cayó al suelo. Los cristales estallaron en mil pedazos y la alarma de un par de coches cercanos comenzó a resonar en la noche. Daniella se internó en un callejón, donde la oscuridad traicionera encerraba a sus víctimas a merced de un grupo de cazadores, que sin saberlo, esa noche serían la presa.

Cinco hombres, armados con navajas y cadenas charlaban de forma animada y malsonante en el interior del callejón. Se insultaban entre ellos mientras narraban, con bastante poca coherencia, la última de sus aventuras.

—Joder teniais que haberla visto, como chillaba la perra —dijo el de la cresta roja, que parecía el líder.

—Si tronco, la pava tenía las patas abiertas y tenía tanto miedo que se le meó encima a Jeesy. —Movié las manos simulando el gesto mientras el grupo estallaba en carcajadas.

—Calla cabrón, que bien que luego te uniste a la fiesta.

—La piba era muy fea, la hicimos un favor en el fondo. ¿Habéis mirado en el bolso? Lo mismo tiene pasta...

Uno de ellos extrajo un bolso de uno de los contenedores de basura colindantes y vertió el contenido del mismo sobre el frío suelo. El que primero había hablado se agachó y apartó con desprecio un neceser lleno de maquillajes que estrelló contra la pared.

—Mira que lleva mierda la tía esta, aunque después de cómo la hemos dejado la cara, la va a hacer falta un poco de rímel.

El grupo le rió la gracia mientras el de la cresta seguía inspeccionando las pertenencias. Abrió la cartera y del interior extrajo un par de billetes. Observó la documentación y con bastante dificultad leyó en alto el nombre de la joven a la que habían robado y violado hasta dejar inconsciente, acompañando la lectura con un improvisado y obsceno gesto que desató la algarabía entre sus secuaces. Se levantó en ese momento y alzando la mano en señal de triunfo con las libras que había encontrado, se dirigió al grupo:

—¡Priva y coca para todos!

Los vótores de sus compinches se vieron truncados cuando el fajo de billetes comenzó a arder de forma instantánea en la mano de su portador. Este intentó zafarse de su ígnea presa, pero era incapaz de abrir los dedos. El fuego comenzó a extenderse a su brazo mientras el olor a carne quemada y los alaridos de dolor lo llenaban todo. El líder se lanzó al suelo mientras el resto de compañeros intentaba en vano acabar con las llamas. La ropa no ardía, ni el fuego quemaba a los demás, pero eran incapaces de sofocar el súbito incendio. Daniella se aproximó a ellos y con la voz más dulce y sensual que Londres escuchó en su vida se dirigió al grupo.

—Hola chicos, ¿podéis ayudarme? —Daniella se agarró las manos en la espalda y curvó ligeramente una de las rodillas mientras con el empuje del pie se acariciaba el talón.

El embrujo de la voz de Daniella atrajo la atención de todos, mientras a la espalda de ellos el líder ardía de forma agonizante sin que ya nadie reparara en él. Se fue consumiéndose poco a poco, manteniendo siempre la consciencia y experimentando un dolor tan agónico que deseó morir mil veces. El fuego se detuvo, y donde antes había un brazo ya solo quedaban cenizas, que salieron volando a un soplido de Daniella. El atacado, presa del terror, intentó arrastrarse por el suelo lejos de ella. Sus ojos, fuera de sus cuencas daban nota de los gritos que su garganta era ya incapaz de emitir, desgarrada por los alaridos que antes había proferido.

Daniella le siguió con paso lento mientras con simples movimientos de sus dedos fraccionaba de formas siniestras los huesos de las tres articulaciones restantes, convirtiendo al desgraciado en un simple muñeco de goma en manos de una diosa enfadada con el mundo. Uno de los compañeros, despertando del trance, se lanzó a por ella con la navaja desvainada. Alargó el brazo para incrustarla en su espalda, pero lo único que atravesó fue el aire. Daniella se materializó a su lado y tocó suavemente su hombro. El hombre se giró sobre sí mismo, y sin mediar palabra, se lanzó a por otro de los compañeros al que acuchilló con saña ante la mirada incrédula de sus amigos. Dos de ellos se lanzaron a por él, para golpearlo de forja salvaje con las cadenas que portaban en sus manos. Los latigazos de metal arrancaron media cara al miserable que, pese a querer salir corriendo, no tenía más remedio que enfrentarse a ellos, luchando sin descanso hasta que su último aliento hubo sido expirado. Los dos hombres que aún se mantenían en pie contemplaron horrorizados a la bruja que los estaba exterminando. Daniella les lanzó un beso mientras sus ojos refulgían a causa de la demencia asesina que en esos momentos inundaba su ser. Las cadenas cobraron vida propia y, como serpientes anhelantes del calor de una presa, comenzaron a enroscarse en torno al cuello de sus dueños. Se escucharon gritos ahogados, mientras las cadenas se tensaban más y más. Daniella se giró hacia el líder segundos antes de que las decapitadas cabezas rodaran por el suelo del callejón. El último superviviente, por llamarlo de alguna forma, suplicó unas palabras que nadie llegó a escuchar. Daniella se agachó y con sutileza posó uno de sus dedos sobre los labios del moribundo. Un ruino llenó la noche, como un tren que circula a gran velocidad por una vía de acero. El rostro angelical de la señora del caos se fue desvaneciendo, para en su lugar aparecer una escalera de mano, de una de las salidas de emergencia del bloque superior, que se precipitaba al vacío a gran velocidad hasta impactar en la cara del desgraciado, esparciendo sus sesos por el asfalto.

Ella, envuelta en su propia negrura, volvió a revelarse en mitad de la calle. Vislumbró la masacre que su rabia había desencadenado y se relamió los labios. Amaba a la humanidad tanto como detestaba su parte salvaje. En mitad de la oscuridad, el sonido pausado de un aplauso resonó en el callejón. Daniella miró a su alrededor pero no vio al causante del sonido, hasta que levantó la vista y le contempló sentado en el filo de una cornisa. Un hombre de aspecto juvenil, vestido con unas zapatillas deportivas, un vaquero rasgado y una camisa de cuadros, la saludaba en la distancia. Su rostro era pulcro, sin imperfecciones, y su pelo, negro como una noche sin luna, brillaba en la distancia, peinado hacia un lado. El individuo se dejó caer, desde una altura mayor a varios pisos, para acabar tocando el suelo con sus pies en una suave y pausada caricia.

—Embriagadora es tu esencia hermana mía. Muchos son los siglos que han pasado desde que sin más desapareciste un día.

—Adrax. —Daniella suspiró y tras pasarse una mano por el pelo añadió—. Déjame sola, como has podido comprobar no estoy de humor para rimas y acertijos.

—Veo que nuestro reencuentro no llena de gozo tu caótico corazón, más no vengo solo a disfrutar del resurgir de tu verdadero yo —respondió.

—¿Entonces qué haces aquí? Sabes que hace muchos años renegué de lo que fui.

—Tú... La más fiel de entre nosotros y la favorita del padre. No olvides que tu huida fue cobarde al no querer asumir tus responsabilidades. Has disfrutado de un largo retiro, donde has apreciado en lo que el mundo se ha convertido.

—No puedo volver a ser lo que era, no quiero participar en esta guerra.

—Trágico destino aguarda al mundo. Donde antes fue fecundo ahora rebosará destrucción. La guerra se avecina y podría ser la última. El mundo no sobrevivirá a esta situación.

Adrax, Señor del Caos y hermano de Daniella se acercó hasta ella y la besó suavemente en el lateral de la cara. Adrax era pura delicadeza, se movía de forma pausada y cada gesto parecía un paso de baile mil veces ensayado.

—Sabes que los poderes no han de ser usados influyendo en los humanos. Puede que el señor no este mirando a todos lados, pero el pasado nos ha enseñado a tener siempre cuidado.

—Descuida Adrax. Se valarme por mí misma.

—No lo dudo hermanita, no dudes en acudir a nuestra cita —respondió el lirico Señor del Caos antes de desaparecer.

Daniella suspiró profundamente; sabía que este día tenía que llegar tarde o temprano. Ella era una Señora del Caos y tenía que comportarse como tal. El fino equilibrio se había roto, incluso los guardianes se atacaban entre sí. Ella había sido la culpable al pensar que sería divertido ver como Evans acababa con Aren. Lo que no esperaba es que otro Alur participara en la contienda. ¿Los asesinos del lado del Orden? La batalla estaba perdida con ellos apoyando al otro bando. Sí, tenía que ver al padre y saber qué ocurría. ¿Quién era la mujer con la que estaba Evans? Quizá no fuera tan trivial la respuesta como la pregunta podría hacer suponer.

Se acercó al bolso que yacía en el suelo y con cuidado guardó en su interior el contenido desparramado por la acera. Observó la fotografía de la muchacha y torció el gesto en una mueca extraña que nadie habría sabido identificar.

Pocas horas después, cuando el sol comenzaba a desperezar la capital británica, una brigada del departamento de homicidios peinaba el lugar dispuesta a encontrar cuantas pruebas fueran posibles. Muchos de los policías allí congregados tuvieron que abandonar la escena para evitar las arcadas que provocaba la dantesca imagen. Los peritos y la policía científica buscaron por todas partes, pero no consiguieron llegar a ninguna conclusión. Al tratarse además de delincuentes reincidentes, no le dieron más importancia al asunto y achacaron las muertes a una pelea entre bandas.

Uno de los inspectores localizó el bolso con las pertenencias de la joven, y emitió una llamada a la central para comprobar la identidad y sus posibles implicaciones en el caso.

El agente sintió el tacto de una caricia sobre su hombro y tuvo entonces la necesidad de contar los detalles de la investigación a la joven que encontró a su espalda.

—Se trata de una mujer a la que violaron y agredieron de forma repetida anoche, en las cercanías de Hyde Park. Se encuentra ahora ingresada en la unidad de cuidados intensivos del St. Thomas Hospital.

La mujer desapareció ante sus ojos para consternación del inspector, que no supo si la visión había sido producto del exceso de cafeína o de la falta prolongada de sueño.

Daniella entró en la habitación; era blanca y sin adornos. El sonido rítmico de los aparatos de medición cardiaca era lo único que evitaba que un silencio mortecino se instalara en la estancia. La joven tenía la cara repleta de moratones y una bolsa de líquido negro cubría la totalidad de su ojo derecho. Daniella no quiso contemplar el resto del cuerpo, imaginando el estado en que se encontraría. Se aproximó hasta la chica y posó con cuidado la mano sobre su frente. Estaba ardiendo. Recordó entonces cada una de las escenas que había vivido la joven y a medida que los recuerdos se reproducían en la mente de Daniella desaparecían para siempre del recuerdo de la muchacha. Para así evitar que la pesadilla viviera con ella para siempre.

Aquel acto no fue producto de la compasión ni de la misericordia divina. Fue un acto egoísta a consecuencia del amor que profesaba por Evans. Todo por la sensación de sentir el agradecimiento y la admiración reflejados en sus ojos grises cuando él lo supiera y, aunque aquello puede que nunca pasara, el simple hecho de imaginarlo fue suficiente para ella.

Todo se mantenía tal y como Daniella lo recordaba. El sol, a medio gas para ser mediados de Junio, alumbraba desde su cenit las cabezas de los viandantes. Entró a la pequeña lavandería y tras un saludo leve con la cabeza al dependiente, se perdió entre una de las puertas laterales. Llegó a un patio oscuro y de bastante profundidad. La abertura era pequeña y la luz del día apenas iluminaba el suelo que Daniella pisaba. Avanzó por el patio interior hasta que llegó a un muro imaginario que reflejaba la apariencia de una de las fachadas de los edificios adyacentes. Atravesó la ilusión y una amplia muralla de piedra negra la dio la bienvenida. Se acercó palpando el muro hasta que la luz que se desprendían dos fluorescentes le indicaron el camino a seguir. Antes de llegar hasta los focos se detuvo a saludar a un hombre, terriblemente atractivo, que charlaba de forma animada con dos exuberantes mujeres.

—Vaya, vaya... Yo que pensaba que a mi edad nada podía sorprenderme —dijo el hombre en tono jocoso.

—A tu edad tampoco deberías estar jugando con muñecas —respondió Daniella en clara alusión a las mujeres que le acompañaban.

—Soy un hombre aburrido y ocioso, tengo que matar la desidia de alguna forma.

Ranuir, que así se llamaba el misterioso personaje, al igual que Adrax y Daniella era uno de los cinco Señores del Caos. El más poderoso de todos ellos sin lugar a dudas. El primero que despertó y el que más esencia heredó por parte de Sima. Ranuir despreciaba la vida humana, por insignificante y efímera, sin embargo se había acostumbrado a pasar inadvertido entre ellos siempre que podía para buscar diversión, especialmente entre las mujeres. Vestía de manera impoluta, traje oscuro perfectamente ceñido a su escultural cuerpo y camisa blanca. Nunca llevaba corbata. Su presencia era descomunal y combinada con su aura mística y oscura desprendía un reclamo imposible de rechazar para cuantas mujeres se cruzaran en su camino. De eso mismo se aprovechaba y no dudaba en jactarse de lo divertido que era «pasar» a la tierra, como él decía, para acabar durmiendo entre las piernas de alguna señorita, o incluso de un par de ellas.

Daniella se acercó a una de las mujeres para susurrarle unas palabras al oído. Esta, de forma instantánea, se giró, y rompiendo el silencio, cruzó la cara de Ranuir con la palma de su mano, para después salir corriendo sin mirar atrás. La otra, al contemplar la escena, se acercó a Daniella para ser también partícipe de tan extraña revelación. Intentó escuchar las palabras silbantes que emitía su boca, pero no entendió su significado. Al volverse para abrazar a Ranuir, que ya era por fin solo para ella, un monstruo que parecía sacado de una película serie B de los años setenta, la sonrió mostrando una perfecta fila de colmillos repletos de restos cárnicos y sangre seca. Comenzó a gritar, y tras un interminable minuto, salió corriendo en la dirección que antes lo había hecho su compañera, tropezando no pocas veces, en dirección al muro imaginario, que visto desde esta posición, daba a un precioso vergel repleto de flores de colores.

—Veo que no has perdido el sentido del humor hermanita —dijo Ranuir entre carcajadas.

—¿Subimos? —preguntó Daniella con aire de suficiencia.

—Las damas primero. —Ranuir acompañó sus palabras con un gesto excesivamente teatral para invitarla a pasar.

Una puerta se abrió en la cara externa de la muralla, a pocos centímetros de donde se encontraban. Entraron al elevador y la piedra volvió a cerrarse tras ellos. Ascendieron en silencio con la carga de la normalidad sobre sus hombros, pues en el interior de aquella piedra, sus poderes desaparecían. Lo mismo ocurría en el templo del Orden. Ambos habían sido construidos por decisión del creador para cobijar allí a sus hijos y a los hijos de estos. En principio como prisión, ya que vivieron allí encerrados durante milenios, pero posteriormente como morada obligada para ambos dioses. La permanencia fuera del recinto menguaba sus fuerzas e incluso podría acabar con sus vidas. Este efecto no parecía afectar a los Señores del Caos y del Orden, y por eso eran ellos los que llevaban a cabo la mayoría de los encargos que mandaban sus deidades en el exterior de su confinamiento.

La puerta del ascensor volvió a abrirse y un frío recibidor se mostró ante ellos. A medida que se adentraban por los corredores el aire se volvía más seco y cortante. La temperatura descendía de forma drástica, aunque los dos hermanos no notaran los cambios dada su condición sobrenatural. Tras alcanzar la parte final del camino, un

templo de proporciones imposibles se abrió ante ellos. Las paredes, revestidas de un negro tétrico, se alzaban en todas direcciones hasta una altura desproporcionada. Aquel limbo tenebroso era ajeno al resto del mundo. Como ocurría en el santuario de los neutrales o en el templo del Orden. Todos ellos creados por el padre de los dioses, para mantener a la humanidad, lo más alejada posible de lo sobrenatural o incluso de lo divino. Solo las almas puras, de uno u otro bando, podían penetrar los recintos.

Continuaron andando, entre los bancos de madera, hasta la parte central. De la nada aparecieron unos escalones que parecían perderse en la inmensidad de la negrura. Ascendieron con paso decidido, hasta que el terreno se volvió llano. Avanzaron nuevamente y un foco luminoso mostró el objetivo de su caminar. Un trono, cubierto por una bóveda de estrellas que parecía deambular flotando en mitad del espacio. El trono, situado un par de escalones por encima de su posición, descansaba entre las sombras. Ambos hermanos se posicionaron frente a él. A la derecha de Daniella se situó Adrax, que apareció de improviso, y a la izquierda de Ranuir lo hizo otra mujer. Vestía un traje ceñido de color violeta y su pelo, extremadamente largo y recogido en una trenza, reflejaba cada uno de los colores que lo rozaban. En ese momento, la luz de las estrellas de la bóveda parecían formar parte de ella y expandirse por cada uno de los mechones de su cabello. Lucrecia, que así se llamaba la cuarta de los cinco hermanos, hizo un asentimiento de cabeza al ver a Daniella. Su rostro se expandió en una sonrisa sincera, para segundos después volverse a contraer en una mueca de dolor, mientras sus iris azules y resplandecientes emitían un fulgor desconcertante que poco a poco fue cambiando hacia tonalidades verdes. El Caos formaba parte tanto de su interior como de su exterior, mimetizando cada sensación y proyectándola a través de su cuerpo.

Mientras el silencio anidaba en las mentes y los corazones de los cuatro Señores, un bastón con la cabeza de un águila dorada emergió de la negrura. Poco después lo hicieron dos cuencas vacías que parecían mirar en todas direcciones y, tras ellas, la forma de una calavera adornada por una corona. El resto del cuerpo, se mantuvo en las sombras. Una voz milenaria, la más antigua que el mundo había escuchado, retumbó por la sala, llenándolo todo con su presencia.

—Bienvenidos una vez más hijos míos. Daniella, cerebro especialmente tu vuelta.

—Gracias padre —respondió ella.

—Tristes noticias nos trae Adrax... y creo que tú querida hija, ahora que vuelves a tu hogar, podrás ilustrarnos con más información.

Todos miraron de forma interrogante a Daniella, que se mantenía en silencio. Adrax fue el primero en tomar la palabra.

—Se avecina una guerra como nunca antes hemos disputado. Las fuerzas del orden, cuentan ahora con un poderoso aliado. El equilibrio, tanto tiempo protegido, de una extraña forma ha sido corrompido. Debemos tomar la iniciativa, pues de lo contrario podemos dar por perdida esta partida. Los asesinos, ahora de nuestros enemigos son amigos. El gran maestro, presa de la lujuria y el hambre de poder, ha caído en las redes de Gabriel.

—Hemos visto como con el paso del tiempo, los Alur han ido acabando con todos nuestros activos. Menguando nuestra fuerza y nuestra influencia sobre el plano humano. Ahora sabemos cuál es la causa. Hemos estado completamente ciegos mientras las reglas de este juego cambiaban —respondió Ranuir.

Lucrecia, con un resplandor rojizo en su mirada motivado por la ira, se incorporó a la conversación de sus hermanos.

—No tenemos muchas opciones. Hasta ahora la contienda ha estado igualada, pero este hecho lo cambia todo. ¿Los Alur tomando partido? ¿Cómo ha podido pasar eso? Es imposible por su propia naturaleza. ¿El creador lo permite? ¿Nos ha abandonado cansado de nuestros actos y nos deja vagar y destruirnos? Todas las reglas que han regido la convivencia acaban de ser pisoteadas. No tenemos medios ni recursos para frenar esta situación. Debemos atacar de forma urgente. No tiene sentido seguir contiéndose. Puedo entender los motivos que mueven al Orden a forjar esta alianza, ¿pero qué ganan los Alur? Nuestra desaparición solo supondría su propio fin.

Los ojos de Lucrecia ahora apenas brillaban presa de la desolación y el desamparo que sentía en su interior.

—No todos los Alur parecen estar de parte de Gabriel —dijo Daniella, más como un susurro que como una afirmación.

—Evans... —siseó la voz de Sima desde la oscuridad.

—Los Alur han atacado a uno de sus asesinos. Han intentado acabar con la vida de Evans padre.

Daniella relató, obviando los detalles más íntimos, lo sucedido en Madrid apenas una semana atrás. Informó a sus hermanos del ataque de Aren, motivado por ella, y cómo uno de los Alur había intervenido en la batalla para acabar con la vida de Evans. No tuvo más remedio que aceptar el hecho de su intromisión para poder salvarle.

Los ojos de Lucrecia la observaban de forma intensa, reflejando en ellos todas las tonalidades del deseo y la pasión.

No era desconocido para ellos la obsesión enfermiza de Daniella con el asesino, pero una declaración tan sincera sorprendió a todos los presentes. Ninguno de ellos, sin embargo, juzgaba aquella situación. Los sentimientos son la máxima manifestación interior del caos y todos tenían libertad absoluta para expresarlos como creyeran conveniente. Erán capaces de enamorarse, de sentir, de odiar... Pero todos los sentimientos llevados al máximo extremo, manifestándose con una virulencia terrible, como si un torbellino arrollara su interior cada vez que sentían. Solo con el paso de los milenios fueron capaces de acostumbrarse a esta carga que los devoraba por dentro, pero que los hacía sentirse especialmente caóticos.

Daniella, pese a sentir el peso de las miradas sobre ella, continuó con su exposición:

—Hay algo más. La noche siguiente al ataque, Evans volvió a encontrarse con su hermano. Pensé que el motivo que lo impulsaba a tal irracionalidad era la venganza. Sin embargo, una vez más, estaba equivocada. Su objetivo real era salvar a una mujer a la que el Alur perseguía. Ella era especial en demasiados sentidos. Algo extraordinariamente intenso se escondía en el interior de aquella... —Daniella masticó las palabras antes de pronunciarla, pensando más en sus celos que en la situación actual—. Humana.

Todos quedaron en silencio, interpretando las palabras e intentando buscarles algún significado.

Sima emergió de la oscuridad, quedando plenamente al descubierto. El cuerpo macilento del Dios se mostró a la vista de sus hijos. Solo una capa roja con runas de oro bordadas tapaba su esquelético cuerpo, casi consumido por la maldición que su padre sentenciara sobre él.

—Esa mujer Daniella... ¿No has podido siquiera imaginar de quién se trataba? —preguntó Sima, más como una afirmación que como una pregunta, dejando claro que él sí sabía la respuesta al enigma, pero quería que su hija apartara por un momento sus sentimientos y razonara la respuesta.

Daniella comenzó a reflexionar. Su odio, sus celos y su amor habían cegado sus intentos por encontrar la respuesta. Realmente no se había planteado la identidad de la mujer, solo la relación que podría tener con Evans. Recordó entonces las sensaciones que había provocado su presencia, dejando esta vez de lado sus sentimientos. Emanaba una fuerza terrible, una oscuridad inquebrantable y a la vez una luminosidad cegadora. Su esencia caótica era imponente, sin embargo, el hedor del orden en ella era igualmente intenso. Era una neutral, de eso no cabía duda, pero era a la vez mucho más. Nunca, en su eterna existencia, Daniella había sentido algo así en un humano.

¿Qué interés podían tener los Alur en matar a alguien así? ¿Estaría Gabriel detrás de aquello también? Y Evans... ¿Por qué salvarla?

La mente de Daniella fluía a un ritmo frenético intentando dar forma a tantos pensamientos simultáneos. ¿Por qué Evans? ¿Por qué harías algo así? ¿Por quién te expondrías tu tanto? La imagen de una mujer de cabellos rojos con el amanecer invadió su consciencia y con esa imagen una sensación tormentosa castigó su cuerpo.

—No puede ser padre... Es imposible. —Daniella se sintió vacía, sin aliento.

—Hay que protegerla cueste lo que cueste. Necesito que la localices antes que ellos y la traigas a mi lado. Tú conoces a Evans mejor que cualquier otro. Busca su escondite, sálvale a él y trae a la chica a nuestra casa —respondió Sima.

Entonces Daniella lo vio todo claro. Olvidó sus celos y recordó la impotencia que había sentido tantos años atrás. A causa de otra mujer o quizá a causa de la misma. Entendió las razones de Evans para proteger a la chica y el peligro real al que se enfrentaba. Sin dudarle recorrió el camino de vuelta dispuesta a localizarle. No por la mujer, eso daba igual. El mundo entero podía arder y desaparecer para siempre. Lo único que importaba era él.

Pasaron unos minutos mientras el resto de los congregados pensaban en silencio. Lucrecia fue la primera en entender la situación. Sus ojos se expandieron de forma grotesca y una mueca, que representaba la extrema sorpresa que sentía, ocupó su rostro. Sin ser capaz de controlarse expuso sus conclusiones en alto.

—¡Es la hija de Rebeca! ¡Está viva!

Todos asintieron en silencio y una sombra de duda cruzó sus rostros.

Sima volvió a la oscuridad y desde su trono entre las nubes su voz volvió a llenarlo todo.

—La guerra es tan inevitable como definitiva. El mundo no soporta más esta mentira en la que ha estado sumido. Han entrado en el juego caprichos del destino, tan inesperados, que nos dejan sin más remedio que actuar de forma desesperada. Nuestro tiempo en el mundo puede llegar a su fin. El creador nos ha abandonado y ha decidido dejar que de una vez por todas nos exterminemos entre nosotros. El juego terminará hijos míos y en esta victoria, nos va la existencia. Acercaros, tenemos

mucho de qué hablar.

Ditrov, maestro de los Alur, deambulaba de un lado a otro de la biblioteca. Se frenó junto a la ventana y comprobó los avances de Jack, que entrenaba con uno de los asesinos hasta la vuelta de Nattan. Pronto estaría preparado para la misión que el destino le tenía reservada. Él no era como los demás. Él no conocía las escrituras ni el porqué de su actuación. Él solo sería una máquina entrenada para matar, sin razón y sin motivación.

Los planes no estaban saliendo como en un principio había esperado. Evans y la chica estaban vivos cuando deberían haber muerto hacía tiempo. Que ella desapareciera era fundamental para la consecución de sus planes. Si las profecías del libro de la sangre eran ciertas su papel en el destino sería determinante. Había tardado años en localizarla y era necesario acabar con su amenaza. Sin embargo, ahora, estaban juntos. Eso significaba que Evans era quien había estado ocultándola toda su vida. Nattan y el italiano se reunirían pronto y empezaría la caza. No podían fallar. Localizarlos sin embargo no sería fácil para ellos, el Alur sabía esconderse y pasar desapercibido si quería. Había además alguien más en la partida, con el suficiente poder para salvar a Evans. ¿Quién sería? Tendría que recurrir nuevamente al libro, fueran cuales fueran las consecuencias.

Ditrov se acercó a una de las interminables estanterías, recitó un ensalmo místico y desapareció ante sus ojos. Descendió por el angosto corredor que había quedado al descubierto. Las paredes rezumaban humedad y estaban invadidas por el moho y los insectos. Al concluir el descenso, Ditrov se acercó a un pequeño púlpito sobre el que descansaba el místico libro. Este parecía de cuero curtido, sin embargo las hojas estaban formadas por restos de piel humana. El tomo era tan antiguo como la propia humanidad. Era una de las dos reliquias que el creador había entregado a los Alur para ayudarles en su cometido.

El libro del destino, o de la sangre, como también era conocido, anunciaba los nombres de los humanos, que bien por nacimiento o bien por influencia, generaban alteraciones fuertes en el equilibrio. Normalmente estos objetivos eran los que los Alur eliminaban. Con el paso de los años, el maestro había desentrañado muchos más secretos de la reliquia, desenterrando su verdadero poder y siendo capaz de controlarlo a su voluntad, hasta tal punto, que en ocasiones éste le revelaba de forma breve el futuro y la localización de sus objetivos. Así era como, tras años de búsqueda había dado con Beatriz, primero por casualidad, a través de una visión, luego por necesidad, para descifrar su secreto y su papel en el mundo. Evans aparecía en esa misma visión, a su lado. En ella el mundo descubría la verdad y la libertad inundaba los corazones de los hombres. Todo desaparecía mientras el moría de forma agónica ardiendo en el fuego eterno. Ditrov no le tenía miedo a la muerte. Ditrov le tenía miedo al destino. Esa revelación no podía cumplirse. Él, maestro de los Alur, acabaría con los dioses y tomaría el mundo para con mano de hierro guiar a la humanidad a través de un nuevo camino. El de la sangre y la obediencia. Eran animales y como tal debían comportarse.

Extrajo sutilmente una daga de marfil y, con precisión de cirujano, seccionó de forma transversal su muñeca derecha. Lo mismo hizo con la izquierda. Apoyó ambas palmas sobre el libro y sintió el frío de su sangre emanando y resbalando por sus brazos. La sangre descendió por sus muñecas y rozó la cubierta del libro. Al contactar, el cuerpo del maestro comenzó a convulsionarse y tuvo que concentrarse para no perder el sentido. No era la primera vez que el libro devoraba su propia esencia y conseguía el poder necesario para ver el destino. Era peligroso, pero era absolutamente necesario.

Los puntos sobre el techo se duplicaban solos. Cuanto más fijaba la vista, más invisibles se hacían. Volvía a enfocar y, como una célula en plena meiosis, el granulado producto de la oscuridad y del sueño reprimido volvía a dar a luz a un hermano prácticamente gemelo. Beatriz sonrió al recordarse jugando a esto mismo muchos años atrás. Cuando apretaba mucho los párpados y luego los abría de golpe para ver las volutas de polvo, o de luz, pululando ante ella. Recordó que alguna vez había intentado pescarlos con la mano. ¿Habría sido en otra vida? No, claro que no.

Un nuevo día comenzaba y miles de preguntas conocerían sus respuestas. Se sintió extraña, nadando en aguas profundas y desconocidas, rodeada por criaturas que no era capaz de siquiera imaginar. Pensó en sí misma y se recordó, hacía apenas unos días, buscando soluciones a enigmas que parecían tan lejanos que nunca pensó que podrían ser resueltos. Ahora sin embargo un cuentacuentos de más de quinientos años relataba una historia, solo para ella, que posiblemente nadie más en el mundo conocía. Su misión, según Evans, sería desvelar la verdad a la humanidad sobre su propio origen y, en última instancia, convertirse en estandarte de la libertad. ¿Cómo iba a ser ella la elegida para tal tarea?

Se levantó de la cama y se contempló en el espejo de la pequeña habitación. Seguía siendo la misma mujer que prefería la compañía de Bécquer a la de sus escasos amigos y sin embargo... Ya no era ella. El viaje que había comenzado estaba calando tan hondo en su personalidad que se sentía extraña cuando estaba a solas consigo misma. Llevaba veintiocho años viviendo por vivir, sin un porqué. Ahora todo tenía una meta, un trasfondo y una razón de ser. Había momentos en los que incluso se llegaba a sentir especial. Única. Quizá una idea forzada por aquello que todos esperaban de ella. Había pasado del anonimato a ser el foco de la trama y por una vez en su vida, ser la protagonista empezaba a ser divertido.

Se vistió rápido y bajó la escalera dispuesta a encontrarse con su misterioso acompañante. Buscó a Evans por toda la casa pero no había rastro de él. Se asomó a la puerta y vio allí la moto aparcada. Supuso que no estaría demasiado lejos y aprovechó el momento para saciar a su angustiado estómago. Engulló una magdalena y sus ojos se iluminaron al ver el piloto de la cafetera encendido. Abrió varios armarios de la cocina y, cuando por fin encontró lo que buscaba, enjuagó una taza. Vertió el tibio líquido negro en ella y aspiró profundamente el aroma que desprendía. Se asomó al balcón y dejó la mente en blanco, mientras el calor del amanecer iluminaba su rostro y la brisa de la mañana jugaba con su pelo. Desde allí podía contemplar todo el valle y escuchar el sonido del río que fluía varios centenares de metros por debajo del balcón. Algo, en lo más profundo de su ser, le pidió a gritos que disfrutara ese momento de paz, pues los tiempos que estaban por venir serían mucho menos placenteros.

Salió al jardín y tuvo un presentimiento. Sabía dónde podía encontrar al Alur. Se internó entre la maleza y volvió de nuevo al mirador donde le había descubierto por primera vez. Se acercó a la balaustrada, observando de reojo la tumba que yacía sobre el suelo, y se apoyó junto a Evans. Se sintió segura a su lado, no tenía motivos, pero confiaba en ese hombre. Evans la escrutó con la mirada y Beatriz creyó sentir el dolor en los ojos del Alur. Este apartó la vista al poco tiempo y siguió mirando al infinito. Recordando a otra mujer, que tiempo atrás le había mirado con esos mismos ojos en aquel mismo lugar. Una mujer cuyo pelo reflejaba la luz de la misma forma que lo hacía el de Beatriz. Una mujer cuyo recuerdo estaba tan vivo en la piel de aquella chica que por un momento creyó poder sentir sus caricias otra vez sobre su cuerpo.

—Buenos días Evans.

—¿Las pesadillas te han dejado dormir? —preguntó él.

—Estoy acostumbrada. —Se rascó la cadera con disimulo y giró la vista hacia Evans para después añadir—: ¿Cómo lo sabes?

—Sería imposible que no las tuvieras —respondió.

Se estableció un largo silencio donde cada uno de ellos se perdió en sus propios recuerdos. Evans se volvió apoyando la espalda contra el barandal.

—No tenemos tiempo que perder. ¿Seguimos? —preguntó.

Beatriz se debatió entre preguntar o dejarlo para más tarde. Se armó de valor e ignorando la pregunta del Alur lanzó una nueva cuestión al aire:

—¿Quién yace bajo la tumba?

Evans apretó con fuerza la piedra y miró en dirección al suelo.

Por un momento pareció que la tierra había detenido su giro y la gravedad se había vuelto efímera. La tensión se acumuló en un solo punto que pareció absorber todo lo demás. Evans pensó en el nombre y se aterrorizó al pensar que no lo recordaba. Sin embargo lo sabía perfectamente. El problema era que no lo había pronunciado en casi un cuarto de siglo.

—Se llamaba Elise. Pero no está enterrada. —Guardó silencio y añadió mientras enfrentaba la mirada de Beatriz—: Pronto sabrás más sobre ella. Ten paciencia.

El Alur comenzó a andar hasta un banco de madera situado cerca del lugar en el que se encontraban. Se sentó y palmeando la base de este, animó a Beatriz a que le siguiera. Avanzó hasta el asiento sabiendo que el tiempo se invertiría y el mundo de hace quinientos años se presentaría claro ante ella. Evans comenzó a hablar y todo cuanto les rodeaba desapareció. Se formaron nuevos ríos, nuevas casas y un nuevo sol que bañaba un pequeño pueblo a la sombra de las montañas Urine.

Desde el incidente en la prueba del acero, la vida del pequeño Urine no volvió a ser igual. La gente del pueblo le temía e incluso los maestros de armas decidieron no darle la oportunidad de volver a entrenar, al considerar que podría ser peligroso para el resto de alumnos. La situación en casa no era mucho mejor. Alana y Nané se desvivían por él, pero Corin apenas si le prestaba atención. Él no recordaba nada y sin embargo sabía que algo en su interior había cambiado para siempre. Su sonrisa poco a poco se fue apagando y la música le causaba tanto dolor que muchas veces, al oír cantar a su tía, escondido en un rincón, rompía a llorar.

Sus amigos le dieron de lado y así se fue convirtiendo en un desterrado dentro de su propio pueblo. Pasaba las horas perdido por el bosque o en compañía del herrero. Esta nueva, y única amistad, le enseñó todos los secretos del oficio. Aprendió a forjar armaduras, corazas, cotas de malla y cualquier tipo de arma. El herrero apenas era capaz de crear la capacidad de aprendizaje del muchacho. En poco más de un año había absorbido todos los conocimientos que él había tardado toda una vida en adquirir. Con el paso del tiempo fue incluso capaz de inventar nuevos diseños mucho más ligeros y aleaciones de metales que aumentaban la durabilidad de las armas. Era un trabajador incansable y constante. Eso, combinado con la dureza del trabajo, provocó que su cuerpo desarrollara rápidamente. Cuando cumplió los catorce años ya no quedaba rastro del niño que en alguna ocasión había sido.

Todo el pueblo miraba de forma recelosa la relación entre herrero y alumno, dudando si algún día se sabría la verdad sobre su parentesco. Meuler pensó muchas veces en ello, incluso estuvo tentado en revelar el secreto. Sin embargo su relación con Urine era tan cercana que prefirió mantener eso a cualquier precio. Una verdad tan a destiempo solo provocaría su alejamiento de forma definitiva.

La productividad de la herrería pronto se vio duplicada y eso fue suficiente para convencer a sus vecinos de la nueva ocupación del joven. Se mostraron encantados ante la calidad de los trabajos.

Urine nunca dejó de lado su entrenamiento. En muchas ocasiones tomaba prestada armas fabricadas en la herrería y se internaba en el bosque. Allí había creado un pequeño campo de entrenamiento donde practicaba todas las habilidades aprendidas, con el fin de mejorar su técnica y adaptarse al elevado peso de las armas de acero. Entrenó sin descanso durante meses y ni el frío del invierno menguó su voracidad por mejorar. Sin saberlo, su técnica se desarrollaba más rápido que la de cualquiera de los chicos de su edad e incluso, dada la destreza alcanzada, muchos maestros hubieran sufrido para vencerle.

En el bosque se sentía a salvo, protegido por la sombra de los árboles. Lo que desconocía es que entre aquellas mismas sombras, un ser antiguo observaba y velaba por él. Contemplaba sus avances y esperaba el momento oportuno para poner en marcha el plan que el destino le tenía reservado.

Nané profesaba una admiración enfermiza por su primo. Intentaba protegerlo de todos y a cualquier precio. No aceptaba las críticas injustas que el resto del pueblo vertía sobre él. Esa mal disimulada obsesión, bajo el amparo del proteccionismo, derivó con el paso del tiempo en algo más. El amor, y más en la adolescencia, es un arma terriblemente peligrosa. No necesita dañar la carne para atravesar directamente el corazón. Nané se desvivía por Urine y sin embargo este no parecía ser consciente de todo cuanto ella hacía por él. Era su única compañía en los momentos de soledad y su apoyo cuando el resto del mundo le daba la espalda. Ella quería ser la parte más importante de su vida y pese a saber que nunca sería aceptado por su padre, vivía en la perpetua ilusión que generan las canciones y los cuentos. Ilusiones de amores imposibles que, tras luchar contra todo tipo de tempestades, vencen las barreras y duran para siempre. Cuanto ella más se acercaba a él, más lejos él parecía querer estar.

Urine, que sentía los sentimientos de los demás con una fuerza desesperante, no era ajeno a esta situación e intentaba menguar la dedicación de su prima a base de distancia. Sabía que no era justo, pero sí la mejor solución. El tiempo la demostraría también a ella, que un monstruo como él, no merecía el amor de nadie.

Solo ahora, después de medio milenio de vida, era capaz de apreciar lo equivocado que estaba.

Era primavera, su época favorita del año. Los árboles frondosos y vestidos de verde, servían de amparo para la soledad que sentía y de refugio para su constante entrenamiento. Se despertó temprano y salió sin hacer ruido. Se acercó hasta la herrería y tomó prestada una espada que la tarde anterior había fabricado. El orgullo que había sentido al terminar el arma aún permanecía en su interior. Era liviana y perfecta para su tamaño. Equilibrada en todos sus puntos y cómoda de manejar. Se trataba de un encargo para el hijo de uno de los maestros, pero Urine la había forjado adaptándola de forma perfecta a los contornos y las distancias de su propio cuerpo.

Atravesó el bosque por el mismo punto en que siempre lo hacía. Encontró los indicadores que mostraban el camino a seguir. Tras atravesar un último recodo llegó a su explanada. Estiró los músculos y calentó el cuerpo tal y como había aprendido en su escaso año de adiestramiento. Allí se sentía en paz, lejos de sentimientos ajenos que le recordaban a cada instante lo distinto que era del resto del mundo. Empuñó entonces el arma y cargó contra un tronco que ya estaba atestado de muescas y arañazos. Sus golpes eran precisos y potentes. Usaba ambas manos para blandir el arma e incluso fintaba para evitar los ataques invisibles que llegaban en todas direcciones. El entrenamiento se prolongó durante casi dos horas. Apoyó la punta de la espada sobre la tierra mientras sus manos aferraban la empuñadura. Una sombra se movió sigilosa a su espalda. Urine, absorto en su propia fatiga no se percató de la presencia hasta que esta se encontró a un par de pasos de él. Se tensaron los músculos de su espalda, se activaron sus defensas y con una sola mano lanzó un ataque en semicírculo dispuesto a seccionar la cabeza de quién se atrevía a atacarle por la espalda.

El filo se detuvo apenas un centímetro de su garganta. Apretó los párpados con tanta fuerza que creyó que nunca más sería capaz de abrirlos. Nané exhaló un suspiro cargado de miedo y cayó sobre la tierra de rodillas. Urine consciente de la atrocidad que había estado a punto de cometer, soltó la espada al instante y ésta cayó de forma inerte contra el suelo. Se arrodilló junto a su prima y la abrazó con fuerza mientras le besaba el pelo y le pedía perdón. Ella, completamente aterrorizada, era incapaz de dejar de temblar y llorar. Las lágrimas de ambos se fundieron y, la sal que portaban, secaron sus labios. Nané se dejó consolar por el cálido abrazo de su primo y se empapó de su sudor y su olor. Un resorte invisible, que nunca había sentido, la obligó a buscar con sus labios los de Urine. Sintió su sabor, su textura y su calidez mientras una oleada de fuego la recorría por todos los rincones de su cuerpo. Sin embargo, él se apartó con suavidad, mientras sus manos seguían aferrando los hombros de la chica. Nané intentó acercarse otra vez a su cuerpo, pero los brazos firmes de Urine se lo impidieron.

Aquella mañana, a la sombra de un bosque milenario, se rompió un corazón y otro quedó ennegrecido para siempre. El desamor y el rechazo expulsaron al aire palabras que nunca hubieran pasado el filtro de la mente en caso de no haber brotado directamente desde el pecho. La desesperación y la pérdida son crueles compañeras que, una vez se funden, tienen la costumbre de intentar herir antes de desaparecer, de dejar su oscura huella en aquellos que han propiciado su aparición. Fue, quizá por eso, para así intentar formar siempre parte de Urine, aunque sea en el rincón destinado al odio, que una verdad tan dolorosa y callada tantos años, por todo un clan, vio al fin la luz.

Urine, con el alma desgarrada, se recostó sobre un tronco mientras veía perderse en la distancia la silueta de Nané. Se odió por hacerla daño, a ella que todo se lo había dado. Se lamentó en silencio mientras todo su mundo se convulsionaba a consecuencia de la terrible revelación. Su padre estaba vivo, no solo eso, había renegado de él por considerarle el causante de la muerte de su madre. Había vivido en una mentira los últimos catorce años. Nada en su vida era lo que parecía. Nada tenía sentido.

Evans mantuvo silencio y Beatriz lo respetó.

—Solo lamento una cosa de aquel día —dijo al fin.

—¿El qué? —preguntó ella.

—No haberla retenido junto a mi pecho y haber correspondido a sus besos. Todo cuanto ocurrió después es culpa mía, es curioso cómo el destino juega sus cartas para que siempre pierdas la partida. Un instante lo cambia todo. Un instante separa la vida de la muerte, o en este caso, de la inmortalidad.

Urine lloró desconsolado en su lugar favorito del bosque. Alzó la vista y todo pareció desvanecerse frente a él. Los árboles se diluían y fluían de forma líquida mezclando sus esencias con el color de la tierra y el azul del cielo. Sus lágrimas transportaban todo lo que había sentido. Todo lo que había vivido, dejando vacío su espíritu. Aquellas lágrimas arrastraron sus años de soledad, arrastraron el amor que sentía por Alana y por Nané. Esas lágrimas dejaron vacío su corazón para que el odio que sentía por Meuler lo llenara todo. Sus sentimientos se acabaron por desvanecer dejando una cascara vacía apoyada sobre el tronco de un árbol ancestral.

Alguien se sentó a su lado. Urine no le miró a los ojos. No lo necesitó para saber que era aquel que siempre le observaba desde la oscuridad del bosque. El extraño

alargó una mano y le tendió una daga. Urine, apartando las lágrimas de su rostro con el dorso de la mano, la contempló. Era perfecta. Nunca había visto un filo como ese, tan pulido y tan brillante que parecía ser capaz de seccionar la roca. Miró al extraño y se perdió en sus iris grises. Recordó el día de la prueba y su mirada mientras se levantaba ensangrentado del suelo. El extraño era muy corpulento, de piel morena y pelo negro rasurado. Su cara no delataba ninguna emoción, al igual que tampoco lo hacía su cuerpo, ni su alma. No tenía color. Urine agarró la daga entre sus manos y se sorprendió por su ligereza. Se levantó y miró al extraño. Este asintió con la cabeza, invitándole a probarla.

Urine se encaminó con calma al centro de la explanada y adoptó una posición de combate. Arqueó las piernas, extendió el brazo izquierdo hacia atrás, por encima de la cabeza y adelantó el otro con actitud amenazante. Se lanzó de frente y atacó, una y otra vez hasta quedar convencido de la magnífica arma que blandía. Se giró hacia su misterioso acompañante y le tendió la daga. Este negó con la cabeza y se incorporó. Era el doble de alto que él.

—Es tuya, cuando estés preparado tendrás otra más.

—¿Preparado para qué? —preguntó Urine.

—Para tu destino joven Alur.

—Mi destino es la soledad.

—En eso no podría estar más de acuerdo. —En su cara pareció reflejarse una sonrisa repleta de intenciones—. Creo que tienes algo que hacer —dijo señalando hacia el pueblo—. Pronto nos volveremos a ver Urine. Muy pronto.

Urine siguió con la mirada la dirección que marcaba el dedo del extraño hasta toparse con una columna de humo que ascendía imponente hasta el cielo. Al girarse, el hombre había desaparecido.

Cuando Urine llegó al pueblo, las llamas besaban las copas de los árboles. Se escuchaban los gritos de las mujeres y el fragor de la batalla en todos los rincones de la aldea. Una anciana corría mientras un guerrero, con armadura negra la perseguía espada en mano con una sonrisa sádica dibujada en sus labios. La alcanzó, y sin dejar que esta se diera la vuelta, la atravesó la espalda mientras un reguero de sangre bañaba el suelo. Urine, cegado por la ira, se abalanzó sobre él. Saltó en el aire y desde una postura acrobática descendió como un ángel de la muerte hasta que su daga quedó clavada en el cuello del guerrero. Este se giró, apretando con su mano libre el reguero que manaba de su yugular e intentó en vano defenderse. Urine paró con facilidad la estocada y le desarmó. Con seguridad, se acercó despacio a su atacante, mientras este trastabillaba producto de la pérdida de sangre, y en un movimiento ascendente ensartó con la daga su cabeza, atravesándola de lado a lado.

Aquel día Urine mató a su primer hombre y si alguien se hubiera preguntado que había sentido. La respuesta hubiera sido sencilla. No había sentido nada.

En todos los rincones las armas chocaban y la sangre fluía en cientos de afluentes que encharcaban el camino mezclándose con la arena. Urine, evitó la batalla sin detenerse. Su única meta era llegar a su casa, proteger a los suyos. Dos hombres le cercaron el paso. El primero de ellos atacó. Urine detuvo la estocada y giró sobre sí mismo, encarando al segundo de ellos. Sus atacantes sonrieron al ver encerrada a su presa en ambas direcciones. Atacaron de forma simultánea, sincronizados por cientos de batallas compartidas. Un niño no era rival para ellos y, por ese motivo, la confianza en sí mismos les costó la vida. Urine, para el que el tiempo parecía pasar a una velocidad más lenta que para el resto, desvió la espada de uno de ellos y uso a su enemigo a modo de escudo, situándose a su espalda. La espada de su rival quedó ensartada en el cuerpo de su compañero. De un golpe certero, la mano que sostenía la espada se separó del cuerpo de su portador, quedando aferrada por la empuñadura de la hoja que atravesaba el cuerpo del otro. Urine salió de su escondite para acuchillar de forma repetida al mutilado. El otro, con los ojos fuera de sus órbitas, se desplomó al suelo con el acero aún incrustado en su pecho. Urine siguió su camino sin mirar atrás, apenas quedaban unos metros para llegar a su destino. La casa ardía en llamas y el fuego consumía su estructura en una imagen fantasmagórica. El lugar que había servido de cobijo tantos años, ahora era pasto del fuego. Las llamas se propagaban de un tejado a otro, ayudadas por las flechas incendiarias que habían precedido el ataque y por el viento que azotaba el valle, convirtiendo su hogar en un infierno de fuego y restos. Urine miró en todas direcciones buscando, con la esperanza de no encontrar, el cuerpo de sus seres queridos entre los restos mutilados que poblaban las aceras. Se encaminó hacia la plaza central, donde supuso se estaría resolviendo la contienda. Los cadáveres de todos cuantos habían compartido su vida le saludaban en cada giro del camino. Vecinos, amigos, hermanos de armas... Todos yacían en el suelo en un sueño perpetuo. Urine cayó de rodillas, dando por concluida su búsqueda. Alana, con un reguero de sangre manando de su boca y de su pecho, alargaba la mano intentando rozar los dedos de Nané, que en una postura similar, buscaba el consuelo de su madre ante la perspectiva de lo infinito. Tres flechas atravesaban su espalda, las mismas que para siempre se clavaron en el corazón de su primo. Las dos únicas personas que le habían demostrado amor, habían partido para siempre y él no había estado allí para protegerlas. Habían muerto solas, mirándose a los ojos. Urine no soportó más aquella situación y un grito desgarrador emergió de lo más profundo de su alma. Agachó la cabeza, hasta que su frente, empapada de sudor, se mezcló con la arena y la sangre. Cuando volvió a mirar al frente, supo que ya no era él. El monstruo que había nacido el día de la prueba del acero tomó el control. Sus lágrimas se secaron y su rostro se volvió inexpresivo. Se incorporó y el hedor de la muerte penetró en su alma. Sediento de sangre se lanzó al ataque acabando con cuántos hombres se cruzaron a su paso. El demonio que llegó a la plaza era la misma muerte reencarnada y, su espada y su daga, las guadañas que reclamaban venganza y tributo para la parca. Se abrió paso entre los enemigos que rodeaban a los escasos supervivientes, que habían formado un círculo defensivo en el centro de la plaza. Corin, Meuler y algunos maestros más, luchaban sin descanso incluso sabiendo que su fin estaba próximo. Los atacantes les superaban en número, más de diez por cada uno de ellos, pero aun así luchaban en formación, sesgando la vida de cuantos osaban penetrar su muralla de cuerpos y espadas. La batalla se detuvo por un momento y todos miraron al joven que con paso firme y pulso certero se abría camino entre decenas de enemigos hasta situarse al frente de los hombres que aún resistían el asedio. Dio la espalda a los suyos y, apuntando con sus armas a cuantos les rodeaban, estalló en una carcajada siniestra. Los enemigos, compungidos, se miraron los unos a los otros, sin saber cómo actuar. Aquel demonio demente, sostenía sus miradas, mientras la ceniza y la arena que transportaba el aire se adherían a su cuerpo. Sus ojos, inexpresivos, se clavaban en cada uno de ellos, llenando sus corazones de miedo. Sus párpados se cerraron durante más de veinte segundos, en los que nadie osó romper el trance del muchacho. Cuando por fin se abrieron, sus ojos ardían bajo el reflejo del fuego que asolaba su aldea. Sus iris, incandescentes como las brasas de la forja, fueron el preámbulo de la reanudación de la batalla. Urine se lanzó al ataque seguido por el resto de sus compañeros en lo que nadie recordará, como un suicidio heroico. Apenas quince hombres acabaron con la vida de más de setenta enemigos. Sin embargo pronto empezaron a ceder, víctimas del cansancio y de las heridas que laceraban sus cuerpos. Meuler cayó al suelo, ante la mirada inexpresiva de Urine. Antes de morir el herrero tuvo la certeza de que su hijo conocía la verdad. Pronto el resto de compañeros siguieron sus pasos, hasta que solo Corin y Urine se mantuvieron en pie. Lucharon de forma feroz, hombre con hombre. Los ojos del maestro denotaron el orgullo que sentía por aquel chico al que había criado como un hijo, y sin necesidad de hablar, le pidió perdón por el daño que le había causado. Antes de cruzar el río de los muertos, Corin recordó imágenes de su familia; de Alana sonriendo mientras Nané y Urine jugaban juntos entre los prados de la aldea. Su clan había desaparecido para siempre, pero habían luchado con todas sus fuerzas. Hasta que ningún hombre quedó en pie. Tres espadas atravesaron a «El protector» desde varias direcciones provocando que su cuerpo inerte cayera al barro.

Urine, con todo el cuerpo bañado por la sangre de sus enemigos, se detuvo en seco. Miró hacia atrás y contempló los cuerpos de aquellos con los que había convivido. No sintió lástima por ellos, pues ya no significaban nada para él. Todos habían dudado, todos le habían mentido y todos ellos le habían desterrado en silencio. Nada quedaba ya para él y morir quizá hubiera sido la mejor recompensa que podría haber deseado. Miró al frente y analizó las emociones de todos cuantos le observaban. Miedo, respeto, admiración, incredulidad, odio e ira. De entre la multitud uno se adelantó. La oscuridad poco a poco inundó la mente del joven Urine que sintió una fuerte punzada de dolor en la sien y cayó desplomado al suelo. Antes de cerrarse sus ojos, el hombre que se había adelantado se acercó a él. Le escrutó con sus ojos grises y le susurró unas palabras al oído:

—Estás preparado.

Depositó sobre su pecho otra daga igual a la que él ya portaba y entonces todo se volvió negro. Su cuerpo dejó de pertenecerle y su boca se impregnó del sabor de la arena y de la sangre.

La noche había caído sobre ellos sin que se percataran del tiempo que había transcurrido. Beatriz sintió un escalofrío y se abrazó la piel desnuda de los brazos con las manos. Evans se levantó y se acercó al mirador, a contemplar como el sol regalaba sus últimos brillos antes de esconderse para descansar hasta el día siguiente. Ella apenas podía moverse. Todo era demasiado irreal. Pensó en su padre y sintió la necesidad de saber más sobre la relación del Alur con él. Se acercó despacio y con suavidad acarició el brazo del asesino. Él no se apartó. Fue a preguntar cuando sintió la mirada penetrante de Evans sobre ella. Entendió que no era el momento de preguntas y sí el tiempo de la soledad. Le besó la mejilla y fue despegando su mano poco a poco del brazo tatuado, mientras las estrellas comenzaban a hacer acto de presencia y la luna, atenta a todos los movimientos, sonreía ante la despedida de aquellos dos seres unidos por el destino.

El tiempo no siempre corre igual. En ocasiones el paso de los días es tan veloz que nos acostamos y nos levantamos sin saber que las noches han sido la interrupción natural a nuestros pensamientos. Aunque quizás siguen ahí mientras dormimos, en estado latente, esperando a despertar para volver a bombardearnos. Eso, si nos dejan dormir. Además los motivos por los que esto ocurre son muy variados. Para Beatriz el tiempo pasaba demasiado deprisa, perdida en mitad de una nada profunda y verde donde la naturaleza y el misticismo se daban la mano y bailaban agarrados de forma sensual. Para Nattan sin embargo el tiempo pasaba igual de rápido pero por un motivo diametralmente opuesto. Tenía que encontrar a Evans y a la chica. ¿Quién era la chica? Él no acostumbraba a cuestionar las órdenes, pues si las cuestionas se convierten en cargas que pesan demasiado. Es mejor aceptarlas sin más. Mucho más fácil. Él se debía a su orden y a los designios que marcaba el libro de la sangre. Apartó ese pensamiento de su mente y siguió analizando los últimos movimientos del «cuarto». ¿Dónde podía haber huido? ¿Por qué había traicionado a los suyos? ¿Cómo los había traicionado? Realmente no sabía nada y aun así seguía las órdenes, pues las órdenes son lo que dan coherencia a todo. Por eso nunca quiso ser Gran Maestro. Él no podía impartirlas. No podía vivir con las consecuencias de los errores. Quizá por eso todos ellos olvidaban sus vidas del pasado. Ningún Alur recordaba haber sido otra cosa. Ninguno excepto Evans. Quizá eso le volvía tan diferente. Quizá eso le volvía tan vulnerable o quizá eso le volvía tan peligroso. Eran demasiados quizás para un hombre acostumbrado a no cuestionar nada. Intentó evadirse de sí mismo y se limitó a disfrutar de la sensación de volar.

Desde la megafonía de la aeronave se escuchó la voz del comandante invitando a los pasajeros a permanecer sentados en sus asientos mientras iniciaban la maniobra de aterrizaje. La azafata pasó a su lado y le observó la cintura asegurándose de que llevara el cinturón de seguridad correctamente abrochado mientras esbozaba una sonrisa radiante. Él hizo lo mismo, miró hacia atrás y observó el contorno de las nalgas de la rubia con uniforme, por motivos distintos seguramente. Tenía que reconocer una cosa, las mujeres, con el paso de los siglos, habían mejorado sustancialmente. Un Alur, al fin y al cabo, es un hombre y sus instintos primarios siguen intactos.

Abrió la revista que había encontrado en la parte inferior de su asiento y comenzó a observar las imágenes de las distintas maravillas a visitar en Inglaterra. Escuchó un suspiro. Miró a su lado y una joven, con las manos apoyadas en el reposabrazos y los ojos cerrados, resoplaba continuamente. Estaba aterrada. Se lamentó por su mala suerte y decidió ignorarla. Nattan no entendía a los humanos. Viven rodeados de psicópatas, asesinos, violadores y ladrones, eso sin contar lo que no ven ni conocen, y sin embargo le tienen miedo a un aterrizaje. Se puso los cascos y se relajó escuchando «Fly me to the moon» de Frank Sinatra. *Muy apropiado* —pensó—. Recordó entonces una noche en Las Vegas, aproximadamente cuarenta años antes. Él sonaba de fondo, en directo. Por un momento había olvidado el motivo de la visita, que no era otra que acabar con un objetivo. Ese hombre era una verdadera bendición. Divertido, seductor y cantaba de maravilla. Nattan no era un hombre sentimental, de hecho por su condición, no tenía sentimientos, pero sí sabía apreciar lo bueno cuando lo tenía delante. Esa fue la razón por la que volvió a mirar a la azafata cuando pasó a su lado con su pelo rubio color cerveza, su traje azul ceñido y esa sonrisa de cinco mil euros.

El avión tomó tierra sin incidencias, y la joven que viajaba a su lado por fin respiró. Estuvo tentado en ofrecerle agua, por si el sudor que había dejado impregnado en el cuero del asiento pudiera provocarla una deshidratación severa. Se puso en pie con dificultad; su estatura era mala compañera en aquellas situaciones. Cogió su equipaje de mano y se despidió de la tripulación con una leve inclinación de cabeza. Esperó paciente y presentó su documentación al policía del control de llegadas.

—Bienvenido señor Andrius —enunció el policía con una voz monótona.

—Siempre es un placer volver a Londres —mintió.

Odiaba aquella ciudad.

Salió de la terminal de llegadas y buscó con la vista a un viejo conocido. El chofer, saludó en la distancia y Nattan pudo sentir la inquietud de este. Siempre ocurría lo mismo. Era un cobarde, aunque no le extrañaba; no es fácil convivir con Ditrov. Se puso sus gafas de sol y le tendió la maleta.

Era la segunda vez en menos de un mes que visitaba la capital británica y eso le ponía de bastante mal humor. No le gustaban las prisas. Cuando tienes todo el tiempo del mundo, la prisa realmente es una estupidez. Por culpa de las prisas y no haber organizado bien la operación, los planes se habían torcido y ahora él tendría que solucionarlo.

El denso tráfico hacía del viaje una verdadera tortura. La radio emitía uno de esos programas de clásicos musicales de ayer y hoy. El locutor anunció un bombazo y tras unos segundos de silencio comenzó a sonar la voz grave y única de Barry White cantando las primeras estrofas de «Just the way you are», no pudo evitar martillar con su dedo índice la rodilla imitando el ritmo que marcaba la batería. Nattan era un hombre que, pese a su inmortalidad, vivía al día. No tenía problemas para adaptarse a los tiempos que corrían. Adoraba la música, el cine y la literatura barata. En el fondo era una persona bastante común, a la que nadie conocía del todo. Su mundo estaba repleto de secretos y misterio y prefería que así siguiera siendo. La soledad hacía ya demasiados siglos que era su compañera y había aprendido a vivir con ella en armonía. Él solo quería seguir adelante, cumplir su misión y disfrutar de su tiempo libre como mejor le apeteciera. Sin que nadie le molestase.

El Mercedes entró en la ciudad y a lo lejos pudo contemplar el Parlamento británico. Sus ojos brillaron al imaginarlo saltar por las aires mientras recordaba cierta escena de «V de Vendetta». Una película maravillosa.

El coche avanzó de forma inexorable mientras su destino inmediato comenzaba a privarle de la capacidad de alejar sus pensamientos de Ditrov y la orden. Su rostro, inamovible, no transmitía ninguna sensación ni emoción y aquello quizá era lo que más nervioso ponía al chofer, que de vez en cuando, con mucho disimulo, le observaba a través del espejo interior del vehículo. Al llegar a su destino, no esperó a que este le abriera la puerta ni se despidió de él. No era desprecio ni superioridad, simplemente indiferencia. Una cafetera, un chofer y un televisor eran lo mismo para Nattan. Cosas efímeras que solo servían mientras podían cumplir con su cometido.

Atravesó la verja como tantas otras veces y ascendió el camino. Al llegar a la fuente de la entrada, en vez de subir la escalinata de acceso, bordeó la mansión hasta llegar al jardín trasero. Este tenía una extensión de aproximadamente una hectárea. Setos recortados de forma geométrica daban acceso a un verdadero vergel de todas las tonalidades. Cientos de flores, traídas de medio mundo, llenaban de color y vida el paraíso. Visto desde arriba podían diferenciarse dos círculos concéntricos. El interior descansaba sobre una cama de césped recién cortado. El exterior se encontraba segmentado en cuatro porciones, sirviendo de camino de acceso hacia el primero. Nattan avanzó con paso calmado, observando al joven que se ejercitaba sobre la alfombra verde. Solo llevaba puesto un pantalón blanco de lino. Su cuerpo, repleto de cortes y cicatrices, brillaba al sol a causa del sudor. Una sombra le atacaba desde todos los ángulos mientras él se limitaba a defenderse de los ataques. Nattan se apoyó sobre el tronco de un árbol cercano y, desde la distancia, observó los avances de Jack. Pronto Ditrov le encomendaría su primera misión y pese a no saber cuál sería, no tuvo dudas de su éxito. Dos días más de entrenamiento y estaría preparado. Poco quedaba del muchacho que había conocido en Philadelphia. Sus ojos, de color azul, aún brillaban, lo que indicaba que no había pasado la fase de la conversión. Seguramente Ditrov estaba esperando a que Nattan estuviera presente. La sombra atacó como un relámpago y el joven apenas si tuvo tiempo de anteponer su brazo para detener el ataque. Una patada, un puñetazo, patada, patada, defensa, puñetazo. Los ataques se sucedían uno detrás de otro, sin descanso. Para un observador casual, apenas habría diferencia entre aquellos movimientos y un revoltoso soplo de aire. Todo era tan veloz, tan irreal, que la mente humana no estaba preparada para asimilarlo. En un momento Jack saltó, y cuando Nattan esperaba que volviera a la posición de defensa, este lanzó su pierna hacia delante impactando en la cara del Alur que le atacaba con tesón. El atacante salió proyectado contra uno de los setos y lo atravesó para estamparse por último en el suelo. Jack comenzó a jadear, agotado por el esfuerzo, pero no sintió orgullo por su acto. Había sido entrenado por Nattan para no sentir nada. Un aplauso llamó la atención del joven americano. Se giró hacia el foco del sonido e hizo visera con la palma de la mano para tapar sus ojos de la mordida del sol. Contempló a Nattan esbozando una sonrisa y no supo si era la primera vez que veía arquearse de esa forma su boca. Con cuidado, su maestro o su torturador, según se viera, comenzó a descamisarse y a desprenderse de las botas. El proceso fue lento y controlado. Dobló con eficacia milimétrica la prenda que cubría su torso y la posó sobre el césped. Junto a la camisa blanca depositó las botas cuidándose de dejarlas de forma recta. Se acercó entonces al aprendiz y le tendió la mano, en señal de paz. Cuando Jack le ofreció la suya, Nattan amarró firmemente su palma y con una fuerza sobrenatural giró la muñeca hacia el exterior de su cuerpo. Jack tuvo que saltar, acompañando el movimiento de su mano, para evitar que se partiera en dos. Una vez tendido en el césped, el Alur atacó con su pie descalzo. Jack esquivó la patada por milímetros y de un salto imposible volvió a ponerse en pie.

—Veo que no has perdido el tiempo Jack.

—Perder el tiempo equivale a dolor y torturas —respondió.

—Entonces dejémonos de charla.

Nattan volvió al ataque, mientras Jack se esforzaba en parar todos sus golpes. Intentaba contraatacar pero el Alur parecía ser capaz de leerle la mente y se adelantaba a cada uno de sus movimientos.

Así siguieron durante casi una hora, hasta que el maestro decidió parar el entrenamiento. Ya sabía en el punto en el que se encontraba. Se acercó al otro Alur, que descansaba y leía bajo un árbol y le hizo un gesto con la cabeza. De forma inmediata este se levantó y se abalanzó sobre Jack, que se había sentado en el césped buscando un segundo de descanso.

Intuía que Ditrov había estado observándoles desde la ventana, pero su obligación principal era instruir al muchacho. Se aproximó a la puerta trasera de la casa y con los nudillos golpeó suavemente la cristalera. En menos de un minuto el carismático y ciego mayordomo abrió la corredera y saludó con su acento del siglo XVIII. El tono de su voz era severo y a la vez complaciente. Enfatizaba exageradamente las acentuaciones y usaba palabras que Nattan hacía siglos que no escuchaba. En el fondo era lógico. Él nunca recordaba haberlo visto fuera de los confines de la mansión. Nattan tomó la iniciativa y sin esperar la indicación del vetusto sirviente marchó hacia la biblioteca, donde sabía que su líder le esperaba. Abrió las puertas y, con paso tranquilo, se acercó hasta el escritorio donde su líder parecía redactar algo. Guardó silencio y esperó paciente hasta que Ditrov hubo terminado. Vio como con movimientos exhaustivos firmaba la misiva que estaba escribiendo y la introducía en uno de los ya conocidos sobres con sello mágico de la hermandad. Avisó al mayordomo que, al instante, se acercó a retirar la correspondencia. Ditrov se levantó y se acercó a Nattan, sabiendo de antemano que no había podido localizar a Evans y a la chica. Ellos son los que te encuentran a ti, pero nunca al revés.

—¿No has podido encontrarles verdad? —Quiso saber sin demasiada convicción.

—Ha sido imposible. Está entrenado para esconderse —El orgullo se pudo apreciar en la voz y los ojos de Nattan.

Ditrov asintió en silencio para poco después continuar:

—He visto en lugar donde se encuentran. He sentido la humedad del ambiente y el sabor salado del mar en mis labios. Está oculto bajo una capa frondosa y verde que los hace invisibles al resto del mundo.

—¿En España?

—Sí, con total certeza —aseveró Ditrov.

Nattan razonó en silencio, descartando y recordando las posibles ubicaciones de Evans. Llevaba más de cuatro siglos allí afincado, así que la lista era interminable. ¿Cádiz? De aquello hacía más de doscientos años. Participó de forma activa en la revolución contra los franceses generando bajas en las tropas de Napoleón. Recordó entonces Mondragón, en Guipúzcoa, y el asesinato de Cánovas del Castillo. Ese trabajo había diezmado de forma considerable las pretensiones del Orden en la península ibérica. ¿Vigo quizá? Estuvo implicado en el asesinato de un par de narcotraficantes a las órdenes del Caos. Aprovechaban sus recursos para armar a diferentes grupos terroristas, financiando su causa y desatando el caos allí donde actuaban. ¿Valencia? No podía ser...

Estaba tan perdido en sus propios pensamientos que se sorprendió al volver a escuchar la voz de su maestro.

—Debe ser un lugar conocido para él. Se siente cómodo, seguro, como en casa.

Nattan viajó en el tiempo y su mente le llevó casi treinta años atrás, cuando Evans había desaparecido sin dejar rastro. La tierra parecía haber devorado su centenario cuerpo sin dejar ninguna señal. Tras un encargo realizado por el mismo Ditrov, el Alur se había hecho completamente invisible. Algo le afectó sobre manera, no volvió a ser el mismo. En aquella ocasión tardó casi cinco años en volver a encontrarlo.

Hacia un frío de esos que hielan los sentimientos. El viento huracanado levantaba las olas en alturas imposibles y estas, con fuerza desproporcionada, rompían con violencia contra las rocas de los acantilados cercanos. Por mitad de la playa de A lanzada, en Pontevedra, Evans deambulaba sin rumbo fijo, oculto por la bruma. Su torso desnudo estaba amoratado a causa del frío y la lluvia, y repleto de incisiones recientes. Sus labios estaban secos y cortados por la sal del mar. Su pelo y su barba habían crecido de forma desmedida juntándose en nudos abarrotados de grasa y suciedad. En una de sus manos portaba una botella de Whisky y en la otra una camisa blanca hecha jirones. Su mirada, ausente y gris, delataba que su mente volaba lejos de su cuerpo, inducida por los efluvios etílicos de su única compañía. Nattan había escuchado rumores sobre un hombre de aspecto siniestro y ojos grises que vagaba sin rumbo y gritaba de dolor cuando nadie le veía. Enfundado en un abrigo negro, esperó paciente hasta que vio su cuerpo dando tumbos sobre la arena. Nattan se acercó hasta él y con un cariño casi paternal, cubrió el cuerpo de Evans con su abrigo. Este le miró pero no reconoció al hombre que le cubría con una cálida caricia. Intentó revolverse pero apenas era capaz de tenerse en pie. Nattan le introdujo como pudo en su vehículo y condujo hasta el hotel más cercano. Una vez allí, con mimo y delicadeza curó las heridas que cubrían su cuerpo. Heridas que Nattan no tuvo ninguna duda habían sido provocadas por él mismo, cubriendo su cuerpo de un mapa de cicatrices generadas a propósito con un objetivo oscuro y desconocido que se le escapaba; cicatrices que años más tarde servirían de guía para decenas de tatuajes que marcaran para siempre a tinta su misterioso significado. Cortó su pelo y su barba y le aseó tanto como pudo. Su cuerpo estaba prácticamente consumido, debía hacer meses que no probaba alimentos sólidos. Aquel whisky de garrafa, de no más de cincuenta pesetas el litro, era lo único que su estómago había procesado desde hacía bastante tiempo.

Descansó durante días, hasta que la última molécula de alcohol abandonó su cuerpo. Durante este periodo permaneció encamado, sudando y gritando en mitad de la noche, entre espasmos de fiebre. Cuando por fin despertó, miró a Nattan a los ojos y habló en un susurro casi imperceptible.

—La he perdido para siempre.

—¿A quién has perdido? —preguntó.

—A Elise.

Nattan quiso saber más, pero Evans volvió a dormirse en un sueño profundo.

Pasaron los días y apenas hablaron. Evans se recuperó plenamente pero una sombra oscura se instaló junto a él. Le veía sufrir, pero no podía entender cuáles eran sus sentimientos. Después de todo, el único Alur capaz de sentir era Evans. Los recuerdos y pesadillas volvían a asediar una y otra vez la cordura de su alumno para arrebatarse sus pocos momentos de tranquilidad.

Decidieron volver a Madrid. Debían pasar por el Santuario para conseguir una nueva identidad para el Alur. Apenas habían salido de Pontevedra cuando, en mitad de una carretera rural, Evans obligó a Nattan a detener el vehículo. Se internó en la arboleda para volver a los pocos minutos con algunos objetos personales. Entró al vehículo y en un silencio perpetuo partieron hacia la capital de España mientras Evans se batía en una cruel batalla con sus sentimientos, que de ahora en adelante, siempre acabaría perdiendo.

Un sonido mudo retumbó en la mente de Nattan, un «crac» silencioso que daba a entender como encajaban las piezas. En aquel lugar Evans se había refugiado la primera vez y era muy probable que ahora lo estuviera usando de escondite nuevamente.

—Creo que podré encontrarle —dijo al fin.

—Eso espero, es de vital importancia que demos con él. Hemos cometido demasiados fallos y no podemos permitirnos ningún error más. Todo depende de ello.

—¿Quién es la chica? —El susurro no recorrió más de medio metro.

—No estoy seguro. —Mintió Ditrov extrañado por la pregunta —. Sé que es un elemento desestabilizador. Ella es la clave que puede acabar con todo cuanto conocemos, incluidos nosotros mismos.

Nattan se percató del movimiento de los dedos de Ditrov martilleando la mesa. Estaba mintiendo, eso estaba claro. Sabía mucho más de la que contaba, pero aquella era su función. Velar por el bien de la orden. No había razones para dudar de él. Ditrov continuó hablando:

—Jack está preparado, podrás seguir adiestrándole una vez haya pasado la iniciación. Tenemos que acelerar nuestros planes.

—Es un buen guerrero. Superó la conversión sin problemas y se recuperó de la pérdida de memoria con una facilidad pasmosa.

—Lo hiciste bien con él. La suerte ha sido benévola con nosotros esta vez. Déjale que descanse esta noche. Mañana será un día duro.

Nattan hizo una pequeña reverencia con la cabeza y bajó al patio a buscar a Jack. Abandonó la sala y se sorprendió pensando si todo era cuestión de suerte o de destino. Por un momento se sintió extraño. Estaba pensando demasiado y eso, tarde o temprano crea dudas. Las dudas a su vez crean debilidades y estas de forma

directa se convierten en errores. Pero por otro lado ¿Qué importancia podría tener esa chica? ¿Por qué Evans se empeñaba en protegerla? Se golpeó suavemente las sienes y agitó la cabeza, intentando de esa forma que sus pensamientos se diluyeran entre el resto de sus ideas.

Jack estaba descansando. No recordaba cuantos días hacía que no tenía un momento para relajarse. Los entrenamientos se sucedían de forma continua, tanto de noche como de día. Su cuerpo aguantaba de forma estoica pero su mente se desmoronaba por momentos. Desde que había despertado del coma, provocado por el accidente, no recordaba nada de su vida anterior. ¿Estaría casado? ¿Tendría hijos? Hablaba varios idiomas de forma fluida. Su inglés era perfecto y sin embargo diferente al empleado por los Alur. Seguramente americano. Hablaba también ruso y castellano de forma natural. ¿A qué había dedicado su vida antes del incidente? Decidió no pensarlo más y cerró los ojos de forma instintiva intentando quedarse dormido. No sabía de cuánto tiempo disponía antes del siguiente entrenamiento así que decidió disfrutar de cada segundo de tregua. La imagen de una mujer deambuló de forma inconsciente por su cabeza. Se acordaba perfectamente de ella. De su pelo caoba recogido en una delicada coleta, de sus ojos verdes y brillantes, de su piel blanca y sus labios carnosos. Beatriz se llamaba y encontrarse con ella una de las casualidades más bonitas que recordaba. No dejaba de pensar en ella, sobre todo cuando tenía que ocupar la mente y escapar del dolor. Ella se había convertido en su talismán, en su último recurso para evadirse de ese mundo extraño en el que había despertado. El único recuerdo agradable que le quedaba. Volvió a sentir el tacto de su mano cuando, sin querer, se habían rozado al coger las maletas. Volvió a respirar el perfume de lavanda que emanaba de su cuello. Volvió a sobrecogerse al sentir su mirada sobre sus ojos. Recordó la conversación con ella en el avión y se lamentó por no haberla acompañado allá donde quisiera que fuera. Al fin del mundo si se lo hubiera pedido. Todo hubiera sido diferente si hubiera hecho caso a su instinto y hubiera obviado la nota de aquel extraño que le conducía directamente a la boca del lobo.

El golpe seco de unos nudillos al impactar sobre la puerta le sacó de su ensimismamiento. El sonido desconcertó a Jack sobremanera. Lo normal es que entraran sin llamar y le despertaran a base de golpes. Se levantó y, casi sin hacer ruido, se acercó a la puerta. Con una voz que ni el mismo reconoció, respondió a la llamada.

—¿Sí?—preguntó extraño.

—Soy Nattan, quiero hablar contigo. ¿Tienes un momento?

El cuerpo de Jack de forma instintiva se tensionó. El vacío volvió a su mente. Había aprendido a esconder sus sentimientos en una puerta trasera de su cerebro. Se volvía frío como el acero y los refugiaba en lo más profundo de su alma para que nadie consiguiera llegar allí a robarle su única pertenencia.

—¿Tengo otra alternativa?—dudó.

—Sí claro, descansa si lo prefieres, ya habrá tiempo para hablar.

Nattan se giró y comenzó a alejarse de la puerta. El sonido del pomo al ceder le hizo detenerse.

—Vístete y sígueme —apremió Nattan con seriedad.

Jack agarró una camisa blanca, la única que tenía, y siguió a Nattan mientras se la abotonaba.

Bajaron al sótano y llegaron a una pequeña despensa. La habitación estaba bien iluminada gracias a un tragaluz que filtraba el sol. El ambiente era húmedo pero agradable. Todo estaba revestido de madera. Había una pequeña mesa de caoba con dos bancos en el centro de la habitación. Decenas de barriles de roble poblaban la sala. Gracias a las etiquetas que portaban, Jack pudo descifrar que contenían vino de diferentes añadas y de distintas ubicaciones geográficas. Del techo colgaban verduras y embutidos que el joven no era capaz de reconocer. El olor a madera vieja y comida fresca era embriagador. Nattan alargó una mano e invitó al joven a sentarse. Se perdió entre los muebles hasta que localizó dos cuencos de madera. Se acercó hasta uno de los barriles y con sutileza lo destapó.

—No creo que el jefe se enfade porque probemos un poco de este —manifestó con picardía.

Introdujo los cuencos en el interior y los llenó del turbio líquido. Los depositó sobre la mesa y de un movimiento veloz descolgó un salchichón que troceó en lonchas con precisión quirúrgica. Jack se agarró con fuerza a la mesa. No había visto aparecer la daga hasta que esta ya reposaba junto a los cuencos y el fiambre. Nattan debió entender su turbación e hizo un gesto con la mano para restarle importancia. Alzó entonces su copa y, tras una leve inclinación de cabeza, probó el vino.

Jack lo imitó y mojó sus labios en el afrutado licor. No recordaba haber probado nada así en toda su vida, aunque realmente sus recuerdos no tenían más de dos años. El sabor era increíble, suave pero intenso. Sabía a la madera de la barrica y a frutas del bosque. Su aroma se le pegó en la nariz y aspiró con fuerza disfrutando del momento. Vació entonces el contenido de un trago, y sin esperar respuesta por parte de Nattan, se levantó y volvió a llenar la taza. Comenzó a comer y recordó que hacía más de tres días que no probaba bocado. Disfrutó de aquellos manjares con el entusiasmo de un niño y la voracidad de un animal. Estuvo tentando de esconderse trozos en los bolsillos de los pantalones para poder disfrutarlos luego en soledad. Nattan esperó de forma paciente hasta que Jack se hubo saciado y los colores rosados del vino dibujaron sus mejillas.

—Todo lo que ha ocurrido no ha sido casual Jack —afirmó al fin—. Que estés aquí, ahora, tiene una razón de ser. —Nattan hizo una pausa—. No nos hemos presentado formalmente. No sabes porqué estás retenido y no tienes ni idea del papel que el destino te tiene reservado. Por supuesto tampoco sabes quién soy yo ni porqué te he provocado un tormento tan atroz.

—¿Quién eres? —le interpelló Jack.

Nattan no esperaba la interrupción. Juntó las manos sobre la mesa y se apretó los nudillos. Podía entenderse como una amenaza velada, pero quedó claro que fue un simple gesto automático.

—Mi nombre es Nattan, aunque he tenido muchos otros antes —lo enunció con pesadez, como un juglar que ha entonado la misma melodía demasiadas veces— y soy un Alur. Mi cuerpo no envejece y mis células son capaz de regenerarse a una velocidad irreal. Soy un humano al fin y al cabo, pero sin las limitaciones de la humanidad. Podría decirse que no tengo sentimientos, para bien o para mal, aunque lo más correcto sería decir que no tengo alma.

Jack se revolvió inquieto en su asiento.

—¿Eres una especie de inmortal? —inquirió

—No, ni mucho menos. Los Alur somos mortales, aunque muy difíciles de matar.

Nattan pensó en Evans mientras lo decía.

—¿Qué es un Alur? —preguntó por fin Jack.

—Bueno, antes de eso creo que tengo que contarte una pequeña historia. Una tan pequeña que trata sobre el comienzo de todo. Una tan minúscula que sin ella las demás no existirían. Una que explicará el origen del mundo y desvelará la tapadera en la que has vivido... Es hora de descorchar tu mente Jack. Es hora de que conozcas la verdad.

Pasaron varias horas hablando y gracias a los efectos del vino todo aquello fue más llevadero. Jack era incapaz de salir de su asombro. Sus gestos eran distendidos y charlaban como si siempre hubieran sido dos buenos amigos. Ese era el verdadero Nattan. Un hombre cegado por el honor y la responsabilidad. Un hombre de unas convicciones tan férreas que no necesitaba cuestionarse nada más. No había excusa para sus actos pero al menos tenían el respaldo de las certezas. Había un porqué en todo aquello. Nattan relató cosas terribles, pero en ningún momento asomó una sombra de culpabilidad a través de sus ojos. Realmente aquel hombre no parecía tener alma. Era un autómatas con una misión. Una que cumplía de forma meticulosa desde hacía varios siglos. Él se había definido como un guerrero del equilibrio y estaba claro que haría cuanto fuera necesario para preservarlo.

Había una duda que corroía a Jack, quizá por eso, con confianza lanzó la pregunta al aire.

—¿Y de entre tantas personas en el mundo yo soy el elegido?

—Desde que despertaste del coma has tenido la sensación de ser diferente ¿verdad? Sabías que algo no encajaba. Sentías cosas que los demás no podían ver. Eras capaz de juzgar a las personas sin conocerlas. No sabías como clasificarlos, pero notabas dos fuerzas paralelas que regían el mundo. Realmente eso te ha ocurrido toda tu vida, pero ya no lo recuerdas. Cuando cumpliste nueve años empezaste a sentirte especial. Tenías un alto sentido de la justicia y del equilibrio. Estudiaste con fervor y te convertiste en uno de los primeros de tu promoción. Tu carrera fue meteórica, sin embargo algo truncó tus planes de futuro. Un acontecimiento terrible se marcó a fuego en tu mente y eso te hizo vagar sin rumbo, perdido. Yo te encontré, aunque siempre había estado vigilándote. Te ofrecí otro camino y tú lo aceptaste y es por esa elección que hoy estamos aquí sentados.

Jack asintió de forma automática. Aquel hombre tenía todas las respuestas a su pasado, pero tuvo la sensación de que jamás le revelaría el secreto.

—Dices que me vigilabas... ¿Esa es tu misión? —Los ojos de Jack se contrajeron en dos rendijas diminutas. Tan finas como un suspiro.

—Los Alur somos ocho, siempre los hemos sido y siempre los seremos. Cuando uno de nosotros desaparece, otro nace en un lugar del mundo. Mi misión es buscarlos y acompañarlos de la mano por el camino correcto.

Quizá Nattan pudiera haberle contado la verdad. Decirle que él estaba presente el día que asesinaron a su mujer y a su hija. Contarle como lloró desconsolado cuando llegó a casa y encontró sus cuerpos sin vida en mitad del pasillo. Pudo también decirle que él fue quien apartó la magnum que tenía apoyada en la sien cuando creía que todo estaba perdido. Le podría decir que sus padres habían muerto en circunstancias extrañas cuando apenas era un niño y que tuvo que criarse en casas de acogida, con un tutor que intentó abusar de él en varias ocasiones y con otros tantos que le ignoraban y solo le mantenían con vida por la pensión que el estado les daba a cambio. También podía haberle explicado que todos los Alur pasan por una vida difícil. Una vida tan dura que agradecen poder olvidarla. Todos y cada uno de ellos han sufrido tanto que necesitan dejar de sentir. Necesitan dejar de ser humanos y convertirse en simples marionetas del destino. Quizá incluso pudo contarle que todas esas desgracias no eran fruto del azar. Que él, Nattan, había organizado el asesinato de sus padres. Que él, Nattan, había matado con su propia daga a su mujer y a su hija y que él, Nattan, había dejado la magnum a la vista para forzar su desesperación. Esa era su verdadera misión. Abnegar el corazón de dolor de los elegidos, para después ofrecerles la única salida posible a su tormento. Así había sido siempre y seguramente así fue como su maestro le convenció a él, aunque ya no lo recordara.

Convertirse en Alur era un proceso complicado y peligroso. Podía dividirse en tres fases claramente definidas. En la primera de ellas, los candidatos eran forzados a olvidar todos sus recuerdos; era un proceso lento y terriblemente doloroso para el sujeto. La segunda fase implicaba modificar la forma en la que las células se comportan. Había que alterar el metabolismo y la regeneración celular de una forma impensable. Logrando paralizar el envejecimiento a nivel microscópico y en consecuencia a nivel físico. La tercera fase era la más difícil de soportar, pues suponía perder el alma y por tanto la humanidad.

Nattan había relatado a Jack cómo sería el proceso e incluso le había dado la posibilidad de abandonar si no estaba convencido. Sin embargo no tenía otra opción. No le quedaba nada, ni siquiera sus recuerdos. Ese hombre le había salvado y le había dado una nueva oportunidad y ahora se sentía en deuda con él. Además el dolor se iría para siempre y él haría algo valioso para el mundo. Su nueva vida tendría un sentido.

Apenas fue capaz de dormir, sus nervios atenzaban su estómago y sus párpados. El rítmico compás de su corazón era una tortura que resonaba en la noche. Intentó calmarse y pensar en otra cosa. Los sentimientos le habían hecho débil y esa fragilidad serviría de base para su nuevo yo. El amanecer atravesó la ventana y Jack supo que había llegado la hora. Se sintió como un preso que con las primeras luces del día pone en orden sus pensamientos ante su inminente ejecución.

Avanzó despacio y se colocó en el centro del jardín. Ditrov se situó frente a él. A su derecha estaba Nattan y a su izquierda el otro Alur con el que había estado entrenando. Se quitó la camiseta y su cuerpo quedó al descubierto bajo el sol. El mayordomo se acercó, con calma, portando una caja cerrada. Ditrov, con mucho cuidado, abrió los goznes, que brillaban de forma intensa ante la incidencia del sol. Extrajo de su interior una daga, la segunda de las reliquias que el Creador entregó a los Alur. Su filo era gris, pero resplandecía en diversas tonalidades. Su mango sencillo tenía runas similares a las que adornaban la cubierta del libro de la sangre. Su poder sin embargo era aterrador. Tenía la capacidad de arrancar el alma a los humanos y la capacidad para acabar con la vida de los inmortales. Jack extendió sus brazos hacia los laterales. Nattan le agarró con fuerza, al igual que lo hizo el otro Alur. Levantó la barbilla y dejó que el sol acariciara su rostro. Sintió la brisa de la mañana y una tristeza infinita por sí mismo. Intentó recordar todos los sentimientos que alguna vez había vivido. Recordó la pena, el dolor y la alegría, incluso creyó recordar cómo era el amor. La daga se clavó en su pecho con suavidad, y Jack comenzó a llorar. Su alma fluyó fuera de su cuerpo, drenada por el arma divina. Sus ojos, como una persiana que se cierra de forma inexorable, comenzaron a nublarse y donde antes un azul vivo como el océano campaba a sus anchas, una capa de ceniza gris comenzó a invadirlos. Cuando pestañeó el azul era solo un recuerdo. Beatriz apareció de improviso en su mente, o en su corazón, y quiso que ella fuera su último sentimiento. Su parte humana se resistía a marcharse y ella era su único anclaje. Ella que siempre acudía cuando necesitaba sentir que el mundo podía ser un lugar maravilloso. Ella que apareció por casualidad en su vida y había penetrado con tanta fuerza que ya todo lo demás no tenía sentido. Intentó esconderla en ese rincón que había reservado para sus tesoros mejor guardados. La encerró con llave e intentó protegerla y guardarla para siempre. Se prometió que algún día volvería a buscarla, aunque sabía que ya nada sería igual. La vio despedirse e incluso antes de desmayarse imaginó como le sonreía al volver a encontrarse. Quizá en otro mundo. Quizá en otra vida.

La oscuridad volvió a retirarse y el halo del sol bordeó con su aureola brillante el horizonte. Jack observaba el techo mientras escuchaba el sonido de su corazón retumbando de forma feroz entre el silencio y el amanecer. No recordaba haber llegado a la habitación y supuso que se había desmayado en el jardín tras pasar la conversión. Se acercó al espejo de pie, que había junto a la cómoda, y se quitó la camiseta. Con la yema de los dedos se acarició la nueva cicatriz que había aparecido justo debajo de su pecho izquierdo. Era un corte limpio y recto. Brillaba al contraluz en tonalidades plateadas. Abrió el pequeño armario de madera y extrajo de su interior una muda limpia. Se vistió con calma mientras disfrutaba de un silencio nuevo. Uno que no había imaginado que pudiera existir. Sin embargo escuchaba a los jardineros podando las hojas de los árboles. Escuchaba el sonido de los aspersores desplegando su manto de agua sobre el césped. Escuchaba el canto de los pájaros que anidaban en las inmediaciones. Pero él disfrutaba del silencio. El que ahora habitaba en su mente. El que se había instalado en su corazón. Ahora Jack estaba vacío y el eco de sus sentimientos se había perdido para siempre.

Salió al exterior y se encaminó a la cocina buscando algo para comer. Al cruzar el comedor encontró a Nattan recostado sobre un butacón leyendo «El símbolo perdido» de Dan Brown. ¿Qué hacía leyendo esa novela? Nattan descubrió su mirada curiosa y acabó de leer la página en la que estaba enfrascado. Colocó su marca páginas amarillo intenso, de una librería famosa, y cerró el libro con un sonoro golpe. Lo depositó sobre la mesa y cruzó las piernas en sentido contrario a como las tenía colocadas antes. Jack se sentó justo enfrente, en otro butacón, y sonrió confiado.

—Vaya —dijo apoyando un brazo sobre la pierna izquierda mientras el otro sostenía su barbilla— mi estimado maestro tiene tan mal gusto para la lectura como para los aprendices que secuestra.

—Aún no te has dado cuenta, pero cuando no eres capaz de sentir, no tienen sentido la mayoría de las cosas que lees o escuchas. Si no puedo entender la belleza de las palabras en un soneto de Neruda ¿Para qué voy a leerlo? Si la trascendencia de Nietzsche para mí no significa nada ¿Qué sentido podría tener perderme en sus páginas? Con el tiempo te acostumbradas Jack y te limitarás a la intrascendencia, la banalidad y sobre todo a la soledad que genera ser eterno.

Nattan esperó una respuesta por parte de Jack, pero este se sumió en un silencio que él respetó. Al cabo de unos minutos volvió a hablar.

—Respecto a tu secuestro, técnicamente tú aceptaste mi invitación. Yo lo que hice fue llevar a término un acuerdo que, desgraciadamente, no recordabas.

Jack sonrió ante la simplificación de los hechos. Por costumbre quizá. La mente se entrena durante el trascurso de la vida para ejecutar de forma ajena a nuestro control una serie de automatismos destinados a no crear la incomodidad de los demás. Es por eso que sonreímos ante una broma sin gracia o aplaudimos a un músico que ha destrozado una melodía.

—¿Y ahora qué Nattan? ¿Salgo a la calle y mato a quién me digáis? —preguntó Jack.

—En esencia sí —respondió Nattan mientras sus ojos brillaban—. Hasta ahora hemos entrenado tu cuerpo. Ahora falta la parte más difícil. Entrenar tu mente. Por eso los Alur olvidamos y dejamos de sentir. Para poder volver a aprender y así afrontar, sin prejuicios, los actos que tendremos que realizar. Tienes mucho que aprender. Esta pantomima de mundo en el que vivimos se mantiene sobre unos alfileres tan finos que puede desmoronarse en cualquier momento. Nosotros nos encargamos de fijar esos sutiles anclajes con fuerza a la pared. Somos los que sujetamos el mundo en vilo para que todas las personas, que viven engañadas, puedan seguir adelante.

—¿Qué me impide desaparecer sin dejar rastro?

—Acabarías volviendo, al fin y al cabo somos tu única familia.

El mayordomo entró portando una bandeja plateada. Esquivó con una maestría antinatural los muebles del comedor y depositó su carga sobre la mesa. Sin más ceremonias se marchó, con el mismo sigilo con el que había aparecido. Jack observó el contenido y se percató entonces del hambre que tenía. Se bebió de un trago el zumo de naranja recién exprimido y le sorprendió ser capaz de percibir los sabores con tanta intensidad. Se deleitó con un cruasán recién horneado y aspiró con delicadeza una taza de humeante café. Nattan disfrutó en silencio contemplándole; la primera comida tras la conversión es una experiencia increíble. Todo parece nuevo, los sabores se realzan y cobran vida en tu interior. No hay una forma fácil de explicarlo. La mente humana está dividida en dos procesos diferentes. El racional y el emocional. La parte racional se encarga de percibir, de analizar los sabores, de descifrar las letras de las canciones, de entender la historia de una película. La parte emocional comparte el mismo espacio y es la que nos martillea el corazón y activa el resorte de las lágrimas, de la frustración o de la felicidad, es la que crea un recuerdo que hace que un mismo café, en función del contexto en que se tome, pueda recordarse toda la vida o pasar desapercibido. Ambos procesos comparten los recursos de la mente, en la mayoría de los casos, de una forma equitativa. ¿Qué ocurre si extirpamos una de las partes? Pues la respuesta es que la otra puede aprovechar los recursos al cien por cien para cumplir su cometido. Es por eso que ahora Jack descubría que las naranjas no sabían cómo él recordaba. A partir de ese momento un nuevo mundo de experiencias y sensaciones se abría ante él. Todo sería nuevo y diferente cada vez. Sin anclas que ataran su parte racional a las sensaciones que había experimentado al llevar a cabo esas acciones. Ahora un café solo sería un café, con su millón de nuevos matices. Los colores solo colores, las flores solo flores y el sexo solo sexo, sin sentimientos que contaminaran la experiencia.

Nattan se incorporó cuando Jack hubo terminado y le pidió que le acompañara. Anduvieron por la mansión recorriendo las vitrinas repletas de armas mientras el maestro recitaba las bondades y virtudes de las piezas de la colección. Pasearon de forma pausada. Un pequeño gramófono inundaba el ambiente con la sonata n°16 en C mayor de Mozart. Se pararon ante la daga que presidía la colección y la contemplaron mientras la melodía se detenía, volviéndose una con el silencio, para después volver a arrancar con los primeros compases de la marcha fúnebre de Chopin. Ditrov se les unió en ese momento. Había aparecido como una sombra escondida entre los recordos de las vitrinas sin que ninguno de sus invitados se percatara de ello.

—Puede no lo sepáis, pero la primera vez que esta marcha sonó en directo, fue en la celebración del primer aniversario de la muerte de su compositor. París amanecía lluvioso y en el cementerio Père Lachaise las gotas que cubrían el suelo no solo provenían de las nubes.

Ambos se giraron lentamente mientras enfrentaban la mirada lobuna del líder de su hermandad. Inclinaron las cabezas en señal de respeto y esperaron a que el maestro volviera a hablar.

—Celebro verte en tan buenas condiciones joven Jack, el tiempo puede parecer infinito para nosotros y sin embargo no tenemos un solo segundo que perder.

Jack fue consciente de su recién adquirida falsa inmortalidad. Pensó en ello y por primera vez en su vida, el infinito y el paso del tiempo no significaron nada para él. ¿Cuántas noches había pasado en vela pensando en la fugacidad de la vida desde que había despertado? ¿Cuántas veces se había dormido bañado en llanto ante la perspectiva de su propia desaparición? Sin recuerdos y sin nadie que le recordara. Ahora sin embargo lo vio claro y agradeció una vez más haberse librado de los prejuicios de la propia existencia.

—Los humanos son capaces de cosas realmente extraordinarias —aseguró el maestro refiriéndose a la música—. Sin embargo son también bestias atroces encargadas de destruir todo cuanto hemos tardado siglos en dar forma.

Siguió deleitándose con la canción hasta que finalmente el sonido de la aguja, rasgando el silencio, dio por concluida la melodía. Siguieron avanzando hasta llegar a una mesa de caoba que debía medir aproximadamente cuatro metros de largo. Era antigua pero su estado de conservación era excepcional. En el centro de la misma descansaba un paño de seda que cubría con su suave caricia un misterio más. Se pararon los tres frente al velo violeta y Ditrov lo separó de la mesa. Quedaron al descubierto dos dagas sencillas. La empuñadura era metálica con una pequeña gema azul en cada uno de sus lados. El filo era de dos colores diferentes. El acero reluciente de su contorno, preparado para no mellarse nunca, contrastaba de forma estilosa con un metal mucho más oscuro que recubría su interior. Eran sencillamente dos dagas preciosas. Ditrov las empuñó con misticismo y se las tendió a Jack. Este, sin saber muy bien cómo actuar, las agarró con cuidado y las elevó hacia el techo. Los rayos del sol que penetraban por las vidrieras de la mansión crearon reflejos incandescentes al impactar sobre su cuerpo metálico.

No hubo palabras que acompañaran el ritual. Ditrov inclinó la cabeza y desapareció de la misma forma en la que había llegado. Nattan y Jack volvieron a quedarse solos mientras el gramófono regaba la escena con la delicadeza y la magia de *Debussy* y su *claro de luna*.

—Es hora de entrenar —dijo Nattan cortando el silencio.

Jack asintió mientras comprobaba el peso de sus dos nuevas compañeras en las manos. Por un momento creyó sentir algo parecido a la ansiedad, pero se calmó al instante y se dijo que aquello era imposible.

El sol había decidido hacer acto de presencia entre la bruma y las nubes. Aparecía por momentos para volver a esconderse dejando una aureola rojiza entre las formas oscuras que amenazaban con descargar su furia en forma de agua. Entrenaron durante horas e incluso la noche y el día se dieron el relevo. Jack aprendía rápido, no tardaría demasiado en convertirse en un asesino letal. Quizá su pasado y su adiestramiento militar influyeran en su capacidad de absorción. Cuando por fin se detuvieron, el cuerpo del joven estaba repleto de cortes que aún sangraban sobre otros muchos que habían cicatrizado durante el transcurso del entrenamiento.

—Estás casi preparado para tu primera misión Jack. Sin embargo tienes que aprender la lección más importante.

Nada más decir esto, el Alur con el que había estado entrenando los primeros días apareció tras la puerta de la mansión. No venía solo. Un hombre con las manos atadas y una capucha en su cabeza caminaba a su lado. Al llegar a su altura el asesino descargó una patada sobre las corvas de sus piernas y este cayó de rodillas al suelo.

—Esta es la última fase del entrenamiento. Debes matar a este hombre y absorber su alma.

Jack observó a su maestro con incredulidad.

—No pienso matar a un hombre a sangre fría y sin un motivo —manifestó.

—Los motivos llegarán solos.

El Alur que había llegado con el hombre dejó sobre el césped un machete y una pistola, al alcance de este. Con su propia daga cortó las ataduras que retenían sus muñecas y se marchó. Nattan hizo lo mismo y ambos se perdieron entre la oscuridad de la noche. El hombre se tocó las muñecas, laceradas por la cuerda, y retiró la capucha que cubría su rostro. Buscó con su mirada la de Jack, esperando piedad o compasión. Jack se acercó y le tendió la mano para ayudarlo a levantarse. Podía sentir su miedo y su desesperación. El extraño aceptó el ofrecimiento, pero con la mano libre empuñó el machete y se lanzó directo al estómago de Jack. El Alur esquivó el ataque y saltó hacia atrás desenfundando sus dagas en el aire. El hombre no tardó más de un segundo en coger la pistola y apuntar al espacio que Jack ocupaba. Sin embargo solo encontró la oscuridad. El viento mecía las copas de los árboles y el silencio que invadió la noche dibujó sonidos mortecinos y apagados. El hombre miró en todas direcciones buscando a su presa y dando machetazos a las sombras y al aire. Entre la espesura de la copa de un sauce, como un animal salvaje, unos ojos rojos, sedientos de sangre, observaban a su presa. Jack saboreó la furia y la rabia y entendió que serían los únicos sentimientos que su alma desgarrada podría sentir. Todo era calma o todo era violencia, sin término medio. Se sintió letal, se sintió inmortal. Comenzó a moverse velozmente entre las hojas y entre las sombras, generando el suficiente ruido para que su presa tuviera que girar la vista en todas direcciones. Cuando intentaba huir en una dirección, el reflejo de los ojos del Alur le hacía parar en seco y girar en sentido contrario. Presa de la desesperación, las detonaciones provocadas por el arma iluminaron la noche. Ocho veces las balas intentaron impactar en su objetivo, pero ocho veces se perdieron en la nada. La novena vez que el hombre apretó el gatillo solo se escuchó el sonido de un cargador vacío.

—¡Baja demonio y lucha como un hombre! —clamó desesperado.

—¿Cuál es tu pecado? —demandó la noche.

Una voz de ultratumba que parecía sonar en todas direcciones, heló la sangre del retenido.

—¿Qué eres? ¡Déjame irme tío! Prometo que cambiaré de vida. Hay algo dentro de mí que me obliga a hacer esas cosas.

La única respuesta que escuchó fue el silencio. Un silencio lúgubre y cargando de muerte.

—Prometo no volver a tocar a ningún niño. ¡Lo juro!

Desde la oscuridad emergió la figura de Jack, avanzaba despacio entre la bruma y la niebla que comenzaba a cubrir la capital británica. Primero fueron sus ojos incandescentes, después el resto del cuerpo. Se acercó despacio, pero con paso firme. Si la muerte tenía aspecto, debía parecerse mucho a Jack. Desprendía un aura oscura, un aura firme y decidida. El hombre, presa del terror, se orinó encima entre terribles espasmos. Se lanzó a por su captor e intentó clavarle el machete a la altura del cuello. Jack esquivó el ataque sin moverse del sitio, así como hizo con los demás intentos infructuosos de su atacante. Su cuerpo parecía aparecer y desaparecer. Agarró entonces la mano que portaba el arma y apretó la muñeca con tanta fuerza que escuchó el sonido de los huesos al romperse. Con la otra mano aplicó una tenaza férrea sobre el cuello del hombre y lo elevó varios centímetros sobre el suelo. Se miraron a los ojos y se creó el vínculo mágico. Jack comenzó a leer su alma como si fuera un libro abierto. Sintió su placer al drogar a niños para después violarlos. Sintió su necesidad de asesinar. Notó cuantas veces se había regocijado mientras sus víctimas aterradas pedían clemencia. Descubrió una vida llena de pecados que no querían ser redimidos. Sin embargo Jack era un Alur, él no podía emitir juicios de valor ni actuar como un simple vengador. Su misión ahora era mantener el equilibrio y proteger a la humanidad. Recordó entonces la pregunta que le había hecho a Nattan:

—¿Cómo saber que no nos equivocamos cuando matamos a un objetivo?

—Con otra pregunta. ¿El mundo será un lugar mejor sin él? ¿Sus actos afectan al equilibrio? Un acto terrible no solo provoca una alteración puntual del equilibrio. Genera consecuencias funestas a largo plazo. Crea una semilla que puede germinar en cualquier momento. La venganza, la ira o el resentimiento anidan en los corazones y los oscurecen de forma lenta pero constante.

Jack entendió por fin a que se refería su maestro. Apretó con más fuerza su mano mientras el cuerpo que pendía de sus dedos pataleaba en vano. Poco a poco sus espasmos fueron remitiendo hasta que solo un cuerpo inerte de ochenta kilos colgaba en el aire. Jack aspiró profundamente, asimilando el alma que acaba de absorber. Pensó que quizá fuera la primera persona a la que mataba, pero no se odió por ello. Su misión iba más allá. Era un elegido. Era un Alur.

Ditrov le citó en la biblioteca. Jack se quedó anonadado al poner los pies por primera vez allí. El lugar era maravilloso. Intentó calcular mentalmente cuantos libros había pero se perdió en un número demasiado alto. Observó el mural del techo y se asombró antes la magnitud y el realismo de la imagen. Ditrov se acercó y le tendió la mano. Su tacto era frío como el acero.

—Aún debes tener muchas dudas aunque confío en el trabajo de Nattan.

—Supongo que el tiempo pondrá los pensamientos en su sitio. Y creo que tiempo ahora mismo me sobra.

—¿Qué piensas del mundo? —preguntó el líder.

La pregunta cogió a Jack desprevenido. Se movió incómodo y pensó su respuesta.

—Es difícil dar una respuesta así cuando mi mundo se ha desmoronado y reconstruido varias veces. Supongo que la mejor forma de verlo es como un burdel. Un lupanar donde cada uno hace lo que es mejor en su propio beneficio. Donde cada uno baila con la stripper más guapa por propia autocomplacencia hasta que llega la hora de pagar y todo el mundo escurre el bulto. Es un lugar donde el mal te incita a ponerlo todo patas arriba mientras el bien te atiza con su vara de hierro. Es como si un niño travieso tuviera las riendas del mundo y él te regalara los caramelos, para decirte sonriendo cuando te los has comido que están envenenados.

—Curiosa forma de verlo. Pero entonces Jack ¿El bien y el mal? Eso son solo palabras. Esto no es una película. No hay héroes ni villanos. El mundo está dividido en dos, eso es verdad. Una parte de ese mundo anhela el caos. La otra parte desea el orden. Uno provoca masacres para desatar la locura y otro vuelve a provocarlas para volver a estabilizarlo. Una parte de ese mundo vive sumida bajo el yugo de dictadores obsesionados por la estabilidad, otra parte bajo la decadencia de la mediocridad, dando armas a niños para disfrazar la muerte y hacerla irreconocible cuando está a tu lado. Son lo mismo e incluso en muchas ocasiones se confunden entre sí. ¿Comunismo? ¿Fascismo? ¿Dónde está la diferencia? Represión y control. ¿Mundo desarrollado? ¿Tercer mundo? Puntos de vista basados en el dinero y en la expectativa de supervivencia. Pero siempre ha sido así. Se han turnado la batuta del mundo sin que nadie se diera cuenta, amparados bajo falsas mentiras. ¿Te parece una simple casualidad que a un periodo oscuro le haya seguido uno luminoso? —Ditrov levantó la vista hacia el mural del techo y tras suspirar añadió—. Grecia, Roma, Egipto... Cultura, medicina, letras, ciencias... Todo haciendo avanzar a la humanidad hacia caminos diferentes, permitiendo su evolución tanto como su propia mente fuera capaz de descubrir el conocimiento. Edad media... Superstición, paganismo, inquisición, castas sociales, deshumanización. Occidente sumido en la ignorancia mientras oriente avanzaba a pasos agigantados... Renacimiento y volvemos a la senda de la luz, Revolución industrial y guerras mundiales y armas de destrucción masiva. Oscuridad otra vez. ¿Y ahora? Amenazas terroristas o gobiernos con ojivas nucleares, avances médicos y tecnológicos capaces de prolongar la expectativa de vida más allá de lo que nunca hubieras imaginado. Occidente avanza y oriente se atrasa. Pero... la misma pregunta otra vez ¿Y ahora? ¿En qué periodo estamos Jack? ¿Luz u oscuridad? ¿Caos u Orden?

Jack pensó en silencio, no quería precipitarse en su respuesta.

—Llevan tantos años luchando que se han convertido en lo mismo. Ahora no se puede diferenciar entre orden y caos.

Ditrov asintió en silencio con aire distraído.

—El equilibrio se ha roto para siempre —dijo al cabo de un minuto de silencio—. Es hora de ir más allá. Es por eso que tu misión es la más importante que cualquiera de las que hayamos realizado antes.

Tras decir estas palabras Ditrov se acercó a la mesa que presidía la biblioteca. Se sentó en la silla e invitó a Jack a situarse frente a él. Sus dedos aguilones arrastraron un sobre lacrado, color crema, hasta ponerlo frente a los ojos de Jack. Todo quedó en silencio hasta que el joven reaccionó. Miró el sobre de forma desapasionada. Alargó los dedos hasta rozar el lacre del sello y siguió con su yema el relieve del dibujo. Ditrov se levantó y le puso una mano en el hombro.

—Esta es tu primera misión como Alur, todo cuanto necesitas saber está ahí dentro.

Abandonó la biblioteca dejando a Jack solo con sus fantasmas.

Jack abrió el sobre y esparció el contenido sobre la mesa. Lo primero que llamó su atención fue el pasaporte. Abrió el documento y miró fijamente su foto. Estaba sonriendo. Leyó entonces su nombre varias veces, hasta repetirlo mentalmente y asimilarlo como si siempre hubiera sido suyo. Jack Sullivan. Americano. Hijo de Marta Spencer y Robert Sullivan. Natural de Carolina del Norte. Nacido el siete de agosto de 1985. ¿Sería aquella su edad real? Apartó el pasaporte y se centró en otro documento. Era un visado de trabajo de seis meses en una empresa energética. Según rezaba en el papel, él era un experto en fuentes de energía alternativa. Tenía varios másteres en prestigiosas universidades americanas y un doctorado en física. Vio el nombre de la empresa y se sorprendió al ser capaz de leerlo. Estaba en ruso. Apartó el visado junto al pasaporte a un lado de la mesa y alcanzó una bolsa de plástico semitransparente. Extrajo el contenido y empezó a contar el dinero. Había más de 500.000 rublos en billetes de todo tipo. El equivalente a 10.000 euros. Se rascó la cabeza con aire distraído y se centró por último en una pequeña carpeta de cartón. Desplazó el resto de papeles y quitó las gomas que la mantenían cerrada. Alzó uno de los papeles y comenzó a leer las instrucciones de la misión. Arqueó las cejas mientras observaba el nombre de su objetivo y tuvo que releerlo un par de veces hasta tener la certeza de que su mente maltratada no le estaba gastando una broma de mal gusto.

«Мikhail Иванов // Президент Российской Федерации» o lo que traducido significaba:

«Presidente de la Federación de Rusia»

Pensó que haría más frío. Bajó del taxi y paseó de forma desapasionada por los alrededores de la muralla del Kremlin hasta internarse por el histórico barrio de Kitay-górod. Se perdió entre las callejas mientras observaba a la población de la ciudad. Eran alegres, lo que contrastaba con la idea difundida a través de los medios de comunicación. Se mostraban parlanchines y hacían gala de una amabilidad sin igual. Al principio Jack se había mostrado cohibido. No sabía cómo dirigirse a la población. Sin embargo, para su propia sorpresa, no solo era capaz de leer ruso, también era capaz de hablarlo y escribirlo de forma perfecta. ¿Dónde había aprendido? Otro misterio que sumar a su ya intrigante vida anterior. Paseó por las calles, disfrutando del paisaje y charlando con algunos de los viandantes. Supuso que pasaba en todos los lugares del mundo, pero escuchó idiomas de tantos países que casi llegó a dudar si realmente estaba en Rusia. Casi.

Paró en un comercio de lujo y entró decidido. Nada más hacerlo, uno de los vendedores le miró de forma extraña. Su ropa sencilla y sus zapatillas deportivas contrastaban de forma ostensible con el ambiente del establecimiento. Jack sonrió con elegancia y enseñó de forma sugerente un fajo de billetes lo suficientemente convincente. Pocos segundos después, un séquito de vendedores se deshacían en elogios junto a él. Todos le aconsejaban cómo podría resaltar su cuerpo torneado y sus rasgos delicados. Media hora más tarde, el hombre que salió por la puerta del establecimiento apenas tenía nada que ver con el chiquillo taciturno que había entrado en zapatillas de deporte. El traje era gris, según una vendedora a juego con sus ojos. Los zapatos marrones y la camisa blanca. Se abrochó uno de los botones de la americana y se tapó los ojos con unas gafas de lente oscura. Un par de mujeres se pararon a contemplarle y, no con poco descaro, le insinuaron alguna que otra perversidad. Jack sonrió y descendió la pequeña escalera de acceso a la tienda. Justo cuando pisaba el último escalón, un vehículo negro se detuvo frente a él. Era un coche clásico y brillaba de forma intensa. Un chofer perfectamente ataviado abrió la puerta trasera derecha que daba a la acera. Jack esperó intrigado a que la sombra del interior se dejara ver. Nadie salió. El chofer le observó y le invitó a subir con un delicado movimiento de la mano. Se acercó a las inmediaciones del vehículo y tendió las bolsas de Gucci al hombre que sujetaba la puerta. Cruzó una última mirada con el conductor que no despertó ninguna sensación de peligro en el Alur. Entró en el vehículo y no pudo evitar sonreír atraído de forma hipnótica por dos piernas descubiertas que parecían prologarse hasta el infinito.

Las piernas ascendían de forma delicada, cruzándose por debajo de las rodillas en un lazo sensual. Un vestido claro, demasiado corto o demasiado largo, según a quien se le preguntara, se pegaba al contorno perfecto de una cadera creada para ser contemplada. El vestido se ceñía una vez más a sus curvas hasta ascender y romperse bastantes centímetros por debajo de su cuello. El escote era simplemente fascinante. Los brazos eran finos, pero tersos, y estaban descubiertos hasta la altura de las muñecas, donde unos finos guantes cubrían las manos que Jack imaginó perfectas. Sobre el cuello descansaba una gargantilla plateada y engarzada con piedras preciosas. A sus lados una melena oscura y rizada, a conciencia, acariciaba la piel suave hasta perderse entre los hombros. Jack siguió ascendiendo con la mirada hasta que volvieron a detenerse a la altura de unos labios rojos y carnosos que dibujaron una sonrisa juguetona. La mujer se quitó las gafas y observó con sus ojos grises al recién llegado. Antes de que este hubiera acabado su particular paseo por aquel cuerpo perfecto se dirigió a él:

—Si ya has acabado de mirarme podemos irnos. —Alargó una mano y tocó levemente el hombro del conductor.

Acto seguido el coche aceleró para internarse entre el tráfico de Moscú.

—¿Quién eres? —preguntó Jack.

La mujer, que no aparentaba más de veinticinco años, descubrió una de sus manos y le mostró el reverso a Jack. Una imagen descansaba tatuada sobre su piel. El símbolo de los Alur.

—Soy una amiga y tu contacto en Rusia. Mis órdenes son ayudarte a infiltrarte en la recepción que se celebra esta noche en el gran Palacio del Kremlin. Lo que allí pase ya depende de ti.

—Tú debes ser «la quinta» entonces.

La joven sonrió de forma natural y asintió con la cabeza mientras le tendía a Jack las invitaciones para la celebración de esa noche. Cualquiera hubiera pensado que se escondía un alma debajo de aquel cascarón perfecto.

—No es normal que los Alur trabajemos juntos. Debe ser algo gordo.

—Bueno, depende de si por gordo entiendes al P...

Los dedos de la mujer, al posarse sobre sus labios, le invitaron a mantener silencio.

—Veo que aún tienes mucho que aprender. Nattan me pidió que fuera paciente contigo.

Jack se mantuvo en silencio el resto del viaje mirando por la ventana. Era extraño pero todo le resultaba familiar.

Cuando el Bentley se detuvo en la puerta Ritz-Carlton descendieron del vehículo y la enigmática mujer se agarró firmemente al brazo de Jack. Acercó sus labios, muy cerca de sus oídos, hasta rozarlos, y con palabras suaves le susurró:

—Querido, tienes una reserva a tu nombre. Yo soy tu mujer y me llamo Nicole. —El sonido de su voz hubiera hechizado a cualquiera.

Se adentraron en la recepción mientras el chofer descargaba el equipaje y ella le daba un apasionado beso bajo la mirada disimulada de la concurrida audiencia. Subieron en el ascensor sonriéndose como dos enamorados, sin apenas separar sus cuerpos. Cuando la puerta del elevador se cerró tras ellos e introdujeron la llave magnética en la cerradura, la intrigante Nicole se envolvió de su fría esencia nuevamente. Se separaron y apenas volvieron a dirigirse la mirada. A los pocos minutos, el traqueteo de unos dedos sobre la puerta les avisó de la llegada de su equipaje. Jack abrió y se apartó a un lado para que el mozo pudiera depositar las maletas en la entrada de la suite. Antes de salir miró de soslayo a Jack, insinuando que un agradecimiento siempre es más amable con una propina de por medio. El mozo se tambaleó al ver el valor del billete que le acababan de ofrecer.

—Acabas de darle un billete de 5000 rublos. ¿Sabes a cuánto equivale eso?

—Ni idea, es muy parecido al de 10€. Así que por ahí andaré.

—Bueno, si lo multiplicas por diez sí.

Jack encogió los hombros y pensó en la cantidad de billetes teñidos de naranja que tenía en el bolsillo. Para él no valía nada y posiblemente para el chaval fuera casi tanto como su sueldo de todo el mes.

Nicole abrió la maleta y del interior extrajo dos fundas de armas. Se las tendió a Jack y esperó intrigada a que desenfundara las dagas para poder verlas. Las dagas eran las señas de identidad de cada uno de ellos. Todas eran diferentes y decían mucho de lo que se esperaba de su portador. Su mirada no mostraba curiosidad ni envidia. Lo que buscaba era la confirmación de que el compañero con el que llevaría a cabo la misión era lo suficientemente bueno y no corría peligro combatiendo junto a él.

Jack descubrió al fin las armas y Nicole respiró tranquila. Sacó un vestido precioso de la bolsa, un par de zapatos, un neceser repleto de potingues extraños, un joyero, un pijama, ropa íntima y un sin fin de artículos a cual más inútil. Levantó el teléfono y llamó servicio de habitaciones. A los pocos segundos, el mismo mozo de antes, tocó a la puerta y se fue directo al servicio de planchado portando las bolsas con los vestidos que usarían esa noche. Nicole entró al baño y al volver a salir se había puesto una camiseta corta blanca y un short color salmón. Abrió el mini-bar y extrajo una botella de champagne y dos copas. Descorchó el «Cristal» y vertió el contenido mientras explicaba el origen de aquella delicia:

—Este champagne fue creado en 1876 para el Zar Alejandro II. La botella es de cristal, en vez de vidrio oscuro. El Zar tenía tanto miedo que exigió una botella transparente para evitar ser envenenado o que pudiera portar una bomba en su interior. Lo más curioso del asunto es que si fue una detonación la que le mató cinco años más tarde. — Nicole aspiró el olor que emanaba del cuello de la botella—. Sin duda este champagne es lo mejor que dejó en herencia.

—¿Estabas allí? —preguntó Jack intrigado.

—Vaya... ¿De veras crees que soy tan mayor? Acabas de herir mis sentimientos.

Acompañó las palabras con un gesto triste, de niña buena que estaba a punto de hacer pucheros para llamar la atención de su padre demasiado ocupado.

—No pretendía ofenderte Nicole.

—No me digas que lo sientes Jack. Tú no tienes sentimientos.

Nicole empezó a reír ante su comentario de forma exagerada. Jack la miró desconcertado, dudando si aquella mujer era la más sexy que nunca había conocido o la más excéntrica.

—Estaba allí sí. Puede que incluso tuviera algo que ver. Quién sabe. ¿Brindamos? —preguntó.

—Sí claro, aunque no sé porqué.

—Pues porque no tenemos nada mejor que hacer, ¿o sí? —Una sonrisa pícaro se dibujó en su rostro.

La hora se iba acercando y Jack sentía algo parecido a la ansiedad. No estaba nervioso y no le temblaba el pulso, sin embargo tenía la certeza de que sus acciones afectarían de forma irrevocable el buen funcionamiento del mundo. Se tumbó en el suelo y comenzó a hacer flexiones a un ritmo frenético. Primero con las dos manos, después solo con una apoyada contra el suelo. Al final su torso ascendía y descendía con dos dedos como único soporte contra el suelo. Se levantó de un salto y comenzó otras rutinas destinadas a desentumecer los músculos. Miró hacia la cama de matrimonio y contempló a Nicole comiendo patatas fritas de una bolsa roja con un logotipo conocido a nivel internacional. Miraba ensimismada la pantalla del televisor, de 50 pulgadas, donde una serie de modelos desfilaban de forma ortopédica por una tarima blanca, balanceando las caderas de forma sinuosa y con bastante poco sentido de la sensualidad. Marcando hueso a la última moda. Sin previo aviso Nicole se levantó y, de pie sobre la cama, se dirigió a Jack.

—¿Qué te parecen esas mujeres Jack?

—Sintéticas y téticas. Inhibidoras naturales del lívido masculino y promotoras universales de la inseguridad femenina.

—Qué profundo. Pero ellas viven más angustiadas que el resto de las mujeres. Viven de sus cuerpos y cada arruga que los surca es una puñalada a su autoestima.

—Sí, se me olvidaba que lo importante está fuera —respondió Jack con la ironía ambientando sus palabras.

—En nuestro caso desde luego. Los Alur somos máscaras Jack, cada uno interpreta su papel pero por dentro solo somos corcho. Cuanto antes lo asimiles mejor para ti.

—Gracias maestra. ¿Algo que decirle a nuestras esqueléticas representantes de la moda?

—Sí claro. Diría algo así como: «Ey chicas... ¡Joderos, que yo no envejezco!»

Alargó la mano haciendo un gesto feo con los dedos mientras sacaba la lengua a las súper modelos que desfilaban dentro del televisor.

Jack giró de lado a lado la cabeza en señal de desaprobación sin saber que contestar.

Apenas unos segundos después Nicole pasó completamente desnuda ante él. Tuvo que contenerse para no lanzarse a por ella de forma desesperada. Ella, que conocía de sobra lo que acababa de provocar, sonrió de forma perversa mientras con palabras dulces y embriagadoras decía:

—Hora de ponerse guapos mi amor. Tenemos una cena de gala a la que asistir.

Jack no supo si había sido capaz de articular palabra. Sus pechos perfectos le habían dejado sin aliento. Sintió una ola de excitación recorriendo su piel como nunca antes había sentido y recordó las palabras de Nattan asegurándole que cada sensación que descubriera sería única y terriblemente intensa. Se miró al espejo mientras se palpaba la cara y contempló como, de sus ojos grises, surgían pequeñas volutas de color fuego. Como las brasas de una barbacoa que aún no se han terminado de apagar.

Mientras Nicole se preparaba, él sacó de su bolsa las instrucciones de la misión y comenzó a leerlas de forma concienzuda. En apenas unos segundos había sido capaz de memorizar los planos del palacio presidencial. Analizó las posibles vías de escape y todos los lugares sugeridos para llevar a cabo su misión. Volvió a comprobar la identidad de su objetivo, grabando a fuego su cara. No quería sorpresas y era conocido que muchos presidentes usan dobles durante ciertos actos para disuadir los atentados que, contra su persona, pudieran producirse. Releyó una vez más el contenido de la carta y suspiró al leer otra de sus instrucciones.

«Que lástima» —pensó.

Llamó al servicio de habitaciones nuevamente y solicitó una botella de *Dom Perignon* y unos canapés de caviar para digerir mejor aquella bebida gaseosa por la que muchas personas pagaban verdaderas fortunas mientras otras tantas, a pocos miles de kilómetros, morían de forma agonizante por las consecuencias de la desnutrición. La puerta volvió a sonar y tras abrirla, un mozo depositó los trajes recién planchados sobre la cama, mientras buscaba con la mirada a la bella huésped que se alojaba en la habitación. Pocos segundos después una camarera, demasiado joven, entró portando un carrito cargado con todas las viandas solicitadas. Aceptó de buen grado el billete que Jack la regaló mientras sus mejillas se teñían del color de la timidez. Se vistió con calma y, justo cuando empezaba a abrocharse la camisa, la puerta del baño se abrió. Entre la nube formada por la mezcla de vapor de agua y perfumes exóticos, emergió Nicole con la gracilidad de una diosa. Se paseó por la habitación con el cuerpo humedecido por las gotas de agua y por los aceites con los que se había recreado. Impregnándolo todo de su esencia. Jack la contempló extasiado, mientras ella, enfatizando en exceso sus movimientos, le devolvía una mirada intensa a la vez que cubría su desnudez con una lencería más sugerente incluso que su cuerpo descubierto. Una vez hubo terminado se acercó al Alur y le ayudó a abrocharse la corbata de seda, asegurándose de que sus cuerpos estuvieran muy cerca. Le besó en los labios y le pidió que le subiera la cremallera del vestido, mientras dejaba al descubierto su delicado cuello. Fue entonces cuando vio la bandeja con el champagne y el caviar. Su sonrisa se iluminó como si la ilusión fuera la precursora de tal situación. Falsa por su puesto. Se acercó a Jack de forma sugerente mientras le guiñaba un ojo y mordisqueaba un pequeño trozo de canapé. Jack descorchó el champagne y vertió el contenido. Alzó su copa invitando a Nicole a un brindis.

—Ahora te toca a ti elegir el brindis. Veo que no tienes mal gusto con el champagne. Puede que cuando todo esto acabe me acueste contigo. ¿Por qué brindamos?— preguntó ella mientras saboreaba el líquido dorado.

—Por los que somos diferentes. Por los que seguiremos siendo inmortales y por los que cambiaremos este mundo.

La puerta de la habitación se cerró tras Jack. Dio la vuelta al pequeño letrero que rezaba sobre el pomo y lo puso en posición de «No molestar». Llamó al ascensor y se introdujo en el mientras en el interior de la habitación el cuerpo de Nicole se agitaba de forma espasmódica y la sangre emanaba por la comisura de sus labios. Apretó el botón del piso más bajo mientras una lágrima descendía por los pómulos blancos de Nicole. Cuando la puerta del ascensor se abrió nuevamente, los ojos de la Alur se habían cerrado para siempre. Jack no sintió nada al verla tragarse el veneno. No sintió nada cuando calló de rodillas junto a sus pies, ni sintió nada cuando, haciendo uso de sus últimas fuerzas, le había preguntado porqué la traicionaban mientras con las uñas se descarnaba la muñeca sobre la que se había tatuado el símbolo de su orden.

Jack se introdujo en el coche que los había traído y volvió a pensar en sus instrucciones. Recordó aquella línea de texto premonitoria que le había advertido de la necesidad de acabar con la Alur, de su traición. Se había planteado en varias ocasiones cuándo y cómo hacerlo e incluso había estado tentado de desobedecer la orden. Nicole era una neutral, eso era evidente. Es más, Jack estaba convencido de su fidelidad a la orden. Sin embargo ¿él que sabía? Solo era el peón que había iniciado una nueva partida en una guerra que se llevaba librando miles de años.

Apoyó la cabeza contra la luna tintada del Bentley y su mirada se perdió entre la oscuridad y las luces que se reflejaban sobre las aguas del río Moscova.

Primero fue una pequeña sensación de presión junto a los pies. Algo comenzó a escalar desde abajo hacia arriba. Las sábanas se hundían bajo el peso de su cuerpo. John sonrió, pero siguió haciéndose el dormido. El asaltante se movía despacio, tentando cada palmo de tela bajo su cuerpo, temiendo que el crujido de hojas secas, al ser aplastadas, despertara al león dormido. John casi se rió, pero siguió quieto. El pequeño nuevo inquilino se acercó sigiloso hasta pararse a escasos centímetros de su barba. La tocó con suavidad. Sus dedos se desplazaron sobre sus ojos y le levantaron uno de los párpados. Él siguió disimulando. Con un movimiento exagerado John se dio la vuelta en la cama aferrando entre sus brazos a su presa, con cuidado. Esta se intentó escabullir y se puso de pie sobre el colchón. John abrió la boca y emitió un ronquido gutural tan potente que podría haber despertado a medio vecindario. Si es que hubieran tenido vecinos. Una carcajada espontánea y natural resonó en la habitación. John calló. Su astuto invitado volvió a acercarse al león, pero todo se mantuvo en calma. La boca del pequeño Marco se cerró y posó las manos sobre los hombros de John, se inclinó para mirarle más de cerca. Un poco más. Más cerca aún. Entonces John, como una bestia que surge de las profundidades de una cueva perdida, aferró a su hijo y lo levantó sobre sí mismo mientras sus dedos resbalaban de forma cuidadosa sobre el pequeño cuerpo del niño, que no era capaz de parar de reír a consecuencia de las cosquillas que su padre le hacía en la barriga. Se tumbó a su lado y le dio un potente beso en la mejilla. John le abrazó y le tapó con el edredón. A oscuras le contó un secreto, como hacía cada mañana.

—Los dragones viven en las montañas más allá del río donde vamos en verano —le confesó en un susurro.

No le vio pero John supo que la cara de su hijo se había iluminado.

—¿Cómo son papá? —preguntó intrigadísimo el pequeño Marco.

—Verdes y tan grandes como un avión. Por la boca les sale fuego y son capaces de volar días enteros.

—¿Y tienen dientes? —La voz del niño se entrecortaba por la emoción.

—Claro ¿cómo van a masticar a los niños si no?

—¿Y si viene a por nosotros? —preguntó el niño entre susurros para que el dragón no les escuchara si estaba volando cerca en ese momento.

—Pues depende... ¿Has hecho los deberes bien?

—¡Claro!

—Entonces te dejaré que te subas a su lomo.

—¿¿De verdad??

—¿Cómo te voy a mentir yo?

Se escuchó una pequeña exclamación ahogada llena de emoción y de ilusión.

—Papá... ¿Y los niños que no hacen sus deberes?

—¡Pues irá a por ellos! —Según acabó la frase volvió al ataque con sus dedos haciendo que su hijo se desternillara de risa entre las sábanas.

Cuando destaparon el edredón que les cubría las cabezas, Catherine les miraba desde el pie de la cama. Sonreía abiertamente enamorada de su marido y de su hijo.

Aquellos pocos minutos del día siempre eran los más maravillosos. No mucho tiempo después John se preguntaría porqué no se había quedado allí un rato más con ellos. Porqué no había disfrutado unos segundos más de su compañía antes de que el mundo se derrumbara. Sin embargo él no podía faltar un día al trabajo. Él tenía un compromiso que era proporcional al peso del propio mundo sobre sus hombros. Él, J.L.Moor era el presidente de los Estados Unidos de América.

Salió de la ducha y se miró al espejo. Hacía tres años que los demócratas habían ganado las elecciones y el pueblo americano le había elegido a él como el protector de la patria. Se mesó la barba y se peinó el pelo hacia un lado, fijándolo con laca. Su rostro era recio y sus ojos oscuros. La piel que le envolvía era morena. Algunas canas habían empezado a hacer acto de presencia, cada vez salían más rápido, y las ojeras eran ya unas viejas conocidas para él. Se sentía mayor pese a no haber cumplido aún los cincuenta y cada día que pasaba a las riendas de la nación más poderosa del mundo su cuerpo se debilitaba más y más deprisa. Se ajustó la corbata y se guiñó un ojo a sí mismo mientras levantaba el pulgar con el puño cerrado. El individuo tras el espejo siempre le devolvía una sonrisa después del ritual.

Salió de la habitación y fue hacia la cocina. Acarició el pelo del pequeño Marco, que desayunaba tranquilo, y besó en la mejilla a su adorada esposa. Alzó la cafetera y vertió el contenido en una taza. Estaba ardiendo. Abrazó con las manos la taza y bebió a pequeños sorbos mientras el calor filtrado a través de la cerámica invadía sus dedos. Uno de los guardaespaldas habituales entró en la cocina. Marco le miró y apuntó su pistola invisible contra él. Apretó el gatillo de aire y el gigante de casi dos metros se desplomó al suelo entre las carcajadas del pequeño. Cuando por fin se levantó, se dirigió hacia John.

—Buenos días presidente —dijo con su acento hispano.

—Buenos días Carlos, ¿cómo están los niños? —preguntó realmente interesado.

—El verano lo pasan con la abuela en Albuquerque. Allí están encantados.

—Eso es bueno, hay que disfrutar del tiempo libre cuando se es joven.

Carlos hizo un gesto afirmativo con la cabeza y se dirigió hacia Marco.

—En marcha campeón. Coge tus cosas que hoy te espera un día duro.

—¡Voy! —exclamó el niño.

El pequeño se despidió con prisa de sus padres y se perdió junto a Carlos, cogido de su mano.

La mañana continuó sin sobresaltos. La agenda del presidente, aunque parezca mentira, era terriblemente tediosa. La mayor parte del tiempo la pasaba pegado a su portátil y al teléfono. Siempre las mismas incógnitas, las mismas dudas, las mismas cuestiones. Todo bajo el trasfondo de no perder votos. Eso eran ellos, meros retenedores de la voluntad del pueblo. Ojeó un documento y visualizó la cara de algunos de los senadores, gordos y aburridos sentados en sus asientos. Rió para sus adentros y firmó el papel. La puerta del despacho se abrió y, tras ella, apareció uno de sus principales asesores. Un chico demasiado joven y sin embargo un líder natural. John no tuvo dudas y desde el primer momento supo que algún día llegaría arriba. Mínimo a vicepresidente. El joven entró como un huracán en el despacho oval con una lividez extrema pintando su rostro, como si de una geisha recién maquillada se tratara. Miró al presidente fijamente durante casi un minuto sin ser capaz de pronunciar palabra. Respiró hondo mientras John, asustado, se levantó para sujetarle por si decidía desmayarse allí mismo.

—¿Carter estás bien? Deberías dejar la marihuana, no te hace bien —dijo intentando que se relajara mientras le agarraba por el hombro.

—Señor presidente tenemos un problema —consiguió decir al fin.

—Si solo fuera uno Carter... El senado me está apretando para iniciar una reforma educativa, mientras las asociaciones de profesores tiran en sentido contrario al que nosotros proponemos. La deuda pública crece como la espuma y la única solución que encontramos es subir los impuestos. El techo de deuda apenas lo vemos ya de alto que volamos. El abismo se abre ante nosotros y una nueva crisis económica nos amenaza desde demasiado cerca. Así que créeme Carter nada puede asustarme ya.

—No señor, escúcheme —suplicó Carter.

—Dispara hombre, sin miedo.

—Señor, acabamos de asesinar al presidente Ruso.

Por un momento John sonrió, su cara quedó petrificada en una mueca estúpida similar a la que se te queda cuando te gastan una broma de mal gusto y tardas un segundo más que el resto en entenderla. Después su rostro fue demudando a medida que veía como lo hacía el de Carter. Se apoyó en la silla mientras la bandera americana daba vueltas en círculo, cada vez más rápido hasta que una gota de sudor frío descendió por su sien helándole todo el cuerpo.

—¿Cómo ha podido pasar esto? —Repetía una y otra vez el presidente a sus asesores—. Volvérmelo a explicar, de verdad, que no lo entiendo.

—Hace dos años un agente secreto de la CIA desapareció en extrañas circunstancias tras el brutal asesinato de su mujer y su hija. Su nombre era Jack Sullivan. Todos los datos hacían indicar que él era el responsable del doble homicidio y esa era la principal hipótesis para su repentina desaparición. Desde ese momento no hemos sabido nada más sobre él, hasta que anoche en Rusia se abalanzó sobre el presidente y le atravesó el pecho con dos dagas —explicó Carter sin haber recuperado todavía el color.

En ese momento Eduard Mccarthy entró en la sala recién llegado de la central del servicio de inteligencia en Langley, Virginia. Todas las miradas se posaron sobre él, pero este, acostumbrado a la presión de las situaciones límites, mantuvo la calma mientras ocupaba su sitio alrededor de la mesa.

—Eduard, ¿quién cojones es ese tío? —preguntó John.

El director de la agencia sacó sus gafas de uno de los bolsillos y se las ajustó sobre los ojos. Miró directamente al presidente y empezó a hablar.

—Jack Sullivan era uno de los principales activos de la agencia. Fue entrenado desde niño en una base militar en las afueras de Oregón. —Respiró profundamente antes de continuar—. Cuando apenas tenía cinco años sus padres fueron brutalmente asesinados en mitad de la calle. Él fue el único testigo. Pasó varios años en casas de acogida hasta que un médico denunció a su padre adoptivo por malos tratos y por abuso sexual. El estado se hizo cargo del niño y fue incluido en un proyecto piloto de formación de agentes para la CIA y el NCS. De aquel programa surgieron los mejores agentes que hemos tenido en años. Cuando Jack apenas tenía dieciséis años ya era claramente el mejor de su promoción. Su dominio de las armas y de las técnicas de combate era abrumador. Su cuerpo parecía responder de forma distinta a como lo hacía el resto de soldados del grupo y hacia gala de una agilidad y una fuerza extrema. En algunos casos podría decirse que sobre humana. Sin embargo no terminaban ahí sus virtudes. Mentalmente era superior al resto. Aprendió ruso a nivel nativo cuando apenas tenía doce años. Era capaz de tomar decisiones acertadas en cuestión de segundos y poseía un instinto fuera de lo normal. —Eduard posó las manos sobre la mesa y se percató de que le sudaban—. Señor presidente era capaz de acertar, en un cien por cien de los casos, la veracidad de las declaraciones de un sujeto. Probamos miles de veces y nunca erró. Siempre sabía cuándo alguien le mentía, era como si pudiera leer las mentes o los corazones de las personas. Verle interrogar a un sospechoso era como asistir al espectáculo de magia de un mentalista, pero con la certeza de que no había ningún truco bajo la chistera.

Muchos de los allí presentes se movieron incómodos en sus asientos. John por su parte no despejaba la vista del director de la CIA que se mostraba ahora abatido.

—Continúa Eduard por favor —pidió el presidente.

—Con el paso de los años se convirtió en el mejor agente que ha tenido nunca la CIA a su servicio. Realizó varias misiones en suelo Ruso en búsqueda de información e incluso estuvo infiltrado en varias organizaciones terroristas para así, gracias a él, ser capaces de desactivarlas antes de que sembraran nuestro país de miles de cadáveres. Viajó alrededor del mundo de forma incansable aportando siempre información imprescindible para el mantenimiento de la seguridad y el orden. En algunas ocasiones incluso actuó como mano ejecutora de amenazas potenciales.

—¿Pero...? —apremió el presidente.

—Pero se enamoró de una forma tan desmedida que estuvo a punto de dejarlo todo. Siguió trabajando para nosotros pero desde el departamento de contrainteligencia. Desde allí su reputación no hizo sino aumentar. ¿Sabe cómo le llamábamos señor presidente? —preguntó esbozando una sonrisa cansina.

John negó con la cabeza.

—«La sombra». Todo el mundo en la CIA sabía de su existencia pero solo tres o cuatro personas conocíamos su verdadera identidad.

Eduard ajustó su postura sobre la silla y apoyó el cuerpo hacia delante.

—Una vez, cuando llegaba a casa, le encontré mirando desde la ventana de mi ático. Hablamos largo rato y me comentó que lo quería dejar. Le hice ver que aquello era imposible, que la CIA no se deja a no ser con los pies por delante. Se levantó hecho una furia y me recordó todo lo que había hecho por este país. Jack amaba a su mujer más allá de lo racional y era consciente de que la CIA y las relaciones personales no pueden ir de la mano demasiado tiempo.

Se hizo entonces el silencio. Eduard no sabía cómo continuar y la tensión en el ambiente era tan tensa que cualquier ráfaga de aire podría haber hecho explotar la sala como si de una bolsa de gas se tratara.

—Dos meses más tarde su familia apareció brutalmente asesinada. Los cuerpos estaban mutilados de forma similar a como casi veinte años atrás había contemplado, siendo solo un niño, en los cadáveres de sus padres.

—Eduard... —John resopló para después añadir—: ¿Me estás diciendo que la CIA asesinó a la familia del mejor agente que nunca hemos tenido? ¿Me estás diciendo — John elevó el tono de la voz mientras se ponía en pie— qué dejasteis desaparecer a un espía con los conocimientos suficientes y los medios necesarios para destrozarnos?

—La CIA no asesinó a su familia e incluso él lo sabía.

—¿Cómo iba a saberlo Eduard?

—Lo he dicho antes señor presidente. Jack siempre sabía cuándo le mentían. Pocas noches después de aquello vino a verme a casa, mientras mi mujer estaba fuera. Acababa de entrar por la puerta cuando sentí el frío de una Colt apoyada contra mi sien. Solo me lo preguntó una vez y supo que le decía la verdad. Entonces se derrumbó y empezó a llorar y a gemir como nunca había visto hacer a ninguna otra persona. Conseguí calmarle a base de whisky y tranquilizantes hasta que se durmió. Cuando al día siguiente despertó me dijo que se iba a marchar, que necesitaba estar solo. Le miré a los ojos y supe que nunca le volvería a ver. Estaba tan destrozado que intuí sus intenciones. A los pocos días la guardia forestal de Philadelphia encontró el cuerpo de un hombre en mitad de un lago. Las pruebas de ADN fueron concluyentes. Se trataba de Jack Sullivan.

Uno de los asesores llamó la atención del resto para que se giraran a contemplar una de las cientos de pantallas que poblaban la sala. El video comenzó a emitirse de una forma bastante clara. Esa era la magia de los móviles modernos. El video era casero y eso se notaba, sin embargo en él, se apreciaban a multitud de personalidades de todos los rincones del mundo. Estaban bailando un vals cuando la música se detuvo. Alrededor del presidente se hizo un círculo que le contemplaba de forma entusiasta. Un individuo cruzó a través del campo visual de la cámara y, dirigiéndose hacia el objetivo, sonrió guiñando un ojo.

El presidente comenzó a hablar para agradecer la presencia de todos los que se habían dejado caer por la fiesta. El tono era coloquial y cercano. Alzó su copa y propuso un brindis por los allí presentes. La multitud estalló en un fuerte aplauso, que el presidente agradeció sonriente, con leves inclinaciones de cabeza. Antes de que la ovación concluyera, el hombre que anteriormente había saludado a la cámara de móvil se posicionó detrás del presidente. Ante la vista de todos, dos dagas asomaron por el pecho del mandatario ruso. Los presentes comenzaron a correr y a gritar de forma desesperada. El caos se adueñó de la situación y la multitud se aglomeró en las salidas de emergencia buscando su propia seguridad. El portador de la cámara trastabilló a causa de un empujón y esta calló al suelo, aunque siguió grabando. En la imagen, en una posición extraña, se veía que el individuo seguía en el centro de la sala con el cadáver a sus pies. Cientos de policías y agentes de seguridad rodearon al asesino apuntando con sus rifles automáticos. Este extendió los brazos, en cruz, y dejó caer las dagas al suelo. Todos los agentes se abalanzaron sobre él, sin que en ningún momento el atacante perdiera la sonrisa.

—¿Ese es Jack Sullivan, Eduard? —preguntó John.

—Sí señor presidente. No tengo ninguna duda —aclaró el director de la CIA.

El presidente se pasó las manos por el cabello mientras agachaba la cabeza. Estaba desconcertado. No entendía la situación. El resto de personas que ocupaban aquella sala de seguridad reforzada le observaban en silencio. Esperaban una respuesta por su parte, una orden, sin embargo John estaba abatido. No sabía qué decir ni cómo actuar. Su única esperanza en ese momento era que los rusos no supieran la identidad del agente de la CIA.

—¿Tenemos agentes en estado latente en Moscú? —preguntó entonces.

—Tres unidades señor —respondió Eduard.

—Hay que silenciar a Jack antes de que...

No llegó a terminar la frase, en ese momento uno de los asesores se acercó hasta el presidente mientras le pasaba el auricular de una llamada entrante, procedente de Rusia.

Jack contemplaba la celda en la que se encontraba. Un cuchitril de cuatro metros cuadrados. Olía a humedad, a sangre y a orina. Le recordaba en cierto modo al

pequeño cuarto donde curaba sus heridas en la vieja nave industrial. Recordó aquellos momentos y una imagen fugaz atravesó su mente. La imagen de la mujer que le había acompañado tantas veces y le había dado fuerza para seguir luchando. La imagen de Beatriz. Recordarla le provocó una sensación extraña en el estómago. Sin embargo él no podía sentir, así que debía ser una sensación generada de forma artificial por su mente trastornada.

La puerta del cuarto se abrió y tras ella aparecieron varios hombres vestidos de negro. Sus miradas eran frías como el acero y sus cuerpos delataban la cantidad de horas que habían pasado en el gimnasio. Uno de ellos se sentó frente a él mientras los otros se posicionaban a ambos lados de la puerta.

—¿Quién eres? —preguntó en ruso.

—Jack.

—Bien Jack. —El gigante midió sus palabras—. ¿Eres consciente de lo que has hecho?

—¿Cómo no iba a serlo? He cumplido con mi misión.

—¿Y quién te ha ordenado algo así?

Con un movimiento veloz Jack situó las manos sobre la mesa mientras dejaba a un lado las cadenas que la sujetaban. Los tres militares se tensionaron al instante y los de la puerta apuntaron con sus armas a la cabeza del Alur. El que parecía el líder alzó una mano invitando a la calma a sus compañeros. ¿Qué iba a hacer? Estaba rodeado por cientos de soldados, a cuatro pisos bajo tierra.

—¿Tienes un cigarro? —preguntó Jack.

—Claro ¿algo más?

—Sí, déjame tu móvil, tengo que llamar a mi jefe.

Los soldados se miraron desconcertados sin saber bien cómo proceder. El que dirigía el interrogatorio extrajo de su bolsillo un Nokia y se lo tendió al asesino. Los técnicos tras el cristal enlazaron la llamada y comenzaron a rastrear el destino de la misma.

—¿Sí? —preguntó una voz al otro lado de la línea.

—Hola soy Jack pásame con el jefe.

—¿Quién eres? —respondió una voz distinta a la primera tras unos segundos en silencio.

—Jack Sullivan. Misión cumplida jefe.

Se hizo el silencio.

—Solo quería avisarle, señor presidente, que la misión ha sido un éxito. Ese perro ruso ha caído.

—¿Dónde estás Jack?

—Con unos amigos que me han estado protegiendo, ahora se los paso.

Jack separó el auricular y se lo tendió al gorila que le observaba expectante. Observó el móvil y vio que la llamada se había cortado. Cuando volvió a mirar al frente, Jack había desaparecido y los cuerpos de los guardias que custodiaban la puerta estaban inconscientes en el suelo. Sobre la mesa había un pasaporte y un carnet de la CIA. Se levantó como una exhalación para dar la alarma justo cuando entraba en la sala uno de los técnicos informáticos.

—Tenemos el destino de la llamada señor.

—¿A dónde cojones ha llamado?

—Washington señor, concretamente a la casa blanca.

Beatriz no aguantaba más. Eran demasiados días encerrada en aquella casa perdida entre los bosques de Galicia. Se sentía sola y apagada. Nunca le habían caracterizado las ganas de vivir pero ese ímpetu y esa seguridad que la había invadido las últimas semanas poco a poco lo iba perdiendo del mismo modo que ella se había perdido entre las historias de Evans. La soledad en cierto modo la reconfortaba, pero necesitaba ver mundo, ver a las personas y ver en el interior de sus corazones. Necesitaba sentir sus emociones. Necesitaba formar parte de ese mundo que tantas veces había alejado para perderse entre las páginas de un libro.

Su relación con Evans era buena pese a que sabía que no era del todo sincero con ella. La trataba con respeto pero también con distancia. Era reacio a mostrar sus emociones y más aún a desvelar la verdadera razón que le hacía contarle a ella, una desconocida, todo cuanto había callado durante cinco siglos. La desveló tantos secretos que todo cuanto conocía sobre el mundo resultó ser mentira. Todo había sido una ilusión que encubría el destino que todos teníamos prefijado.

Muchas veces Evans desaparecía y se refugiaba junto al mirador, mirando de reojo la lápida de aquella mujer a la que una vez había llamado Elise. Ella una vez le había preguntado, pero la única respuesta había sido «Elise es alguien a quien el mundo ya ha olvidado. Pero a la vez es alguien a quien yo nunca podré olvidar».

Elise era la razón de todo. De eso Beatriz no tenía ninguna duda. Debía ser paciente y con el tiempo las respuestas aparecerían solas. Sin embargo ese no era el único misterio que aún flotaba en el aire. ¿Quién era ella? Esa era la verdadera pregunta y la única verdad que permanecía en estado latente, esperando a que Evans la desenterrara para darle por fin sentido a todo. Era la pieza del puzle que daba coherencia a todas las demás. Era el engranaje que haría girar la máquina del destino para situarla en una posición desde la que Beatriz pudiera seguir adelante.

La mañana avanzaba despacio. Como todas las demás. Sin embargo Beatriz había encontrado un entretenimiento hacía un par de días donde no lo esperaba:

Era de los pocos días que el cielo amanecía despejado. Evans había desaparecido, como hacía algunas veces. Ella, aburrida, comenzó a deambular por el exterior de la casa mirando las flores que se escondían entre las zarzas del desvencijado jardín. Pensó que sería buena idea quitar las malas hierbas y buscó el lugar donde pudieran estar guardadas las herramientas de jardinería. En la parte opuesta a la casa había un cobertizo escondido entre los árboles. Las hojas ocultaban gran parte de su estructura. Era bastante grande, de madera carcomida. La puerta estaba protegida por un candado. Beatriz buscó por todas partes la llave y, pese a no encontrarla, descartó la idea de preguntarle al Alur. Así que cogió un canto de la vereda del camino y golpeó de forma repetida el metal oxidado hasta que cedió y cayó al suelo partido en dos mitades. La puerta se abrió y Beatriz se internó en la oscuridad. Dentro olía a cerrado y a papel podrido. Olía a deseo y a sueños rotos. Palpó la pared y descubrió un interruptor. Lo apretó y se escuchó un chispazo. Pocos segundos después una luz difusa comenzó a iluminar la habitación.

Agolpados por todos los rincones, había decenas de libros en avanzado estado de descomposición. Los bichos devoradores de papel, la humedad y el polvo se habían cebado con ellos. Beatriz ojeó las cubiertas y comenzó limpiarlas de forma meticulosa. Encontró verdaderas joyas allí encerradas y su instinto de restauradora la obligó a intentar salvar tantos como le fuera posible.

Desde ese momento pasaba allí la mayor parte del tiempo. Leyendo libros y limpiando cubiertas. Debía ser medio día cuando Evans golpeó suavemente la puerta de madera del cobertizo. Beatriz se levantó sobresaltada y sus mejillas se ruborizaron como los de una niña a la que su padre acaba de encontrar fumando a escondidas.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Evans ligeramente molesto.

—Perdona, no quería entrometerme en tus cosas.

—Pues para no querer entrometerme te has tomado muchas molestias en romper el candado.

Beatriz pasó a la defensiva.

—¿Y qué querías que hiciera? ¿Qué me consumiera mirando a través del mirador como haces tú? Me siento encerrada y necesito distracciones.

Los ojos del Alur refulgieron durante una milésima de segundo lo que provocó un escalofrío en el cuerpo de Beatriz.

—Evans... —Continuó Beatriz—. Necesito salir, dar una vuelta y ver a la gente. Si sigo así mucho tiempo acabaré volviéndome loca. Llevamos aquí encerrados casi diez días huyendo de algo que tarde o temprano nos va a encontrar. Necesito sentir el asfalto bajo mis pies.

Beatriz se levantó, dejando sobre la mesa un ejemplar de «Noches blancas» de Dostoievski en el que estaba enzarzada.

Evans se acercó al libro y acarició su superficie.

—Creo que tienes razón. Deberíamos salir de aquí a dar una vuelta. A veces me olvido de lo joven que eres.

—¿Qué tendrá que ver la juventud en esto?

—Quizá algún día lo sepas. Solo te diré que el mundo pesa demasiado y lo hace demasiadas veces.

—Eres imposible Evans —dijo ella haciendo un gesto de desganancia con la mano.

—Cuanto más mundo ves, menos ganas tienes de seguir mirando. Por eso este sitio es tan especial para mí.

—Te juro que si alguien me hubiera dicho que un hombre con el cuerpo lleno de tatuajes y una Harley me iba a raptar para llevarme a una casita rural en Galicia nunca hubiera imaginado esto.

Evans sonrió y agradeció el esfuerzo de Beatriz por hacerle sentir mejor. Sin embargo no sirvió de nada.

—Bueno, pues vamos a dar una vuelta y a comer algo.

—¡Vamos! —respondió ella de forma efusiva levantando un brazo.

Beatriz salió del cobertizo mientras él acariciaba el libro que había dejado sobre la mesa. Recordó aquel día que, tumbados en el césped, lo habían leído juntos. Recordó ese día en que la prometió que la protegería siempre. Y por último recordó ese día en el que la había perdido y había sido incapaz de mantener sus promesas. Por eso no había vuelto a ese lugar y había dejado abandonados a su suerte todos aquellos libros que habían sido testigos del amor prohibido que había nacido entre letras y caricias.

Evans salió y volvió a maldecirse una vez más, pues todo en Beatriz le recordaba a ella y porque tarde o temprano tendría que confesarla que quien yacía en esa tumba, desde hacía veintiocho años, era su madre.

Se sentaron a la mesa sin dejar de mirar a su alrededor. Beatriz estaba convencida de que en cualquier momento una sombra se abalanzaría sobre ella. Era un restaurante pequeño. De pueblo. De esos lugares que destilan un aroma añejo y a la vez familiar. Un lugar donde la tradición se da la mano con las nuevas costumbres y las personas no solo se ven si no que también se conocen. El ambiente era agradable y emanaba un encanto casi único. Una camarera, más bien rechoncha y descuidada, les atendió con una sonrisa en los labios. Evans pidió sin contemplaciones. A los pocos minutos decenas de platos repletos de succulentos manjares comenzaron a poblar la mesa. Primero la camarera trajo unas raciones de empanada de *xoubas*. Al poco tiempo se les unió el omnipresente *pulpo feira* y unas riquísimas sardinas asadas. Todo ello regado con un vino de *Barrantes* de la tierra. Una vez habían devorado los entrantes llegaron los platos principales. Beatriz había optado por una caldereta de merluza a la gallega mientras que Evans pidió un entrecot. Era tan descomunal que tuvieron que servirlo en una bandeja y aun así costaba distinguir la cerámica del improvisado plato bajo él. Mientras comían, todos los miedos de Beatriz se fueron diluyendo. Necesitaba una distracción así, algo que la hiciera olvidar sus preocupaciones para poder entregarse de forma completa a un placer tan sencillo como disfrutar de una comida y una copa de vino. La conversación fue fluyendo pese a que al principio era reacia a mostrarse en público. Sin embargo poco rato después, seguramente animada por el ambiente agradable y por los calores que empezaba a provocar el afrutado licor, había nacido de forma natural.

—Tu historia tiene un defecto aunque no sé si has omitido esa parte de forma deliberada —explicó mientras engullía un trozo de pulpo.

—¿Cuál? —preguntó Evans intrigado.

—Me has contado que los Señores del Caos son cuatro. Ranuir, Daniella, Adrax y Lucrecia. —Beatriz fue enumerándolos con los dedos de la mano.

—Eso es. —Afirmó Evans con la cabeza.

Ella aprovechó para mojar un buen trozo de pan en el aceite con pimentón de un plato de lacón que acababan de servir.

—Por otro lado, en el bando del Orden tenemos a Gabriel, Aren, Macael y Nafren.

—Sí, veo que tienes una memoria estupenda, pero no entiendo a dónde quieres llegar —Evans mintió plenamente consciente de hacia donde se dirigía la conversación.

—Cuando leí el libro de mi padre, creí entender que de cada uno de los dioses habían surgido cinco compañeros. Tres hombres y dos mujeres en el lado del Caos y cuatro hombres y una mujer en el lado del Orden. Sin embargo en todo cuanto tú me has contado en ningún momento has hecho referencia a esas dos figuras que parecen haber desaparecido sin dejar rastro.

Evans se mantuvo en silencio mirando fijamente a los ojos de Beatriz. Llevaba muchos años imaginando que ese día llegaría. Había pensado en aquello cientos de veces sabiendo que, tarde o temprano, una niña vendría a pedirle explicaciones. Porque así es el destino, inamovible.

Beatriz entendió el silencio de Evans de forma equivocada y pronto salió al paso para restarle importancia al asunto.

—Supongo que sería un error de transcripción de mi padre —apuntó Beatriz.

—No, claro que no. Tu padre, como tantos otros antes de él tenía razón.

—¿Entonces? —inquirió ella.

—Entonces la respuesta es complicada. No solo eso si no que además implica demasiadas cosas que pensaba contarte más adelante. Pero supongo que este es el mejor momento.

Evans juntó las manos sobre la mesa, sin saber cómo enlazar las palabras que ahora se resistían a salir de sus labios. Echó la cabeza hacia atrás y comenzó a recordar. Aquel era el punto de partida para todo cuando había pasado. Escarbó en los recodos de sus recuerdos para buscar la llave bajo la que había encerrado sus emociones muchos años atrás. La encontró y abrió la cerradura de los sentimientos que había tardado años en controlar y que una vez afloraran le harían perder el control de forma definitiva. Allí nacía su desolación y de allí brotaría su venganza. Sintió como la ira le volvía a invadir y percibió como sus iris se volvían de un rojo incandescente. Ella apareció ante sus ojos y volvió a sentirse culpable y atormentado. La volvió a escuchar susurrando su nombre y pidiéndole que nunca la olvidara. Apretó las manos contra la mesa y notó como la madera crujió bajo la presión de sus dedos. Volvió la vista al frente esperando encontrar la mirada tranquila y calmada de Beatriz. Buscó en sus ojos los ojos de Elise pero no los encontró. Porque Beatriz no era su hija. Porque Alan Urdir no era su padre. Porque ellos nunca se habían amado y porque él y Elise se amarían para siempre. Se armó de valor y decidió que era el momento de hablar. Apenas había nacido un suspiro de sus labios cuando la mano de Beatriz se posó sobre la suya sobresaltándole. Ella miraba con la boca abierta por encima de su cabeza, justo detrás de él. Se giró y vio que las miradas de todos cuantos poblaban el restaurante se dirigían hacia el mismo punto. Hacia el televisor.

Las imágenes estaban siendo emitidas desde Rusia. El presidente había sido asesinado en mitad de una recepción privada. Lo peor del asunto era que las imágenes se habían filtrado a la prensa e incluso muchos canales de televisión y medios escritos aseguraban que el asesino era un agente de la CIA. La reportera en ese momento apretó el auricular que tenía escondido entre el pelo e interrumpió la conexión. Unas nuevas imágenes hasta ahora desconocidas se habían filtrado a varias agencias de noticias. La reportera dio paso al video y a los pocos segundos se pudo ver al presidente levantando su copa e iniciando un brindis por todos los allí presentes. Un hombre atravesaba la zona de grabación de la cámara para segundos después asesinar al presidente por la espalda. Evans, al comprobar la mirada gris del asesino, no tuvo dudas de quién le había encomendado aquella misión y fue consciente también de las repercusiones que eso podía tener. Estaba a punto de desatarse una guerra a nivel mundial. Una que pondría a prueba a los humanos y su capacidad para sobrevivir ante la adversidad. Ditrov había movido ficha y su jugada había sido un golpe maestro.

Evans se giró hacia Beatriz y por un momento temió que estuviera enferma. El color había abandonado su rostro y sus ojos y su boca reflejaban una sorpresa mayúscula. Se levantó preocupado y se acercó hasta ella. Se sentó a su lado y la acarició con cariño el cabello.

—Evans, yo le conozco. Conozco al asesino —afirmó Beatriz entre susurros sin apartar la vista del televisor.

—¿Habías visto antes a ese hombre Beatriz? —preguntó mientras la tensión le obligaba a mover una ceja de forma involuntaria.

—En el avión, de camino a Londres. Se sentó a mi lado.

La respuesta sorprendió a Evans, que no terminaba de entender la situación.

—¿Estás segura? Estás soportando mucha presión puede que fuera solo alguien que se pareciera mucho a él.

Beatriz le miró con rabia en los ojos y apartó su cuerpo adoptando una postura beligerante.

—No se te ocurra tratarme de forma condescendiente —dijo señalando a Evans con el dedo índice y elevando el tono de voz mucho más de lo estrictamente necesario

— Si te digo que conozco a ese hombre es que le conozco. Si no tuviera la certeza de ello no tendría esta cara de gilipollas ahora mismo Evans. Así que solo te lo voy a decir una vez más. Ese tío se llama Jack y viajó conmigo de Madrid a Londres hace menos de dos semanas.

Ahora fue Evans quien adoptó una postura defensiva y se dirigió hacia Beatriz con la misma frialdad que hubiera empleado para hablar con un extraño. El tono de su voz era glacial y a la vez metálico. Sus ojos refulgían y su aspecto se endureció. Su cuerpo se volvió salvaje y el resto del mundo pareció contraerse mientras su figura se hacía infinita. Durante una fracción de segundo le envolvió ese aura que demostraba porqué era un guerrero tan formidable, porqué era un hombre tan fascinante y porqué era un asesino tan letal.

—No vuelvas a hablarme así. Si estás viva es gracias a mí. Y si realmente hubieras viajado con ese tío ahora mismo estarías muerta. Espero que no se te olvide quién soy y más importante aún, espero que no creas que somos amigos y que por un momento pienses qué soy yo y cuál ha sido mi función los últimos quinientos años.

Beatriz había conocido al hombre, pero ahora acababa de conocer al Alur. Al ser que llevaba dando tumbos sobre la tierra más de cinco siglos. Había destruido imperios solo con sus dagas, se había enfrentado a fuerzas que nadie en el mundo conocía. Había estado al borde de la muerte en una infinidad de ocasiones y siempre había salido victorioso y sin embargo ahora, una niña que apenas había salido de su pequeño apartamento en un céntrico barrio de Madrid, tenía el desparpajo de alzarle la voz. Se sintió como si acabaran de abofetearla. Se ruborizó de forma inconsciente y agachó la mirada. Se levantó de la silla y salió entre lágrimas a la calle. Respiró el aire fresco y dejó que las suaves gotas que el cielo desprendía bañaran su rostro y secaran la sal de sus mejillas. Lloró de forma desconsolada y apasionada. Se atragantó con su propio llanto y volvió a sentirse sola una vez más. Como siempre. Escuchó los sonidos de la vida y pensó que tal vez la suya había sido un simple error y que quizá ella no tuviera una razón de ser. Apoyó la espalda contra la pared y agachó la cabeza entre las piernas mientras la lluvia empapaba su ropa y su pelo. A los pocos minutos Evans se sentó a su lado y escucharon juntos el silencio.

—Te prometo que le conozco —volvió a repetir Beatriz entre sorbidos de mocos.

—¿Te has fijado en sus ojos? —preguntó Evans empleando un tono mucho más cordial—. Son como los míos Beatriz. Ese hombre es un Alur.

—Coincidí con él en el avión y enseguida me encandilaron sus ojos azules y el océano que prometían. Su voz era cálida como una brisa de primavera o el sol del amanecer. Emanaba una paz tan intensa que me perdí entre ella, como si siempre hubiéramos estado conectados. Durante esas dos horas que duró el vuelo me sentí especial, me sentí feliz a su lado. Podía navegar en sus sentimientos y no había nada malo en ellos. Era puro, como cuando miras a un bebe recién nacido. Sentí su fragilidad y su bondad e incluso creí como una tonta que el destino al final me había regalado a mi media naranja. —Una media sonrisa había iluminado su rostro a medida que hablaba de Jack.

Evans acercó sus dedos hasta la mejilla de Beatriz y con cariño la secó las lágrimas. Ella no rehusó su tacto y se dejó consolar. Sus miradas se cruzaron y se perdieron la una en la otra. Miraron en su interior, buscándose entre la nada. Y entonces traspasaron el umbral de lo incómodo para conocerse de verdad. Se sostuvieron el uno al otro y poco a poco se fueron convirtiendo en uno solo. Ella entendió su dolor y él entendió su miedo. Ella entendió su soledad y él entendió su necesidad de sentirse amada. Ella sintió su vacío y él sintió que siempre debería protegerla. Ella sería su apoyo y él sería su amigo. Sin tener que decir nada más Beatriz se acercó hasta él y le abrazó con fuerza mientras seguía llorando sobre su hombro. Aquello no era amor del que se da entre un hombre y una mujer. Aquello era amor del que se da entre dos personas que no tienen nada más en el mundo.

Sus cuerpos se separaron y Evans sonrió mientras Beatriz se limpiaba la cara con la manga del jersey de lana.

—Has dicho que parecía puro como un recién nacido, ¿te habló de su pasado?

—No, me contó que había tenido un accidente y que no recordaba nada. Dijo que «Iba persiguiendo su antes para poder formarse un después». Recuerdo perfectamente su mirada mientras lo decía porque se le veía ilusionado.

—¿Sabes Beatriz? Creo que te debo una disculpa. Es posible que conocieras a ese hombre. Sin embargo quiero que entiendas que ya no existe. Ese hombre ahora solo es una cáscara vacía. Para explicarlo mejor, digamos que cuando le conociste era un lienzo en blanco. Capaz de lo mejor y de lo peor. Como un niño al que sus padres aún tienen que educar. Por eso su calidez, por eso su ternura y por eso su bondad. Sin embargo ahora ya han escrito sobre él. Con tinta tan oscura que nada podrá borrarla. Han arrancado todo cuanto era y podía haber sido para convertirlo en una marioneta sin voluntad.

—Puede que te equivoques. Quizá el destino nos juntó por alguna razón y quizá algún día nos vuelva a unir.

—¿Aún crees en el destino después de todo cuanto sabes?

—Ahora es cuando creo por primera vez en mi vida.

—¿Y no te entristece pensar que todo cuanto haces está predeterminado?

—Al revés, ahora es cuando la vida tiene un sentido. Una razón de ser. Cumplir ese destino y ayudar a que el reloj que mueve el mundo siga girando un poco más.

—Creo que te hubiera encantado conocer a Elise.

—¿Vas a hablarme de ella?

Se hizo un largo silencio que sirvió de excusa para que Evans ordenara sus pensamientos. Él se levantó y le tendió la mano. Beatriz la usó para incorporarse. Ella se agarró de su brazo y comenzaron a caminar bajo la lluvia como dos amigos que se acaban de encontrar. Porque al fin y al cabo eso habían hecho. Volver a encontrarse casi treinta años más tarde.

*—El silencio es reconfortante. —Pensó Ditrov—. La sangre derramada es necesaria. El equilibrio exige sacrificios pero hace falta ser valiente para aceptarlos. Todo cuanto se pudre tiene que ser purgado pues la cochambre y la inmundicia lastran el desarrollo y contaminan con su esencia perniciosa todo cuanto existe. Ellos han originado el mundo y ellos lo han destruido con su arrogancia, con su egoísmo y con sus ansias de dominación. La vanidad de sus actos y sus codiciosos anhelos de más y más poder. Su afán por el control. Su deseo de imposición ha condenado todo. ¿Y dónde está el gran padre cuándo se le necesita? ¿Por qué el gran señor nos ha abandonado? ¿Te has cansado acaso de tu creación y nos dejas en manos de tus hijos para que nos destrocen, nos utilicen y nos obliguen a morir y renacer una y otra vez? ¿Acaso es una prueba, verdad mi señor? He leído las escrituras y todas ellas implican una renovación cuando el mundo está sumido en la desesperanza. Tú que nos has abandonado quieres que yo tome tu relevo. Tú que me has dado poder quieres que lo utilice para acabar con todo. Yo seré tu mano ejecutora mi señor. Yo acabare con los dioses y volveré a sumir el mundo en la nada más profunda y más absoluta. Tú nos diste a los Alur la virtud y el arma para acabar con tus hijos y los hijos de estos porque sabías que este día llegaría. Tú me otorgaste el destino de erigirme como la mano que empuña el Fin. Porque ese es mi destino, hacer lo que tú ya hiciste otras veces pero yendo más allá. Primero destruiré el mundo y cuando ya no tengan un mundo que encarroñar los destruiré a ellos. Por eso yo sacrifico a los míos porque ellos son débiles y no conocen la verdad como yo.*

Ditrov esbozó una sonrisa de satisfacción. Pensaba en cómo el mundo pronto ardería bajo el fuego de la guerra. Todo había salido bien. Ya solo era cuestión de tiempo. Jack era la pieza que no encajaba en la partida y era la que había dado el jaque mate definitivo.

Comenzó a andar alrededor de la sala mientras sus pisadas dejaban un rastro de sangre sobre el mármol de la biblioteca. Ditrov miró con desprecio el cuerpo del Alur que yacía en el suelo y que él mismo acababa de matar. En cuanto tuvo noticias del éxito de Jack en su misión había mandado llamar a su instructor y le había ejecutado a sangre fría. Pronto Evans correría la misma suerte. Después era cuestión de dejar que los demás se eliminaran entre ellos. Pero antes de eso tenía grandes planes para los Señores del Caos y del Orden. Gabriel había confiado en él y esa confianza sería su fin.

Las sombras que desprendía la hoguera eran la única compañía que descansaba junto a Evans y Beatriz. Espectros grises y fantasmagóricos, venidos de tiempos lejanos se proyectaban contra las paredes de la casa, sobre la balaustrada y sobre los bancos de piedra. Nadie quería perderse la parte final de una historia que había comenzado decenas de años atrás y cuya protagonista aún no conocía.

Beatriz se mesaba el pelo en silencio, jugando a hacer bucles ondulados con cada uno de los mechones cobrizos que cubrían su cabeza como si aquello fuera solo el reflejo de lo que sentía realmente en su interior. Estaba distraída y exigua como una hoja dorada en el otoño que reposa sobre su rama ajena al susurro del viento que amenaza con tirarla al suelo en forma de palabras y en forma de verdades.

Evans agonizaba por dentro sin saber cómo empezar, o sin saber cómo volver. Pero sobre todo sin saber cómo afrontar volverla a ver una vez más, aunque solo fuera en su mente, pues su piel cálida y el aroma de su cuerpo nunca podría sentirlo de nuevo. Muy a lo lejos el resplandor de un relámpago inundó la noche cubierta por un manto saturado de estrellas. La brisa húmeda de la tormenta refrescó sus cuerpos y devolvió a aquellos dos extraños de nuevo a la realidad, aunque segundos antes hubieran estado muy lejos el uno del otro aun cuando apenas unos centímetros los separaran. La música que desprendían las ramas de los árboles y los animales que poblaban los alrededores de la finca eran la única banda sonora de la velada. Las velas que descansaban sobre la mesa de piedra ondulaban caprichosas al vaivén del viento que las adulaba con caricias fogosas obligándolas a desprenderse de ese olor, a cera quemada, precursor del misterio.

Evans se movió intranquilo mientras Beatriz le observaba en silencio. Se sentía atraída por ese hombre de mirada perdida y aura oscura hasta el punto de sentir la misma necesidad que apremiaba su corazón al poco de iniciar un nuevo libro, una nueva aventura. Tuvo la necesidad de saberlo todo de él, de leer los misterios de su cuerpo en forma de tatuajes y de seguir el mapa de sus cicatrices para que, como un trovador con los bolsillos llenos, le contara sus hazañas y sus miserias. Quería conocer sus secretos y sus sentimientos más ocultos. Puede que incluso quisiera enamorarse de él pese a saber que aquello sería el peor de los errores. Hacerlo sería arrojarse a un pozo de negrura con la esperanza de verle saltar tras ella para agarrarla en el aire, sobre el vacío de la nada y salvarla entre sus brazos. Observó entonces sus manos y pensó en la cantidad de mujeres que habrían tocado y en la cantidad de vidas que habrían quitado. La cantidad de dolor que podían haber generado le provocó náuseas y tuvo que zafarse de aquellos pensamientos para que su corazón no se encogiera. Dudó entonces de si el Alur habría sido alguna vez capaz de amar. Si realmente pudiera haber nacido de su corazón oscuro algo que no fuera muerte y desesperanza.

Evans entonces la devolvió la mirada y ella le sintió nadando en su interior, atravesando sus iris aceituna. Notó como leía sus entrañas y se sintió desnuda y desprotegida. Los ojos del Alur ahora parecían más oscuros que nunca pese al brillo carmesí que amenazaba en estado latente.

Un trueno retumbó en la lejanía y fue el presagio de la tormenta que estaba a punto de desatarse, no una de lluvia sino de emociones y de sentimientos. Evans se incorporó con dificultad, levantando un peso que lo había lastrado demasiado tiempo. Portando una carga que cada vez lo engullía más. Su voz entonces resonó, con tono firme y decidido, y la tempestad se desató con tanta fuerza que los cimientos del mismo mundo se estremecieron, o al menos eso le pareció a Beatriz.

—El amor es el destino... —Evans cogió aire— y una vida sin amor no es una vida. Por tanto el destino, es la vida y el amor y el todo y la nada. Tenías razón cuando me dijiste que todas las historias hablaban de cinco dioses nacidos del orden y cinco del caos. Esos dos que no conoces eran sin duda los más especiales y a la vez los más humanos. La guerra duró miles de años. Los dos dioses se enfrentaron hasta matarse una y otra vez pare después volver a renacer de sus propias cenizas. Tantas veces se encontraron que al final se acabaron conociendo y quizá por ser tan distintos o quizá por ser las caras opuestas de una misma moneda se acabaron enamorando. Ella se hacía llamar Rebeca y él se hacía llamar Rafael. Ella era la hija de Naka y él era el hijo de Sima. Ocultaron su amor a ojos de todos los demás. Al principio sus encuentros tardaban siglos en producirse. Después necesitaron verse cada poco tiempo. Sin embargo nadie cuestionaba sus desapariciones pues para los dioses el tiempo es superfluo e infinito y todos lo entendían como algo natural. Sin embargo el tiempo que pasaban juntos para ellos era escaso y valioso como las primeras lluvias del otoño. Muchas veces se juraron que si tuvieran el poder para parar el tiempo lo habrían hecho para tenerse el uno al otro por toda la eternidad. Para el resto, sus largas ausencias eran normales porque nadie podía esperar otra cosa. ¿Cómo esperar lo que no puede ocurrir?

Beatriz le miraba de hito en hito. Aquello era como las historias que tantas veces había leído de princesas y príncipes, de amores prohibidos que desafiaban las normas y luchaban contra todo aquello que lo quería sepultar en la nada. Evans respiró profundamente y volvió a hablar, entre susurros.

—Idearon un plan para no llamar la atención. Cada varios siglos se mezclaban entre los humanos. En diferentes épocas y en diferentes lugares. Sus aspectos cambiaban y aun así siempre se encontraban. El destino les había unido y nunca nadie les separaría. Sus vidas estaban interconectadas por una red invisible que los atraía una y otra vez, como un cable infinito que conecta dos cuerpos y los vincula de tal forma que tirando de un extremo se tiene la certeza de que el otro va a aparecer en algún momento. Así vivieron durante cientos de años. Como dos forajidos que esconden un tesoro en un lugar que solo ellos conocen y lo van cambiando de sitio para que nunca nadie descubra su secreto. Se mezclaron de tal forma entre los humanos que acabaron envidiándolos. Por su falsa libertad, porque su único destino era vivir, porque en el fondo todos y cada uno de ellos se sentían especiales y sentían libertad plena para amar, para llorar, para ser felices o para considerarse desafortunados. Por un lado les amaban, pero por otro lado les envidiaban. Por eso fue que con el paso de los años fueron revelando sus secretos. De forma aislada, sin llamar la atención. Para hacerles más libres, pero también para que fueran más desdichados y supieran del engaño al que estaban siendo sometidos. Unos pocos fueron los elegidos para ver el lado real de la vida. Se comprometieron a mantener el secreto hasta que la humanidad estuviera preparada. En un momento del tiempo en el que sus mentes débiles no vivieran bajo la influencia de la santería, de la superstición o de las religiones. Un momento de la vida en que todos tuvieran la capacidad para intentar ver la luz al final del túnel y no sentirse perdidos sin una batuta que marcara sus caminos. Hasta el momento exacto en el que el destino solo fuera una ilusión y cada cual fuera capaz de trazar su propio rumbo. Los seleccionados fundaron una sociedad secreta, bajo el amparo de las dos deidades. Nunca fueron muchos y siempre los miembros fueron parte de una misma familia para así, en la medida de lo posible, traspasarse los secretos de generación en generación y evitar la tentación de la traición. Nunca tuvieron un nombre porque nunca lo necesitaron. Ellos se conocían a sí mismos y eso era suficiente. Por eso, durante tantos siglos el nombre de Urdir se ha repetido en el tiempo. Porque antes de tu padre hubo muchos como él. Quizá desde hacía miles de años en una tradición que se traspasaba a través de la sangre de generación en generación.

Evans hizo una pausa para respirar pesadamente, ella se acercaba ya. Estaba a las mismas puertas del relato y su rostro cada vez aparecía más nítido frente a él. Recordó la curvatura de su boca y su mirada perdida. Su rostro difuso oscilando entre el misterio y la delicadeza. La vio morderse el labio inferior como hacía siempre que pensaba en algo y disfrutó de los instantes de intensidad que precedían a su sonrisa. Su pelo rojo intenso ondulaba mecido por el viento con elegancia. Como si flotara sobre una nube etérea que impidiera movimientos bruscos y siempre lo devolviera a su lugar. El cuerpo de Evans se estremeció cuando por fin le sonrió y sintió como años escondiéndola solo habían servido para mantenerla aún más viva dentro de su corazón. Pensó que perdería el equilibrio deslumbrado por el brillo de sus ojos y se miró la mano derecha anonadado imaginando que ella acababa de acariciarla con ternura.

Beatriz se abrazó a sí misma con fuerza, intentando escapar al frío que se había colado por los recodos de su cuerpo. Se acercó de forma inconsciente junto a la hoguera y se reconfortó tras estremecerse al contacto del calor. Su mirada se perdió entre las llamas y el embrujo del fuego la abstraía de la realidad mientras su mente sacaba sus propias conclusiones.

—¿Entonces —dijo entre susurros, más para ella que para Evans— mi padre, Robert y Patrick son familia?

Evans la sonrió con complicidad y la hizo un gesto de calma. Se sentó a su lado y agarró su mano mientras el fulgor de la hoguera se reflejaba en sus iris grises. Ella lo entendió y guardó silencio para que el Alur continuara con su historia.

—El tiempo pasó y aquellos encuentros esporádicos se volvieron insuficientes. Pronto empezaron a encontrarse a intervalos más cortos para permanecer juntos más tiempo. Lo que al principio solo era un juego se acabó convirtiendo en una necesidad. De tal forma que dejaron de tener cuidado, se mostraron confiados y pensaron que su amor lo podría todo. Y por supuesto se equivocaron. —Evans agarró con más fuerza la mano de Beatriz—. Finalmente el juego se acabó y los dioses descubrieron la traición de sus hijos. Sus iras fueron implacables y arremetieron con violencia contra ellos. Los sometieron a castigos impensables. La leyenda dice que Naka mandó

cortar las manos de Rebeca y enterrarlas en diferentes puntos del mundo. Después quemaron sus ojos con un hierro candente para que nunca más pudiera contemplarle ni tocarle. Sima arrancó con sus propias manos el corazón de Rafael para que nunca más pudiera amarla y vagara por la tierra como una cascara vacía. Ambos fueron arrojados al mundo de los mortales, despojados de sus poderes. Donde nadie les pudiera ayudar, para morir solos. Sin su otra mitad.

En aquel momento del relato Beatriz ya no disimulaba sus lágrimas que caían de forma constante sobre la superficie de piedra. Comenzó a temblar ligeramente y aferró con más fuerza la mano de Evans. Este, impulsado por una fuerza oscura siguió hablando sin cesar, ella le esperaba y él estaba deseando volver a conocerla.

—Sin embargo el destino es caprichoso —continuó Evans—. Los años pasaron y tal era la fuerza de su amor que volvieron a unirse. Nadie sabe que pasó ni como fue, porque ella no le podía ver ni tocar y él no podía sentirla. Aun así, como un imán de gran potencia, tal y como habían hecho los últimos mil años volvieron a encontrarse. Se besaron en silencio mientras sentían como sus heridas se cerraban y se complementaban sus cuerpos. Los ojos de Rebeca vieron otra vez la luz y sus manos por fin pudieron apreciar la suavidad de la piel de Rafael. Él sintió como un nuevo corazón brotaba dentro de su pecho y la sangre volvía a circular a través de su cuerpo. Notó como el amor de ella lo inundaba todo y le devolvía a la vida una vez más.

»De aquel amor, mitad humano mitad divino, surgió algo que nadie podría nunca haber imaginado. El caos y el orden volvieron a ser uno solo y de la unión, por primera vez desde que el mundo es mundo, nació una vida. Una vida, y merece la pena matizarlo, humana. No se sabe entonces que ocurrió. El mundo los convirtió en un secreto y desaparecieron sin más.

Evans suspiró. Se incorporó soltando de forma controlada las manos de Beatriz, en una lenta caricia de despedida. Ella seguía absorta en sus pensamientos. Con la mirada perdida. Sin embargo su corazón latía de forma feroz.

—Una mañana de primavera. Londres amanecía lluvioso, como casi siempre. Una pequeña biblioteca de Notting Hill abría sus puertas y algún que otro viandante despistado se perdía entre sus pasillos buscando algún secreto escondido en las estanterías. En la recepción de la biblioteca un hombre apuesto, de unos treinta años revisaba los préstamos, como hacia cada mañana. En un momento determinado, todo el mundo desapareció y quedó solo en la sala de lectura. Las puertas se entornaron a causa del viento que soplaba y el sonido de hojas agitadas se esparció por la biblioteca. Entre ellas, escoltado por la niebla apareció un anciano. Vestía de forma impecable, con traje y chaleco verde. Andaba ligeramente encorvado y aun así parecía levitar sobre el mármol del suelo. Sus pasos eran lentos pero seguros. Se acercó hasta el mostrador y sonrió amablemente al hombre. Le escrutó con su mirada atemporal y le tendió la mano. El bibliotecario, sorprendido, la aferró con fuerza. Cuando sus palmas se tocaron el anciano sonrió abiertamente y le guiñó un ojo. No dijo nada. Solo se miraron. En ese momento apareció una mujer —la voz de Evans se quebró y se convirtió en un susurro— y se acercó hasta la pareja de hombres. Extrañada y a la vez emocionada como quien cree volver a ver a alguien a quien había olvidado. Se acercó hasta ellos con un movimiento tan natural y sensual que muchos libros se volvieron a su paso para no ser indiscretos. Yo no estaba allí Beatriz, pero sé que toda la biblioteca se iluminó con su mirada. El anciano inclinó brevemente la cabeza en señal de saludo, sin perder en ningún momento la sonrisa. Entonces, dirigiéndose a ambos dijo: «Sois perfectos hijos míos» y una tormenta azotó la sala. Muchas ventanas se abrieron e incluso algunos cristales saltaron en mil pedazos. Los dos hermanos, asustados, se giraron buscando el origen del estruendo. Cuando volvieron a prestar atención al anciano, él ya no estaba. Pero en su lugar había una niña pequeña, de apenas unos meses que sobre el suelo de mármol observaba todo con sus ojos aceituna mientras unos preciosos gorgoritos salían por su boca.

»Ella abrazó con fuerza a la pequeña y la besó con ternura. Se embriagó de su olor a flores silvestres y la acarició con suavidad un pequeño mechón de pelo que, más rebelde que el resto, sobresalía entre sus orejitas del tamaño de un dedal. En ese momento llegó el tercero de los hermanos y sus ojos se iluminaron al ver a la niña. No sabía nada y sin embargo lo entendió todo. Se acercó corriendo hasta ellos con la cara demudada por el asombro y calló de rodillas contra el suelo. Comenzó a llorar de forma desconsolada y sin embargo entre sus lágrimas, que caían sobre su boca como un torrente de aguas bravas, una sonrisa pura como la de un niño anunciaba su alegría. Robert se alzó y escuchó atentamente lo ocurrido.

Entonces la voz de Evans vibró con fuerza y reverberó contra los muros de la casa y se perdió vibrante entre la hojarasca y la maleza, entre las copas de los árboles y las nubes, entre los ríos y los animales salvajes. Su voz potente arrastró la vida como un huracán y sus lágrimas asomaron impacientes cuando de su garganta emergió el nombre que tantos años había callado.

—Ella se llamaba Elise y él se llamaba Alan y decidieron por unanimidad que la niña se llamara Beatriz.

El relato cobró vida propia y Beatriz dejó de escuchar a Evans. Imaginó sus caras y se sintió como una fisgona que mira a través de una rendija de la puerta. Como un espectador que ansía más y más y que abandona su butaca en el cine para perderse entre los personajes que, ahora ya tan cerca, huelen, respiran y sienten. Todo a su alrededor desapareció y la voz de centenaria de Evans lo envolvió todo.

Ditrov me mandó llamar. Algo que escapaba a toda lógica había ocurrido y yo era el único que podía remediarlo. Apenas ocho horas más tarde avanzaba por el camino de piedra que llega hasta la mansión. Era de noche y el frío azotaba mi rostro obligándome a cerrar los ojos y a esconderme entre mi abrigo.

Cuando me reuní con él no imaginaba que a partir de ese momento todo cambiaría. Todo mi mundo se vendría abajo como un castillo de arena en una mañana de lluvia. Me acerqué hasta la biblioteca y analicé su mirada lobuna cuando atravesé las puertas de acceso. No podría decir que mi maestro estuviera nervioso, porque eso no podía ser. Pero se movía de una forma diferente, mucho menos armónica, mucho más salvaje. He de reconocer que en aquel momento yo admiraba a ese hombre. Su determinación, su fe, su mente. Aún recordaba la forma en que asesinó a Gabriel y el brillo de sus ojos cuando por unanimidad le convertimos en nuestro líder. En aquel momento pensé que hacía falta un hombre de principios para guiarnos, pues el mundo se venía abajo y eso implicaba un esfuerzo mucho mayor por nuestra parte. Sin embargo con el paso del tiempo no encontraba del todo claro el camino que habíamos tomado. El rumbo que ahora dirigía nuestros actos era diferente, aunque no sabía cuál era la diferencia.

Agaché la cabeza en señal de respeto. Él me escrutó y sin demasiados preámbulos me contó lo ocurrido. Había nacido una niña. Una que desequilibraría de forma definitiva la balanza y nos haría desaparecer. No solo eso, habían descubierto una orden antigua que ponía en peligro, con su saber, los principios fundamentales de la humanidad. Mi misión, como no podía ser de otra forma, era acabar con todos ellos, incluida la pequeña. Antes de marcharme Ditrov sacó una pequeña caja de madera. La puso sobre la mesa y la abrió con cautela. De su interior extrajo una daga que yo había visto en otras ocasiones. La depositó sobre la mesa y la desplazó con cuidado hacia el extremo opuesto, donde me encontraba yo. No me atreví a tocarla y mucho menos a mirar su filo. Aquel que una vez me habían clavado en el corazón para extraer mi alma y que sin embargo en mí no había surtido efecto, más allá de un paro cardíaco del que casi no me repongo.

Le miré atónito y entonces me explicó que aquella niña no era humana. Que aquella niña era fruto del caos. Que aquella niña era el némesis que acabaría con todos. Un arma que Sima había creado para ganar la guerra. Entonces lo entendí. La reliquia era lo único capaz de acabar con una vida como esa. Agarré la empuñadura y la guardé en una pequeña funda de cuero. Asentí con la cabeza, convencido de cumplir mi misión y me perdí nuevamente entre la noche, como una sombra, como el asesino que siempre he sido.

No sabía cómo encontrarles, pese a saber que estaban en Londres. Avancé en la noche, entre las sombras y entre el humo que ascendía desde los tejados de las casas. Ditrov había sido meticuloso en su búsqueda y había cercado la zona de influencia a un pequeño barrio cerca de Hyde Park. Pasé días observando. Buscando esa pista que me guiara hasta ella. Aún el barrio no era tan famoso como lo es hoy en día. Era acogedor como una hoguera en mitad del invierno. Las casas lucían amables y familiares. La gente se saludaba por la calle y los niños jugaban tranquilos. Allí no había tanta prisa como en el resto de la ciudad y el tiempo no era tan importante, no era tan necesario. El barrio olía a flores y a comida recién hecha. Olía a trabajo y sobre todo a té humeante. Avancé escondido entre los tejados y dejé que el sol alumbrara mi cara junto al calor que desprendía una chimenea. Por un momento olvidé mi misión y me recreé con la caricia del astro y el aroma del fuego. Entonces volví la mirada hacia el parque que había bajo el tejadillo del edificio de dos plantas en el que me encontraba. Los niños gritaban y corrían de un lado para otro mientras sus padres charlaban animadamente en los bancos de metal, sin perderles de vista. Una pareja paseaba entre los árboles agarrando cada uno la manita del pequeño que iba en medio dando saltos; catapultándose, gracias a los brazos de sus padres hacia delante, venciendo por momentos la ley de la gravedad. Justo detrás, un hombre empujaba un carrito mientras leía una novela de bolsillo. Le vi de espaldas y aun así no tuve dudas de su naturaleza neutral. No era normal verles fuera del Santuario, así que decidí seguirle.

De un salto de más de cuatro metros de altura aterricé en un callejón cercano. Salí de forma pausada a la avenida principal, mirando a ambos lados, desorientado y sorprendido pero sin perder de vista al neutral. Paseaba con aire distraído siguiendo a mi objetivo. Atravesé el parque y un par de niños se enredaron en mis piernas. Mi parte humana les sonrió mientras mi parte Alur se lamentó por el retraso que aquello ocasionaría. Pocos segundos después sus padres vinieron a mi rescate disculpándose y apartando a los niños de mi camino. Encendí un cigarrillo y pasee distraído con la mano izquierda metida en el bolsillo. Era una mañana de domingo agradable. Una mañana calmada y contemplativa. De esas que se usan para pensar en uno mismo y en el rumbo que le daremos a nuestra vida. Una de promesas futuras y de lamentaciones pasadas. Una de ya no puedo más y debo volver a tomar las riendas de mi vida. Eso sería para muchos aquella mañana, pero para mí sería una mañana de caza.

El hombre se detuvo en uno de los bancos de metal que poblaban los lados del paseo de tierra. Agitaba con su mano el carro mientras con la otra sostenía el libro. Me fijé entonces más en él y descubrí su rostro agradable pero duro. Era alto y ancho de espaldas. El pelo moreno lo llevaba corto y peinado según la moda de la época. Sus manos eran firmes pero elegantes, tenían manchas de tinta, por lo que supuse que era escritor. La brisa meció los árboles y sus susurros se mezclaron con las voces alegres de los niños. Me senté entonces a un par de metros de distancia mientras le observaba entre el humo de mi cigarrillo.

—¿Hace una mañana preciosa verdad? —dijo una voz a mi lado.

Me giré de forma automática y esboqué mi sonrisa más sincera.

—No disfrutamos de demasiadas como esta —respondí con indiferencia.

—Antes era diferente —continuó—. El mundo no tenía tanta prisa y contemplar el paso del tiempo era algo habitual y necesario. Ahora pensar parece una pérdida de tiempo.

Se hizo un silencio que duró pocos segundos. El hombre era mayor. De unos sesenta o setenta años. Vestía de forma impecable y un pequeño reloj dorado le colgaba de la solapa. Su pelo era canoso pero elegante, al igual que sus movimientos.

—Pensar es lo único que nos queda cuando todo lo demás deja de importar —respondí finalmente.

—Pareces un hombre mayor y sin embargo no lo aparentas. ¿Ha sido injusta la vida contigo?

La pregunta me cogió desprevenido. Podría parecer insolente viniendo de una persona que no conoces, sin embargo, acompañada por la melodía de su voz casi pareció la caricia de una madre preocupada.

—Quizá haya sido yo el injusto con la vida. No espero premios después de mis actos.

El anciano sonrió y miró hacia el cielo. Como si buscara algo.

—Al final, en toda vida, hay un momento en el que tomamos una decisión que lo cambia todo. No dudes que el premio llegará. La pregunta es otra. ¿Estarás preparado para sacrificarlo por el bien mayor?

El anciano sonrió y se dibujó una pequeña curvatura entre sus labios. Sus pestañas se cerraron un milímetro y su mirada me traspasó. No supe que responder y al volver la mirada hacia el hombre del carro vi que se levantaba y reanudaba la marcha.

—He de irme. Al final somos prisioneros del tiempo queramos o no.

—Dímelo a mí, que lo contemplo como a la guadaña de la parca. —Levantó una mano en señal de despedida.

Avancé despacio y al girarme y contemplarle hablando con las palomas, no pude evitar sonreír.

Aceleré el ritmo y me situé junto al hombre. Al pasar a su lado miré de soslayo al carro pero apenas vi un retazo de piel rosada. Pasé de largo y me detuve unos metros por delante de ellos. Introduje la mano en el bolsillo del pantalón y extraje un pequeño mapa. Lo extendí y miré en todas direcciones. Sin saber cómo colocar aquel montón de papel desplegable. Cuando el carro llegó a mi altura, la cordialidad inglesa hizo el resto del trabajo.

—¿Quiere que le ayude a orientarse? —Se ofreció el desconocido.

—Se lo agradecería. Esta ciudad es tan bonita como desesperante.

Me coloqué a su lado y mientras mostraba una ubicación en el mapa observé a la pequeña. Ahora veía sus ojos de forma nítida y leí en su interior. Cuando nuestras miradas se cruzaron no tuve dudas. Era ella.

El hombre, que se había identificado como Alan, me tendió la mano de forma afable mientras acababa de explicarme como llegar al palacio de Buckingham. Le agradecí

su ayuda y le prometí, en mi mente, que cuando tuviera que matarle no sufriría.

Espí en silencio hasta que localicé la ubicación en la que vivían los neutrales. Aguardé entre los soportales colindantes y los tejadillos más cercanos. Cuando el sol se ocultó, cansado de tanta luz, me aproximé con cautela hasta el tejado de la residencia. Pisé las tejas con mimo para que ninguna delatara mi presencia y avancé hacia mi presa. Recuerdo que la luna estaba gorda y llena y brillaba mucho más de lo habitual. La contemplé atónito y tuve que apartar la mirada. Siempre me produjo dolor, siempre me trajo recuerdos. Entonces me deslicé por la fachada del edificio y noté el tacto de la piedra del balcón. Di un salto y me quedé en cuclillas sobre el suelo. Con las manos y los pies apoyados en la piedra, como un gato. Sintiendo su frío, sintiendo las vibraciones del sonido. Abrí con cautela uno de los pórticos de la ventana de madera y alcé la hoja con cuidado. Me introduje entre la cavidad y me interné en la oscuridad mientras con una caricia delicada volvía a cerrar la ventana. Avancé por la casa entre las sombras, aunque allí no hubiera ninguna luz que pudiera delatarme. Entonces en una habitación pequeña encontré una cuna. Me acerqué y aparté la manta rosa de lana con la palma de la mano. El pequeño bulto abrió los párpados y me saludó con sus ojos aceituna. Olía a canela y a vainilla. Me impresionó la intensidad de su mirada y el tacto suave de su cara. Entonces con una de sus manitas agarró mi dedo y sonrió. Sonrió sin miedo, sonrió de alivio, como agradecida porque yo la hubiera encontrado. Como si hubiera estado esperándome. Extraje la daga de su funda y agarré con la palma de mi mano su nuca. Era tan pequeña, tan delicada que por un momento temí hacerla daño. Pero si mi misión era matarla... ¿A qué tenía miedo? Sea como sea algo, en ese momento, cambió en mi mente.

Siempre he sido una persona de creencias firmes y de convicciones claras. Yo era un Alur porque quería serlo y porque consideraba que esa era mi misión. Para eso había nacido. Sin embargo en ese momento dudé, como no había hecho en los quinientos años anteriores. Mi parte racional quería atravesar ese pequeño cuerpo con el filo, pero mi parte humana retenía mi mano a una distancia segura del corazón de la pequeña. Recuerdo que empecé a sudar y por mi cabeza pasaron las palabras que había escuchado unas horas antes; «Al final, en toda vida, hay un momento en el que tomamos una decisión que lo cambia todo».

Temblé y tuve que obligarme a concentrarme en la pequeña para no perder el equilibrio. Miré en su interior y vi su luz, su claridad, su candidez y su amor por todo cuanto la rodeaba. Entonces tomé una decisión, una que marcaría toda mi vida. Una que me convertiría en un traidor y una que tarde o temprano acabaría pagando con mi sangre. La dejé vivir, convencido de un destino que aguardaba a la pequeña más grande del que yo era capaz de comprender. Volví a dejar apoyada su cabecita contra los almohadones y ella sonrió juguetona con su boquita sin dientes, entrecerrando los ojos. Volví a taparla con su manta y me giré hacia la ventana.

Entonces la vi y ya nunca la olvidé. Estaba de pie y me observaba tapándose la boca con las manos para evitar que un grito involuntario despertara a los demás. Aun entre la oscuridad la vi de forma nítida. Vi su pelo rojo como el fuego flotando sobre sus hombros. Vi su cara blanca y sus ojos infinitos. Vi su boca perfecta hecha para ser besada y vi su alma pura y repleta de luz. Ella se acercó como un espectro. Vestía un pequeño camisón de seda que apenas cubría su cuerpo. Un cuerpo que temblaba de terror y aun así se acercaba hacia mí. Alargó su mano y rozó mi cara. Su tacto fue como una plancha al rojo vivo. Me abrasó por dentro y traspasó mi carne. Dejando un recuerdo imborrable. Entonces mi mente se llenó de momentos felices. Recordé mi infancia y volví a ver la cara de Nané y de Alana. Unas caras que después de tanto tiempo yo ya había olvidado. Su tacto me reconfortó y por eso no me aparté. Y entonces sonó su voz. En un susurro tan leve que apenas salió de sus labios. Era música para mis oídos, era bálsamo para mi alma perdida.

—¿Quién eres? —preguntó con el miedo impregnando sus palabras.

Sé que no tiene sentido y aún a día de hoy no entiendo porqué pasó. Sin embargo me quedé allí, sintiendo su caricia en mi piel.

Pronto conocí a los demás. Se acercaron sigilosos sin entender bien que ocurría. Fue Robert el que descubrió mi mirada gris y, abriendo mucho los ojos, pronunció aquella palabra: Alur.

Les observé en silencio mientras ellos reusaban mis ojos. Tenían miedo, sabían que yo estaba allí para matarles. Alan entonces se percató y reconoció en mí al hombre dudoso que observaba un mapa del revés en mitad del parque. Sentí su ira y su sentimiento de culpabilidad. Pues él me había llevado hasta ellos. Escuché paciente todo cuanto me contaron mientras mi mente no entendía que mal podían hacer aquellas personas. ¿Cómo iban a desequilibrar ellos la balanza? ¿Por qué Ditrov me había mentido? Como he dicho antes, siempre he sido un hombre de principios y por eso mismo me costaba tanto tomar una decisión que no comprendía. Mis sentimientos me estaban jugando una mala pasada, de eso no tenía duda, pero esa semilla de duda que había plantado en mí la niña al tocar mis dedos, empezó a germinar y a coger forma hasta que se convirtió en una convicción. Llevábamos años luchando, años matando para intentar proteger a los humanos, y ¿dónde nos había llevado eso? Solo a retener lo inevitable, a retrasar un final anunciado. La humanidad debía conocer la verdad.

Volví a la mansión y mentí sobre el resultado de mi misión. Entonces vi la mirada de Ditrov. Una mirada sangrienta, una mirada despiadada. Una mirada que no correspondía al líder de los Alur. Me marché de allí indicando que volvía a Madrid pero sin embargo no lo hice. Esperé paciente. Escondido entre las sombras. Algo no encajaba, todo estaba del revés. Sentí una brisa a mi espalda y supe que era ella. Daniella.

—Te echaba de menos —susurró en mi oído.

—No es un buen momento Daniella.

—Siempre es un buen momento para encontrarnos.

En ese instante el coche de Ditrov abandonó la mansión y se perdió por la avenida principal. Mis piernas se tensaron dispuestas a saltar de tejado en tejado para perseguirle pero el brazo de Daniella me detuvo.

—No malgastes fuerzas querido —explicó sonriendo—. Te necesito en plena forma para esta noche.

Y me guiñó un ojo.

Su brazo se entrelazó con el mío y pocos segundos después estábamos en lo alto de un edificio, luego otro y después otro más, persiguiendo al vehículo que atravesaba la noche a ritmo frenético. Veinte minutos más tarde el coche se detuvo y nosotros dos observamos desde el interior de un edificio colindante. Ditrov se bajó del vehículo y entró en un pub. Era imposible distinguir nada a través de las ventanas ahumadas.

—Yo me encargo —dijo Daniella riendo.

Al instante desapareció de mi lado y se materializó en la misma puerta del local. Vestía de forma sensual, como siempre. Sus piernas refulgían en mitad de la noche y su generoso escote atraía todas las miradas cercanas. Su cabello, negro como una balsa de petróleo se movía de forma glamurosa, muchos podían pensar que ella incluso era capaz de controlar su movimiento. Antes de entrar en el local se giró hacia mí y me saludó de forma inocente con la mano. Entonces atravesó la puerta.

No tuve que esperar ni dos minutos. Ella volvió a mi lado y se tumbó en la cama de la habitación en la que nos encontrábamos, dando vueltas sobre el edredón y riendo como una niña pequeña. Entonces se escuchó un estruendo y las voces del interior del pub se trasladaron a la calle. Un hombre atravesó volando una de las vidrieras y pude contemplar como en su interior se había desatado una batalla desproporcionada. Volaban las sillas, las copas y las cervezas y todos los allí reunidos peleaban como perros de presa. Me giré a mirar a Daniella sin poder ocultar mi sorpresa. Ella se limitó a sacar la lengua y mover los hombros en señal de indiferencia. A los pocos segundos salió Ditrov alisándose la chaqueta. Entró en el coche y este reanudó la marcha. Tras él apareció entre la puerta un espectro al que yo había visto morir muchos años atrás. Aún recordaba su sangre bañando la explanada del círculo de piedra. Aún recordaba a Ditrov ensartando su daga, de abajo hacia arriba, arrancándole la vida. Sí. Era Gabriel.

Me volví hacia Daniella rezumando odio y sed de venganza. Tantos años engañado y ahora por fin me daba cuenta de la verdad, del títere en el que me habían convertido. Usado para unos propósitos que nada tenían que ver con la verdadera razón de mi misión. La miré de forma despiadada y por un momento su semblante se oscureció y su sonrisa se transformó en una mueca de terror, pero solo durante dos segundos. Cuando toda mi atención se fijaba en ella se relajó y se levantó ligeramente el vestido de forma sugerente.

Volví a la casa de Notting Hill y por un momento me sentí extraño al llamar al timbre. Me abrió Elise y no pude evitar encogerme al verla nuevamente. Su sonrisa se ensanchó al abrir la puerta y encontrarme a mí bajo el quicio. Me agarró de la mano y me arrastró adentro. Yo como un corderito asustado me dejé llevar. Sin saber en qué me estaba metiendo pero con la certeza de las consecuencias que traería para todos. Entonces, reunidos en la mesa del salón, trazamos un plan:

Era evidente que nos rodeaban por todos los frentes. El Caos y el Orden querían destruirlos y ahora no teníamos del todo claro si todos ellos sabían de la existencia de la niña. Me sorprendió descubrir todo cuanto conocían sobre los Alur. De hecho, desde que la sociedad se había formado habían utilizado nuestro nombre. Según

ellos me estaban esperando. No puedo decir que aquello no me desconcertara. Sabían que algún día uno de nosotros vendría y ese día estarían preparados para concluir su misión. Intenté indagar más sobre el origen de esa convicción pero solo obtuve evasivas por su parte.

Les expliqué mis precipitadas conclusiones sobre mi maestro y sobre su traición y a ninguno de ellos pareció sorprenderle demasiado. Y así fue como decidí que yo quería formar parte de aquello para lo que siempre me había preparado. Mi destino era proteger a la humanidad y salvaguardarla de los desequilibrios de la balanza. Ahora que todo estaba perdido esa era mi mejor baza para cumplir mi objetivo.

La familia debería separarse. Robert seguiría viviendo en la casa, que había pertenecido a sus padres, con su esposa y su hijo, Patrick. Por su parte, Elise y Alan cambiarían sus nombres y se marcharían a otro país donde, haciéndose pasar por marido y mujer, podrían criar y proteger a la niña. El día de la despedida, mientras yo tocaba mi violín para ellos, nos hicimos una foto que Robert guardó a buen recaudo en una cajita de madera. Como un recuerdo que se esconde para nunca perderlo y tenerlo presente siempre que se necesite. Elise y Alan con su nueva identidad (siempre había resultado fácil cambiar de nombre para un neutral) emigraron a Santander. Él pasó a llamarse Eugenio Alonso y ella Marta Fernández; dos nombres comunes para dos personas extraordinarias. Dados los increíbles conocimientos de historia contemporánea de Alan, no le costó demasiado comenzar a trabajar en la Universidad de Cantabria, donde pronto destacó sobre sus coetáneos.

Una vez instalados, yo comencé a visitarlos con demasiada frecuencia. Intimé con ellos y sobre todo, intimé con ella.

Alan era el encargado de traspasar los conocimientos a través de un libro como habían hecho sus antepasados. Decidimos ampliar aquella historia, anexándola con la mía. En aquellos momentos mi interior era un torbellino. Lo explicaré mejor: los Alur pierden su capacidad de sentir, pero no de percibir. Es más, sus instintos se intensifican para intuir todo con mayor claridad. Sin embargo yo no era como los demás. No solo el mundo parecía mucho más intenso si no que también mis sentimientos se retorcián en mi interior con una fuerza desproporcionada. El amor que empezaba a aflorar en mi corazón era de tal intensidad que en muchas ocasiones me impedía respirar. El deseo de venganza y la ira contenida eran tan brutales que apenas dormía por las noches de pura impotencia. Combinadas aquellas dos sensaciones provocaron que yo no fuera yo. Vivía en una especie de limbo entre la belleza y el horror, entre la felicidad y la tristeza. Entre el amor y el odio. Le conté fragmentos de mi vida e incluso intenté escribir mi propia historia. Pero yo no era escritor y pronto descartamos la idea. Recuerdo una noche que él me obligó a prometerle algo.

—Si algo me ocurriera Evans... —Dejó las palabras en el aire sabiendo que aquello era probable—. Le contarás a Beatriz todo cuanto sabes.

—Nada os va a ocurrir, yo os protegeré —afirmé con falsa convicción.

—Aun así prométemelo. Escultaras sus noches y cuidarás sus días. La protegerás de todo y la contarás la verdad. Ella debe saber, porque ella es el bien más preciado que la humanidad ha tenido.

—Si algo os ocurriera, no habrá día que yo no vele por ella.

—Gracias —dijo con la sinceridad iluminando sus vidriosos ojos.

Elise por su parte... Qué puedo contar de ella sin hacerla sentir de menos. No pueden salir de mi corazón palabras lo suficientemente justas para describirla. Solo diré que su mirada era como una brisa fresca en pleno verano. Como el calmante que acaba con años de dolor y te hace sentir nuevamente vivo. Como la cura a un mal que sabes que ha acabado contigo y encuentras la esperanza cuando sabías que estabas a punto de morir. Ella me salvó, de eso no tengo dudas. Recuerdo nuestros largos paseos hablando de la vida. Del destino, del pasado y del futuro. Paseábamos hasta que el atardecer nos obligaba a volver a casa y a abrazarnos hasta que volvía a salir el sol. Recuerdo su mirada añorada cuando mi mano rozaba la suya y recuerdo su cuerpo temblando entre el mío la primera vez que nos besamos. Adoraba la vida y siempre daba gracias por poder disfrutarla. Podría decir que era un ángel. Pero eso no tendría ningún sentido para mí. Elise lo era todo. Era una canción y era un poema. Era un lienzo en blanco donde no se admitían los colores oscuros. Siempre sonriendo, incluso cuando lloraba. Siempre alegre incluso cuando debía estar triste. Era la luz que yo necesitaba para volver a ver la vida.

Fui feliz. Como nunca lo había sido.

Sin embargo el destino, como siempre digo, es caprichoso. Solo que ahora diré que también es injusto y posiblemente diré también que es una maldición y un pozo de amargura.

Fue una tarde de otoño. Recuerdo el viento azotando el paseo del sardinero, arrastrando las hojas cobrizas que remontaban el vuelo desde lo alto de los árboles y desde el suelo de piedra. La gente se arrebujaba entre sus abrigos y todos miraban con añoranza los últimos coletazos del verano. El mar estaba embravecido. Furioso. Salvaje. Elise y yo mirábamos fijamente al infinito. Más allá del mar colérico. Justo donde se mezclaban los tonos azules del océano con los grises de las nubes. Se agarró a mi brazo y apoyó la cabeza sobre mi cuerpo. Sentí su calor y el olor silvestre de su pelo. La acaricié con dulzura y tendí una mano cerrada hacia delante. Ella me miró extrañada, como si estuviéramos jugando, y alargó su mano hasta agarrar mi puño. Cuando lo abrí dos pequeños anillos de ópalo azul quedaron al descubierto. Eran unos anillos que yo había comprado en el Santuario. Por sí mismos no eran nada pero lo significaban todo. Eran anillos enlazados. Anillos que te permitían sentir la caricia de la otra persona, aunque estuviera a muchos kilómetros de distancia; su presencia, su amor. Ella me miró con lágrimas en los ojos y me besó con fuerza mientras reía y yo sentía el frescor de su aliento en mi garganta. No eran unos anillos de compromiso como mandaban los cánones. Pero tampoco es que fuéramos una pareja demasiado normal.

Al volver a casa Alan nos felicitó, pero no pudo ocultar la oscuridad que lo corroía por dentro. Nos contó que estaba intranquilo. Se sentía en cierto modo vigilado aunque no era capaz de descubrir el origen de sus inquietudes. Decidimos entonces separarnos. Elise, Beatriz y yo nos marchamos a una pequeña casa en Galicia, que yo usaba de refugio, mientras Alan siguió haciendo vida normal en Santander.

Fueron días extraños. Días oscuros. Días tan cargados y tan tensos que cuando caía la noche parecía que iba a romperse en mil pedazos. Días en que cada respiración era un triunfo y cada rayo de sol una victoria.

Volví a Santander a intentar convencer a Alan para que viniera con nosotros. A empezar de cero. Una vez más. Nada más pisar la calle mis instintos de asesino se activaron y decidí ser cauto. Avancé despacio, observando. Cuando llegué al portal palpé mi pierna y me alegró sentir el frío del metal de mi daga besando mi piel. Subí deprisa la escalera, con un nudo en la garganta. Llegué a la puerta y la vi ligeramente entornada. Me introduje por el hueco, intentando no hacer ruido. La casa estaba a oscuras y el viento que se filtraba por una de las ventanas abiertas arrastraba el olor de la sangre. Llegué al salón justo cuando una sombra se fundía con la noche. Me precipité hacia el balcón y escruté el cielo de tejados que se abría ante mí. A no más de veinte metros le vi. Reconocí sus ojos en la distancia, observándome. Un relámpago iluminó la noche y la figura de Ditrov apareció durante unos segundos para poco después volver a desaparecer entre la silueta de la ciudad. Los dos fuimos entonces testigos de nuestra mutua traición a los principios de nuestra orden. Nos declaramos una guerra secreta que aún ha día de hoy no se ha resuelto. La venganza solo se cumpliría cuando su sangre, o la mía, alimentara el frío metal de nuestras dagas.

Un susurro que parecía contener mi nombre me devolvió a la realidad. Corrí a su encuentro y me arrodillé junto al cuerpo ensangrentado de Alan. Aún respiraba aunque la herida que atravesaba sus pulmones era letal. Ditrov quería que yo le viera morir. Quería que supiera que ellos nunca estarían a salvo y siempre les perseguiría.

Alan alzó una mano temblorosa y me rozó el hombro. Acaricié su nuca y abracé con fuerza su mano para que sintiera que yo estaría con él. Hasta el final. Miró de soslayo a la mesa que había a pocos metros y me fijé en el libro que reposaba sobre ella. El nombre de Alan Urdir rezaba en la portada. Le prometí que aquel libro volvería a Londres. A casa. Entonces su vida se fue apagando. Mantuve su mirada hasta que exhaló su último aliento y la presión de su mano sobre la mía se aflojó y cayó inerte hacia un lado. Abracé su cuerpo sin vida y mi alma se desgarró en mil pedazos.

En una bolsa que encontré, guardé ropa de él y de Elise. Introduje su cuerpo en el coche que hacía poco tiempo había comprado y lo único que se me ocurrió en aquel momento fue simular un accidente. La lluvia apenas me dejaba ver. Conduje de forma feroz por una carretera comarcal. En lo alto del puerto giré con furia el volante y justo cuando el vehículo salió despedido por encima del acantilado, salté. Rodé por el suelo y me incorporé a tiempo de ver como aquel hombre, al que había considerado mi amigo, se perdía entre la inmensidad del Cantábrico. Recuerdo que comencé a temblar mientras la lluvia corría por mi cuerpo. Empapado y en mitad de

ninguna parte juré que algún día me vengaría. Y el día que lo hiciera, Ditrov desearía no haber nacido nunca.

No hizo falta preguntar. Cuando Elise me vio llegar supo sin más qué había ocurrido. Se abrazó a mí con fuerza, golpeando mi pecho con sus puños cerrados. Apenas podía sostenerse en pie y mis brazos la sujetaron como una tenaza.

Los días siguientes... Elise dejó de ser Elise. Su sonrisa se apagó y en mi mente solo quedó el recuerdo de su brillo. Como una estrella que decide no dar más luz pero tú aún atisbas sus últimos destellos. Se convirtió en un espectro que vagaba embriagada por la pena y por la sensación de no saber qué hacer. Se sentía culpable y atormentada pero quería proteger a la niña con toda su alma. Beatriz era ya su única esperanza. En su corazón Elise tenía una certeza. Mientras ella estuviera viva, Beatriz siempre estaría en peligro.

Una mañana salí temprano mientras ella dormía. Al regresar me extrañó no verla en casa. Entré en el salón y vi una nota sobre la mesa. No la leí. Corrí como nunca lo había hecho. Atravesé el bosque en una carrera frenética derribando todo cuanto se encontraba a mi paso. Arrancando ramas e incluso puede que algún árbol. Me movía como un camión atravesando un campo de maíz. Llegué a la base del desfiladero; ese que tantas veces habíamos recorrido para mirar al mar azotando la roca. Con un nudo en la garganta y con el corazón destrozado por la realidad que se me revelaba por instantes ascendí de forma frenética. Allí estaba ella, con su vestido de gasa blanca y su melena roja como el azafrán ondulando al viento. Escuché el ruido del océano rompiendo contra el muro de caliza. Sentí la sal pegándose a mi piel. Ella se giró y me miró. Se despidió con la mano y me dedicó su última sonrisa. La primera que yo había visto en días. Se dejó caer hacia el vacío mientras yo corría la distancia que nos separaba con mi corazón a punto de explotar. Recuerdo que al llegar al borde del precipicio salté tras ella. Pero aun desde el cielo, descendiendo como un cohete que vuelve a la tierra, fui incapaz de encontrarla. El mar se la había llevado para siempre.

Volví a casa y me abracé a Beatriz. La prometí que siempre cuidaría de ella. Por Elise y por Alan. Arreglé todo para ocultar su identidad y la di una nueva familia que yo sabía que nunca sentiría como suya. Oculté miles de pistas que algún día ella iría descubriendo. Cuando estuviera preparada para la verdad. Encaminé su vida entre las letras y los libros, como sus padres hubiesen hecho. La guíé despacio hasta mí, otra vez, para juntos afrontar lo que el destino nos tuviera preparado. Siempre protegiéndola en las sombras. Siempre velándola en sus sueños.

Cuando Evans acabó de hablar. Todo lo inundó el silencio. Era un silencio necesario. Un silencio para estar con uno mismo. Un silencio para pensar en el futuro. En el pasado. En el destino.

Beatriz era incapaz de mover un solo músculo. Tenía miedo de que al hacerlo su cuerpo se desmoronara en mil pequeños fragmentos y cayera al suelo como una fina arena que arrastra el viento. Como si se tratase de una estatua de ceniza a punto de desmenuzarse. Evans no dejaba de mirarla mientras sentía las cicatrices ocultas bajo sus tatuajes como si acabara de lacerarse el cuerpo solos unos minutos antes. Cada una de esas líneas almacenaba un recuerdo, grabado en sangre para nunca olvidar a Elise. Por si algún día el Alur tomara el control y su mente y su corazón quedaran vacíos, como les ocurría a los demás.

Beatriz se incorporó y todo el mundo se contrajo contra su pecho. La hoguera comenzó a girar a su alrededor describiendo una macabra danza. Evans intentó agarrarla pero ella rehusó su abrazo. Se estabilizó al fin y, con el rostro plano, sin mostrar ninguna emoción, se miró las manos. Apretó los puños y se sorprendió de ser capaz de controlar sus movimientos. Alzó los párpados y miró a Evans fijamente. Como si fuera la primera vez que le viese. Notó la brisa de la madrugada en su cuello y se extrañó de su caricia. Observó los árboles y no los entendió. Señaló las estrellas y dudó si no se caerían al suelo en cualquier momento. Entonces comenzó a reír. Primero de una forma suave. Después en una carcajada despiadada. Su cuerpo comenzó a convulsionarse y cayó al suelo de rodillas. Se abrazó la cabeza con fuerza y su risa se transformó en un gemido profundo. Nada a su alrededor se movió. Lo vivo y lo muerto respetaron su dolor. Dejaron que su mente afrontara sola aquel trance. No se sabe cuánto tiempo pasaron así. Ella expresando su dolor y él volviéndolo a esconder. Cuando por fin Beatriz se incorporó, se acercó hasta Evans y acarició su rostro. Como había hecho Elise tantos años atrás. Evans rozó la mano que tenía apoyada sobre su cara y de forma instintiva la besó con suavidad. Ella la dejó caer sobre su pecho y palpó el anillo que colgaba de su cuello. Su otra mano acarició el que ella escondía, idéntico. Un anillo de ópalo azul que había encontrado en una caja labrada hacia ya demasiado tiempo. Se acercó aún más y le susurró al oído.

—Gracias —dijo con un hilo de voz tan tenue que dudó si realmente había pronunciado esas palabras—. Ahora necesito estar sola.

Beatriz dio la espalda a Evans y se alejó con paso cansado. Se puso una chaqueta y se internó en el bosque. Para intentar aclarar sus ideas.

Los primeros rayos que empezaron a filtrarse tras las montañas la sirvieron de guía. Avanzó más y más hasta que la vegetación la devoró y alcanzó la soledad que su corazón tanto ansiaba.

Deambuló por el bosque sin rumbo fijo. Perdida en sí misma. Intentando asimilar el duro golpe que acababa de sufrir. Sin embargo pronto entendió que todo aquello debía ser mentira. ¿Cómo iba a ser ella la hija de dos dioses caídos en desgracia? ¿Aquellos padres a los que nunca había conocido habían muerto por protegerla a ella? Nada tenía sentido, pero sin embargo todo encajaba perfectamente. Se volvió a sentir mareada. Embriagada por tan súbita revelación. Su corazón empezó a palpar con mucha intensidad y sintió que la faltaba el aire. Se agarró el pecho y apoyó la mano sobre un árbol cercano. El mundo volvió a girar y no pudo evitar vomitar sobre la hierba. Su corazón bombeaba tan rápido que no dudó que pronto pararía de golpe. Acabando con todo. Entonces sintió junto a sus dedos otra vez aquel anillo. Volvió a apretarlo con fuerza y se relajó. Una caricia la adormeció y la colmó de paz. Sintió el tacto de Elise y recordó a la mujer que la cantaba todas las noches y la besaba con dulzura. Su mente se llenó de recuerdos que no eran suyos. Vio a Evans tocar el violín y sintió su amor. Les recordó abrazados, mirando las estrellas y tumbados en el césped leyendo juntos en aquel cobertizo, mientras ella en su cuna miraba anonadada la madera del techo. Miles de pensamientos ajenos abrumaron su cabeza en una rápida sucesión de instantáneas que nunca habían sido tomadas. Habían sido vividas. Entonces su mente volvió a enfocar a Elise y la vio escribir una nota con el pulso tembloroso, mientras la tinta se mezclaba con sus mejillas y se corría por todo el papel. Sintió como se quitaba el anillo que portaba en su dedo y lo apoyaba sobre la hoja. Entonces lo soltó y todos los pensamientos se esfumaron de golpe.

Beatriz salió del trance y respiró de forma apresurada. Como si hubiera estado sumergida en el fondo del mar y acabara de emerger a la superficie cuando sus últimas reservas de oxígeno se agotaban. Miró a todas partes y no reconoció esa parte del bosque. Su corazón poco a poco se calmó y un frío ardiente la recorrió la espina dorsal. Intentó levantarse para volver a casa. Cuando por fin lo consiguió, escuchó un silbido.

Beatriz se giró sorprendida y extrañada. No sabía porque pero aquella melodía que sonaba la resultaba familiar. Miró a su alrededor y sobre el tocón de un árbol cortado descubrió a un joven. Su pelo era negro, su sonrisa radiante. Se incorporó e hizo una delicada reverencia. Vestía de forma informal. Unos vaqueros rasgados, una sudadera deportiva de marca y unas zapatillas modernas de un naranja demasiado llamativo. Se acercó con modestia e incluso Beatriz creyó intuir el rubor de sus mejillas. Entonces sonrió abiertamente y saludó con su mano.

—Es un enorme placer conocerte Beatriz. Perdona por presentarme así.

—Hola... —respondió Beatriz impresionada por el tono lírico de su voz.

—He de reconocer que llevo mucho tiempo esperando este momento y no soy capaz de explicarte cómo me siento con este encuentro.

La voz del extraño titubeo y por un momento Beatriz pensó que rompería a llorar.

—¡Ay! ¡Soy tan maleducado! Si aún no me he presentado. Yo te conozco de antes, eso es evidente, pero te diré que yo soy como tú. Alguien diferente.

—De eso no tengo duda —agregó Beatriz intentando buscar el camino de vuelta a casa de forma disimulada— ¿Cómo te llamas?

El extraño dio un saltito y apoyó el peso de su cuerpo sobre la pierna izquierda. Acto seguido juntó las manos en su espalda y encorvó ligeramente el cuerpo hacia delante.

—Pues tengo muchos nombres la verdad. Puedes llamarme Adrax si esa es tu voluntad.

Adrax pronunció su nombre con fuerza, enfatizándolo mucho más que el resto de la oración.

El mundo comenzó a oscurecerse a ojos de Beatriz, mientras el sonido de la voz de Adrax rebotaba en cada una de las paredes de su mente haciéndola perder el sentido. Embotándola y empujándola a un sueño forzado del que temía no ser capaz de despertarse. Entonces su cuerpo se desplomó, pero segundos antes de tocar el suelo, los brazos del Señor del Caos la sostuvieron. La apoyó contra el césped y cuando tuvo la certeza de que nadie podía escucharle susurró en su oído:

—Eres preciosa Beatriz. Espero que no corras la suerte de tu padre.

Evans buscó a tientas el whisky. Vertió el contenido en el interior del vaso y alzó la botella. Miró la poca cantidad restante y apuró el contenido de la misma de un trago. Buscó algo de hielo en el congelador y con bastante poco cuidado los dejó caer sobre el líquido que se desparramó a ambos lados del cristal. Empapando la mesa. Se perdió entre la maleza y se arrodilló sobre la lápida de Elise. Acarició su nombre mientras una lágrima solitaria corría por su mejilla.

El susurro del viento le alertó. Agudizó sus sentidos y vació de sentimientos su corazón en un viejo ejercicio mental que había perfeccionado con el paso de los años. Escuchó las vibraciones de la naturaleza y palpó su pierna.

—Mierda —expresó al notar que no tenía sus dagas encima.

Se incorporó y escrutó la noche. Sintió dos presencias observándole en la sombras. El sonido de una hoja al romperse fue el desencadenante de la batalla. Por uno de los laterales, la figura de Nattan apareció bajo la luz de la luna. En el otro extremo lo hizo la figura de Nuzzo. Evans observó a sus dos hermanos y esperó paciente el momento del ataque final. Por separado ambos eran rivales terribles, pero si atacaban juntos... simplemente no tendría ninguna oportunidad. Entonces pensó en Beatriz. Su mente salió del estado latente en el que él la había sumido de forma consciente y sus dientes chirriaron. Sus ojos se encendieron como nunca antes lo habían hecho y su cuerpo comenzó a temblar de rabia e ira. Esta vez no le fallaría a Elise. Protegería a Beatriz aunque fuera lo último que hiciera. Nattan le contempló en silencio y por un momento se detuvo. Frenó su avance y observó a su alumno. Al mejor de todos ellos. Enseñó sus dagas, que refulgieron al viento, como un lobo enseña sus colmillos. Al ver que Evans estaba desarmado entendió que aquella no sería una batalla justa. Sonrió y arrojó sus armas al frío suelo. Después de todo, pensó, él siempre había sido un caballero.

Los tres se mantuvieron quietos, mientras se medían en silencio. Los músculos de Evans vibraban a causa de la tensión. Se giró entonces hacia Nattan, dando la espalda de forma deliberada a Nuzzo. Sabía que no podría sobrevivir a los dos, pero quiso creer que le concederían el derecho a un combate justo y no atacarían de forma simultánea. Después de todo eran hermanos. Recordó su infancia y volvió a sentir la impotencia ante la muerte de sus seres queridos. El fuego volvió a quemar su alma y el olor a piel quemada embriagó sus sentidos. Recordó la sangre, fluyendo entre ríos de cadáveres y recordó a Nattan. Siempre había sabido que él había

organizado el ataque al pueblo. Siempre había sabido que había asesinado de forma deliberada a sus seres queridos. Sin embargo en su momento, pese al dolor y la furia, había entendido que era por el bien común. Ahora todo había cambiado. Todos habían muerto por una mentira. Todo el dolor que había sentido no había servido para nada.

Evans con las manos desnudas se lanzó al ataque. Un grito que brotaba de lo más profundo de su alma ennegrecida rompió el silencio y restalló como una tempestad. Nattan, a contra pie, se preparó para el enfrentamiento.

Nuzzo a su vez se lanzó tras su presa intentando atacarle por la espalda. Como el cobarde que siempre había sido. Llegó a pocos metros de su zaga y se relamió seguro de su victoria. Evans no tenía interés en él y eso le hizo confiarse. Avanzó seguro de sí mismo y sintió como su daga atravesaba la carne. Apretó con fuerza y la sangre bañó sus manos. Entonces perdió pie y comenzó a caer, cada vez más rápido. Comenzó a girar sin ser capaz de orientarse y sin saber qué ocurría. Entonces enfocó y vio el suelo, el cielo y otra vez el suelo. Cuando por fin se estabilizó un océano de asfalto y metal se aproximaba veloz contra él; esperando engullirlo en cuestión de segundos. Entonces las luces que surcaban la noche cegaron sus ojos para pocos segundos después cerrarse para siempre mientras sus entrañas se desparramaban por el suelo.

Antes de llegar a su rival Evans inspiró un perfume familiar. Comenzaron a luchar sin tregua mientras el resto de la existencia detenía su continuo caminar para asistir a la batalla entre dos iguales. Los ataques se sucedían sin descanso; sin que ninguno de los dos consiguiera imponerse en la victoria. La disciplina contra la vehemencia. Poco a poco Evans ganó terreno y consiguió cercar a Nattan. Apretó los dientes y como un volcán arremetió con toda su alma contra su maestro. Elise, Beatriz, Alan, Robert, Corin, Alana, Nané, Meuler... Todos guiaron su furia que se estrelló contra la mandíbula de Nattan. El sonido a huesos rotos restalló en la noche. Sin embargo Evans no se detuvo, continuo golpeando, ensañándose con el cuerpo deshilachado de aquel que le había guiado los últimos cinco siglos. De aquel que en algún momento le había cuidado como a un hijo. Y entonces se detuvo. Recordó a Nattan velando sus noches y curando sus heridas. Recordó su comprensión y su deseo de hacerle cada vez más fuerte. De formarle y de convertirle en el Alur más letal que jamás había existido. Y tuvo que parar. Se detuvo mientras el cuerpo de Nattan se desmadejaba contra el suelo. Inconsciente. Después decidiría que hacer con él.

Se giró para encarar a Nuzzo pero no lo encontró. Se palpó el costado y se miró la mano ensangrentada. Sin embargo, no sentía dolor. Porque no era suya. En un oscuro rincón, apoyada contra un árbol Daniella le miraba sonriente. Se acercó hasta ella y se agachó. Entonces se percató del charco de sangre que humedecía su vestido blanco y la arena sobre la que estaba apoyada. Le agarró las manos y la besó en los labios.

—¿Sabes qué volveré verdad? —preguntó ella mientras una lágrima rabiosa se escapaba de su mejilla

—Te estaré esperando Daniella. Gracias una vez más.

—Es divertido morir de vez en cuando. El mundo cambia rápido y cuando vuelves todo es un misterio. Evans... ¿Estás conmigo?

—Siempre —respondió él mientras agarraba sus manos y se acurrucaba junto a ella.

—La chica está con Adrax. Creo que le dejé seguirme.

—No te preocupes.

—¿Me odias Evans?

—Claro que no.

—Tengo frío.

—No te preocupes, yo estoy aquí.

Daniella suspiró y apoyó la cabeza contra el pecho de Evans mientras caía en un profundo sueño y su cuerpo se desvanecía poco a poco, hasta que lo único que el Alur abrazó fue el vacío que había dejado su figura.

Se levantó y sintió vergüenza al mirar la tumba de Elise. La había vuelto a fallar, a ella que se lo había dado todo. Contempló las estrellas y sus ojos reflejaron la luna y esta, se tiñó de sangre y del color de la venganza.

## Epílogo

Beatriz se despertó pero no vio nada. Palpó el suelo y percibió el frío de la piedra en la palma de su mano. Un viento gélido le azotó la cara y la erizó el bello del cuerpo. Avanzó con cautela. A tientas. Miró al techo y una bóveda llena de estrellas le devolvió la mirada. Siguió adelante y antes de dar un paso más supo que había un escalón. Todo era como en su sueño. Ascendió y acarició el altar de mármol. Reaccionando al contacto de sus dedos toda la instancia se iluminó. De las paredes empezaron a brotar cientos de luces verdes. Como luciérnagas adheridas a la piedra negra. Estaba en una iglesia, como siempre. Pero no era una iglesia de ninguna creencia conocida. Estaba repleta de bancos de madera. Entonces sintió el frío en su nuca, como otras veces. Sin embargo algo era diferente. Todo era demasiado real. Se pellizcó y sintió la punzada en su mano. Se tocó la cara y sintió su caricia. Pero el frío no se iba. Entonces escuchó los pasos que siempre escuchaba y, antes de que la mano de cristal la aferrara y la arrastrara al vacío, se giró para enfrentar su mirada. Ya no era la niña que lloraba en su cama cada vez que despertaba. Sin embargo no estaba preparada para lo que vio.

A escasos metros había un trono. Y sobre el trono una figura fantasmagórica. Distinguió una boca esquelética entre la luz que filtraba la bóveda. Poco a poco la luz creció y un bastón con la cabeza de un águila emergió de la negrura. Sujetándolo, un espectro de huesos y maldad la observó con sus cuencas. Tenía una capa roja que arrastraba hasta el suelo y sobre el cráneo, vacío de carne, una corona. La boca se abrió y escuchó unas palabras que ya había escuchado antes. En su sueños, desde que era una niña.

—Bienvenida a casa hija mía.

## NOTA DEL AUTOR

Si has llegado hasta aquí lo único que puedo decirte es: gracias. Espero que leer esta novela te haya resultado tan divertido y satisfactorio como para mí ha sido escribirla. Seguramente estés pensando *¿Y ahora?* Pues ahora toca esperar, pero no pienses ni por un momento que aquí acaba la historia de Beatriz, Evans y los demás protagonistas. Porque *La ilusión del destino* acaba de empezar.

Cuando me embarqué en esta aventura de ser escritor no tenía ni idea de dónde me estaba metiendo. Desde pequeño sabía que quería contar historias y quería trascender con mis palabras. Quería ser escritor, pero no me atrevía a serlo. Un día tomé una decisión y recuerdo estar tomando una pinta con unas amigas y hacer una de esas propuestas locas que te vienen a la cabeza en los días en los que el mundo parece más bonito de lo que es... «*Antes de acabar el año voy a escribir mi primer libro.*» Y al final, como somos esclavos de nuestras palabras, me lancé a la piscina.

Sin embargo llevarlo a la práctica supuso para mí un esfuerzo titánico. No solo hay que tener en cuenta las horas dedicadas a escribir, sin lugar a dudas esas son las más amenas. Luego vienen las horas de corrección, de releer una y otra y otra vez el texto hasta que te entran ganas de tirar el portátil por la ventana y bajar a la calle a dar unos saltos sobre los chips y el teclado. Sin embargo cuando pensaba que el texto no valía para nada, algo dentro de mí me animaba a seguir. Porque por una vez en mi vida me había embarcado en algo que me hacía feliz y merecía la pena.

A todo esto tenemos que sumarle las horas de investigación sobre la auto publicación, los derechos de autor, el posible marketing, el diseño de la portada, la maquetación... y mis mil quebraderos de cabeza. Al final he pasado más tiempo aprendiendo que escribiendo y eso es algo de lo que me siento especialmente orgulloso y que espero que en un futuro no muy lejano sirva para algo.

El momento más complicado de todo este camino se produjo una vez terminado el libro. De repente no sabes que hacer y lo que antes no te planteabas ahora se convierte en la prioridad más importante. ¿Qué pensará la gente que lo lea? ¿Pensarán que han perdido su tiempo y su dinero? Si has pensado eso último de verdad que lo siento y lamento no tener forma de compensarte. Sea como sea me encantaría que me lo dijeras. Que me explicaras que has sentido al leer estás páginas. Si te has emocionado, si te has enfadado, si te ha dejado indiferente. Cuéntamelo por favor.

Quiero que sepas que has formado parte de algo fundamental para mí. Porque no me avergüenza reconocer que había estado perdido, y como dije en la dedicatoria, por fin me he encontrado. O al menos he descubierto lo que quiero hacer el resto de mi vida.

Gracias una vez más y espero que nos leamos pronto.

*¿Te ha gustado esta novela?* Sería genial una valoración en Amazon y un pequeño comentario. Te estaría muy agradecido.

Si te apetece saber más sobre mí, recuerda que puedes seguirme en las redes sociales:

Facebook: <https://www.facebook.com/jbcaplanoficial?ref=hl>

Twitter: [https://twitter.com/jb\\_caplan](https://twitter.com/jb_caplan)

Web: <http://jbcaplan.com/>

Si quieres una edición física (y prometo firmarla) puedes comprarla a través de varios medios. Ponte en contacto conmigo a través de las redes sociales y te explicaré cómo ;)

Te recuerdo que este libro no tiene DRM así que si quieres dejárselo a alguien para que lo lea... ¡No hay ningún problema!